CHRISTOPHER PRIEST

LA MÁQUINA ESPACIAL

22 CIENCIA-FICCIÓN

SHOUT
SHARE
IT

Annotation

Un encuentro casual en un sórdido hotel y un incidente comprometedor en un dormitorio conduce a una aventura imprevista en el tiempo y en el espacio. Es el año 1893, y la prosaica vida de un joven viajante comercial es animada solamente por su ferviente (aunque un tanto distante) interés por el nuevo deporte del automovilismo. Es a través de él como conoce a su amiga, y ella le conduce al laboratorio de Sir William Reynolds, uno de los más eminentes científicos de Inglaterra.

Sir William está construyendo una máquina del tiempo, y desde este descubrimiento hay, sin embargo, un pequeño paso al futuro. Cuando la joven pareja emerge en el siglo XX descubre que una feroz guerra devasta a Inglaterra. Realmente, la guerra mundial de 1903 es sólo el comienzo de una serie de aventuras que culminan en una violenta confrontación con el más cruel intelecto del Universo.

- Christopher Priest
  -
  - Capítulo 1
    - I
    - II
    - III
  - Capítulo 2
    - I
    - II
    - III
    - IV
    - V
    - VI
  - Capítulo 3
    - I
    - II
    - III
  - Capítulo 4
    - I
    - II
    - III
  - Capítulo 5
    - I
    - II
    - III
    - IV

- V
- VI
- VII
- VIII

- Capítulo 6
  - I
  - II
  - III
  - IV
- Capítulo 7
  - I
  - II
  - III
  - IV
  - V
- Capítulo 8
  - I
  - II
  - III
  - IV
  - V
- Capítulo 9
  - I
  - II
  - III
  - IV
  - V
  - VI
  - VII
  - VIII
  - IX
- Capítulo 10
  - I
  - II
  - III
- Capítulo 11
  - I
  - II
  - III
  - IV
  - V
  - VI
  - VII
- Capítulo 12

- I
- II

○ Capítulo 13
- I
- II
- III
- IV
- V
- VI

○ Capítulo 14
- I
- II
- III
- IV
- V

○ Capítulo 15
- I
- II
- III
- IV
- V
- VI
- VII

○ Capítulo 16
- I
- II
- III
- IV
- V
- VI

○ Capítulo 17
- I
- II
- III
- IV
- V
- VI
- VII
- VIII
- IX

○ Capítulo 18
- I
- II
- III

- IV
- V
- VI

○ Capítulo 19
- I
- II
- III
- IV
- V
- VI
- VII
- VIII

○ Capítulo 20
- I
- II
- III
- IV
- V
- VI

○ Capítulo 21
- I
- II
- III
- IV

○ Capítulo 22
- I
- II
- III
- IV
- V
- VI

○ Capítulo 23
- I
- II
- III
- IV
- V
- VI

○ Capítulo 24
- I
- II
- III
- IV
- V

Christopher Priest
La máquina espacial

A H. G. Wells

Capítulo 1
LA VIAJANTE DE COMERCIO

I

Durante el mes de abril de 1893, me hospedaba yo por razones de trabajo en el Devonshire Arms, de Skipton, Yorkshire. Tenía entonces veintitrés años de edad y una carrera modesta y satisfactoria como viajante de comercio de la firma Josiah Westerman e Hijos, proveedores de artículos finos de cuero. No será mucho lo que se mencione en este relato sobre mi empleo, puesto que no constituía ni siquiera en aquella época mi mayor preocupación, pero sí fue el instrumento que, sin gloria alguna, precipitó la cadena de hechos a los cuales me referiré principalmente en estas páginas.

El Devonshire era un hotel para viajantes, chato, de ladrillos grises, atravesado por pasillos llenos de corrientes de aire y mal iluminados, opaco debido a la pintura deteriorada y a los paneles de madera oscura. El único lugar agradable del hotel era la sala de los viajantes de comercio, pues, aunque pequeña y abarrotada de muebles —los sillones, rellenos en exceso, estaban tan cerca uno del otro que apenas era posible pasar entre ellos—, la habitación era cálida en invierno y contaba con la ventaja de tener iluminación de gas, mientras que en los dormitorios las únicas fuentes de luz eran lámparas de aceite mortecinas y humeantes.

Por las noches no había mucho a lo que un viajante alojado en el hotel pudiera dedicarse, fuera de permanecer dentro de los límites de la sala y charlar con sus colegas. Personalmente, durante la hora que transcurría entre la finalización de la cena y las nueve de la noche era cuando más impaciente me sentía, puesto que desde hacía tiempo, por tácito acuerdo, nadie fumaba en ese ínterin, que se consideraba el período de conversación. A las nueve, sin embargo, aparecían las pipas y los cigarros, poco a poco el aire tomaba un color azul sofocante, las cabezas se apoyaban sobre las cubiertas de los respaldos y los ojos se cerraban. Solía yo, entonces, con discreción, leer un poco, quizás, o escribir una carta o dos.

Cierta noche a la que me referiré en particular, había salido a dar un breve paseo después de la cena y estuve de regreso en el hotel antes de las nueve. Pasé por mi habitación para ponerme mi chaqueta, luego volví a la planta baja y entré en la sala de los viajantes.

Había ya tres hombres allí, y si bien todavía faltaban siete minutos para las nueve, noté que Hughes, representante de una compañía que fabricaba máquinas herramientas, de Birmingham, había encendido su pipa.

Saludé a los demás con un movimiento de cabeza y me dirigí a mi sillón, ubicado en el rincón más apartado de la habitación.

A las nueve y cuarto, Dykes entró en la sala. Dykes era un joven

de aproximadamente mi misma edad, y aunque yo no había demostrado interés por él, era su costumbre dirigirse a mí con cierta confianza.

Vino de inmediato hacia mi rincón y se sentó frente a mí. Cubrí con una hoja la carta que estaba escribiendo.

—¿Un cigarrillo, Turnbull? —dijo, ofreciéndome la cigarrera.

—No, gracias. —Yo había fumado en pipa durante un tiempo, pero hacía.más de un año que había abandonado.

Dykes tomó un cigarrillo y lo encendió con mucho aparato. Era viajante como yo, y solía decir que mi actitud era demasiado conservadora. Por lo general, me divertía lo sociable de su personalidad, tal como a uno lo divierten los excesos de los demás.

—Tengo entendido que esta noche llegó una viajante, una mujer —comentó al pasar, pero inclinándose un poco hacia mí para dar énfasis a sus palabras—. ¿Qué me dices de eso, Turnbull?

—Me sorprende —admití—. ¿Estás seguro?

—Llegué tarde esta noche —dijo, bajando la voz—. Miré por casualidad el registro. Miss A. Fitzgibbon, de Surrey. Interesante, ¿no es cierto?

No obstante estar yo, según creía, apartado de las preocupaciones cotidianas de mis colegas, lo que Dykes había dicho me interesaba. Uno no puede dejar de estar enterado de lo que se comenta en su propia actividad, y desde hacía mucho tiempo se rumoreaba que estaban empleando a mujeres como viajantes de comercio. Nunca había conocido ninguna, pero parecía lógico que las ventas de ciertos artículos —digamos de naturaleza íntima o relacionados con el tocador— estarían mejor en manos femeninas. Por cierto, algunos de los negocios que yo frecuentaba empleaban mujeres como agentes de compras, de modo que no había precedente alguno que les impidiera participar en una transacción como vendedoras.

Miré por sobre mi hombro, aunque sabía que la joven no podría haber entrada en la sala sin llamar la atención.

—No la he visto —dije.

—No y no es probable que la veamos. ¿Crees acaso que Mrs. Anson permitiría a una joven de buena familia entrar en una sala para viajantes?

—¿Entonces tú la has visto? —exclamé.

Dykes lo negó con la cabeza y agregó:

—Cenó con Mrs. Anson en el salón de café. Vi cuando llevaban una bandeja hacia allá.

Como mi interés persistía, le pregunté:

—¿Supones que lo que se dice sobre las mujeres viajantes tiene algún fundamento?

—¡Sin duda! —respondió Dykes de inmediato—. No es trabajo

para una dama.

—Pero dijiste que esta Miss Fitzgibbon era de buena,,.

—Un eufemismo, amigo mío. —Se reclinó sobre el respaldo, fumando con placer su cigarrillo.

Dykes me resultaba, por lo general, un compañero entretenido, pues su pronto abandono de los refinamientos sociales a menudo significaba que me deleitaría con anécdotas picantes que yo escucharía en silencio, ya que me veía forzado a pasar la mayor parte de mi tiempo solo. Muchos viajantes eran solteros —tal vez por su propia naturaleza— y el constante viajar de un pueblo a otro impedía establecer lazos permanentes. Por lo tanto, cuando corrió el rumor de que algunas firmas empleaban ahora a mujeres como viajantes, una especulación lujuriosa había invadido los salones para viajantes y las salas de fumar de los hoteles de todo el país. El mismo Dykes había resultado una fuente de mucha información sobre el tema, pero a medida que pasaba el tiempo, se hizo evidente que no habría cambios sustanciales en nuestra vida. Es más, ésta era la primera vez que me enteraba de que una viajante mujer estaba hospedada en el mismo hotel que yo.

—Sabes, Turnbull, creo que hablaré con Miss Fitzgibbon antes de que la noche acabe.

—¿Pero qué le dirás? ¿Seguro que necesitarás alguien que te presente?

—Eso será fácil de arreglar. Simplemente llamaré con osadía a la puerta de la sala de Mrs. Anson, e invitaré a Miss Fitzgibbon a dar un corto paseo conmigo antes de retirarse a dormir.

—Creo... —No terminé lo que iba a decir, pues comprendí de pronto que Dykes no podía hablar en serio. Mi colega conocía la seriedad del hotel en el que estábamos y ambos sabíamos la clase de acogida que semejante actitud podía esperar. Miss Fitzgibbon podía muy bien ser liberal, pero Mrs. Anson permanecía firmemente arraigada en 1860.

—¿Por qué habría de revelarte mi estrategia? —continuó Dykes —. Ambos nos quedaremos aquí hasta el fin de semana. Te contaré entonces cómo me fue.

—¿No podrías —le pregunté— averiguar de algún modo para qué firma trabaja? Luego podrías arreglar un encuentro casual durante el día.

Dykes me miró con una sonrisa misteriosa.

—Tal vez tú y yo pensemos igual, Turnbull. Ya obtuve esa información. ¿Aceptarías una pequeña apuesta? El primero en hablarle será el ganador.

Sentí que mi cara enrojecía.

—Nunca apuesto, Dykes. De todos modos, sería tonto competir

contigo, ya que tienes una ventaja.

—En ese caso te diré lo que sé. No es una viajante en absoluto, sino una secretaria. No trabaja para ninguna firma, sino para un inventor. O por lo menos eso es lo que mi informante me dijo.

—¿Un inventor? —pregunté, sin poder creerle—. Debe ser una broma.

—Eso es lo que me dijeron —respondió Dykes—. Se llama Sir William Reynolds, un hombre muy importante. No sé nada de eso ni me importa, puesto que mi interés se concentra en su asistente.

Permanecí sentado con la tablilla para escribir sobre las rodillas, sorprendido ante esta inesperada información. A decir verdad, no estaba interesado en los planes malignos de Dykes, pues siempre trataba de que mi conducta fuera correcta, pero el nombre de Sir William Reynolds ya era otro asunto.

Observé pensativo a Dykes mientras terminaba su cigarrillo, luego me puse de pie.

—Creo que me iré a dormir —dije.

—Pero aún es temprano. Tomemos un vaso de vino juntos, yo invito. —Se inclinó para hacer sonar el timbre—. Quiero ver si hacemos esa apuesta.

—No, gracias, Dykes. Si me disculpas, tengo que terminar esta carta. ¿Tal vez mañana por la noche...?

Lo saludé y me alejé, abriéndome paso hacia la puerta. Cuando salí al corredor, Mrs. Anson se acercaba a la puerta de la sala.

—Buenas noches, Mr. Turnbull.

—Buenas noches, Mrs. Anson.

Al pie de la escalera, noté que la puerta de la sala estaba entreabierta, pero no había rastros de la huésped.

Una vez en mi habitación, encendí las lámparas y me senté en el borde de la cama, tratando de poner en orden mis ideas.

II

La mención del nombre de Sir William me sorprendió, pues él era en aquella época uno de los científicos más famosos de Inglaterra. Más aún, yo tenía un gran interés personal en ciertos asuntos indirectamente relacionados con Sir William, y la información casual que Dykes me había proporcionado era de suma importancia para mí.

En las décadas de 1880 y 1890 hubo un repentino auge de adelantos científicos y para aquellos interesados en estos temas fue un período fascinante. Nos aproximábamos al siglo veinte, y la perspectiva de entrar en una nueva era rodeada de maravillas científicas estimulaba a las mentes más brillantes del mundo. Daba la impresión de que cada semana aparecía un nuevo invento que prometía cambiar nuestra forma de vida: tranvías eléctricos, carruajes sin caballos, el cinematógrafo, las máquinas parlantes de los americanos... yo pensaba mucho en todo esto.

De todos, el carruaje sin caballos era el que más atraía mi imaginación. Hacía cosa de un año había tenido la suerte de que me invitaran a pasear en uno de estos maravillosos inventos, y desde entonces presentía que, a pesar del ruido y de los inconvenientes que traían aparejados, estas máquinas tenían un gran futuro.

Fue como resultado directo de esta experiencia que yo me había interesado, aunque en pequeña medida, en este floreciente invento. Luego de leer en un periódico un artículo sobre los conductores americanos, había convencido al propietario de la firma, Mr. Westerman mismo, para que agregara una nueva línea a su gama de productos. Se trataba de un instrumento que yo había dado en llamar Máscara Protectora de la Vista. Estaba hecha de cuero y vidrio y se la colocaba sobre los ojos sujetándola con correas, para protegerlos del polvo, los insectos, etcétera.

Corresponde agregar que Mr. Westerman no estaba totalmente convencido de la conveniencia de dicha máscara. En realidad, había fabricado sólo tres modelos de muestra, y me había comisionado para que los ofreciera a nuestros clientes habituales, con la aclaración de que sólo cuando hubiera obtenido pedidos en firme la máscara pasaría a ser un artículo permanente de la línea de productos Westerman.

Yo atesoraba mi idea y estaba aún orgulloso de la iniciativa, pero hacía ya seis meses que llevaba las máscaras en mi valija de muestras y hasta *ese* momento no había conseguido despertar ni el menor interés en ningún cliente. Al parecer, otras personas no estaban tan seguras como yo con respecto al futuro del carruaje sin caballos.

Sir William Reynolds, en cambio, era un caso diferente. Ya era uno de los conductores más famosos del país. Todavía nadie había

superado su record de velocidad de algo más de 25 kilómetros por hora, establecido en el trayecto entre Richmond e Hyde Park Corner.

¡Si lograba interesarlo en mi Máscara, sin duda otros lo seguirían!

De este modo, conocer a Miss Fitzgibbon se convirtió en una necesidad imperiosa para mí. Esa noche, sin embargo, mientras yacía perturbado en la cama del hotel, no podría haber imaginado hasta qué punto mi Máscara Protectora cambiaría mi vida.

III

Durante todo el día siguiente estuve cavilando sobre la forma de entablar conversación con Miss Fitzgibbon. Si bien cumplí con mis visitas a los negocios de la zona, no podía concentrarme, y regresé temprano al Devonshire Arms.

Como había dicho Dykes la noche anterior, era muy difícil tramar un encuentro con un miembro del sexo opuesto en este hotel. No podía aprovechar los recursos que las reglas de cortesía normalmente brindaban, y por lo tanto tendría que dirigirme a Miss Fitzgibbon directamente. Claro está que podía pedir a Mrs. Anson que me presentara a la joven, pero a decir verdad, me parecía que su presencia en la entrevista sería un impedimento.

Otro motivo de distracción durante el día había sido mi curiosidad sobre Miss Fitzgibbon misma. El comportamiento protector de Mrs. Anson parecía indicar que se trataba de una muchacha muy joven, cuya actitud como mujer soltera contribuía por cierto a confirmar esta hipótesis. De ser así, mi tarea era más difícil, pues ella confundiría sin duda mis intenciones con otras como las que Dykes alentaba.

Como nadie atendía el mostrador de recepción, aproveché la oportunidad para echar una mirada subrepticia al registro de huéspedes. La información de Dykes había resultado correcta, pues la última anotación estaba escrita con letra clara y prolija: Miss A. Fitzgibbon, Reynolds House, Richmond Hill, Surrey.

Me asomé al salón de viajantes antes de subir a mi habitación. Allí estaba Dykes, de pie frente al hogar, leyendo “The Times”.

Propuse que cenáramos juntos, y luego camináramos hasta uno de los bares del pueblo.

—¡Qué estupenda idea! —dijo—. ¿Estás celebrando algún triunfo?

—No exactamente. Pienso más en el futuro.

—Buena estrategia, Turnbull. ¿Nos vemos a las seis?

Así lo hicimos y poco después de la cena nos habíamos acomodado en un acogedor bar de nombre “La Cabeza del Rey”, Cuando estábamos sentados ante dos vasos de oporto, y Dykes había encendido su cigarro, mencioné la principal preocupación que tenía en mi mente.

—¿Desearías que hubiera aceptado apostar contigo ayer a la noche?

—¿A qué te refieres?

—Tú me comprendes, con toda seguridad.

—¡Ah! —exclamó Dykes—. La viajante.

—Sí. Me preguntaba si te estaría debiendo cinco chelines ahora,

de haber aceptado la apuesta.

—No tuve tanta suerte, amigo. La dama misteriosa permaneció encerrada con Mrs. Anson hasta que me retiré a dormir, y no vi trazas de ella esta mañana. Es una presa que Mrs. Anson guarda celosamente.

—¿Supones que se trata de una amiga personal?

—No, no lo creo. Está registrada como huésped.

—Claro —respondí.

—Has cambiado desde anoche. Creí que no te interesaba la dama.

—Sólo preguntaba —me apresuré a decir—. Parecías dispuesto a hablarle y quería saber cómo te había ido.

—Permíteme explicarlo de este modo, Turnbull. Consideré las circunstancias y decidí que mis talentos estaban mejor aprovechados en Londres. No veo forma de trabar relación con la joven en la que no intervenga Mrs. Anson. En otras palabras, querido amigo, reservo mis energías para el fin de semana.

Sonreí para mis adentros, mientras Dykes se lanzaba a relatar su última conquista, pues, aunque no había averiguado nada más sobre la joven, estaba seguro, por lo menos, de que no me vería envuelto en una competencia incómoda y engañosa.

Continué escuchando a Dykes hasta las nueve menos cuarto; entonces sugerí regresar al hotel, con la excusa de que tenía que escribir una carta. Nos separamos en el vestíbulo; Dykes entró en el salón para viajantes y yo subí a mi habitación. La puerta de la sala estaba cerrada, y pude oír la voz de Mrs. Anson del otro lado.

Capítulo 2
UNA CONVERSACIÓN EN LA NOCHE

I

Era costumbre del personal del Devonshire Arms —quizá por instrucciones de Mrs. Anson— rociar las tulipas de las lámparas de aceite con agua de colonia. Como consecuencia de ello, una fragancia dulce e intensa se esparcía por la planta baja del hotel, una fragancia tan persistente que aún hoy no puedo sentir el perfume del agua de colonia sin que aquel lugar vuelva a mi mente.

Esa noche, sin embargo, creí percibir un aroma diferente mientras subía las escaleras. Era más seco, menos pesado, más impregnado de hierbas que los perfumes de Mrs. Anson... pero dejé de percibirlo, entré en mi habitación y cerré la puerta.

Encendí las dos lámparas de aceite que había en el cuarto, luego compuse mi apariencia delante del espejo. Sabía que había rastros de alcohol en mi aliento, de modo que me cepillé los dientes y me puse una pastilla de menta en la boca. Me afeité, me peiné el cabello y el bigote y me cambié la camisa.

Cuando terminé, coloqué un sillón junto a la puerta y acerqué una mesa. Sobre esta última puse una de las lámparas y apagué la otra. Luego se me ocurrió tomar una de las toallas de Mrs. Anson, la doblé y la coloqué sobre el brazo del sillón. Ya estaba listo.

Me senté y me dispuse a leer una novela.

Transcurrió más de una hora, durante la cual, si bien tenía el libro abierto sobre las rodillas, no leí ni una sola palabra. Alcanzaba a oír un sutil murmullo de conversación que subía de las habitaciones de la planta baja, pero todo lo demás estaba en silencio.

Por fin oí pasos suaves en la escalera, y me preparé de inmediato. Dejé el libro a un lado, me puse la toalla plegada sobre el brazo. Esperé hasta que las pisadas sobrepasaran mi puerta y entonces salí.

En la tenue luz del corredor vi una figura femenina que al oírme se volvió. Era una mucama, y llevaba una botella de agua caliente con una funda de color rojo oscuro.

—Buenos noches, señor —dijo con un leve gesto de cortesía y luego continuó su camino.

Crucé al cuarto de baño, cerré la puerta. Conté lentamente hasta cien y luego regresé a mi habitación.

Otra vez esperé, ahora en un estado de agitación mucho mayor que antes.

A los pocos minutos oí otros pasos en la escalera, esta vez un poco más fuertes. De nueve esperé hasta que las pisadas pasaran, antes de salir. Era Hughes que iba a su habitación. Nos saludamos con una inclinación de cabeza, mientras yo abría la puerta del baño.

De vuelta en mi habitación empezaba a enfurecerme conmigo

mismo por tener que emplear recursos complicados y pequeños engaños. Pero estaba decidido a seguir adelante tal como lo había planeado.

La tercera vez que oí pisadas, reconocí los pasos de Dykes, que subía saltando los escalones de dos en dos. Me sentí aliviado por no tener que representar la escena de la toalla.

Pasó otra media hora y comenzaba a perder la esperanza, preguntándome si habría calculado mal. Después de todo, Miss Fitzgibbon bien podía estar alojada en las habitaciones privadas de Mrs. Anson; yo no tenía motivo alguno para suponer que tuviera un cuarto en este piso.

Finalmente, sin embargo, la suerte me sonrió. Oí pasos suaves en la escalera y esta vez al asomarme al corredor vi la espalda de una mujer alta y joven que se alejaba. Arrojé la toalla dentro de mi habitación, tomé mi valija de muestras, cerré la puerta con suavidad, y la seguí.

Si se había dado cuenta de mi presencia detrás de ella no lo demostró. Caminó hasta el final del corredor, donde una pequeña escalera llevaba hacia arriba. Giró y subió.

Me apresuré en la misma dirección, y al llegar al pie de la escalera vi que estaba a punto de introducir la llave en la cerradura. La joven me miró.

—Disculpe, señorita —dije—. Permítame presentarme. Me llamo Turnbull, Edward Turnbull.

Mientras ella me observaba, me sentí terriblemente tonto, mirándola desde el pie de la escalera. No dijo nada, pero me contestó con una ligera inclinación de cabeza.

—¿Tengo acaso el placer de dirigirme a Miss Fitzgibbon? —proseguí—. ¿Miss A. Fitzgibbon?

—Soy yo —dijo con una voz agradable y bien modulada.

—Miss Fitzgibbon, comprendo que mi pedido le parecerá extraño, pero tengo aquí algo que creo que será de interés para usted. Me pregunto si podría mostrárselo.

Por un momento no dijo nada, sino que continuó mirándome. Luego dijo:

—¿De qué se trata, Mr. Turnbull?

Miré por el corredor, temiendo que en cualquier momento apareciera algún otro huésped.

—¿Me permite usted subir? —pregunté.

—No, no se lo permito. Yo bajaré.

Miss Fitzgibbon tenía un bolso grande de cuero que apoyó sobre el descanso, junto a su puerta. Luego, recogiendo un poco su falda, bajó lentamente la escalera.

Cuando estuvo frente a mí, en el corredor, continué:

—Sólo la detendré unos minutos. Fue una suerte que usted se hospedara en este hotel.

Mientras hablaba, me había agachado y trataba de abrir mi valija de muestras. Cuando lo logré, saqué una de las Máscaras Protectoras. Me puse de pie, con el artefacto en la mano y noté que Miss Fitzgibbon me observaba con curiosidad. Había algo en su mirada franca que desconcertaba.

—¿Qué es lo que tiene allí, Mr. Turnbull? —preguntó.

—La llamo Máscara Protectora de la Vista —respondí. No dijo nada, de modo que continué un poco confuso—. Verá, sirve tanto para los pasajeros como para el conductor, y se puede quitar con rapidez.

En ese instante, la joven se apartó de mí como para subir la escalera otra vez.

—¡Espere, por favor! —exclamé—. No me explico bien.

—Ya lo creo. ¿Qué tiene usted ahí y por qué debería interesarme tanto como para que usted se dirija a mí en el corredor de un hotel?

Su actitud era tan fría y formal que yo no sabía cómo expresarme.

—Miss Fitzgibbon, entiendo que usted es empleada de Sir William Reynolds, ¿no es así? —dije.

La joven confirmó este hecho, de modo que comencé a balbucear las razones por las que yo creía que la Máscara podría interesar a Sir William.

—Pero todavía no me ha dicho de qué se trata.

—Protege los ojos del polvo cuando se viaja en automóvil —dije y dejándome llevar por un impulso repentino, levanté la máscara y la sostuve sobre mis ojos. Entonces la joven se echó a reír, pero me pareció que su risa no era hiriente.

—¡Pero si son antiparras para viajar en automóvil! —exclamó—. ¿Por qué no lo dijo?

—¿Las ha visto ya? —pregunté sorprendido.

—Son comunes en los Estados Unidos.

—¿Entonces Sir William posee algunas?

—No... pero probablemente, piense que no las necesita.

Me agaché de nuevo, para revisar mi valija de muestras.

—Hay un modelo para damas —dije, buscando con afán entre los diversos productos que llevaba. Por fin encontré un modelo más pequeño producido por la fábrica de Mr. Westerman. Me puse de pie y se lo alcancé. En el apuro volteé sin darme cuenta la valija y una cantidad de álbumes para fotos, billeteras y agendas se desparramaron por el piso.

—Pruébese ésta, Miss Fitzgibbon —dije—. Está hecha de la mejor cabritilla.

Cuando volvía a mirar a la joven, creí por un momento que seguiría riendo, pero mostraba una expresión seria.

—No creo necesitar...

—Le aseguro que es muy cómoda.

Mi entusiasmo triunfó por fin, pues tomó las antiparras de cuero de mi mano.

—Tiene una correa ajustable —dije—. Por favor, pruébesela.

Me incliné una vez más y guardé en la valija las muestras desparramadas. Mientras lo hacía, miré de nuevo hacia el corredor.

Cuando volvía a ponerme de pie, Miss Fitzgibbon sostenía la Máscara sobre la frente y trataba de ajustar la correa. Tenía puesto un sombrero grande con flores, que dificultaba enormemente la tarea. Si al principio de la conversación me había sentido tonto, eso no era nada comparado con lo que sentía ahora. Mi naturaleza impulsiva y la torpeza de mis modales me habían llevado a una situación por demás embarazosa. Miss Fitzgibbon trataba, sin duda, de complacerme y mientras ella luchaba con el cierre, yo hubiera querido tener el valor de arrebatarle las antiparras y correr avergonzado hacia mi cuarto. En lugar de ello, permanecí delante de ella sin saber qué hacer, observando sus esfuerzos por aflojar la correa. Miss Fitzgibbon sonreía con paciencia.

—Al parecer se ha enredado en mi cabello, Mr. Turnbull.

Tiró de la correa, pero hizo un gesto de dolor al arrastrar algunos cabellos con el tirón. Yo quería ayudarla de algún modo, pero me sentía demasiado nervioso ante ella.

Tiró de nuevo de la correa, pero el cierre metálico estaba enredado en los cabellos.

Entonces, en el extremo opuesto del corredor oí voces y el crujir de la escalera de madera. Miss Fitzgibbon oyó lo mismo, pues también miró en esa dirección.

—¿Qué voy a hacer? —preguntó con voz suave—. No pueden verme con esto en la cabeza.

Volvió a tirar, pero el dolor la hizo dar un paso atrás.

—¿Puedo ayudarla? —dije, acercándome.

En la pared junto a la parte superior de la escalera apareció una sombra, dibujada por las lámparas del vestíbulo.

—¡Nos descubrirán en cualquier momento! —exclamó Miss Fitzgibbon, con las antiparras colgando junto a la cara—.Será mejor que entremos en mi habitación por unos minutos.

Las voces se acercaban.

—¿Su habitación? —pregunté anonadado—. ¿Los dos solos? Después de todo...

—¿Quién más sugeriría usted? —replicó Miss Fitzgibbon—. ¿Mrs. Anson?

Recogiendo un poco su falda otra vez, subió con presteza la escalera hacia su puerta. Por mi parte, luego de dudar un par de

segundos, tomé mi valija de muestras, manteniéndola cerrada con la mano, y seguí a la joven. Esperé mientras ella abría la puerta de la habitación y, un momento después, ambos nos encontrábamos en su interior.

II

El cuarto de Miss Fitzgibbon era más grande que el mío, y más cómodo. Había dos lámparas de gas en la pared, y cuando la joven agrandó la llama una luz cálida y brillante invadió la habitación. En el hogar ardía un fuego de carbón y las ventanas estaban adornadas con largos y lujosos cortinados de terciopelo. En un rincón había una cama grande de estilo francés, con el cubrecama recogido. La mayor parte de la habitación, sin embargo, estaba ocupada por muebles que no habrían desentonado en una sala común y corriente: una *chaise longue,* dos sillones, algunas alfombras, un enorme aparador, una biblioteca y una pequeña mesa.

Nervioso, me quedé junto a la puerta mientras Miss Fitzgibbon iba hacia el espejo y desenredaba las antiparras de su cabello. Las depositó sobre la mesa.

Luego de quitarse el sombrero, dijo:

—Tome asiento, por favor, Mr. Turnbull.

Mirando las antiparras, repuse:

—Creo que debería irme ahora.

Miss Fitzgibbon permaneció en silencio, atenta al sonido de las voces que pasaban junto al pie de la escalera.

—Tal vez sería mejor si se quedara un poco más —dijo—. No sería correcto que lo vieran salir de mi habitación a esta hora.

Me reí con ella por cortesía, pero debo confesar que me sentí en extremo sorprendido ante ese comentario.

Me senté en uno de los sillones junto a la mesa; Miss Fitzgibbon fue hasta el hogar y atizó el fuego para que ardiera con más fuerza.

—Discúlpeme un momento, por favor —dijo. Cuando pasó junto a mí noté que la rodeaba un dejo del aroma de hierbas que yo había percibido antes. Desapareció por una puerta interna y la cerró tras de sí.

Permanecí sentado maldiciendo mi naturaleza impulsiva. Me sentía molesto y apenado por el incidente, pues estaba claro que Miss Fitzgibbon no tenía interés en mi Máscara ni tampoco la necesitaba. Era aún menos probable que persuadiera a Sir William a que probara mis antiparras. Yo la había importunado y comprometido, puesto que si Mrs. Anson, o cualquiera, en realidad, de los que estaban en el hotel, descubriera que yo había estado de noche solo en su habitación, entonces la reputación de la joven quedaría manchada para siempre.

Cuando Miss Fitzgibbon regresó, unos diez minutos después, oí el sonido sibilante de una cisterna y supuse que sería un baño privado, lo cual debía ser cierto, pues la joven parecía haber retocado su *maquillaje,* y su peinado era diferente: ya no llevaba el cabello

recogido por completo en un apretado rodete, sino que había dejado caer parte de él sobre sus hombros. De nuevo pasó junto a mí para sentarse en otro sillón y entonces noté que el aroma de hierbas era más intenso.

Se sentó, y se reclinó sobre el respaldo con un suspiro. En su conducta hacia mí no había ninguna ceremonia.

—Bien, Mr. Turnbull —dijo—. Creo que le debo una disculpa. Siento haber estado tan altanera con usted en el corredor.

—Soy yo quien debe pedir disculpas —respondí de inmediato—. Yo...

—Fue una reacción natural, creo —continuó como si no me hubiese oído—. He pasado las últimas cuatro horas en compañía de Mrs. Anson, a quien al parecer nunca le faltan palabras.

—Estaba seguro de que eran amigas —dije.

—Se ha designado a sí misma como mi guardián y mentor. Yo escucho muchos de sus consejos. —Miss Fitzgibbon se puso de pie, otra vez se acercó al aparador y sacó dos copas—. Sé por su aliento que usted bebe, Mr. Turnbull. ¿Querría tomar una copa de coñac?

—Sí, gracias —repuse, tragando saliva con dificultad.

Sirvió un poco de coñac de un frasco metálico que había tomado de su bolso y puso las dos copas sobre la mesa que había entre los dos.

—Igual que usted, Mr. Turnbull, a veces siento la necesidad de fortificarme.

La joven volvió a sentarse. Levantamos las copas y comenzamos a beber.

—Ha dejado usted de hablar —dijo—. Espero no haberlo asustado.

La miré, impotente, lamentando haber iniciado esta inocente empresa.

—¿Viene a Skipton con frecuencia? —preguntó.

—Unas dos o tres veces por año. Miss Fitzgibbon, creo que debería despedirme. No es correcto que permanezca aquí a solas con usted.

—Pero aún no he descubierto por qué tenía usted tanto interés en mostrarme sus antiparras.

—Creí que usted podría persuadir a Sir William para que las probara.

Asintió, demostrando que comprendía.

—¿Y usted es vendedor de antiparras?

—No, Miss Fitzgibbon. Verá usted, la firma para la que trabajo fabrica...

Mi voz se desvaneció, puesto que oí en ese instante el sonido que ahora llamaba a las claras la atención de Miss Fitzgibbon. Ambos habíamos oído, del otro lado de la puerta, el crujir de las maderas del

piso.

Miss Fitzgibbon se llevó un dedo a los labios, y permanecimos sentados en angustioso silencio. ¡Pocos minutos después, con golpes fuertes y perentorios, alguien llamó a la puerta!

III

—¡Miss Fitzgibbon!

Era la voz de Mrs. Anson.

Miré con desesperación a mi nueva amiga.

—¿Qué haremos? —murmuré—. Si me encuentran aquí a esta hora...

—Quédese tranquilo... déjeme hacer a mí.

Desde afuera se oyó otra vez:

—¡Miss Fitzgibbon!

La joven se dirigió rápidamente al otro lado de la habitación y se detuvo junto a la cama.

—¿Qué desea, Mrs. Anson? —preguntó con voz débil como si estuviera cansada.

Hubo un corto silencio y luego:

—¿Le trajo la mucama una botella de agua caliente?

—Sí, gracias. Ya estoy acostada.

—¿Con las luces todavía encendidas, Miss Fitzgibbon?

Desesperada, la joven señalaba la puerta y trataba de indicarme algo moviendo las manos. Comprendí de inmediato y me hice a un lado con rapidez para que nadie pudiera verme a través del ojo de la cerradura.

—Estoy leyendo un poco, Mrs. Anson. Que tenga buenas noches.

Más silencio del otro lado de la puerta; ¡en ese instante creí que sin duda iba a tener que gritar para quebrar la tensión!

—Me pareció oír la voz de un hombre —dijo Mrs. Anson.

—Estoy completamente sola —aseguró Miss Fitzgibbon. Pude ver que sus mejillas enrojecían, aunque no sabía si era de vergüenza o de ira.

—No creo estar equivocada.

—Por favor, espere un momento —dijo Miss Fitzgibbon.

Entonces vino hacia mí con cautela y me murmuró algo al oído:

—Tendré que dejarla pasar. Sé lo que haré. Por favor, vuélvase.

—¿Cómo? —pregunté estupefacto.

—¡Vuélvase... *por favor!*

La miré desesperado un minuto más, y luego hice lo que me pedía. La oí alejarse de mí hacia el ropero, y después me llegó el sonido que hacía al desprender los cierres y botones de su vestido. Cerré los ojos con fuerza y los cubrí con la mano. Mi situación era tan atroz que no tenía paralelo.

Oí que Miss Fitzgibbon cerraba la puerta del ropero, y luego sentí el contacto de una mano sobre mi brazo. Me volví: Miss Fitzgibbon estaba de pie junto a mí, vestida con una larga bata de franela a rayas.

Tenía el cabello suelto, sin horquillas, de modo que caía enmarcando su cara.

—Tómelas —murmuró mientras me ponía las copas de coñac en las manos—. Espere en el baño.

—¡Miss Fitzgibbon, en realidad debo insistir! —repitió Mrs. Anson.

Me dirigí con torpeza hacia la puerta del baño. Mientras caminaba, miré para atrás y vi a Miss Fitzgibbon retirando los cobertores de la cama y desarreglando las sábanas y la almohada. Tomó mi valija de muestras y la arrojó debajo de la *chaise longue*. Entré en el baño y cerré la puerta. En la oscuridad, me apoyé contra el marco de la puerta y sentí que las manos me temblaban.

Miss Fitzgibbon abrió la puerta principal.

—¿Qué desea, Mrs. Anson?

Oí que Mrs. Anson entraba en la habitación. Podía imaginármela mirando con suspicacia en todas direcciones, y aguardé el momento en que irrumpiera en el baño.

—Miss Fitzgibbon, es muy tarde. ¿Por qué no duerme aún?

—Estaba leyendo. De no haber llamado usted cuando lo hizo, creo que a esta altura estaría durmiendo.

—Oí claramente una voz masculina.

—Pero usted puede verlo... estoy sola. ¿No podría haber sido en la habitación vecina?

—Venía de aquí.

—¿Escuchaba usted detrás de la puerta?

—¡Por supuesto que no! Pasaba por el corredor de abajo de camino a mi cuarto.

—Entonces bien pudo equivocarse. Yo también oí voces.

El tono de Mrs. Anson cambió de pronto.

—Mi querida Amelia, me preocupa su bienestar. Usted no conoce a estos viajantes tan bien como yo. Es joven e inocente, y yo soy responsable de su seguridad.

—Tengo veintidós años, Mrs. Anson, y *yo soy* responsable de mi seguridad. Ahora, por favor, retírese porque quisiera irme a dormir.

De nuevo cambió el tono de voz de Mrs. Anson.

—¿Cómo sé que no me engaña?

—¡Mire a su alrededor, Mrs. Anson! —Miss Fitzgibbon vino hasta la puerta del baño y la abrió bruscamente. La puerta golpeó contra mi hombro, pero sirvió para ocultarme—. ¡Mire en todas partes! ¿Quiere inspeccionar el ropero? ¿O prefiere mirar debajo de la cama?

—No hace falta ser desagradable, Miss Fitzgibbon. Estoy dispuesta a aceptar su palabra.

—Entonces tenga la amabilidad de dejarme en paz, pues mañana me espera un largo día de trabajo y quiero irme a dormir.

Luego de un breve silencio, Mrs. Anson dijo:

—Muy bien, Amelia. Que tenga buenas noches.

—Buenas noches, Mrs. Anson.

Oí a Mrs. Anson salir de la habitación y bajar la escalera. Hubo un silencio mucho más largo que el anterior, y luego Miss Fitzgibbon cerró la puerta principal.

Caminó entonces hasta el cuarto de baño, y se apoyó sin fuerzas contra el marco de la puerta.

—Se ha ido —confirmó.

IV

Miss Fitzgibbon tomó una de las copas de mis manos, y bebió el coñac.

—¿Quiere un poco más? —ofreció con suavidad.

—Sí, por favor.

El frasco estaba ahora casi vacío, pero compartimos lo que quedaba.

Observé el rostro de Miss Fitzgibbon, pálido a la luz de gas, y me pregunté si yo también tendría el mismo color ceniciento.

—Por supuesto, debo irme de inmediato —dije.

La joven sacudió la cabeza rechazando la idea.

—Lo verían. Mrs. Anson no se atrevería a volver aquí, pero no se irá directamente a dormir.

—¿Entonces qué puedo hacer?

—Tendremos que esperar. Creo que si se va dentro de una hora ella ya no estará por acá.

—Estamos comportándonos como si fuéramos culpables —dije—. ¿Por qué no puedo irme ahora y decirle a Mrs. Anson toda la verdad?

—Porque ya hemos recurrido al engaño, y ella me ha visto con ropa de dormir.

—Sí, claro.

—Tendré que apagar las lámparas de gas, como si estuviera acostada. Hay una pequeña lámpara de aceite y podemos sentarnos junto a aquello —dijo, señalando un biombo—. Si usted quisiera correrlo delante de la puerta, Mr. Turnbull, servirá para disimular la luz y el sonido de nuestras voces.

—Lo correré de inmediato —repuse.

Miss Fitzgibbon echó más carbón al fuego, encendió la lámpara de aceite y apagó las de gas.

La ayudé a correr los dos sillones hasta el hogar; luego coloqué la lámpara sobre la repisa de la chimenea.

—¿Le importaría esperar un rato? —preguntó.

—Preferiría irme —respondí, incómodo— pero creo que usted tiene razón. No me gustaría enfrentarme con Mrs. Anson en este momento.

—Entonces, trate de calmarse, por favor.

—Miss Fitzgibbon, me sentiría mucho más tranquilo si usted se vistiera de nuevo.

—Pero debajo de la bata tengo puesta mi ropa interior.

—Aun así.

Entré al cuarto de baño unos instantes, y cuando salí la joven se había vestido otra vez. Sin embargo, aún llevaba el cabello suelto, lo

cual me resultó muy agradable, pues en mi opinión su rostro así enmarcado se lucía más.

Cuando me sentaba, me dijo:

—¿Puedo pedirle otro favor sin que se escandalice más?

—¿De qué se trata?

—Me sentiré más cómoda durante esta hora si usted deja de llamarme por mi apellido. Me llamo Amelia.

—Lo sé. Oí que Mrs. Anson la llamaba así. Yo me llamo Edward.

—Eres tan formal, Edward —reprochó.

—No puedo evitarlo, estoy acostumbrado a serlo.

Ya no estaba tenso, y me sentía muy cansado. A juzgar por la forma en que estaba sentada, Miss Fitzgibbon —o Amelia— se sentía igual. El abandono de las formalidades era un modo similar de relajarse, como si la abrupta irrupción de Mrs. Anson hubiera barrido con las cortesías habituales. Ambos habíamos sufrido y superado una catástrofe en potencia y eso nos había acercado uno al otro.

—Amelia, ¿crees que Mrs. Anson sospechaba que yo estaba aquí? —pregunté.

Me miró con malicia.

—No —dijo—. Lo sabía.

—¡Entonces te he comprometido! —exclamé.

—Soy yo quien te ha comprometido. El engaño fue idea mía.

—Eres muy franca. Creo que nunca he conocido a nadie como tú.

—Pues, a pesar de tu convencionalismo, Edward, no creo haber conocido antes a nadie como tú.

V

Ahora que lo peor había pasado, y que disponíamos de tiempo para resolver lo demás, descubrí que podía gozar de la intimidad del momento. Las sillas estaban muy juntas, en medio de la tibieza y la semioscuridad, el coñac irradiaba calor por dentro y la luz de la lámpara de aceite cargaba de matices sutiles y agradables los rasgos de Amelia. Todo esto me traía pensamientos que nada tenían que ver con las circunstancias que nos habían reunido. Me parecía una persona de extraordinaria belleza y serenidad, y la idea de dejarla cuando terminara mi hora de espera no me entusiasmaba.

Al principio fui yo quien dirigió la conversación, al hablar un poco sobre mí mismo. Le expliqué cómo mis padres habían emigrado a los Estados Unidos poco después de que yo terminara mis estudios y que desde entonces yo vivía solo y trabajaba para Mr. Westerman.

—¿Nunca tuviste deseos de ir con tus padres a América? —preguntó Amelia.

—Estuve tentado de hacerlo. Me escriben con frecuencia y Estados Unidos parece ser un país emocionante. Pero pensé que conocía poco de Inglaterra y que sería preferible para mí vivir mi propia vida aquí por un tiempo, antes de reunirme con ellos.

—¿Y conoces algo más de Inglaterra ahora?

—Casi nada —respondí—. Aunque paso todas las semanas fuera de Londres, la mayor parte del tiempo estoy en hoteles como éste.

Luego, me interesé cortésmente por sus antecedentes. Me dijo que sus padres habían muerto en un naufragio cuando ella era pequeña todavía y que desde entonces Sir William era su tutor legal. Se cumplía así un deseo expresado en el testamento del padre de la joven, amigo de Sir William desde sus días de escolares.

—¿De modo que tú también vives en Reynolds House? —dije—. ¿No es sólo un empleo?

—Recibo un pequeño salario por mi labor, pero Sir William ha puesto a mi disposición algunas habitaciones en una de las alas de la casa.

—Me encantaría conocer a Sir William —exclamé con fervor.

—¿Para que pruebe tus antiparras en tu presencia? —preguntó Amelia.

—Lamento habértelas mostrado.

—Yo estoy contenta de que lo hayas hecho. Sin querer me has alegrado la noche. Comenzaba a sospechar que Mrs. Anson era la única persona en este hotel, tan firmemente sujeta me tenía. De todos modos, estoy segura de que Sir William considerará la posibilidad de comprar tus antiparras, aunque en la actualidad ya no conduzca su

carruaje sin caballos.

La miré sorprendido.

—Pero creí que Sir William era un conductor entusiasta. ¿Por qué perdió el interés?

—Es un científico, Edward. Sus inventos son numerosos, y se vuelca a nuevos diseños constantemente.

De este modo conversamos durante un largo rato y cuanto más hablábamos tanto más relajado me sentía. Nuestros temas eran intrascendentes en su mayoría, y giraban en torno de nuestra vida pasada y anteriores experiencias. Pronto supe que Amelia había viajado mucho más que yo, ya que había acompañado a Sir William en algunos de sus viajes transoceánicos. Me contó sobre su visita a Nueva York y a Dresde y a Leipzig, y me pareció muy interesante.

Por fin el fuego se consumió, y no nos quedaba más coñac.

De mala gana pregunté.

—Amelia, ¿crees que debería volver a mi habitación?

En un primer momento su expresión no cambió, pero luego sonrió fugazmente y para sorpresa mía apoyó su mano con suavidad sobre mi brazo.

—Sólo si tú lo deseas —dijo.

—Entonces creo que me quedaré algunos minutos más.

De inmediato me arrepentí de haber dicho tal cosa. A pesar del gesto amistoso de la joven, me parecía que ya habíamos hablado bastante de los asuntos que nos interesaban, y que una nueva dilación sólo significaba admitir el considerable grado de perturbación que la cercanía de Miss Fitzgibbon me causaba. Yo no tenía idea de cuánto tiempo había pasado desde que Mrs. Anson dejó la habitación —y mirar el reloj habría sido imperdonable—, pero sí estaba seguro de que debía haber pasado mucho más tiempo del que habíamos acordado. No era correcto esperar más.

Amelia no había retirado su mano de mi brazo.

—Debemos hablar otra vez, Edward —dijo—. Veámonos en Londres una noche; tal vez podrías invitarme a cenar. Entonces sin tener que hablar en voz baja podremos conversar cuanto queramos.

—¿Cuándo regresas a Surrey? —pregunté.

—Creo que mañana a la tarde.

—Estaré en la ciudad durante el día. ¿Aceptarías almorzar conmigo? Hay una pequeña posada en Ilkley Road...

—Sí, Edward. Será un placer.

—Ahora es mejor que me vaya.

Saqué mi reloj del bolsillo y comprobé que había transcurrido una hora y media desde la irrupción de Mrs. Anson.

—Lamento haber conversado durante tanto tiempo —agregué.

Tomé mi valija de muestras y caminé sin hacer ruido hacia la

puerta. Amelia se puso de pie y apagó la lámpara de aceite.

—Te ayudaré con el biombo —dijo.

La única iluminación del cuarto provenía de los tizones semiapagados del hogar. La silueta de Amelia se recortaba contra el resplandor mientras ella se me acercaba. Juntos corrimos el biombo a un lado, luego giré el picaporte de la puerta. Todo era quietud y silencio del otro lado. De pronto, en medio de esa gran calma me pregunté hasta qué punto el biombo había disimulado nuestras voces, y si en realidad más de una persona no habría alcanzado a oír nuestra inocente conversación.

Me volví hacia la joven.

—Buenas noches, Miss Fitzgibbon —me despedí.

De nuevo apoyó su mano sobre mi brazo; sentí un aliento cálido junto a mi mejilla y el roce de sus labios por una fracción de segundo.

—Buenas noches, Mr. Turnbull.

Su mano apretó mi brazo; luego Amelia retrocedió y cerró la puerta silenciosamente.

VI

Mi habitación y mi cama estaban frías y no pude dormir. Permanecí despierto toda la noche pensando sin cesar en temas que no podían estar más alejados de lo que me rodeaba.

Por la mañana, con inesperada lucidez a pesar de no haber dormido, fui el primero en bajar a desayunar, y cuando me sentaba en mi lugar habitual el camarero principal se me acercó.

—Saludos de Mrs. Anson, señor —dijo—. ¿Sería tan amable de ocuparse de esto en cuanto termine de desayunar?

Abrí el delgado sobre marrón y encontré mi cuenta en su interior. Cuando dejé el salón de desayuno descubrí que habían empacado mis pertenencias y que mi equipaje estaba a mi disposición en el vestíbulo de la entrada. El Camarero principal recibió mi dinero y me acompañó a la puerta. Ninguno de los otros huéspedes me había visto partir; no hubo señales de Mrs. Anson. Permanecí allí, en el penetrante fresco matinal, aún aturdido por la precipitación con que me obligaban a irme. Después de un momento, llevé mis valijas a la estación y las dejé en la oficina de equipajes. Me quedé cerca del hotel todo el día, pero no vi rastros de Amelia. Al mediodía fui a la posada de Ilkley Road, pero ella no apareció. Al acercarse la noche, volví a la estación y tomé el último tren del día para Londres.

Capítulo 3
LA CASA DE RICHMOND HILL

I

Durante la semana que siguió a mi prematuro regreso de Skipton, fui en viaje de negocios a Nottingham. Allí me dediqué a mi trabajo a tal punto que compensé adecuadamente las pocas ventas realizadas en Skipton. En la noche del sábado, cuando regresé a mi alojamiento de Regent's Park, el incidente se había reducido a sólo un recuerdo lamentable. Sin embargo, esta afirmación no es del todo exacta, pues a pesar de las consecuencias, conocer a Amelia había sido una experiencia renovadora. Pensaba que no debía abrigar esperanzas de verla otra vez, pero sí sentía la necesidad de disculparme.

Como debía haberlo supuesto, sin embargo, el paso siguiente lo dio Amelia, pues aquel sábado por la noche me esperaba una carta con el sello postal de Richmond.

La mayor parte de la carta estaba escrita a máquina y sólo decía que Sir William se había enterado del accesorio para viajar en automóvil, del cual yo había hecho una demostración, y que el científico había expresado su deseo de conocerme. Por lo tanto, se me invitaba a tomar el té en su casa el domingo 21 de mayo. Sir William tendría sumo placer en conversar conmigo luego del té. La carta estaba firmada: "A. Fitzgibbon".

Debajo de este mensaje principal, Amelia había agregado una posdata manuscrita:

> *Sir William suele estar ocupado en su laboratorio durante la mayor parte del día, de modo que ¿podrías tratar de llegar a eso de las dos de la tarde? Como ahora el tiempo está tan agradable pensé que tú y yo podríamos divertirnos paseando en bicicleta por Richmond Park.*
>
> *Amelia*

No me tomó mucho tiempo decidirme. De hecho, a los pocos minutos ya había escrito aceptando la invitación y antes de que pasara una hora había enviado mi respuesta por correo. Me hacía muy feliz que me invitaran a tomar el té.

II

En la fecha indicada dejé la estación de Richmond y caminé sin apuro a través del pueblo. Casi todos los negocios estaban cerrados, pero había mucho tránsito —la mayoría faetones y coches cerrados con familias que disfrutaban de su paseo dominical— y las calles estaban atestadas de peatones. Por mi parte, me dediqué a pasear como los demás, sintiéndome elegante y a la moda con la ropa que había comprado el día anterior. Más aún, me había permitido derrochar en la compra de un sombrero de paja, que llevaba inclinado, como reflejo del humor despreocupado que tenía. Lo único que recordaba mi modo de vivir habitual era la valija de muestras, en la que sólo había dejado los tres pares de antiparras. Hasta la desusada falta de peso de la valija acentuaba la naturaleza especial de esta visita.

Era demasiado temprano, por supuesto, pues había dejado mi alojamiento poco después del desayuno. Estaba decidido a no llegar tarde y por lo tanto había exagerado al calcular el tiempo que me tomaría el viaje. Había disfrutado de una pausada caminata a través de Londres hasta la estación de Waterloo; el viaje en tren había durado alrededor de veinte minutos, y allí estaba yo, gozando del aire templado y el tibio sol de una mañana de mayo.

En el centro del pueblito, pasé junto a la iglesia cuando los feligreses salían: los caballeros, serenos y formales, vestían traje; las damas, alegres con su vestimenta colorida, llevaban sombrillas. Seguí caminando hasta llegar al puente de Richmond, allí me aparté para acercarme al Támesis y mirar los botes que navegaban entre las márgenes arboladas.

Era un contraste tan grande con la agitación y los olores de Londres; por mucho que me gustara vivir en la metrópoli, el permanente contacto de la gente, el ruido del tránsito y la capa húmeda y gris de emanaciones industriales que se desplazaba por sobre los tejados, todo contribuía a una excesiva presión sobre la mente. Era reconfortante encontrar un lugar como éste, tan cerca del centro de Londres, que gozaba de una elegancia que a menudo me resultaba fácil olvidar que todavía existía.

Continué mi paseo a lo largo de uno de los senderos que bordeaban el río, luego me volví y me encaminé hacia el pueblo. Allí encontré un restaurante abierto y pedí un sustancioso almuerzo. Luego de terminarlo, regresé a la estación, pues antes había olvidado averiguar los horarios de los trenes que volvían a Londres por la noche.

Por fin llegó la hora de partir hacia Richmond Hill; atravesé de

nuevo el pueblo, siguiendo The Quadrant, hasta llegar al cruce con el camino que iba hacia el puente de Richmond. De allí tomé un camino secundario que se abría a la izquierda, colina arriba. Sobre mi izquierda, todo a lo largo del camino, había edificios. Al principio, casi al pie de la colina, las casas estaban construidas en terreno elevado y había uno o dos negocios. Cerraba el conjunto un bar —el Queen Victoria, si mal no recuerdo— y más adelante el estilo y el tipo de casa cambiaban en forma perceptible.

Varias estaban situadas a considerable distancia del camino, casi invisibles tras la espesura de los árboles. A mi derecha, se extendía un parque con más árboles, y al subir un poco más vi la amplia curva del Támesis entre los prados de Twickenham. Era un lugar en extremo hermoso y pacífico.

En lo alto de la colina, el camino se convertía en un sendero de carretas lleno de pozos, que se internaba en el parque atravesando Richmond Gate, y el pavimento desaparecía por completo. En este punto había un sendero más estrecho que subía la ladera en forma más directa y por allí comencé a caminar. Poco después vi un portón con el nombre Reynolds House tallado en los pilares de piedra y supe que había llegado a destino.

El camino para coches era corto, pero describía una curva cerrada en forma de S de tal manera que la casa no se veía desde la entrada. Tomé por ese camino, observando el modo en que se había permitido que los árboles y los arbustos crecieran libremente. En varias partes, la vegetación estaba tan crecida que apenas dejaba paso a un carruaje.

La casa apareció en seguida, y de inmediato me impresionó su tamaño. A mis ojos inexpertos, el cuerpo principal parecía tener alrededor de cien años, pero habían agregado dos alas grandes y más modernas a cada costado, y una parte del patio así formado estaba cerrada con una estructura de vidrio con armazón de madera, a la manera de un invernadero.

Alrededor de la casa, los arbustos estaban podados y a un lado de ella había una extensión de césped bien cuidado que la rodeaba hasta llegar al otro extremo.

Me di cuenta de que la entrada principal estaba parcialmente oculta detrás de una parte del invernadero —al principio no la había visto— y me dirigí hacia allí. Al parecer, no había nadie cerca; la casa y los jardines estaban en silencio, y no había movimiento en ninguna de las ventanas.

Al pasar junto a las ventanas del invernadero, oí de pronto el rechinar de metal contra metal y vi un destello de luz amarilla. Por un instante percibí la silueta de un hombre, inclinado hacia adelante, perfilada por una lluvia de chispas. Luego el chirrido cesó y de nuevo todo quedó a oscuras en el interior.

Toqué el timbre que estaba junto a la puerta, y luego de unos minutos me atendió una mujer regordeta, de mediana edad, con vestido negro y delantal blanco. Me quité el sombrero.

—Quisiera ver a Miss Fitzgibbon —dije, cuando entraba al vestíbulo—. Creo que me espera.

—¿El señor tiene una tarjeta?

Estaba yo a punto de sacar mi tarjeta comercial de siempre, proporcionada por Mr. Westerman, pero entonces recordé que ésta era más bien una visita personal.

—No —repuse—, pero ¿querría usted anunciar a Mr. Edward Turnbull?

—Espere, por favor.

Me llevó hasta una sala, y cerró las puertas detrás de mí.

Yo debía haber caminado con demasiada energía al subir la colina, pues descubrí que estaba acalorado y tenía la cara roja y húmeda de transpiración. Me sequé la cara con el pañuelo tan rápido como pude; luego, para calmarme, me puse a observar la habitación, con la esperanza de que una evaluación de los muebles me proporcionara un panorama de los gustos de Sir William. En realidad, la habitación estaba escasamente amueblada, al punto de parecer desnuda. Había una pequeña mesa octogonal delante del hogar, y junto a ella dos sillones desteñidos, pero esto, aparte de las cortinas y una alfombra raída, era todo lo que había.

Poco después la mucama regresó.

—¿Quiere acompañarme, Mr. Turnbull? —dijo—. Puede dejar su valija aquí, en el vestíbulo.

La seguí a lo largo de un corredor, luego giramos a la izquierda y llegamos a una cómoda sala que se comunicaba con el jardín por medio de una puerta-ventana. La mucama me indicó que cruzara por allí, y al hacerlo, vi a Amelia sentada junto a una mesa blanca de hierro forjado, colocada en el césped debajo de dos manzanos.

—Mr. Turnbull, señora —anunció la mujer, y Amelia hizo a un lado el libro que había estado leyendo.

—Edward —exclamó—. Has llegado antes de lo que esperaba. ¡Qué suerte! ¡Es un día tan hermoso para pasear!

Me senté del otro lado de la mesita. Había notado que la mucama aún estaba de pie junto a la puerta-ventana.

—¿Quiere traernos un poco de limonada, Mrs. Watchets? —le dijo Amelia y luego se volvió hacia mí—. Debes tener sed después de la caminata cuesta arriba. Beberemos sólo un vaso cada uno y luego nos iremos.

Era un verdadero placer volver a verla, y una sorpresa tan agradable comprobar que Amelia era tan hermosa como yo la recordaba. Tenía puesto un atractivo conjunto de blusa blanca y falda

de seda azul oscuro, y en la cabeza llevaba un sombrerito de rafia con flores. El cabello castaño rojizo, bien cepillado y sujeto detrás de las orejas con una horquilla, caía prolijamente sobre su espalda. Estaba sentada de tal modo que el sol le daba en la cara, y cuando la suave brisa agitaba las ramas de los manzanos, las sombras que éstas dibujaban en su rostro parecían acariciar su piel. Pude observar su perfil: era hermosa en muchas formas, y además el peinado enmarcaba sus encantadores rasgos de manera exquisita. Admiré la gracia con que estaba sentada, la delicadeza de su piel blanca, el candor de sus ojos.

—No traje una bicicleta conmigo —dije—, No...

—Tenemos muchas aquí y puedes usar una de ellas. Estoy encantada de que hayas podido venir hoy, Edward. Hay tantas cosas que quiero contarte.

—Lamento profundamente haberte ocasionado problemas —dije, tratando de desahogar la única preocupación que había estado rondándome—. Mrs. Anson no tuvo dudas de mi presencia en tu habitación.

—Creo que te echaron.

—En seguida después del desayuno —expliqué—. No vi a Mrs. Anson...

En ese momento reapareció Mrs. Watchets, trayendo una bandeja con una jarra de vidrio y dos vasos, y yo dejé mi frase sin terminar. Mientras Mrs. Watchets servía la limonada, Amelia me señaló un extraño arbusto sudamericano que crecía en el jardín (Sir William lo había traído al volver de uno de sus viajes transoceánicos), y yo demostré un gran interés en la planta.

Cuando estuvimos solos otra vez, Amelia dijo:

—Hablaremos sobre estos asuntos cuando estemos paseando. Estoy segura de que Mrs. Watchets se escandalizaría tanto como Mrs. Anson si supiera de nuestras conversaciones nocturnas.

Había algo en su forma de hablar en plural que me hizo sentir una emoción placentera, aunque no sin un dejo de culpa.

La limonada estaba deliciosa: helada, y con un marcado sabor acre que estimulaba el paladar. Terminé mi vaso con rapidez desmedida.

—Háblame un poco del trabajo de Sir William —le pedí—. Me dijiste que ya no le interesa su carruaje sin caballos. ¿En qué está trabajando en este momento?

—Tal vez si vas a conocer a Sir William, deberías preguntarle a él. Pero no es ningún secreto que ha construido una máquina voladora más pesada que el aire.

La miré anonadado.

—¡No puedes hablar en serio! —exclamé—. Ninguna máquina

puede volar.

—Los pájaros vuelan; y son más pesados que el aire.

—Sí, pero tienen alas.

Me miró pensativa durante un momento.

—Será mejor que la veas tú mismo, Edward. Está más allá de aquellos árboles.

—En ese caso —dije— sí, déjame ver este aparato imposible.

Dejamos los vasos sobre la mesa, y Amelia me guió a través del parque hacia un monte de árboles, que cruzamos en dirección a Richmond Park —el cual se extendía hasta los límites de la propiedad — hasta llegar a un sector que habían nivelado y cuya superficie habían cubierto con una capa dura y compacta. Allí estaba la máquina voladora.

Era más pesada de lo que podría haber imaginado, pues medía alrededor de seis metros en su punto más ancho. Era evidente que estaba inconclusa: el armazón, que era de tirantes de madera, no estaba revestido y no parecía haber ningún lugar donde el piloto pudiera sentarse. A cada lado del cuerpo principal había un ala inclinada de tal modo que la punta tocaba el suelo. La apariencia general era similar a la de una libélula descansando, aunque no tenía en absoluto la belleza de ese insecto.

Nos acercamos a la máquina, y pasé los dedos sobre la superficie del ala más cercana. Al parecer había varios travesaños de madera debajo de la tela, que tenía la textura de la seda. Estaba extendida muy tirante de modo que el tamborileo de los dedos sobré ella producía un sonido hueco.

—¿Cómo trabaja? —pregunté.

Amelia se acercó al cuerpo principal de la máquina.

—El motor estaba colocado en esta posición —explicó, señalando cuatro tirantes más gruesos que los otros—. Luego este sistema de poleas llevaba los cables que subían y bajaban las alas.

Amelia señaló las bisagras mediante las cuales las alas se movían hacia arriba y hacia abajo, y comprobé al levantar un ala que el movimiento era poderoso y uniforme.

—¡Sir William debería haber continuado con esto! —afirmé—. Volar sería algo maravilloso con toda seguridad.

—Se desilusionó —dijo Amelia—. No estaba satisfecho con el diseño. Una noche me dijo que necesitaba tiempo para reconsiderar su teoría del vuelo, porque esta máquina sólo imita infructuosamente los movimientos de un pájaro. Dijo que necesitaba una completa reevaluación. También agregó que el motor de movimiento oscilante que estaba usando era demasiado pesado para la máquina y no lo bastante poderoso.

—Yo hubiera pensado que un hombre del talento de Sir William

podría haber modificado el motor —dije.

—Por supuesto que lo hizo. Mira aquí.

Amelia señaló un extraño grupo de piezas, colocado en lo profundo de la estructura. Al principio parecía estar hecho de marfil y estaño, pero tenía una característica cristalina que de algún modo engañaba la vista, en tal forma que no era posible ver los componentes dentro de sus profundidades multifacéticas y titilantes.

—¿Qué es esto? —pregunté muy interesado.

—Un dispositivo inventado por Sir William. Es una sustancia que aumenta la energía, y tuvo cierto efecto. Pero, como dije, Sir William no estaba satisfecho con el diseño y abandonó la máquina por completo.

—¿Dónde está ahora el motor? —dije.

—En la casa. Sir William lo usa para generar electricidad para su laboratorio.

Me incliné para examinar la sustancia cristalina más de cerca, pero aun así, era difícil averiguar cómo estaba hecha. Estaba desilusionado con la máquina voladora y pensaba que habría sido divertido verla volar.

Erguido de nuevo, vi que Amelia había retrocedido un poco. Le pregunté:

—Dime, ¿alguna vez ayudas a Sir William en su laboratorio?

—Si me llama para que lo haga.

—¿De modo que eres su confidente?

Ella repuso:

—Si te refieres a que yo podría convencerlo para que compre las antiparras que vendes, creo que sí.

No contesté nada, pues no estaba pensando en el condenado asunto de las antiparras.

Habíamos comenzado a caminar despacio de regreso hacia la casa y, al llegar al jardín, Amelia sugirió:

—¿Salimos ahora a dar nuestro paseo en bicicleta?

—Con todo gusto.

Entramos a la casa y Amelia llamó a Mrs. Watchets. Le dijo que nosotros saldríamos por el resto de la tarde, y que el té debía servirse como siempre a las cuatro y media.

Luego fuimos a un galpón donde había varias bicicletas amontonadas; cada cual eligió una y las empujamos por los terrenos que rodeaban la casa, hasta el borde de Richmond Park.

III

Nos sentamos a descansar a la sombra de unos árboles mirando los estanques de Pen, y Amelia me contó por fin lo que le sucedió la mañana siguiente a nuestra conversación.

—No me llamaron a desayunar —dijo— y como estaba cansada me quedé dormida. A las ocho y media me despertó Mrs. Anson al entrar en la habitación con la bandeja del desayuno. Entonces, como era de imaginarse, Mrs. Anson me concedió el beneficio de sus ideas sobre la moralidad... con la extensión habitual.

—¿Estaba enojada contigo? ¿Trataste de explicarle? —pregunté.

—Bueno, ella no estaba enojada, o por lo menos no lo demostraba. Y no tuve oportunidad de dar ninguna explicación. Mrs. Anson se mostraba callada y solícita. Sabía lo que había sucedido, o se había formado en su mente su propia idea de ello, y al principio pensé que si hubiera tratado de negar la conclusión preconcebida que ella tenía, habría hecho que Mrs. Anson se enfureciera, de modo que escuché sus consejos con humildad. En esencia, me dijo que yo era una joven bien educada y culta, y que lo que ella llamaba "vida disoluta" no era para gente como yo. Sin embargo, la conversación fue muy reveladora en otro sentido. Comprendí que ella podía censurar las acciones supuestas de los demás, y sin embargo mostrar una curiosidad profunda y lasciva con respecto a ellas. A pesar de todo su enojo, Mrs. Anson ansiaba conocer detalles de lo que había sucedido.

—Supongo que quedó desilusionada —dije.

—De ninguna manera —repuso Amelia, sonriendo mientras sostenía con una mano una brizna de pasto y con la otra arrancaba las hojas exteriores hasta dejar al descubierto el suave tallo interior, verde brillante—. Le proporcioné algunos detalles ilustrativos.

Me eché a reír a pesar de que me sentí de inmediato muy incómodo y algo entusiasmado.

—Me gustaría oír uno o dos de esos detalles —me atreví a decir.

—Señor, ¿y mi pudor? —dijo Amelia, pestañando exageradamente; luego se echó a reír también—. Satisfecha su curiosidad y con la revelación de que mi vida iba camino de la decadencia moral, Mrs. Anson se apresuró a salir de mi habitación, y eso fue todo. Dejé el hotel tan pronto como pude. El retraso me hizo llegar tarde a mi cita en la fábrica, y no llegué a nuestro almuerzo a tiempo. Lo lamento mucho.

—No es nada —dije, contento conmigo mismo, aun cuando mi reputación escandalosa era ficticia.

Estábamos sentados juntos, recostados contra la base de un enorme árbol; nuestras bicicletas estaban apoyadas contra otro, A

unos metros, dos chiquillos con trajes marineros trataban de hacer que un barquito de juguete cruzara el estanque. Cerca de ellos, la niñera los observaba, sin interés.

—Vayamos más lejos —sugerí—. Me gustaría ver un poco más del parque.

Me puse de pie de un salto y extendí los brazos para ayudar a Amelia, Corrimos hasta las bicicletas; luego de separarlas, nos subimos a ellas y nos dirigimos en contra del viento, hacia Kingston-upon-Thames.

Pedaleamos con tranquilidad algunos minutos, pero entonces, justo cuando nos acercábamos a una pequeña elevación del terreno, Amelia exclamó:

—¡Corramos una carrera!

Comencé a pedalear con más energía, pero la combinación del viento de frente con el declive lo hacía difícil. Amelia seguía a mi lado.

—¡Vamos, no te estás esforzando! —gritó, y se adelantó un poco.

Impulsé los pedales con más energía y conseguí alcanzarla, pero en seguida se adelantó de nuevo. Me levanté del asiento y usé toda mi fuerza para reducir la distancia que nos separaba, pero a pesar de todo mi esfuerzo Amelia lograba, de algún modo, permanecer unos metros delante de mí. De pronto, Amelia, como si se hubiera cansado de jugar conmigo, se lanzó velozmente hacia adelante y, rebotando en forma alarmante sobre la superficie irregular del sendero, subió con rapidez la pendiente. Yo sabía que nunca podría mantenerme a la par de ella, y de inmediato abandoné esa lucha desigual. Observé mientras ella avanzaba... entonces vi con sorpresa que todavía estaba sentada en el asiento, erguida y, por lo que veía, *¡sin pedalear!*

Anonadado, contemplé cómo su bicicleta alcanzaba la cima de la pendiente a una velocidad que debía superar en gran medida los treinta kilómetros por hora, y luego desaparecía de mi vista.

Malhumorado, volví a pedalear, un poco resentido por el modo en que mi orgullo había sido herido. Al llegar a la cima, vi a Amelia unos metros más adelante. La joven había desmontado, su bicicleta yacía a un costado y la rueda delantera giraba todavía. Amelia estaba sentada sobre el pasto, junto a la bicicleta, riéndose de mi rostro acalorado y cubierto de transpiración.

Arrojé mi bicicleta junto a la de ella, y me senté con la sensación más parecida al desagrado que había experimentado en su compañía.

—Hiciste trampa —reproché.

—Tú también podrías haberlo hecho —exclamó, todavía riéndose de mí.

Me sequé la cara con el pañuelo.

—Eso no fue una carrera, fue una humillación intencional.

—¡Oh, Edward! No lo tomes en serio. Sólo quería mostrarte algo.

—¿Qué? —pregunté con tono malhumorado.

—Mi bicicleta. ¿Notas algo en ella?

—No. —Todavía no me había aplacado.

—¿Qué me dices de la rueda delantera?

—Todavía está girando —respondí.

—Entonces detenla.

Estiré el brazo y tomé el neumático con la mano, pero lo solté porque la fricción me quemó. La rueda siguió girando.

—¿Qué es? —pregunté, olvidando al instante mi malhumor.

—Es uno de los inventos de Sir William —explicó Amelia—. Tu bicicleta también tiene uno.

—¿Pero cómo trabaja? Subiste la pendiente sin pedalear. Eso va en contra de las leyes de la física.

—Mira, te mostraré.

Se inclinó hacia su bicicleta y tomó el manubrio. Sujetó la empuñadura de la derecha en cierta forma, y la rueda delantera dejó de girar. Entonces enderezó la bicicleta.

—Aquí abajo. —Me mostró dónde mirar, y entre la empuñadura y la palanca de freno vi una pequeña tira de mica.

—Mueve esto hacia adelante con los dedos, así, y...

La bicicleta comenzó a moverse hacia adelante, pero Amelia levantó la rueda delantera del suelo y ésta siguió girando sin dificultad en el aire.

—Cuando uno quiere detenerse, basta con deslizar la tira de nuevo hacia su lugar, y ya se puede utilizar la bicicleta normalmente.

—¿Y dices que mi bicicleta tiene uno de éstos?

—Sí.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¡No hubiera sido necesario que hiciéramos ningún esfuerzo en el paseo!

Amelia reía otra vez, mientras yo corría hasta mi bicicleta y la enderezaba. Tal como ella dijera, debajo de la empuñadura de la derecha había un trozo similar de mica.

—¡Debo probarlo de inmediato! —grité, y monté en mi bicicleta. En cuando logré el equilibrio, deslicé la tira de mica hacia adelante y la bicicleta avanzó con mayor rapidez.

—¡Funciona! —le grité entusiasmado, haciéndole un gesto con la mano... y en ese momento la rueda delantera golpeó contra una mata de pasto y caí al suelo.

Amelia corrió hasta mí y me ayudó a ponerme de pie. Mi bicicleta estaba a unos pocos metros; la rueda delantera giraba alegremente.

—¡Qué invento maravilloso! —grité, lleno de entusiasmo—.

¡Ahora corramos una verdadera carrera!

—Bien —convino Amelia—. ¡Primero hacia los estanques!

Recuperé mi bicicleta, y ella corrió hacia la suya. En pocos minutos los dos estábamos sentados en las bicicletas, corriendo con una velocidad espectacular hacia la cima de la colina. Esta vez, la carrera fue más pareja, y al bajar por la pendiente hacia los lejanos estanques nos mantuvimos uno al lado del otro. El viento me golpeaba la cara y no tardé mucho en sentir que me arrancaba el sombrero. El de Amelia se iba para atrás, pero quedaba sujeto a su cuello por una cinta.

Al llegar a los estanques, pasamos a gran velocidad junto a la niñera y los dos niños, que se quedaron mirándonos atónitos. Riéndonos a carcajadas, rodeamos el mayor de los dos estanques, luego retiramos las tiras de mica y pedaleamos hacia los árboles a velocidad moderada.

Cuando nos bajábamos de las bicicletas, pregunté:

—¿Qué es, Amelia? ¿Cómo trabaja?

Me había quedado sin aliento, aunque la energía consumida en realidad había sido mínima.

—Está aquí —respondió Amelia.

Con un movimiento giratorio, sacó la empuñadura de goma, dejando así al descubierto el tubo de acero del manubrio. Sostuvo este último de manera que yo pudiera ver dentro de él... y allí, depositado en su interior, había un poco del material cristalino que había visto en la máquina voladora.

—Hay un cable que corre por el bastidor —explicó Amelia— y está conectado a la rueda. Dentro de la maza de la rueda hay un poco más de ese producto.

—¿Qué es esta sustancia cristalina? —pregunté—. ¿De qué está hecha?

—Eso no lo sé. Conozco alguno de los materiales que la componen, puesto que tuve que pedirlos, pero no estoy segura de cómo se combinan para lograr el efecto.

Agregó que Sir William había diseñado la bicicleta modificada cuando el deporte se hizo popular algunos años antes. Su idea había sido ayudar a las personas débiles o mayores cuando se toparan con una pendiente.

—¿Te das cuenta de que tan sólo este invento proporcionaría a Sir William una fortuna?

—A él no le interesa el dinero.

—No, pero piensa en el beneficio público que significaría. Una máquina así podría transformar la industria del transporte.

Amelia sacudía la cabeza.

—No comprendes a Sir William. Estoy segura de que pensó en sacar una patente por esto, pero creo que le pareció mejor que nadie conociera su invento. Andar en bicicleta es un deporte, practicado en

su mayor parte por los jóvenes, y con el fin de tomar aire fresco y hacer ejercicio. Como has visto, no requiere ningún esfuerzo andar en bicicleta de esta manera.

—Sí, pero habría otros usos.

—Sin duda, y por eso digo que no comprendes a Sir William, ni cabría esperar que lo hicieras. Es un hombre de inteligencia inquieta, y tan pronto ha terminado un invento se dedica a uno nuevo. Adaptó las bicicletas antes de construir su carruaje sin caballos, y eso fue antes de la máquina voladora.

—¿Ya ha abandonado la máquina voladora por un nuevo proyecto? —dije.

—Sí.

—¿Puedo preguntar qué será?

Amelia respondió:

—Pronto conocerás a Sir William en persona. Tal vez él mismo te lo diga.

Reflexioné sobre esto un instante y dije:

—Dices que a veces no es nada comunicativo. Quién sabe si me lo dirá.

De nuevo estábamos sentados uno cerca del otro, bajo un árbol.

—Entonces —contestó Amelia— podrás preguntarme otra vez, Edward.

Capítulo 4
SIR WILLIAM EXPONE UNA TEORÍA

I

El tiempo pasaba, y pronto Amelia sugirió que regresáramos a la casa.

—¿Corremos una carrera o volvemos paseando? —dije, sin especial entusiasmo por ninguna de las dos posibilidades, puesto que descansar juntos bajo los árboles me había resultado una experiencia exquisita. El día estaba aún cálido y soleado, y flotaba en el parque un aire caliente, agradable y cargado de polvo.

—Volveremos paseando —contestó resuelta—. No se hace ejercicio andando en bicicleta sin pedalear.

—Y podemos regresar más despacio —agregué—. ¿Lo haremos otra vez, Amelia? Quiero decir, ¿volveremos a pasear en bicicleta juntos otro fin de semana?

—No podremos vernos todos los fines de semana —dijo—. A veces debo trabajar y en algunas ocasiones salgo de viaje.

Sentí un arranque ilógico de celos ante la idea de que viajara con Sir William.

—Pero cuando estés aquí, ¿pasearemos entonces?

—Tendrás que invitarme.

—En ese caso lo haré.

Cuando volvimos a las bicicletas, primero desandamos el tramo donde habíamos corrido la carrera y recuperamos mi sombrero perdido. No había sufrido daños, y me lo puse calzándolo bien sobre los ojos para impedir que se volara otra vez. Durante el regreso a la casa no sucedió nada, y la mayor parte del tiempo permanecimos en silencio. Yo comenzaba a comprender por fin la verdadera razón que me había traído a Richmond esa tarde; no era de ningún modo para conocer a Sir William, pues, aunque todavía me fascinaba lo que sabía de él, habría cambiado con gusto la inminente entrevista por una o dos horas más, o toda la noche, en el parque con Amelia.

Entramos a la propiedad a través de un pequeño portón junto a la abandonada máquina voladora de Sir William, y llevamos las bicicletas de vuelta al cobertizo.

—Voy a cambiarme de ropa, dijo Amelia.

—Te ves encantadora tal como estás —comenté.

—¿Y tú? ¿Piensas ver a Sir William con el traje cubierto de pasto? —Se acercó y arrancó una brizna de pasto que de alguna manera se había introducido debajo del cuello de mi chaqueta.

Entramos a la casa a través de la puerta-ventana, y Amelia hizo sonar un timbre. Al instante apareció un sirviente.

—Hillyer, éste es Mr. Turnbull. Se quedará a tomar el té y a cenar con nosotros. ¿Podría ayudarlo a arreglarse?

—Desde luego, Miss Fitzgibbon. —El sirviente se volvió hacia mí —. ¿Quiere venir por aquí, señor?

Me indicó que lo siguiera, y nos dirigimos hacia el corredor. Desde atrás, Amelia lo llamó.

—Hillyer —dijo—. ¿Podría decirle también a Mrs. Watchets que estaremos listos para el té dentro de diez minutos, y que lo tomaremos en la sala de fumar?

—Bien, señorita.

Hillyer me llevó a través de la casa hasta el primer piso, donde había un pequeño cuarto de baño. En su interior, había jabón y toallas, y, mientras yo me lavaba, Hillyer se llevó mi chaqueta para que la cepillaran.

La sala de fumar estaba en la planta baja, y era una habitación pequeña, cómodamente amueblada, que usaban con frecuencia. Amelia estaba esperándome; tal vez mi comentario sobre su aspecto la había halagado, porque después de todo no se había cambiado, sino que apenas se había puesto un saquito sobre la blusa.

La vajilla estaba dispuesta en una mesita octogonal, y nos sentamos para esperar a Sir William. Según el reloj de la chimenea, eran las cuatro y media pasadas, y Amelia llamó a Mrs. Watchets.

—¿Ha hecho la llamada para el té? —le preguntó.

—Sí, señorita, pero Sir William todavía se encuentra en su laboratorio.

—Entonces, ¿podría usted recordarle que esta tarde tiene un invitado?

Mrs. Watchets salió de la habitación, pero uno o dos minutos después la puerta del otro lado de la sala se abrió, y un hombre alto y fornido entró con prisa. Vestía camisa y chaleco y llevaba la chaqueta en el brazo. Estaba tratando de desenrollar las mangas de la camisa, y al entrar miró hacia mí. De inmediato me puse de pie.

Se dirigió a Amelia y dijo:

—¿Tomamos el té aquí? ¡Casi he terminado!

—Sir William, ¿recuerda usted que le hablé de Edward Turnbull?

El científico volvió a mirarme.

—¿Turnbull? ¡Encantado de conocerlo! —Me saludó con un gesto impaciente—. Tome asiento, por favor. Amelia, ayúdame con el puño.

Extendió el brazo, y ella se inclinó para abrochar el gemelo. Cuando estuvo listo, el hombre desenrolló la otra manga y Amelia también abrochó el correspondiente gemelo. Entonces, Sir William se calzó la chaqueta y se dirigió hasta la repisa de la chimenea. Eligió una pipa y la llenó con tabaco que sacó de una tabaquera. Yo esperaba con nerviosismo; me preocupaba si el hecho de que Sir William había estado a punto de terminar su trabajo indicaba que éste había sido un momento poco propicio para visitarlo.

—¿Qué opina de ese sillón, Turnbull? —preguntó sin volverse.

—Siéntate bien atrás —dijo Amelia—. No en el borde. Así lo hice y entonces me pareció que el material del cojín se reacomodaba para adaptarse a la forma de mi cuerpo. Cuanto más me reclinaba, tanto más cedía y se ajustaba a mí.

—Lo he diseñado yo —explicó Sir William, volviéndose de nuevo hacia nosotros, mientras encendía su pipa. Luego agregó, sin aparente relación: —¿Cuál es su especialidad?

—¿Mi... qué...?

—Su campo de investigación. ¿Es hombre de ciencia, no?

—Sir William —intervino Amelia—. Mr. Turnbull está interesado en los automóviles, ¿recuerda usted?

En ese momento me acordé de que mi valija de muestras estaba aún donde yo la había dejado al llegar: en el vestíbulo.

Sir William me miró otra vez.

—¿Automóviles, eh? Un buen pasatiempo para un joven. Fue una etapa pasajera en mi caso, creo. Desarmé mi coche porque las piezas me resultaban más útiles en el laboratorio.

—Pero el automóvil cada vez es más popular, señor —dije—. Después de todo, en los Estados Unidos...

—Sí, sí, pero yo soy un científico, Turnbull. Los automóviles son sólo un aspecto de todo un nuevo campo de investigación. Estamos ahora casi en el siglo veinte, que está llamado a ser el siglo de la ciencia. Lo que la ciencia puede lograr no tiene límite.

Mientras Sir William hablaba, su mirada no estaba fija en mí, sino que se perdía por encima de mi cabeza. Sus dedos jugaban con el fósforo que había apagado.

—Estoy de acuerdo en que es un tema de gran interés para mucha gente, señor.

—Sí, pero creo que ese interés lleva un rumbo equivocado. La idea general es hacer que lo que ya tenemos trabaje mejor. Se habla de trenes más veloces, barcos más grandes. Yo creo que todo eso será obsoleto dentro de poco. Para cuando el siglo veinte termine, Turnbull, el hombre viajará sin dificultad entre los planetas del sistema solar tal como ahora lo hace por Londres. Conoceremos a los pueblos de Marte y Venus como ahora conocemos a los franceses y los alemanes. ¡Me atrevería a decir que llegará más lejos aún... más allá de las estrellas del Universo!

En ese momento, Mrs. Watchets entró en la habitación trayendo una bandeja de plata con una tetera, una jarra de leche y una azucarera. La interrupción me alegró, pues la combinación de las sorprendentes ideas de Sir William y su actitud nerviosa eran casi más de lo que yo podía soportar. Él también se sintió feliz de que lo interrumpieran, creo, pues mientras la mucama colocaba la bandeja

sobre la mesa y comenzaba a servir el té, Sir William se alejó y se detuvo junto al extremo de la repisa de la chimenea. Encendió de nuevo su pipa y, mientras lo hacía, pude observarlo por primera vez sin que me distrajeran sus ademanes.

Era, como he dicho, un hombre alto y grande, pero lo que más llamaba la atención era la cabeza, alargada y ancha. Su cara era pálida y los ojos grises. El cabello de las sienes comenzaba a ralear, pero el resto crecía abundante y revuelto, exagerando el tamaño de su cabeza; además, Sir William tenía una barba espesa que acentuaba la palidez de su piel.

Lamenté no haberlo encontrado más tranquilo, pues en el corto tiempo que Sir William llevaba en la habitación había destruido la sensación de bienestar que reinaba cuando yo estaba con Amelia, y ahora me sentía tan nervioso como él. De pronto se me ocurrió que él mismo tal vez no estuviera acostumbrado a tratar con extraños, que estaba más habituado a trabajar solo durante muchas horas. Mi ocupación me obligaba a tratar con muchos extraños y era parte de mi trabajo poder lograr una buena relación, y por lo tanto, por más paradójico que suene, comprendí de repente que en este aspecto yo podía tomar la iniciativa.

Cuando Mrs. Watchets salía de la habitación, me dirigí a Sir William y le dije:

—Señor, usted dice que casi ha terminado; espero no haberlo interrumpido.

La simplicidad del ardid logró el efecto deseado. Sir William caminó hasta una de las sillas vacías y se sentó, y al responder ordenó sus palabras con más calma.

—No, por supuesto que no —dijo—. Puedo seguir después del té. De todos modos necesitaba un descanso.

—¿Puedo preguntarle sobre la naturaleza de su trabajo?

Sir William miró a Amelia por un momento, pero la expresión de la joven no cambió.

—¿Le ha dicho Miss Fitzgibbon lo que estoy construyendo en este momento?

—Me ha comentado algo, señor. Por ejemplo, vi su máquina voladora.

Para sorpresa mía Sir William se echó a reír.

—¿Cree que estoy tan demente como para tener algo que ver con esas locuras, Turnbull? Mis colegas científicos me dicen que volar en una máquina más pesada que el aire es imposible. ¿Usted qué opina?

—Es un concepto novedoso, señor.

No respondió, pero siguió mirándome, de modo que me apresuré a continuar:

—Me parece que el problema es la falta de una fuente de energía

apropiada. El diseño es correcto.

—No, no, el diseño también está mal. Yo lo estaba enfocando mal. Ya he hecho que el vuelo con máquinas sea obsoleto, ¡y aún antes de probar ese artefacto que usted vio!

Bebió parte de su té con rapidez; entonces, sorprendiéndome con su velocidad, se levantó bruscamente del sillón y cruzó la habitación hasta llegar junto a un aparador. Luego de abrir un cajón, sacó un paquete delgado y me lo dio.

—Mire esto, Turnbull, y dígame qué piensa.

Lo abrí y en su interior encontré siete retratos fotográficos. En la primera fotografía se veían la cabeza y hombros de un niño; en la segunda, el niño era un poco mayor; en la tercera había un adolescente; en la cuarta, un hombre joven, y así sucesivamente.

—¿Son todas de la misma persona? —pregunté, pues había notado un parecido en todos los rostros.

—Sí —dijo Sir William—. Es un primo mío, y por casualidad le tomaron esas fotografías a intervalos regulares. Ahora bien, Turnbull, ¿nota algo con respecto a ellas? ¡No! ¿Cómo puedo esperar que usted se me adelante? Constituyen una selección representativa de la Cuarta Dimensión.

Como yo fruncí el ceño, Amelia dijo:

—Sir William, este concepto tal vez sea nuevo para Mr. Turnbull.

—¡No más que el de volar en máquinas más pesadas que el aire! Usted ha comprendido eso, Turnbull; ¿por qué no habría de comprender la Cuarta Dimensión?

—¿Se refiere usted al... concepto de...? —Me sentía desconcertado.

—¡Espacio y tiempo! Eso es, Turnbull... ¡Tiempo, el gran misterio!

Miré a Amelia en busca de más apoyo, y me di cuenta de que ella había estado observando mi cara. Sus labios esbozaban una sonrisa, y de inmediato supuse que ella había oído a Sir William exponer este tema muchas veces.

—Estos retratos, Turnbull, son representaciones bidimensionales de una persona tridimensional. Cada uno puede representar su estatura y ancho, y aun pueden dar una idea aproximada de su grosor... pero nunca podrán ser más que chatos trozos de papel de dos dimensiones. Tampoco pueden revelar que el modelo se ha ido desplazando toda su vida a través del Tiempo. Tomados en conjunto, se asemejan a la Cuarta Dimensión.

Ahora Sir William paseaba por la habitación, con los retratos que había tomado de mis manos, y los agitaba con grandes ademanes mientras hablaba. Cruzó hasta la repisa de la chimenea, y los dispuso uno al lado del otro.

—Tiempo y espacio son en esencia lo mismo. Camino por esta

habitación, y me he desplazado en el espacio algunos metros... pero en ese mismo momento también me desplacé en el tiempo algunos segundos. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Que un movimiento complementa al otro —repuse inseguro.

—¡Exacto! Y ahora estoy trabajando para separar los dos... para facilitar el viaje por el espacio sin incluir el tiempo, y por el tiempo sin incluir el espacio. Permítame demostrarle a qué me refiero.

Bruscamente giró sobre sus talones y salió con rapidez de la habitación. La puerta se cerró con un golpe detrás de él.

Yo estaba pasmado. Sólo miraba a Amelia, moviendo la cabeza. Entonces ella dijo:

—Debí imaginar que estaría agitado. No siempre es así, Edward. Estuvo todo el día solo en el laboratorio y, al trabajar así, a menudo se entusiasma.

—¿Dónde ha ido? —dije—. ¿Habrá que seguirlo?

—Volvió al laboratorio. Creo que te mostrará algo que ha hecho.

En ese preciso instante, la puerta se abrió de nuevo y Sir William regresó. Traía con mucho cuidado una pequeña caja de madera y miraba a su alrededor buscando donde ponerla.

—Ayúdame a correr la mesa —me pidió Amelia.

Hicimos a un lado la mesa con el servicio de té, y acercamos otra. Sir William colocó la caja en el centro y se sentó. Con tanta rapidez como había surgido, su entusiasmo pareció disiparse.

—Quiero que observe esto con atención —dijo— pero no quiero que lo toque. Es muy delicado.

Sacó la tapa de la caja. La parte de adentro estaba forrada con una tela suave, afelpada, y descansando en el interior de la caja había un diminuto aparato que a primera vista tomé por el mecanismo de un reloj.

Sir William lo sacó de la caja con cuidado y lo puso sobre la mesa.

Me incliné hacia adelante y lo observé detenidamente. De inmediato encontré algo familiar en el aparato, y me di cuenta de que una gran parte de él estaba hecha de esa extraña sustancia cristalina que ya había visto dos veces esa tarde. El parecido con un reloj era engañoso, según pude comprobar ahora, y se debía simplemente a la precisión con que las pequeñas piezas estaban armadas y a algunos de los metales utilizados en su fabricación. Las que logré reconocer parecían pequeñas varillas de níquel, unas piezas de bronce muy pulidas y una rueda dentada brillante de cromo o plata. Una parte del mecanismo estaba hecho de una sustancia que podría haber sido marfil, y la base era de una madera dura, parecida al ébano. Sin embargo, es difícil describir lo que vi, ya que la sustancia semejante al cuarzo estaba por todas partes, distorsionando la visión, presentando cientos de pequeñas facetas desde cualquier ángulo en que yo

observara el mecanismo.

Me puse de pie, y me alejé un par de metros. Desde allí, el dispositivo parecía de nuevo un mecanismo de reloj, si bien bastante fuera de lo común.

—Es hermoso —dije, y observé que Amelia también lo miraba.

—Usted, joven, es una de las primeras personas del mundo en ver un mecanismo que hará real para nosotros la Cuarta Dimensión.

—¿Y este aparato trabajará de verdad? —pregunté.

—Sí, lo hará. Ha sido probado como corresponde. Según yo lo disponga, esta máquina avanzará o retrocederá en el Tiempo.

Amelia dijo:

—¿Podría hacer una demostración, Sir William?

Sir William no contestó, en cambio se reclinó en el sillón. Miraba fijamente el extraño dispositivo con rostro pensativo. Permaneció así durante unos cinco minutos, y parecía que no tenía conciencia de nuestra presencia; bien podríamos no haber existido. Se inclinó hacia adelante un momento y observó de cerca el aparato. Al ver esto quise decir algo, pero Amelia me hizo una seña y permanecí en silencio. Sir William tomó el mecanismo y lo expuso a la luz de la ventana. Extendió una mano para tocar la rueda dentada, luego vaciló, y colocó el dispositivo de nuevo sobre la mesa. Una vez más se reclinó sobre el sillón y observó su invento con gran concentración. Esta vez permaneció inmóvil durante casi diez minutos, y comencé a sentirme inquieto, temiendo que Amelia y yo fuéramos una molestia para él.

Por fin se inclinó hacia adelante y guardó el aparato en la caja. Se puso de pie.

—Debe disculparme, Mr. Turnbull —dijo—. Sé me acaba de ocurrir la posibilidad de introducir una pequeña modificación.

—¿Desea que me vaya, señor?

—De ninguna manera, de ninguna manera.

Tomó la caja de madera, luego salió con rapidez de la habitación. Detrás de él, la puerta se cerró con un golpe.

Miré a Amelia y ella sonrió, haciendo desaparecer de inmediato la tensión que había caracterizado los últimos minutos.

—¿Volverá? —pregunté.

—No creo. La última vez que se comportó así, se encerró en su laboratorio y nadie, salvo Mrs. Watchets, lo vio durante cuatro días.

II

Amelia llamó a Hillyer, y el sirviente encendió las lámparas de la habitación. Aunque todavía había sol, lo tapaban los árboles que crecían alrededor de la casa, y las sombras se acercaban. Mrs. Watchets volvió para retirar el servicio de té. Vi que había tomado sólo la mitad de mi taza de té, y bebí el resto rápidamente. La excursión en bicicleta me había dejado sediento. Cuando estuvimos solos pregunté:

—¿Está loco?

Amelia no contestó; al parecer estaba escuchando. Me indicó con una seña que hiciera silencio... y unos segundos después la puerta volvió a abrirse de golpe y apareció Sir William vestido con un sobretodo.

—Amelia, me voy a Londres. Hillyer puede llevarme en el coche.

—¿Volverá a tiempo para la cena?

—No... Estaré afuera toda la noche. Dormiré en el club. —Se volvió hacia mí—. Inesperadamente, Turnbull, nuestra conversación me ha dado una idea. Se lo agradezco.

Salió con prisa de la habitación tan bruscamente como había entrado, y poco después oímos su voz en el vestíbulo. Algunos minutos más tarde oímos un coche de caballos sobre el camino de grava.

Amelia fue hasta la ventana, y observó el carruaje que se alejaba, conducido por el sirviente, luego volvió a su asiento y dijo:

—No, Sir William no está loco.

—Pero se comporta como un demente.

—Tal vez da esa impresión. Yo creo que es un genio; las dos cosas no son del todo distintas.

—¿Entiendes su teoría?

—Comprendo la mayor parte. El hecho de que no pudieras seguirlo, Edward, no significa que no seas inteligente. Sir William conoce tanto su teoría que cuando la explica a otros omite una gran parte. Además, eres un extraño para él, y Sir William rara vez se siente cómodo a menos que lo rodeen personas conocidas. Tiene un grupo de amigos del Linnaean —su club de Londres— y son las únicas personas con las que lo he oído conversar con naturalidad y fluidez.

—Entonces, quizá no debí preguntarle.

—No, es su obsesión; si no hubieras demostrado interés, él hubiera hablado espontáneamente de su teoría. Todos a su alrededor tienen que soportarlo. Hasta Mrs. Watchets lo ha escuchado todo dos veces.

—¿Lo entiende?

—Creo que no —dijo Amelia, sonriendo.

—Entonces no podré esperar una aclaración de su parte. Tú tendrás que explicarme.

—No hay mucho que decir. Sir William ha construido una máquina del tiempo. La ha probado, yo he estado presente durante algunas de las pruebas, y los resultados han sido concluyentes. Sir William no lo ha dicho aún, pero sospecho que planea una expedición al futuro.

Sonreí un poco, y oculté mi sonrisa con la mano.

Amelia continuó:

—Sir William lo toma muy en serio.

—Sí... pero no puedo imaginar a un hombre de su tamaño entrando en un dispositivo tan pequeño.

—Lo que has visto es tan sólo un modelo en miniatura. Sir William tiene una versión en tamaño natural. —De pronto se rió—. ¿No creerás que me refería al modelo que él te mostró?

—Sí, lo creí.

Cuando Amelia reía, su belleza se acentuaba, y no me importó haber entendido mal.

—¡Pero grande o pequeña, no puedo creer que sea posible construir semejante máquina! —exclamé.

—Mírala tú mismo. Está sólo a unos diez metros de donde te encuentras.

Me puse de pie de un salto.

—¿Dónde está?

—En el laboratorio de Sir William. —Amelia parecía haberse contagiado de mi entusiasmo, pues ella también se había levantado con presteza—. Te la mostraré.

III

Dejamos el salón de fumar por la puerta que Sir William había utilizado, y caminamos a lo largo de un pasillo hacia lo que era a las claras una puerta de reciente construcción. A través de ella se llegaba directamente al laboratorio, que era, ahora lo comprendía, el anexo cerrado con vidrios que había visto, construido entre las dos alas de la casa.

No sé cómo había esperado que fuera el laboratorio, pero en mi primera impresión le encontré un considerable parecido con el taller de fresado de una fábrica metalúrgica que había visitado una vez.

A lo largo del cielo raso, de un lado, había un eje de transmisión accionado por vapor, el cual, por medio de varias correas ajustables de cuero, proporcionaba energía motriz a múltiples máquinas que veía dispuestas a lo largo de un enorme banco situado debajo de dicho eje. Varias de estas máquinas eran tornos para metal, y también había una prensa de estampar, un balancín, equipo para soldadura de acetileno, dos enormes tornillos de banco y gran cantidad de herramientas diversas desparramadas. El piso estaba generosamente cubierto de virutas y fragmentos de metal desprendidos durante los procesos, y en muchas partes del laboratorio había lo que daba la impresión de ser trozos de metal doblado o cortado abandonados desde hacía tiempo.

—Sir William realiza gran parte del trabajo de mecánica por sí mismo —explicó Amelia—, pero a veces se ve forzado a contratar la fabricación de ciertas piezas. Yo estaba en Skipton con uno de esos encargos cuando te conocí.

—¿Dónde está la Máquina del Tiempo?

—Junto a ti.

Me di cuenta de pronto que lo que yo había tomado en un principio como otro grupo de trozos de metal desechados se ajustaba, en realidad, a un esquema coherente. Veía ahora que se parecía en cierta medida al modelo que Sir William me había mostrado, pero mientras aquél tenía la perfección de la miniatura, éste parecía más tosco debido a su tamaño.

Sin embargo, en cuanto me incliné a examinar la máquina, vi que en realidad cada una de las partes componentes estaba torneada y pulida hasta brillar como nueva.

La Máquina del Tiempo tenía algo más de dos metros de largo y metro y medio de ancho. En su punto más alto alcanzaba cerca de los dos metros, pero, como su construcción era estrictamente funcional, tal vez una descripción en términos de sus dimensiones generales induzca a error. Gran parte de la Máquina del Tiempo medía menos de un metro de altura, y tenía la forma de un esqueleto de metal.

Todos sus mecanismos estaban a la vista... y aquí mi descripción se vuelve poco precisa por necesidad. Lo que vi fue una repetición *in extremis* de la misteriosa sustancia que había visto antes aquel día en la máquina voladora y las bicicletas de Sir William: con otras palabras, mucho de lo que al parecer era visible no se podía ver debido a la sustancia cristalina que distorsionaba la visión, en la cual estaban encerrados miles de alambres y varillas delgados, y por más que observé el mecanismo desde muchos ángulos diferentes, no me fue posible descubrir mucho.

Lo más comprensible era la disposición de los controles. Hacia un extremo del armazón, había un sillón forrado de cuero, redondeado como una silla de montar. A su alrededor había múltiples palancas, varillas y cuadrantes.

El control principal parecía ser una gran palanca situada delante del asiento. Adosado a la parte superior de esta palanca, había un manubrio de bicicleta, incongruente dentro de este entorno. Esto, creo yo, permitía al conductor tomar la palanca con ambas manos. A cada lado de esta palanca había docenas de varillas secundarias, todas ellas conectadas con diferentes articulaciones de rótula, de modo tal que al mover esta palanca, las otras entrarían en funcionamiento al mismo tiempo.

En mi abstracción había olvidado por el momento la presencia de Amelia, pero ahora comenzó a hablar y me sobresaltó.

—Parece sólida, ¿no es cierto? —dijo.

—¿Cuánto le llevó a Sir William hacer esto? —pregunté.

—Casi dos años. Pero, tócala, Edward... mira qué sólida es.

—No me atrevería —confesé—. No sabría lo que estaba haciendo.

—Sujeta una de estas barras. No hay ningún peligro.

Amelia tomó mi mano, y la llevó hasta una de las varillas de bronce que formaban parte del armazón. Apoyé los dedos con cautela sobre la varilla... luego los retiré de inmediato, pues al cerrar la mano pude ver y oír que toda la máquina se sacudía como un ser viviente.

—¿Qué es? —grité.

—La Máquina del Tiempo está atenuada; existe, digamos, en la Cuarta Dimensión. Es real, pero no existe en el mundo real tal como lo conocemos. Debes comprender que está viajando por el Tiempo, aún mientras estamos aquí.

—¡Pero no puedes hablar en serio... porque si estuviera viajando no estaría aquí ahora!

—Al contrario, Edward. —Señaló un enorme volante que se encontraba inmediatamente delante del asiento de cuero, que correspondía más o menos a la rueda dentada de plata que yo había visto en el modelo de Sir William—. Está girando. ¿Lo puedes ver?

—Sí, sí, puedo —dije, acercándome tanto como me atrevía. La

gran rueda giraba casi imperceptiblemente.

—Si no estuviera girando, la máquina permanecería estacionaria en el tiempo. Para nosotros, como explicó Sir William, la máquina desaparecería en el pasado, puesto que nosotros mismos avanzamos en el tiempo.

—De modo que la máquina debe funcionar siempre.

Mientras estábamos en el laboratorio la noche se había cerrado, y la oscuridad se extendía por el misterioso lugar.

Amelia se apartó y fue hasta otro artefacto infernal, que tenía conectada una cuerda enrollada alrededor de una rueda externa, y luego tiró con fuerza de la cuerda. De inmediato la máquina se puso en marcha con unas pequeñas explosiones y, al tomar velocidad, se encendieron ocho focos incandescentes que colgaban de la parte superior de la estructura.

Amelia miró el reloj de la pared, que marcaba las seis horas y veinticinco minutos.

—Cenaremos dentro de media hora —dijo—. ¿Te gustaría dar un paseo por el jardín antes de cenar?

Aparté mi atención de las maravillosas máquinas fabricadas por Sir William.

La Máquina del Tiempo podía moverse lentamente hacia el futuro, pero Amelia se encontraba, a mi modo de ver, estacionaria en el tiempo. No estaba atenuada, y no era de ningún modo una criatura del pasado o del futuro.

Yo comprendía que mi permanencia en Richmond pronto llegaría a su fin, y dije:

—¿Quieres tomar mi brazo?

Amelia deslizó su brazo alrededor del mío, y juntos pasamos al lado de la Máquina del Tiempo y la ruidosa máquina de movimiento alternativo, atravesamos la puerta del otro lado del laboratorio y salimos a la fresca claridad nocturna del jardín. Sólo una vez volví la mirada y vi la radiante luz pura y blanca de los focos eléctricos que brillaban a través de las paredes de vidrio del anexo.

Capítulo 5
¡HACIA EL FUTURO!

I

Yo había averiguado que el último tren hacia Londres salía de Richmond a las diez y media, y sabía que para alcanzarlo tendría que partir a las diez. Sin embargo, a las ocho y media no sentía el ánimo dispuesto para regresar a mi alojamiento. Más aún, enfrentaba la perspectiva de volver a trabajar a la mañana siguiente con el mayor abatimiento. Esto sucedía porque luego de terminar la cena, que acompañamos con un vino seco y embriagante, y pasar del comedor a la intimidad semioscura de la sala, con un vaso de oporto adentro y otro a medio beber, y a causa del suave aroma del perfume de Amelia que embargaba mis sentidos, yo me encontraba propenso a las fantasías más perturbadoras.

Amelia no estaba menos embriagada que yo, y supuse que ella no podía haber confundido mi cambio de actitud. Hasta este momento me había sentido incómodo en su compañía. Esto se debía en parte a que yo tenía sólo una mínima experiencia con mujeres jóvenes, pero, más en particular, a que de todas ellas Amelia me parecía la más extraordinaria. Me había acostumbrado a su manera de ser tan franca, y a los aires de emancipación que adoptaba; pero lo que no había notado hasta este momento era que me había enamorado ciega e imprudentemente de ella.

El vino suelta la lengua, y aunque logré contener mis excesos y estuve a punto de declarar mi eterno amor, nuestra conversación giró sobre temas en extremo personales.

Poco después de las nueve y media, comprendí que no podía demorarme más. Disponía sólo de media hora antes del momento de partir, y como no tenía idea de cuándo o cómo volvería a verla, creí que había llegado la oportunidad de expresar, sin términos ambiguos, que para mí ella ya era más que una simple compañera agradable.

Me serví una generosa copa de oporto, y luego, todavía inseguro con respecto a las frases que utilizaría, saqué el reloj del bolsillo de mi chaleco y miré la hora.

—Querida Amelia —comencé a decir—. Veo que son las diez menos veinticinco, y a las diez me tengo que ir. Antes de eso hay que algo que debo decirte.

—¿Pero por qué tienes que irte? —preguntó Amelia, cortando al instante el hilo de mis pensamientos.

—Debo alcanzar mi tren.

—¡Por favor, no te vayas todavía!

—Pero debo volver a Londres.

Hillyer puede llevarte. Si pierdes el tren, él te llevará hasta Londres.

—Hillyer ya está en Londres —corregí.

Amelia se rió, un poco embriagada, y dijo:

—Me había olvidado. Entonces tienes que caminar.

—Y por eso debo irme a las diez.

—No... Le pediré a Mrs. Watchets que prepare una habitación para ti.

—Amelia, no puedo quedarme, por más que quisiera hacerlo. Tengo que trabajar a la mañana.

Se me acercó y pude ver cierto brillo bailando en sus ojos.

—Entonces te llevaré yo misma a la estación.

—¿Hay otro coche? —pregunté.

—En cierta forma... —Se puso de pie, y volteó una copa vacía—. ¡Ven conmigo, Edward, y yo te transportaré a la estación en la Máquina del Tiempo de Sir William!

Me tomó de la mano y casi me arrastró hacia la puerta. Nos echamos a reír; es difícil relatar con exactitud el episodio, pues la embriaguez es un estado en el cual la conducta de uno no es la mejor. Para mí, la alegría del momento contribuyó a que accediera.

Mientras corríamos le grité: —¡Pero viajar en el tiempo no me llevará a la estación!

—Sí, lo hará.

Llegamos al laboratorio, entramos y cerramos la puerta detrás de nosotros. Los focos eléctricos todavía estaban encendidos y en medio de ese brillo relativamente intenso nuestra aventura tomó otro aspecto.

—Amelia —dije, tratando de refrenarla—. ¿Qué estás haciendo?

—Hago lo que dije. Iremos a la estación.

Me puse frente a ella y le tomé las manos.

—Ambos hemos bebido demasiado —dije—. Por favor, no bromees conmigo. No puedes sugerir en serio que pongamos en funcionamiento la máquina de Sir William.

Sus manos apretaron las mías.

—No estoy tan embriagada como crees. Estoy un poco alegre pero hablo en serio.

—Entonces volvamos de inmediato a la sala.

Amelia se alejó de mí y caminó hacia la Máquina del Tiempo, la máquina se sacudió como antes.

Tomó uno de los barrotes de bronce con la mano y al instante.

Amelia continuó:

—Oíste lo que Sir William dijo. El tiempo y el espacio son inseparables. No es necesario que te vayas en los próximos minutos. Aunque la máquina está diseñada para viajar al futuro, también puede moverse en el espacio. En resumen, aunque viaja a través de miles de años, también se la puede utilizar para un viaje tan prosaico como

llevar un amigo a la estación.

—Estás bromeando —dije—. Ni tampoco estoy convencido de que la máquina viaje por el tiempo.

—Pero ha sido demostrado.

—No lo suficiente para mí —dije.

Se volvió para enfrentarme y su expresión seguía tan seria como antes.

—Entonces permíteme que te haga una demostración —dijo.

—¡No, Amelia! ¡Sería una tontería manejar la máquina!

—¿Por qué, Edward? Sé qué tengo que hacer... He observado las pruebas de Sir William muchas veces.

—¡Pero no sabemos si el aparato es seguro!

—No habrá ningún peligro.

No pude más que sacudir la cabeza angustiado por la situación. Amelia se volvió de nuevo hacia la máquina y se inclinó hasta alcanzar uno de los cuadrantes. Hizo algo allí, luego tiró de la palanca con el manubrio adosado.

¡Al instante, la máquina desapareció!

II

—Mira el reloj de la pared, Edward.

—¿Qué hiciste con la máquina? —dije.

—Eso no importa... ¿qué hora es en el reloj?

Me fijé.

—Las diez menos dieciocho.

—Muy bien. Exactamente a las diez menos dieciséis, la máquina reaparecerá.

—¿De dónde volverá? —pregunté.

—Del pasado... o, para mayor precisión, del presente. Ahora está viajando a través del tiempo hacia un momento en el futuro, a dos minutos más allá de su partida.

—¿Pero por qué desapareció? ¿Dónde está ahora?

—Dentro de la Dimensión Temporal atenuada.

Amelia se adelantó hacia el lugar donde había estado la máquina y caminó por el espacio vacío, agitando los brazos. Miró el reloj.

—Mantente lejos, Edward. La máquina reaparecerá en el mismo lugar donde estaba.

—Entonces tú también debes alejarte —dije. La tomé del brazo, la atraje hacia mí y la sostuve así a unos metros de donde había estado la máquina. Ambos miramos el reloj. El segundero giraba con lentitud... y exactamente a las diez horas menos dieciséis minutos y cuatro segundos la Máquina del Tiempo reapareció.

—¡Ahí está! —exclamó Amelia triunfante—. Tal como dije.

Yo miraba la máquina boquiabierto. El gran volante seguía girando despacio como antes.

Amelia tomó mi mano de nuevo.

—Edward... debemos subirnos a la máquina.

—¿Qué? —exclamé, atónito ante la idea.

—Es absolutamente indispensable. Verás, mientras probaba la máquina, Sir William le incorporó un mecanismo de seguridad automático, el cual regresa la máquina al momento de la partida. Se activa exactamente tres minutos después de que la máquina ha llegado a destino, y si no estamos a bordo, la máquina se perderá en el pasado, para siempre.

Me preocupé un poco, pero dije:

—¿Podrías desconectarlo, sin embargo?

—Sí... pero no lo haré. Quiero probar que la máquina no es una locura.

—Creo que estás ebria.

—Tú también. ¡Vamos!

Antes de que pudiera detenerla, Amelia había corrido hasta la

máquina y pasado debajo del barrote de bronce y estaba sentada en el asiento de cuero. Para hacerlo, tuvo que recoger su falda un poco por sobre los tobillos, y debo confesar que este espectáculo me resultó mucho más tentador que cualquier expedición a través del tiempo.

Amelia continuó:

—La máquina regresará en menos de un minuto, Edward. ¿Tendré que dejarte?

No titubeé. Fui hasta donde ella estaba y me subí a su lado. Siguiendo sus instrucciones, puse los brazos alrededor de su cintura, y apoyé el pecho contra su espalda.

Entonces ella dijo:

—Mira el reloj, Edward.

Lo miré con atención. Ahora eran las diez menos trece. El segundero marcó un minuto, siguió adelante hasta marcar otros cuatro segundos.

Se detuvo.

Entonces comenzó a retroceder... con lentitud al principio, más rápido después.

—Estamos viajando hacia atrás en el Tiempo —explicó Amelia, un poco sin aliento—. ¿Puedes ver el reloj, Edward?

—Sí —repuse, observándolo con toda atención—. ¡Sí, puedo!

El segundero se movió hacia atrás durante cuatro minutos, luego comenzó a moverse más despacio. Al acercarse a los cuatro segundos después de las diez menos dieciocho perdió toda su velocidad y se detuvo por completo. Poco después comenzó a moverse hacia adelante normalmente.

—Estamos de vuelta en el momento en que tiré de la palanca —dijo Amelia—. ¿Ves ahora que la Máquina del Tiempo no es un fraude?

Yo permanecía sentado con los brazos alrededor de su cintura, y nuestros cuerpos estaban apretados uno contra otro de la manera más íntima que se pueda imaginar. El cabello de Amelia caía suavemente sobre mi cara, y yo no podía pensar en otra cosa que no fuera su cercanía.

—¡Muéstrame otra vez! —dije, deseando que ese contacto durara una eternidad—. ¡Llévame al futuro!

III

—¿Ves lo que hago? —preguntó Amelia—. Estos cuadrantes se pueden fijar de antemano con exactitud de segundos. Puedo elegir cuántas horas, días o años viajaremos.

Desperté de mis sueños apasionados y observé por encima de su hombro. Vi que señalaba una hilera de pequeños cuadrantes que indicaban los días de la semana, los meses del año... y luego algunos otros que marcaban decenas, cientos y también miles de años.

—Por favor, no fijes una fecha muy adelantada como punto de destino —dije, mirando el último cuadrante—. Todavía tengo que tomar mi tren.

—¡Pero regresaremos al momento de partida, aunque viajáramos cien años!

—Puede ser. No seamos imprudentes.

—Si tienes miedo, Edward, viajaremos sólo hasta mañana.

—No... hagamos un viaje largo. Me has demostrado que la Máquina del Tiempo es segura. ¡Vayamos al siglo próximo!

—Como quieras. Podemos ir al que le sigue, si quieres.

—Tengo interés en el siglo veinte... avancemos primero diez años.

—¿Diez nada más? Eso no tiene nada de aventura.

—Debemos ser sistemáticos —dije, pues aunque no soy timorato, no me agradan las aventuras—. Vayamos primero a 1903, luego a 1913, y así sucesivamente, recorriendo el siglo a intervalos de diez años. Tal vez veremos algunos cambios.

—Bien. ¿Estás listo ya?

—Sí, lo estoy —repuse, volviendo a rodear su cintura con los brazos. Amelia hizo más ajustes en los cuadrantes. Vi que seleccionaba el año 1903, pero los cuadrantes que indicaban los días y los meses estaban muy abajo y yo no los alcanzaba a ver.

—Escogí el 22 de junio. Es el primer mes del verano, de modo que el clima será agradable —dijo Amelia.

Tomó La palanca con las manos, y se enderezó. Yo me afirmé para la partida.

En ese momento, para sorpresa mía, Amelia de pronto se puso de pie y se alejó del asiento.

—Por favor, espera un momento, Edward —dijo.

—¿Adonde vas? —pregunté algo alarmado—. ¡La máquina me llevará en su viaje!

—No hasta que se accione la palanca. Es solo que... Bueno, si vamos a viajar tan lejos, quisiera llevar mi bolso.

—¿Para qué? —exclamé, sin poder creer lo que oía.

Amelia parecía un poco incómoda.

—No sé, Edward. Es que nunca voy a ninguna parte sin mi bolso.

—Entonces también trae tu sombrero —sugerí, riéndome ante tan inesperada demostración de debilidades femeninas.

Salió con rapidez del laboratorio. Miré distraído los cuadrantes durante un momento, luego, siguiendo un impulso, me bajé y fui hasta el corredor a buscar mi sombrero. ¡Si ésta iba a ser una expedición, viajaría debidamente equipado!

Tuve otro impulso y fui hasta la sala; allí serví otras dos copas de oporto y las llevé al laboratorio.

Amelia había vuelto antes que yo y ya estaba sentada en el asiento de cuero. Delante de este último había colocado su bolso y llevaba puesto el sombrero.

Le alcancé una de las copas de oporto.

—Brindemos por el éxito de nuestra aventura.

—Y por el futuro —respondió.

Ambos bebimos alrededor de la mitad del contenido de las copas, luego las coloqué sobre un banco, a un costado.

Me senté detrás de Amelia.

—Ahora estamos listos —dije, asegurándome el sombrero. Amelia tomó la palanca con ambas manos y la atrajo hacia ella.

IV

Toda la Máquina del Tiempo se inclinó como si se hubiera caído de cabeza en un abismo y yo grité alarmado, afirmándome para resistir el inminente impacto.

—¡Sujétate! —dijo Amelia, aunque no era necesario, porque no la habría soltado por nada del mundo.

—¿Qué sucede? —grité.

—No corremos peligro... Es un efecto de la atenuación.

Abrí los ojos y miré con algo de temor hacia el laboratorio, y comprobé anonadado que la máquina permanecía firme sobre el piso. El reloj de la pared ya avanzaba vertiginosamente, y más aún, mientras yo miraba el sol salía detrás de la casa y pasaba con rapidez sobre nosotros. Casi antes de que notáramos su paso, la oscuridad caía otra vez como un manto negro arrojado sobre el techo.

Aspiré profundamente sin querer, y me di cuenta de que al hacerlo varios de los largos cabellos de Amelia habían entrado en mi boca. Aun en medio de las intensas emociones del viaje pude disfrutar un momento de esta furtiva intimidad.

Amelia me gritó:

—¿Estás asustado?

No era momento para simular.

—¡Sí! —repuse.

—Sujétate... no hay peligro.

Hablábamos en voz alta sólo para dar rienda suelta a nuestro entusiasmo; en la dimensión atenuada todo estaba en silencio.

El sol salía y se ponía casi en el mismo momento. El período de oscuridad que seguía era más corto, y el día siguiente más corto aún... ¡La Máquina del Tiempo avanzaba velozmente *hacia el futuro*!

Tan solo unos pocos segundos después, así nos pareció, la sucesión de días y noches se hizo tan rápida que ya no pude detectarla, y veíamos lo que nos rodeaba en medio de un gris resplandor crepuscular.

A nuestro alrededor, los detalles del laboratorio se hicieron borrosos y la imagen del sol se convirtió en una faja de luz aparentemente fija en un cielo azul profundo.

Al hablar con Amelia, sus cabellos habían escapado de mi boca. Me rodeaba una vista espectacular, y aun así no tenía comparación con la sensación de tener a esta joven en mis brazos. Impulsado sin duda por la segunda copa de oporto, me volví audaz, acerqué la cara y tomé varios cabellos entre los labios. Levanté apenas la cabeza haciendo que los cabellos se deslizaran sensualmente por la lengua. No pude detectar reacción alguna de Amelia, de modo que dejé caer

los cabellos y tomé algunos más. Tampoco ahora me detuvo. La tercera vez incliné la cabeza a un lado, para que no se desacomodara el sombrero, y apoyé los labios con suavidad pero con mucha firmeza sobre la piel blanca y sedosa de su cuello.

Amelia sólo me permitió hacerlo durante un segundo, y luego se inclinó hacia adelante, como dominada por un repentino entusiasmo y dijo:

—¡La máquina se está deteniendo, Edward!

Por encima del techo de vidrio se podía notar que el sol se movía ahora con más lentitud, y los períodos de oscuridad entre las apariciones del sol se podían distinguir mejor, aunque sólo ahora fuera como brevísimos instantes de oscuridad.

Amelia comenzó a leer los cuadrantes que estaban delante de ella.

—¡Estamos en diciembre, Edward! ¡Enero... enero de 1903! Febrero...

Uno por uno iba nombrando los meses, y las pausas entre sus palabras iban haciéndose más largas.

Entonces dijo:

—Estamos en junio, Edward... ¡casi hemos llegado!

Miré el reloj para confirmar, pero el mecanismo se había detenido inexplicablemente.

—¿Llegamos? —pregunté.

—Todavía no.

—Pero el reloj de la pared no funciona.

Amelia le echó una mirada breve.

—Nadie le dio cuerda. Eso es todo.

—Entonces tendrás que avisarme cuando lleguemos.

—La rueda se está deteniendo... casi no nos movemos… ¡Ahora!

Y con esta palabra se quebró el silencio de la atenuación. En algún lugar justo fuera de la casa hubo una colosal explosión y algunos de los cristales se rompieron. Algunas astillas cayeron sobre nosotros.

A través de las paredes transparentes vi que era de día y el sol brillaba... pero había humo en el aire y podíamos oír el crujir de la madera ardiendo.

V

Hubo una segunda explosión, pero más lejos. Sentí que Amelia se ponía rígida en mis brazos; se volvió hacia mí con dificultad.

—¿Qué infierno es éste? —dijo.

—No lo sé.

A cierta distancia, alguien dejó escapar un grito espantoso, y como si hubiera sido una señal, otras dos voces le hicieron eco. De nuevo se oyó una explosión más fuerte que las otras dos. Se rompieron más cristales y más astillas cayeron sobre el piso.

Un fragmento cayó dentro de la Máquina del Tiempo, a menos de quince centímetros de mi pie.

Gradualmente, a medida que nuestros oídos se adaptaban al confuso estrépito que nos rodeaba, un sonido en particular se destacó entre los demás: un bramido profundo, que se agudizaba como la sirena de una fábrica y luego se mantenía ululando en la nota más alta. Ahogó por un momento el crujir de la madera y los gritos de los hombres. El ruido de la sirena se fue perdiendo pero luego se repitió.

—¡Edward! —La cara de Amelia estaba blanca como la nieve, y su voz se había convertido en un murmullo agudo—. ¿Qué está pasando?

—No tengo idea. Debemos irnos. ¡Toma los controles!

—No sé cómo hacerlo. Tenemos que esperar que el mecanismo de regreso automático funcione.

—¿Cuánto tiempo hemos permanecido aquí?

Antes de que ella me contestara hubo otra violenta explosión.

—Sujétate —dije—. No podemos quedarnos aquí mucho tiempo. Hemos caído en medio de una guerra.

—Pero el mundo está en paz.

—En nuestra época, sí.

Me preguntaba cuánto hacía que esperábamos en este infierno de 1903. No pasaría mucho tiempo antes de que el mecanismo de regreso automático nos llevara de vuelta, a través de la seguridad de la atenuación, hasta nuestra época de paz y felicidad.

Amelia había vuelto la cabeza, de modo que ahora la tenía hundida en mi hombro, y su cuerpo se movía incómodo en el asiento. Yo la abrazaba tratando de hacer lo que podía para calmarla en medio de ese pandemónium de terror.

Miré todo el laboratorio, y vi el extraño cambio que había sufrido desde la primera vez que lo vi: había escombros por todas partes, y polvo y suciedad sobre todo, a excepción de la Máquina del Tiempo en sí.

De pronto, vi un movimiento del otro lado de las paredes del laboratorio, y al mirar en esa dirección observé que alguien corría con

desesperación a través del jardín hacia la casa. Conforme la figura se acercaba vi que se trataba de una mujer. Llegó justo hasta la pared, y apoyó la cara contra el cristal. Detrás de ella vi otra figura que también corría.

—¡Amelia... mira! —exclamé.

—¿Qué pasa?

—¡Mira allá!

Se volvió para mirar a las dos figuras, pero justo en ese momento sucedieron dos cosas al mismo tiempo: una terrible explosión seguida de una llamarada que atravesó el parque y consumió a la mujer... y una sacudida violenta de la Máquina del Tiempo. El silencio de la atenuación nos envolvió, el laboratorio apareció intacto y por encima de nuestras cabezas se inició al revés la procesión de días y noches.

Amelia siguió incómodamente vuelta hacia mí y se echó a llorar con lágrimas de alivio, y yo continué abrazándola en silencio.

Cuando se calmó, preguntó:

—¿Qué veías justo antes de regresar?

—Nada —mentí. Mis ojos me engañaron.

No podía describirle de ninguna manera la mujer que había visto. Parecía un animal salvaje: el cabello enmarañado y desordenado, el rostro desfigurado por la sangre, la ropa desgarrada que revelaba su desnudez. Tampoco sabía cómo decir lo que para mí era el mayor de todos los horrores.

Había reconocido en esa mujer a Amelia, en sus últimos momentos antes de morir en medio de la infernal guerra de 1903.

No podía hablar de eso, ni siquiera podía creer lo que había visto. Pero así era; el futuro era real, y ése era el verdadero destino de Amelia. El vigésimo segundo día del mes de junio de 1903, el fuego la consumiría en los jardines de la casa de Sir William.

La joven estaba acurrucada en mis brazos y yo todavía podía sentirla temblando. ¡Yo no podía permitir que el destino se cumpliera!

Así fue que, sin darme cuenta de lo precipitado de mi proceder, me dispuse a alterar el destino. ¡La Máquina del Tiempo nos llevaría ahora más lejos en el futuro, más allá de ese terrible día!

VI

Estaba trastornado. Me puse de pie bruscamente y Amelia, que había estado apoyada contra mí, me miró atónita. Por encima de nosotros los días y las noches desfilaban a gran velocidad. Había un sorprendente e impetuoso tropel de sensaciones bullendo dentro de mí, causado, creo, por el vértigo de la atenuación, pero también porque algo instintivo me estaba preparando para lo que vino después. Di un paso adelante, puse el pie sobre el piso de la máquina, frente al asiento, y, sujetándome del barrote de bronce, logré agacharme delante de Amelia.

—Edward, ¿qué estás haciendo?

Hizo la pregunta con voz trémula y rompió en sollozos tan pronto la hubo terminado. No le presté atención, y en cambio observé los cuadrantes que se encontraban ahora a pocos centímetros de mi cara.

En la extraña luz de la procesión de días, vi que la máquina retrocedía en el tiempo a gran velocidad. Estábamos ahora en 1902, y en la primera mirada vi pasar la aguja de agosto a julio. La posición de la palanca, situada en el centro, enfrente de los cuadrantes, era casi vertical, y las varillas de níquel adosadas se extendían hacia adelante, hacia el corazón del mecanismo cristalino.

Me levanté un poco y me senté en la parte de adelante del asiento, por lo que Amelia se corrió hacia atrás para dejarme lugar.

—No debes tocar los controles —dijo, y sentí que se inclinaba a un lado para ver qué hacía yo.

Tomé el manubrio con ambas manos, y lo atraje hacia mí. Hasta donde yo podía ver, esto no tuvo ningún efecto sobre nuestro viaje. De julio pasamos a junio.

La preocupación de Amelia se acentuó.

—¡Edward, no debes interferir! —dijo en voz alta.

—¡Tenemos que seguir hacia el futuro! —grité, e hice girar el manubrio hacia un lado y hacia el otro, como cuando se dobla una esquina montado en una bicicleta.

—¡No! Hay que dejar que la máquina regrese automáticamente.

A pesar de todos mis esfuerzos con los controles, el proceso de retorno continuaba sin cambios. Amelia me sujetaba ahora los brazos tratando de alejar mis manos de la palanca. Noté que arriba de cada uno de los cuadrantes había una pequeña perilla de metal; tomé una de ellas con la mano. Observé que moviéndola era posible cambiar la fecha de destino. Resultaba evidente que ésta era la forma de interrumpir nuestro camino, puesto que en cuanto Amelia comprendió lo que yo estaba haciendo, sus esfuerzos por detenerme se hicieron más violentos. Se inclinaba hacia adelante, trataba de tomar mi mano

y cuando esto fracasó, tomó un mechón de mis cabellos y tiró con fuerza hacia atrás, con el consiguiente dolor para mí.

Al sentir el tirón solté los controles, pero mis pies golpearon instintivamente hacia adelante. El taco de mi bota derecha tocó una de las varillas de níquel adosadas a la palanca principal, y en ese instante hubo una aterradora sacudida y todo a nuestro alrededor quedó en tinieblas.

VII

El laboratorio había desaparecido, la procesión de días y noches había cesado. Estábamos en medio de un absoluto silencio y una absoluta oscuridad.

Amelia aflojó su abrazo desesperado, y ambos nos sentamos atontados, impresionados por lo que nos había sucedido. Sólo el violento torbellino —transformado ahora en una vertiginosa caída que nos volcaba primero a un lado y luego a otro— nos indicó que nuestro viaje a través del tiempo continuaba.

Amelia se me acercó, puso sus brazos alrededor de mi cuerpo y su cara contra mi cuello.

La caída empeoraba a cada instante, y giré e! manubrio hacia un lado, con la esperanza de corregir el descenso. Todo lo que conseguí fue introducir un nuevo movimiento: un cabeceo que nos sacudía y complicaba el balanceo lateral, que aumentaba a cada momento.

—¡No puedo detenerla! —grité—. ¡No sé qué hacer!

—¿Qué nos sucedió?

—Hiciste que pateara la palanca —expliqué—. Sentí que algo se rompía.

En ese momento, ambos dejamos escapar gritos sofocados, pues la máquina pareció volcarse y ponerse cabeza abajo. Hubo un repentino estallido de luz a nuestro alrededor, que provenía de una fuente brillante. Cerré los ojos, pues el brillo enceguecía, y traté de accionar la palanca para suavizar nuestro vertiginoso descenso. Los movimientos erráticos de la máquina hacían que el punto de luz bailara como enloquecido alrededor de nosotros, proyectando confusas sombras sobre los cuadrantes.

La palanca se sentía distinta. La rotura de la varilla la había aflojado, y tan pronto la soltaba, se desviaba a un lado, y en consecuencia ocasionaba esas violentas maniobras laterales.

—Si sólo pudiera encontrar esa varilla rota —dije—, y me incliné hacia abajo con la mano libre extendida, para ver si podía localizar los pedazos. Mientras estaba en eso, hubo un nuevo movimiento lateral y casi caigo del asiento. Por fortuna, Amelia no me había soltado y con su ayuda pude incorporarme de nuevo.

—Quédate quieto, Edward —dijo con voz suave y tranquilizadora —. Mientras estemos dentro de la máquina estaremos a salvo. No puede sucedemos nada mientras estamos atenuados.

—¡Pero, podríamos chocar con algo!

—No podemos... atravesaremos cualquier cosa.

—Pero, ¿qué sucedió? —pregunté.

Amelia repuso:

—Esas varillas de níquel están ahí para impedir el desplazamiento por el espacio. AI sacar una, has liberado la Dimensión Espacial, y ahora nos estamos alejando con rapidez de Richmond.

Me quedé estupefacto ante esa idea, y el mareo provocado por nuestro viaje sólo aumentaba los terribles peligros a que nos enfrentábamos.

—¿Entonces dónde caeremos? —pregunté—. ¿Quién sabe dónde nos dejará la máquina?

De nuevo habló Amelia con voz tranquilizadora:

—No estamos en peligro, Edward. Admito que la máquina viaja en una loca carrera, pero sólo sus controles están afectados. El campo de la atenuación aún nos rodea, y por lo tanto el mecanismo en sí está funcionando. Ahora nos estamos desplazando por el espacio; es probable que recorramos muchos cientos de kilómetros... pero aunque nos encontráramos a mil kilómetros de nuestro hogar, el sistema de retorno automático nos llevará a salvo de vuelta al laboratorio.

—¿A mil kilómetros? —exclamé, horrorizado por la velocidad a la que debíamos estar viajando.

Amelia estrechó su abrazo por un momento.

—No creo que sea tan lejos. Me parece que estamos girando locamente en círculos.

Eso tenía bastante sentido, pues aun mientras estuvimos hablando, el punto de luz había continuado describiendo círculos alrededor nuestro. Por supuesto, me sentí tranquilizado por sus palabras, pero las sacudidas vertiginosas persistían, y cuanto más pronto terminara esta aventura más feliz me sentiría. Con este pensamiento en la mente, decidí buscar otra vez la varilla de níquel perdida.

Dije a Amelia lo que pensaba hacer, y ella se acercó para tomar la palanca principal en sus manos. Así liberado de la necesidad de sujetar la palanca, me incliné hacia adelante y busqué a tientas por el piso de la máquina, temiendo que la varilla hubiera caído a un lado por los movimientos bruscos del viaje. En medio de la luz cambiante, busqué con las manos y encontré el bolso de Amelia donde ella lo había puesto, en el piso frente al asiento. Por suerte, poco después encontré la varilla: había rodado y estaba encajada entre la parte de adelante del asiento y el bolso de Amelia.

—La encontré —dije, sentándome y sosteniendo la varilla para que Amelia pudiera verla—. No está rota.

—¿Entonces cómo se salió?

La miré más de cerca y vi que tenía los extremos roscados y en la punta de cada uno había unas marcas de metal brillante que revelaban cómo se había salido de su lugar.

Se lo mostré a Amelia.

—Recuerdo haber oído a Sir William decir que algunos de los controles de níquel no estaban bien fabricados —dijo—. ¿Puedes ponerla de nuevo donde estaba?

—Trataré.

Me tomó algunos minutos más tantear, envuelto en la fantasmagórica luz, para localizar los casquillos de metal de donde había arrancado la varilla, y luego me tomo mucho más accionar la palanca para colocarla en la posición apropiada, de modo tal que yo pudiera hacer encajar la varilla en los casquillos.

—Sigue siendo demasiado corta —dije, comenzando a desesperarme—. Haga lo que haga, la varilla es demasiado corta.

—¡Pero debe haberse salido de allí!

Encontré la forma de aflojar el casquillo de la palanca, y esto ayudó en cierta medida. Ahora se podía conectar ambos extremos y con mucha paciencia logré atornillar la varilla en cada uno de los agujeros roscados (por fortuna, Sir William había diseñado las roscas de tal modo que una vuelta ajustaba ambas conexiones). La varilla había quedado colocada, pero apenas sujeta, pues yo sólo había conseguido hacerla girar media vuelta.

Cansado, me enderecé de nuevo en el asiento, y Amelia puso sus brazos alrededor de mi cintura. La Máquina del Tiempo seguía sacudiéndose pero mucho menos que antes, y el movimiento del punto de luz era apenas perceptible. Permanecimos sentados en medio de ese brillo enloquecedor, casi sin poder creer que yo había tenido éxito al tratar de corregir la terrible vibración.

Inmediatamente delante de mí, el volante continuaba girando con rapidez, pero la ordenada sucesión de días y noches no había vuelto.

—Creo que estamos a salvo otra vez —dije, pero no estaba seguro.

—Pronto nos detendremos, con seguridad. Cuando la máquina se detenga, ninguno de nosotros debe moverse. A los tres minutos, el mecanismo automático de regreso entrará en funcionamiento.

—¿Y nos llevará de vuelta al laboratorio? —pregunté.

Amelia vaciló antes de contestar, y luego dijo:

—Sí.

Comprendí que no estaba más segura que yo.

De pronto, la Máquina del Tiempo se sacudió otra vez, y ambos sofocamos un grito. Observé que el volante no se movía... y entonces me di cuenta de que una corriente de aire pasaba junto a nosotros y al instante nos dio escalofríos. Supe que ya no estábamos atenuados, que estábamos cayendo... y presa de desesperación traté de alcanzar la palanca...

—¡Edward! —gritó Amelia en mi oído.

Fue lo último que pude oír, pues en ese momento hubo un choque

terrible, la máquina se detuvo repentinamente, y nos despidió con violencia hacia la noche.

VIII

Mi cuerpo yacía en medio de una absoluta oscuridad, cubierto al parecer por algo mojado y correoso. Cuando traté de ponerme de pie, todo lo que conseguí fue agitar inútilmente los brazos y las piernas, y hundirme más aún en esa marisma de materia resbaladiza. Una hoja de algo me cayó sobre la cara, y la arrojé a un lado, respirando con gran dificultad. De pronto me encontré tosiendo, tratando de que llegara aire a mis pulmones, y como un náufrago que se ahoga me esforcé por subir, con la sensación de que si no lo hacía moriría asfixiado. No me podía sujetar de nada, puesto que todo lo que me rodeaba era suave, resbaladizo y húmedo. Era como si me hubieran arrojado de cabeza dentro de un inmenso banco de algas.

Sentí que caía, y esta vez me dejé caer, ya sin esperanza. Estaba seguro de que me ahogaría en este mar de vegetación húmeda, pues cada vez que giraba la cabeza esta sustancia repulsiva me cubría la cara. Ahora podía sentir su sabor: era un líquido insulso, ferroso.

En algún lugar cerca de mí, oí un grito apagado.

—¡Amelia! —llamé.

Mi voz surgió como un graznido jadeante, y de inmediato volví a toser.

—¿Edward? —Su voz sonaba aguda y asustada, y pude oír que ella también tosía. Debía encontrarse a unos pocos metros de mí, pero yo no podía verla, apenas si sabía hacia qué lado buscarla.

—¿Estás bien? —pregunté, y luego volví a toser sin fuerzas. —La Máquina del Tiempo, Edward... debemos abordarla... pronto se irá...

—¿Dónde está?

—A mi lado. No puedo alcanzarla, pero puedo sentirla con el pie.

Me di cuenta de que Amelia se encontraba a mi izquierda, y avancé hacia ella a los tropezones en medio de la ruidosa maleza, con los brazos extendidos y con la esperanza de chocar contra algo sólido.

—¿Dónde estás? —grité, tratando de que mi voz sonara algo mejor que el pobre sonido ronco que había logrado emitir hasta ahora.

—Aquí estoy, Edward. Guíate por mi voz. —Amelia estaba más cerca ahora, pero sus palabras sonaban extrañamente apagadas, como si ella también se estuviera ahogando.

—Me resbalé... No puedo encontrar la Máquina del Tiempo... está por aquí en alguna parte... —decía.

Desesperado, arremetí a través de la maleza y casi al instante encontré a Amelia. Mi brazo golpeó contra su pecho y en ese momento ella se prendió de mí.

—¡Edward... tenemos que encontrar la máquina!

—¿Dices que está por aquí?

—En algún lugar... cerca de mis piernas...

Me arrastré junto a ella, agitando los brazos en todas direcciones, buscando desesperadamente la máquina. Detrás de mí, Amelia había logrado incorporarse de algún modo y se puso a mi lado. De cara al suelo, deslizándonos, tosiendo y jadeando, temblando debido al frío que ya nos estaba penetrando en los huesos, buscamos la máquina durante mucho más de los tres minutos que, aunque ninguno de los dos lo admitiera, era todo el tiempo que habíamos tenido para encontrarla.

Capítulo 6
LA EXTRAÑA TIERRA DEL FUTURO

I

Nuestros esfuerzos nos habían llevado inevitablemente hacia abajo, y pocos minutos después, sentí que había suelo firme debajo de mis pies. De inmediato le grité a Amelia y la ayudé a ponerse de pie. Avanzamos otra vez tratando de mantener el equilibrio mientras la maleza se nos enredaba en las piernas. Ambos estábamos empapados y hacía un frío glacial.

Por fin nos liberamos de la vegetación, y descubrimos que estábamos sobre un terreno áspero y pedregoso. Nos alejamos algunos metros del borde del matorral y luego nos dejamos caer agotados. Amelia temblaba de frío, y no protestó cuando la rodeé con mis brazos y la abracé para darle calor.

Finalmente dije:

—Debemos buscar un refugio.

Yo había observado los alrededores, con la esperanza de encontrar casas, pero todo lo que podía ver a la luz de las estrellas daba la impresión de ser un páramo. Lo único que había a la vista era el macizo de vegetación, que se proyectaba unos treinta metros hacia arriba.

Amelia no había respondido, y podía sentirla temblando todavía, de modo que me puse de pie, y comencé a quitarme la chaqueta.

—Por favor, échate esto sobre los hombros.

—Pero tú te helarás —protestó.

—Estás empapada, Amelia.

—Ambos lo estamos. Tenemos que hacer ejercicio para mantener el calor.

—En seguida —dije, y me senté de nuevo junto a ella. Conservé puesta la chaqueta, pero la abrí de modo que en parte cubriera a Amelia cuando rodeé sus hombros con mí brazo.

—Primero debo recuperar el aliento —expliqué.

Amelia se apretó contra mí y luego preguntó:

—Edward, ¿dónde hemos caído?

—No lo sé. Estamos en alguna parte en el futuro.

—¿Pero por qué hace tanto frío? ¿Por qué es tan difícil respirar?

Yo sólo podía conjeturar.

—Debemos encontrarnos a una gran altura —dije—. Estamos en una región montañosa.

—Pero el terreno es llano.

—Entonces debemos estar en una meseta —corregí—. El aire está enrarecido debido a la altura.

—Creo que yo llegué a la misma conclusión —dijo Amelia—. El verano pasado escalé montañas en Suiza y en las cumbres altas

tuvimos un problema similar con la respiración.

—Pero es evidente que esto no es Suiza.

—Tendremos que esperar hasta la mañana para averiguar donde estamos —dijo Amelia con decisión—. Debe haber gente cerca de aquí.

—¿Y si nos encontramos en un país extranjero, lo cual me parece muy probable?

—Hablo cuatro idiomas, Edward, y puedo reconocer algunos más. Todo lo que necesitamos saber es dónde está el pueblo más cercano y allí es probable que encontremos un cónsul británico.

Durante nuestra conversación, yo había estado recordando aquel momento de violencia que había vislumbrado a través de los ventanales del laboratorio.

—Hemos visto que hay guerra en 1903 —dije—. Donde sea que estemos ahora, o cualquiera que sea este año, ¿podría esa guerra continuar aún?

—No hay señales. Aun si ha estallado una guerra, protegerán a los viajeros inocentes. Hay cónsules en toda ciudad importante del mundo.

Amelia parecía en extremo optimista dadas las circunstancias y me sentí más tranquilo. En un principio, al comprender que habíamos perdido la máquina me había dominado la desesperación. De todos modos, lo menos que podía decirse era que nuestras perspectivas eran dudosas, y me preguntaba si Amelia se daba cuenta de la magnitud de nuestro desastre. Teníamos muy poco dinero y ningún conocimiento de la situación política, cuya crisis había determinado sin duda la guerra de 1903. Por lo que sabíamos podíamos encontrarnos en territorio enemigo, y era probable que nos enviaran a prisión tan pronto como nos descubrieran.

Nuestro problema inmediato —el de sobrevivir el resto de la noche a merced de los elementos— empeoraba a cada momento. Por fortuna no había viento pero esa era la única consideración que se nos dispensaba. El suelo mismo debajo de nuestros pies estaba congelado, y el aliento se nos condensaba alrededor del rostro.

—Tenemos que hacer ejercicio —dije—. De otro modo nos dará pulmonía.

Amelia no se rehusó, y ambos nos pusimos de pie. Comencé a trotar pero debía estar más débil de lo que me había parecido, pues casi al instante tropecé. Amelia también tenía problemas porque al levantar los brazos sobre la cabeza se tambaleó hacia atrás.

—Estoy un poco mareado —dije con un repentino ahogo.

—Yo también.

—Entonces no debemos hacer esfuerzos.

Miré a nuestro alrededor, presa de la desesperación; en medio de

esta penumbra estigia, todo lo que se podía ver era el matorral recortado contra la luz de las estrellas. Me pareció que, a pesar de lo húmeda que era, la vegetación constituía nuestra esperanza de refugio, y así lo dije a Amelia. Ella no tenía nada mejor que sugerir, de modo que sosteniéndonos uno al otro, regresamos al matorral. Vimos un grupo de arbustos de poco más de medio metro al borde del matorral, y los tanteé a manera de exploración. Los tallos estaban al parecer secos, y debajo de ellos el suelo no era tan duro como donde nos habíamos sentado.

Se me ocurrió una idea: tomé uno de los tallos y lo corté con la mano. De inmediato sentí un líquido frío que corría entre mis dedos.

—Brota savia de las plantas si se las rompe —dije. Y le alcancé a Amelia—. Si podemos refugiarnos debajo de las hojas, sin romper las ramas, no nos mojaremos.

Me senté en el suelo y comencé a moverme hacia adelante con los pies primero. Me arrastré suavemente de esta manera y pronto estuve debajo de la vegetación, en un oscuro y silencioso hueco entre las plantas. Poco después, Amelia me siguió, y cuando estuvo junto a mí nos recostamos.

Decir que nuestro refugio bajo los arbustos era agradable sería totalmente falso, pero sin duda era mejor que permanecer al descubierto en la llanura. A decir verdad, a medida que pasaba el tiempo y no nos movíamos, me sentí un poco más cómodo, y comprendí que el estar juntos nos daba un poco de calor.

Me acerqué a Amelia, que estaba a menos de quince centímetros de mí, y apoyé una mano sobre su cuerpo. La tela de su chaqueta estaba mojada, pero pude sentir que también Amelia estaba entrando en calor.

—Abracémonos —dije—. No tenemos que tomar frío.

Pasé el brazo por detrás de su espalda, y la atraje hacia mí. Accedió voluntariamente y pronto estuvimos juntos, cara a cara en la oscuridad. Moví la cabeza y nuestras narices se rozaron; me acerqué más y la besé en los labios.

De inmediato Amelia separó su rostro del mío.

—Por favor, Edward, no te aproveches de mí.

—¿Cómo puedes acusarme de eso? Tenemos que mantenernos en calor.

—Entonces hagamos sólo eso. No quiero que me beses.

—Pero creí...

—Las circunstancias nos han reunido. No debemos olvidar que apenas nos conocemos.

Casi no podía creer lo que oía. La actitud amistosa de Amelia durante el día me había parecido una confirmación inequívoca de mis propios sentimientos, y, a pesar de nuestra espantosa situación, su sola

presencia bastaba para encender mi pasión. Había esperado que ella me permitiera besarla, y luego de este rechazo permanecí en silencio, herido y avergonzado.

Algunos minutos después, Amelia se movió de nuevo y me besó con suavidad en la frente.

—Te tengo un gran cariño, Edward —dijo—. ¿No es eso suficiente?

—Creí que... bueno, me había parecido que tú...

—¿Acaso dije o hice alguna cosa para dar a entender que sentía por ti algo más que una amistad?

—Pues... no.

—Entonces, por favor, quédate quieto.

Pasó un brazo alrededor de mi cuerpo y me apretó un poco más contra ella. Continuamos así un largo rato, sin movernos casi, excepto para aliviar algún músculo acalambrado, y por el resto de esa larga noche, logramos dormitar sólo durante algunos breves períodos.

El amanecer llegó más repentinamente de lo que esperábamos. Estábamos en medio de la vegetación silenciosa y oscura, y de pronto, entre los arbustos comenzó a filtrarse un resplandor. Amelia y yo nos movimos al mismo tiempo, ambos con la sensación de que el día que se iniciaba habría de ser trascendental.

Nos pusimos de pie con dificultad, y caminamos vacilantes alejándonos de la vegetación hacia el sol, que aún rozaba el horizonte, blanco y enceguecedor. El cielo era de un azul profundo. No había nubes.

Caminamos unos diez metros, y luego nos volvimos para mirar hacia la vegetación.

Amelia, que había caminado tomada de mi brazo, ahora, de pronto lo apretó. Yo también me quedé mirando atónito, pues la vegetación se extendía hasta donde nosotros podíamos ver hacia la derecha y la izquierda. El borde era en general regular, con algunas entradas y salidas. En algunos lugares las plantas se agrupaban formando montes de unos sesenta metros o más de altura. Todo esto podríamos haberlo imaginado por nuestra experiencia durante la noche, pero nada podía habernos prevenido con respecto a la más increíble sorpresa de todas: el hecho de que no había ni un tallo, ni una hoja, ni un bulboso tubérculo rastrero, grotescamente dispuesto sobre el suelo arenoso, que no fuera de un vivido rojo sangre.

II

Observamos durante un largo rato el muro de vegetación escarlata sin encontrar palabras que expresaran nuestra reacción.

La parte más alta del matorral aparentaba ser lisa y redondeada, en particular hacia lo que aparentaba ser la copa. En este punto parecía una lomada suave y ondulante, aunque al mirar con mayor minuciosidad, pudimos ver que lo que parecía ser una pared uniforme estaba en realidad compuesta por miles o millones de ramas.

Más abajo, en la parte del matorral donde habíamos estado, su aspecto era completamente distinto. Aquí crecían plantas nuevas, nacidas, cabe suponer, de las semillas arrojadas por el cuerpo principal de la vegetación. Tanto Amelia como yo comentamos la horrible sensación de que el muro avanzaba inexorablemente, echando nuevos brotes y aumentando la extensión del matorral.

Entonces, aún mientras mirábamos anonadados este matorral increíble, vimos que el contacto de los rayos solares tenía un efecto instantáneo, pues todo a lo largo del muro surgió un quejido grave y profundo, y un sonido como el restallar de látigos. Primero se movió una rama, luego otra... luego a lo largo de todo ese acantilado viviente, tallos y ramas se movieron con algo parecido a una animación irracional.

Amelia apretó de nuevo mi brazo y señaló algo que estaba directamente delante de nosotros.

—¡Mira, Edward! —dijo—, ¡Mi bolso está allí!, debemos recuperarlo.

A unos diez metros de altura en el muro de vegetación, vi que había lo que parecía ser un hueco en la superficie aparentemente lisa. Mientras Amelia avanzaba hacia allí, comprendí que aquél debía ser el lugar donde la Máquina del Tiempo nos había depositado con tanta precipitación.

A pocos metros de allí, absurdo en este entorno, estaba el bolso de Amelia, enganchado en un tallo.

Corrí hacia adelante y alcancé a Amelia, justo cuando se preparaba a avanzar entre las plantas más cercanas, con la falda recogida hasta las rodillas.

—No puedes ir allí —dije—. ¡Las plantas están cobrando vida!

Mientras yo hablaba, una planta larga semejante a una enredadera avanzó como una serpiente, en silencio, hacia nosotros, y una vaina cargada de semillas estalló con un estampido como de revólver. Una nube de semillas, como partículas de polvo, se alejó de la planta flotando en el aire.

—¡Edward, es indispensable que recupere mi bolso!

—¡No puedes ir a buscarlo!

—Debo hacerlo.

—Tendrás que arreglarte sin tus cremas y tus polvos.

Furiosa, clavó sus ojos en mí por un instante.

—Ahí hay algo más que polvo facial. Dinero... mi frasco de coñac. Muchas cosas.

Se sumergió con desesperación entre las plantas, pero cuando lo hacía, una rama cobró vida crujiendo, y se levantó. Enganchó el ruedo de la falda, desgarró la tela e hizo girar a Amelia, quien cayó gritando.

Corrí hacia ella y la ayudé a alejarse de las plantas.

—Quédate aquí... yo iré —dije.

Sin pensarlo más, me abalancé hacia el interior de ese bosque de tallos que se movían y se quejaban, y trepé hacia donde había visto el bolso de Amelia por última vez.

No fue difícil al principio: aprendí con rapidez qué tallos podían soportar mi peso y cuáles no. Cuando la altura de los tallos sobrepasó mi cabeza, comencé a subir; me resbalé varias veces cuando la rama que sujetaba se rompía en mis manos, y soltaba una cascada de savia. Todo a mi alrededor las plantas se movían, crecían y sacudían los tallos como si fueran los brazos de una multitud dando vítores. Al mirar hacia arriba vi el bolso de Amelia colgando de uno de estos tallos, a unos seis metros por encima de mi cabeza. Logré trepar poco más de un metro hacia allí. No había en este punto nada que soportara mi peso.

Oí un crujido unos metros hacia mi derecha y me agaché, pues creí horrorizado que algún tallo importante estaba despertando a la vida... pero luego vi que era el bolso de Amelia que caía de la rama donde estaba enganchado.

Aliviado, abandoné mi inútil intento de trepar, y me arrojé entré los ondulantes tallos inferiores. El ruido que esta escandalosa vegetación producía ya era considerable, y cuando otra vaina de semillas explotó junto a mi oído, me dejó temporalmente sordo. Ahora mi único pensamiento era recuperar el bolso de Amelia y salir de esta vegetación de pesadilla. Sin importarme dónde ponía los pies, ni cuántos tallos rompía o cuánto me mojaba, me abrí paso violentamente entre las plantas, tomé el bolso y me dirigí de inmediato hacia el borde del matorral.

Amelia estaba sentada en el suelo, y arrojé el bolso a su lado. Sin razón alguna, estaba enojado con ella, aunque yo sabía que mi enojo era sólo una reacción contra mi terror.

Mientras Amelia me agradecía por haber ido a buscar el bolso, me alejé de ella y miré el muro de vegetación escarlata. Era evidente que la maleza estaba mucho más desordenada que antes, con tallos y ramas que surgían de todas partes. En el suelo, justo al borde del

matorral, vi que aparecían nuevos brotes rosados. Las plantas *avanzaban* hacia nosotros, despacio pero sin pausa. Observé el proceso durante algunos minutos más viendo cómo la savia de las plantas adultas caía al suelo y regaba toscamente los nuevos brotes.

Cuando me volví otra vez hacia Amelia, ella estaba limpiando su rostro con un paño que había tomado de su bolso. A su lado, sobre el piso, estaba su frasco de coñac. Me lo alcanzó.

—¿Quieres un poco de coñac, Edward?

—Gracias.

Al fluir dentro de mi boca, el licor me hizo entrar en calor de inmediato. Bebí tan sólo un pequeño sorbo porque intuía que tendríamos que hacer durar lo que había.

Al salir el sol, ambos recibimos el beneficio de su calor. Era evidente que nos encontrábamos en una región ecuatorial, pues el sol se elevaba con rapidez y sus rayos eran cálidos.

—Edward, acércate.

Me senté en cuclillas delante de Amelia. Se veía fresca, pero entonces me di cuenta de que además de haberse lavado superficialmente con el paño facial humedecido, se había cepillado el cabello. Su ropa, sin embargo, estaba en condiciones espantosas: la manga de su chaqueta se había rasgado y había un largo desgarrón en la falda, donde la planta la había hecho girar. Había manchas y rayas rosadas en toda su ropa. Al mirarme a mí mismo, vi que mi traje nuevo estaba arruinado de la misma manera.

—¿Quieres limpiarte? —me dijo, ofreciéndome el paño.

Lo tomé y me limpié la cara y las manos.

—¿Cómo es que tienes esto? —pregunté maravillado ante el inesperado placer de lavarme.

—He viajado mucho —explicó—. Uno se acostumbra a prever cualquier contingencia.

Me mostró que tenía un estuche de viaje, con un jabón, un cepillo de dientes, un espejo, un par de tijeras plegadizas para uñas y un peine, además del paño facial.

Me pasé la mano por la cara, pensando que pronto necesitaría una afeitada, pero ésa era una contingencia que Amelia al parecer no había previsto.

Le pedí prestado el peine para arreglarme el cabello, y luego dejé que me arreglara el bigote.

—Ya está —dijo, con el último retoque—. Ahora estamos listos para regresar a la civilización. Pero primero debemos tomar algo como desayuno para subsistir.

Buscó dentro de su cartera y sacó una tableta grande de chocolate Menier.

—¿Se puede saber qué otra cosa tienes escondida ahí? —

pregunté.

—Nada que nos sea de utilidad. Ahora bien, tendremos que racionar el chocolate porque es la única comida que tengo. Tomaremos dos cuadraditos cada uno ahora, y un poco más a medida que lo necesitemos.

Comimos el chocolate con fruición, y luego bebimos otro poco de coñac.

Amelia cerró su bolso, y nos pusimos de pie.

—Caminaremos hacia allá —dijo, señalando en dirección paralela al muro de vegetación.

—¿Por qué hacia allá? —pregunté, intrigado por su aparente resolución.

—Porque el sol salió por aquel lado —señaló el otro extremo del desierto—, y por lo tanto el matorral debe extenderse de Norte a Sur. Sabemos cuánto frío hace aquí de noche, por eso no hay nada mejor que hacer que ir hacia el Sur.

Su lógica no admitía controversia. Habíamos caminado unos cuantos metros cuando se me ocurrió un argumento.

—Das por sentado que aún estamos en el hemisferio Norte —dije.

—Por supuesto. Para tu información, Edward, ya he deducido donde aterrizamos. Estamos a tal altura y hace tanto frío que este lugar solo puede ser el Tíbet.

—En ese caso, estamos caminando hacia el Himalaya —repuse.

—Haremos frente a ese problema cuando se nos presente.

III

Descubrimos que caminar por este terreno no era fácil. Aunque el paisaje que nos rodeaba se hizo bastante agradable conforme el sol se elevaba, y nuestro paso era ligero, debido, suponíamos, al aire frío y limpio y a la altura, nos dimos cuenta de que nos cansábamos fácilmente y debíamos detenernos con frecuencia.

Durante unas tres horas mantuvimos un ritmo uniforme, caminando y descansando a intervalos regulares, y nos turnamos para llevar el bolso. Me sentí fortalecido por el ejercicio, pero a Amelia no le resultaba fácil; le costaba respirar y a menudo se quejaba de mareos.

Lo que a ambos nos descorazonaba era que el paisaje no había cambiado desde el momento en que empezamos a caminar. Con pequeñas variaciones de tamaño, el muro de vegetación se extendía sin interrupción a través del desierto.

A medida que el sol ascendía, el calor que irradiaba se hacía más intenso, y nuestra ropa pronto estuvo seca. Como carecíamos de toda protección (el sombrero de Amelia no tenía ala y yo había perdido el mío entre la maleza), pronto comenzamos a sufrir los efectos del sol, y ambos nos quejamos de una desagradable picazón en la piel de la cara.

Otra consecuencia del creciente calor del sol fue un segundo cambio en la actividad de las plantas. El inquietante movimiento que parecía tener vida duró alrededor de una hora después de la salida del sol, pero ahora esos movimientos eran poco frecuentes; en cambio, podíamos ver que los brotes crecían a una velocidad prodigiosa, y la savia manaba constantemente de las plantas más grandes.

Una cuestión me había estado preocupando desde el accidente, y mientras caminábamos creí mi deber sacarla a relucir.

—Amelia —dije—, acepto toda la responsabilidad de nuestra situación.

—¿A qué te refieres?

—No debí tocar los controles de la Máquina del Tiempo. Fue una imprudencia de mi parte.

—No eres más responsable que yo. Por favor, no volvamos a hablar de eso.

—Pero nuestras vidas pueden estar en peligro.

—Enfrentaremos eso juntos —dijo—. La vida será insoportable si continúas echándote la culpa. Fui yo... la que se entrometió primero con la máquina. Nuestra principal preocupación debería ser ahora regresar a...

Miré fijamente a Amelia, y vi que su rostro estaba pálido y sus

ojos entrecerrados. Un instante después, se tambaleó, me miró impotente, luego vaciló y cayó sobre el suelo arenoso. Corrí hasta ella.

—¡Amelia! —exclamé, alarmado, pero ella no se movió. Levanté su mano y le tomé el pulso: era débil e irregular.

Yo había estado llevando el bolso. Luché con el broche y lo abrí. Frenético, busqué en su interior lo que sabía que debía estar allí en alguna parte. Poco después lo encontré: una botellita con sales. Desenrosqué la tapa y acerqué la botellita a la nariz de Amelia.

La reacción fue inmediata. Amelia se echó a toser violentamente, y trató de apartarme. Puse mis brazos alrededor de sus hombros y la ayudé a sentarse. Seguía tosiendo y sus ojos lagrimeaban. Recordé algo que había visto una vez y me incliné sobre ella y empujé con suavidad su cabeza hacia las rodillas.

Cinco minutos más tarde, se enderezó y me miró. Su cara todavía estaba pálida y sus ojos aún tenían lágrimas.

—Caminamos demasiado sin comer —explicó—. Me sentí mareada y...

—Debe ser la altura —dije—. Encontraremos alguna forma de bajar de esta meseta lo antes posible.

Volví a buscar dentro del bolso y encontré el chocolate. Sólo habíamos comido una parte de lo que teníamos, de modo que separé otra porción y se la ofrecí.

—No, Edward.

—Cómelo —dije—. Estás más débil que yo.

—Acabamos de comer un poco. Tenemos que hacerlo durar.

Tomó los trozos partidos y el resto del chocolate y resueltamente los puso de nuevo en el bolso.

—Lo que sí quisiera —dijo— es un vaso de agua. Tengo mucha sed.

—¿Crees que la savia de las plantas se puede beber?

—Si no encontramos agua, tendremos que probarla, después de todo.

—Cuando caímos por primera vez entre la maleza —dije— toqué un poco de esa savia. No difiere mucho del agua, pero es algo amarga.

Algunos minutos después, Amelia se puso de pie, un poco vacilante, me pareció, y afirmó que estaba en condiciones de seguir. Hice que bebiera otro poco de coñac antes de continuar.

Pero luego, aunque caminábamos mucho más despacio, Amelia volvió a tambalearse. Esta vez no perdió el conocimiento, pero explicó que sentía náuseas. Descansamos durante media hora, mientras el sol alcanzaba su cenit.

—Por favor, Amelia, come otra porción de chocolate. Estoy seguro de que todo lo que tienes es falta de alimento.

—No tengo más apetito que tú —dijo—. No es eso.

—Entonces, ¿qué es?

—No puedo decírtelo.

—¿Tú sabes de qué se trata?

Amelia asintió con la cabeza.

—Entonces —reclamé—, dímelo y podré hacer algo para ayudarte.

—No podrías hacer nada, Edward. Me pondré bien.

Me arrodillé sobre la arena, delante de ella, y puse las manos sobre sus hombros.

—Amelia, no sabemos cuánto más habrá que caminar. No podemos seguir adelante si estás enferma.

—No lo estoy.

—A mí me parece que sí.

—No me siento bien, pero no estoy enferma.

—Entonces, por favor, haz algo para solucionarlo —exclamé, mi preocupación convertida de pronto en enojo.

Amelia permaneció en silencio durante un instante, pero luego, con mi ayuda, se puso de pie.

—Espera aquí, Edward. No tardaré mucho.

Tomó el bolso y caminó despacio hacia el matorral. Pisó con cuidado entre las plantas más pequeñas y se dirigió hacia un grupo de tallos más altos, Al llegar allí se volvió y miró hacia mí, luego se agachó y pasó detrás de los tallos.

Me puse de espaldas, porque supuse que preferiría mantener su intimidad.

Pasaron varios minutos, y Amelia no aparecía. Esperé cerca de un cuarto de hora, y entonces empecé a preocuparme. Todo había quedado en absoluto silencio desde que Amelia desapareciera… pero aún a pesar de mi creciente preocupación creí mi deber esperar y respetar su intimidad.

Acababa de mirar mi reloj y descubrir que había pasado más de veinte minutos, cuando oí su voz.

—¿Edward...?

Sin esperar más, corrí hacia ella, a través de la vegetación escarlata, hacia el lugar donde había visto a Amelia por última vez. Me atormentaba la idea de que algún terrible desastre le había ocurrido, pero nada podría haberme preparado para lo que vi.

Me detuve súbitamente, y de inmediato desvié la mirada: ¡Amelia se había quitado la blusa y la falda, y estaba de pie en ropa interior!

Sostenía la falda a modo de protección cubriendo su cuerpo, mirándome con expresión tímida y turbada.

—Edward, no me lo puedo quitar... Por favor, ayúdame...

—¿Qué estás haciendo? —pregunté anonadado.

—Es mi corset; está muy apretado... Casi no puedo respirar. Pero

no puedo soltarlo. —Su quejido se hizo más audible, y luego Amelia continuó:

—No quería que lo supieras, pero no he estado a solas desde ayer. Está tan apretado... por favor, ayúdame...

No puedo negar que su patética expresión me resultó divertida, pero disimulé mi sonrisa, me puse detrás de Amelia y dije:

—¿Qué tengo que hacer?

—Hay dos lazos... deberían estar atados abajo en un moño, pero sin querer los anudé.

Observé con más atención y vi lo que había hecho. Aflojé el nudo con las uñas y logré soltar los lazos sin dificultad.

—Ya está —dije, apartándome—. Ya están sueltos.

—Por favor, desátalos, Edward. Yo no puedo alcanzarlos.

La agonía que yo había estado dominando surgió repentinamente.

—¡Amelia, no puedes pedirme que te desvista!

—Sólo quiero que desates los lazos —dijo—. Eso es todo.

De mala gana me acerqué otra vez a ella y comencé la labor de sacar los lazos por los ojales. Cuando la tarea estaba a medio terminar, una parte de la prenda se soltó y pude ver lo ajustada que había estado. Los lazos pasaron por los dos últimos ojales, y el corset quedó suelto. Amelia se lo quitó y lo dejó caer despreocupadamente al suelo. Luego se volvió hacia mí.

—No puedo agradecértelo lo suficiente, Edward. Creo que me habría muerto si hubiera llevado puesto el corset Un minuto más.

De no haber sido ella quien se volvió hacia mí, yo habría juzgado mi presencia allí en extremo incorrecta, pues Amelia había dejado caer la falda y yo podía ver que su camisa era de una tela muy ligera, y que tenía un busto prominente. Me acerqué, pensando que podría permitirme el gesto afectuoso de un abrazo, pero Amelia se apartó de inmediato y se cubrió de nuevo con la falda.

—Puedes dejarme ahora —dijo—. Me puedo vestir sola.

IV

Cuando, pocos minutos después, Amelia salió de entre la maleza, estaba totalmente vestida y llevaba el corset entre las manijas del bolso.

—¿No vas a deshacerte de eso? —le pregunté—. Se ve que es incómodo.

—Sólo durante períodos prolongados —repuso, avergonzada—. No me lo pondré en lo que queda del día y lo volveré a usar mañana.

—Esperaré ansioso el momento de ayudarte —dije, con franqueza.

—No será necesario. Para mañana ya habremos regresado a la civilización y tomaré una doncella.

Como todavía estaba ruborizada, y yo no había perdido mi entusiasmo, creí apropiado decir:

—Sí mi opinión es de algún valor para ti, te puedo asegurar que tu figura se ve tan esbelta sin eso como antes.

—Eso no tiene nada que ver. ¿Seguimos nuestro camino?

Comenzó a alejarse y la seguí.

Todo esto había resultado una distracción temporal de nuestra situación, pues el sol pronto estuvo sobre el Oeste lo bastante como para que el matorral arrojara sombras. Cuando caminábamos por donde no daba el sol sentíamos de inmediato mucho más frío.

Luego de caminar una media hora más, yo estaba a punto de proponer un descanso, cuando Amelia se detuvo de pronto, observó una suave depresión en el terreno y se dirigió hacia allí con presteza.

Yo la seguí y entonces ella dijo:

—Tendremos que acampar otra vez. Creo que deberíamos prepararnos desde ahora.

—Comparto la idea, pero me parece que tendríamos que caminar tanto como sea posible.

—No, este lugar es ideal. Pasaremos la noche aquí.

—¿Al descubierto?

—No es necesario. Tenemos tiempo de preparar un refugio antes de que llegue la noche. —Observaba la depresión con mirada calculadora—. Cuando estaba en Suiza me enseñaron cómo construir refugios de emergencia. Tendremos que hacer este hoyo un poco más profundo y reforzar los costados. ¿Querrías hacer eso? Yo cortaré algunas ramas.

Discutimos algunos minutos —yo creía que debíamos aprovechar la luz del día y seguir adelante—, pero Amelia estaba decidida. Finalmente, se quitó la chaqueta y caminó hasta el matorral, mientras yo me agachaba y comenzaba a excavar el suelo arenoso con las

manos.

Nos llevó alrededor de dos horas construir el refugio a satisfacción nuestra. Para entonces yo ya había sacado la mayor parte de las piedras grandes de la depresión, y Amelia había cortado una enorme pila de ramas tupidas y de hojas semejantes a helechos, que depositamos dentro del hueco, haciendo un montículo de hojas como para una hoguera, debajo del cual nos proponíamos introducirnos.

El sol casi había desaparecido detrás del matorral, y Amelia y yo sentíamos frío.

—Creo que hemos hecho todo lo que podemos —dijo Amelia.

—¿Entonces nos vamos ubicando adentro? —Comprendía ahora la prudencia de Amelia al querer que nos preparáramos desde temprano. De haber continuado caminando, nunca habríamos podido construir un refugio tan elaborado contra el frío.

—¿Tienes sed?

—Estoy bien —dije, pero mentía. Mi garganta había estado seca todo el día.

—Pero no has bebido nada líquido.

—Puedo sobrevivir esta noche.

Amelia señaló uno de los tallos trepadores que también había traído. Cortó un trozo y me lo alcanzó.

—Bebe la savia, Edward. Es completamente inofensiva.

—Podría ser venenosa.

—No, la probé antes mientras me quitaba el corset. Tonifica bastante y no he sufrido consecuencias desagradables.

Apoyé el extremo del tallo sobre los labios y probé sorbiendo la savia. De inmediato mi boca se llenó de un líquido frío y lo tragué rápidamente. Luego del primer sorbo, el sabor no era tan desagradable.

—Me recuerda un tónico de hierro que bebía cuando era niño —dije.

Amelia sonrió.

—De modo que a ti también te daban Parrish's Food. Me preguntaba si notarías el parecido.

Solían darme una cucharada de miel, para quitarme el gusto.

Esta vez tendrás que pasarte sin eso.

—A lo mejor no —respondí, atrevido.

Amelia me miró fijamente, y vi que le volvía un ligero rubor. Arrojé a un lado el tallo, y luego la ayudé a introducirse en el refugio antes que yo.

Capítulo 7
EL DESPERTAR DE LA VERDAD

I

Permanecimos juntos, sin movernos, durante largo rato. Aunque Amelia había elegido las plantas que creyó que tenían menos savia, pronto descubrimos que debajo de nosotros estaban rezumando líquido. Además, el menor movimiento provocaba la entrada de una corriente de aire del exterior. Yo dormité un poco, pero no sé si Amelia.

Luego, el frío penetrante que me atacaba los brazos y las piernas me despertó, y sentí que, a mi lado, Amelia se ponía rígida.

—Edward —dijo—, ¿moriremos acaso en este lugar?

—No creo —repuse de inmediato, pues durante el día esa posibilidad se me había ocurrido a menudo, y había tratado de pensar algo para tranquilizarla—. No tendremos que viajar mucho más.

—¡Pero moriremos de hambre!

—Todavía tenemos el chocolate —dije—, y como tú misma has observado, la savia de estas plantas es nutritiva.

Esto último, al menos, era verdad; mi cuerpo reclamaba alimento sólido, pero después de beber la savia me había sentido un poco más fuerte.

—Creo que moriremos por falta de abrigo. No podré soportar este frío mucho tiempo más.

Yo sabía que Amelia estaba temblando, y cuando habló oí que sus dientes castañeteaban. Nuestro refugio no era lo que habíamos esperado.

—Permíteme, por favor —dije, y sin esperar su respuesta me acerqué a ella y pasé mi brazo debajo de su cabeza y sus hombros. El rechazo de la noche anterior era todavía un recuerdo penoso, de modo que me sentí feliz cuando ella se dejó atraer voluntariamente, y apoyó la cabeza sobre mi hombro y cruzó un brazo sobre mi pecho. Levanté un poco las rodillas para que ella deslizara sus piernas debajo de las mías. Al hacerlo, desacomodamos algunas de las ramas que nos cubrían y nos llevó algunos minutos distribuirlas otra vez.

De nuevo nos quedamos quietos, tratando de recuperar la relativa tibieza que habíamos tenido antes demovernos. Pasó otro rato en silencio, y el estrecho contacto entre ambos comenzó a rendir frutos, pues empecé a sentir más calor.

—Edward, ¿estás dormido? —Su voz era muy suave.

—No —dije.

—Todavía tengo frío. ¿Crees que deberíamos apurarnos y cortar algunas hojas más?

—Creo que debemos permanecer quietos. El calor vendrá.

—Estréchame más.

Lo que sucedió después de ese comentario al parecer simple no podría haberlo imaginado, ni siquiera en mis más alocadas fantasías. Espontáneamente pasé mi brazo libre del otro lado y la atraje hacia mí; al mismo tiempo Amelia me rodeó con sus brazos, y descubrimos que estábamos abrazándonos con una intimidad tal que me hizo olvidar la prudencia.

Amelia había apoyado su rostro contra el mío, y sentí que lo movía con un roce sensual. Respondí de la misma manera, consciente de que el amor y la pasión que había estado dominando crecían ahora en mí a una velocidad incontrolable. En lo profundo de mi mente sentí una repentina desesperación, pues sabía que más tarde me arrepentiría de haberme abandonado a este impulso, pero la hice a un lado porque tenía necesidad de dar rienda suelta a mis emociones. El cuello de Amelia estaba junto a mi boca, y sin intentar ningún subterfugio, apoyé sobre él los labios y la besé con vehemencia y sentimiento. Como respuesta, me abrazó con más fuerza aún, y sin prestar atención a cómo desarreglábamos el refugio rodamos con pasión hacia uno y otro lado.

Finalmente, me separé, y Amelia volvió el rostro y me besó en los labios. Yo estaba ahora apoyado casi por completo sobre ella con todo mi peso sobre su cuerpo. Volvimos a separarnos luego, pero mi rostro permaneció a un par de centímetros del de ella.

Con toda la sinceridad de la verdad absoluta, dije simplemente:

—Te quiero, Amelia.

Su única respuesta fue apretar de nuevo su cara contra la mía, y nos besamos como si nunca hubiéramos dejado de hacerlo. Ella era todo lo que podía existir para mí, y, durante esos momentos al menos, la extraordinaria naturaleza de lo que nos rodeaba dejó de tener importancia. Yo sólo deseaba que siguiéramos besándonos para siempre. A decir verdad, dada la índole de su respuesta, supuse que Amelia estaba de acuerdo. Su mano estaba detrás de mi cabeza, abierta entre mis cabellos, y me apretaba contra ella mientras nos besábamos.

Entonces, de pronto apartó su mano, separó su rostro del mío, y se echó a llorar.

La tensión desapareció y mi cuerpo se relajó. Caí atravesado sobre Amelia y mi cara se hundió de nuevo en el hueco de su hombro. Permanecimos inmóviles durante varios minutos. Yo respiraba en forma irregular y con dificultad, mi respiración era cálida en el reducido espacio. Amelia lloraba, y yo sentía sus lágrimas rodar por su mejilla y caer sobre el costado de mi cara.

II

Sólo me moví una vez más para aliviar un calambre en el brazo izquierdo, y luego me quedé quieto, con la mayor parte de mi peso sobre Amelia.

Durante largo rato mi mente estuvo en blanco; todo deseo de justificar mis acciones se había disipado con tanta rapidez como la pasión. También los autorreproches habían desaparecido. Estaba inmóvil, consciente tan sólo de un ligero ardor alrededor de los labios, el sabor que me quedaba del beso de Amelia y sus cabellos rozando mi frente.

Amelia sollozó suavemente algunos minutos más, pero luego se tranquilizó. Poco después su respiración se hizo uniforme, y supuse que se había dormido. Pronto también yo sentí que la fatiga del día nublaba mi mente, y momentos más tarde me quedé dormido.

No sé cuánto tiempo habré dormido, pero poco después me di cuenta de que estaba despierto, aunque todavía en la misma posición sobre Amelia. Nuestro anterior problema de frío había desaparecido, pues todo mi cuerpo irradiaba calor. Había logrado dormir a pesar del ángulo incómodo en que estaba tendido, y ahora tenía la espalda muy acalambrada. Quería moverme, cambiar de posición, y además sentía el cuello duro de la camisa incrustándoseme en la carne, y. por delante, el botón de bronce se hundía en mi garganta, pero yo no quería despertar a Amelia. Decidí permanecer quieto, con la esperanza de quedarme dormido otra vez.

Descubrí que mi ánimo era optimista, a pesar de lo que había sucedido. Si se las consideraba de manera objetiva, nuestras oportunidades de sobrevivir eran escasas; Amelia también lo había comprendido. A menos que llegáramos a un lugar civilizado antes de veinticuatro horas, era probable que muriéramos en esta meseta.

Aun así, yo no podía olvidar la visión que había tenido del futuro destino de Amelia.

Sabía que si Amelia viviera en Richmond en el año 1903, moriría en medio de una conflagración junto a la casa. Había actuado sin pensar en aquel momento, pero mi irresponsable intromisión en el funcionamiento de la Máquina del Tiempo había sido una respuesta instintiva a ese desastre. El accidente había determinado nuestra presente situación, pero yo no estaba de ninguna manera arrepentido.

En cualquier parte de la Tierra donde estuviéramos, y cualquiera que fuese el año, yo ya había decidido qué haríamos. ¡A partir de ahora, me ocuparía de que Amelia no regresara jamás a Inglaterra antes de que ese día hubiera pasado!

Ya le había declarado mi amor, y ella parecía corresponderme; no

me sería muy difícil jurarle amor eterno y proponerle matrimonio. Si Amelia aceptaría o no, yo no podía saberlo, pero estaba decidido a tener paciencia y firmeza. Como esposa, estaría sujeta a mi voluntad. Claro estaba que ella era evidentemente de buena familia, y mi origen era más humilde, pero me dije a mí mismo que eso no había afectado hasta ahora nuestro comportamiento; Amelia era liberal, y si nuestro amor era verdadero, no lo estropearía...

—¿.Estás despierto, Edward?

Su voz sonó cerca de mi oído.

—Sí. ¿Te desperté?

—No... Hace un rato que estoy despierta. Oí que el ritmo de tu respiración cambiaba.

—¿Es de día ya? —pregunté.

—Pienso que no.

—Creo que debería moverme —dije—. Mi peso debe estar aplastándote.

Por un momento, apretó aún más los brazos que todavía me rodeaban.

—Por favor, quédate donde estás —dijo.

—No quiero que parezca que me estoy aprovechando de ti.

—Soy yo la que se aprovecha. Eres un excelente sustituto de las frazadas.

Me incorporé un poco, de modo que mi cara quedase sobre la de ella. A nuestro alrededor las hojas se agitaron en la oscuridad.

—Amelia —dije—, hay algo que quiero decirte. Estoy profundamente enamorado de ti.

De nuevo su abrazo se hizo más apretado, y me acercó, de manera que mi cara quedó junto a la de ella.

—Querido Edward —dijo, abrazándome con cariño.

—¿No tienes nada más que decir?

—Sólo... sólo que lamento lo que sucedió.

—¿No me quieres?

—No estoy segura, Edward.

—¿Te casarías conmigo?

Sentí que movía la cabeza; la sacudía de un lado hacia el otro, pero fuera de esto no hubo respuesta.

—¿Amelia?

Permaneció en silencio, y yo aguardé ansioso. Amelia estaba ahora muy quieta, con los brazos descansando sobre mi espalda pero sin ejercer presión alguna.

—No puedo concebir la vida sin ti, Amelia —dije—. Hace muy poco que nos conocemos, y, sin embargo, siento como si te hubiera conocido toda la vida.

—Así me siento yo —repuso, pero su voz era apenas audible, y su

tono inexpresivo.

—Entonces, por favor cásate conmigo. Cuando lleguemos a la civilización encontraremos un cónsul británico o la iglesia de una misión, y podremos casarnos en seguida.

—No deberíamos hablar de estas cosas.

Con ánimo deprimido, pregunté:

—¿Estás rechazándome?

—Por favor, Edward...

—¿Estás comprometida con otro?

—No, ni tampoco estoy rechazándote. Digo que no debemos hablar de esto debido a lo incierto de nuestro futuro. Ni siquiera sabemos en qué país estamos. Y hasta entonces...

Su voz se perdió, tan insegura como sus argumentos.

—Pero mañana —continué— sabremos dónde estamos. ¿Buscarás otra excusa entonces? Sólo te pregunto una cosa; ¿me quieres tanto como yo a ti?

—No lo sé, Edward.

—Te quiero con toda el alma. ¿Puedes decirme eso?

Inesperadamente volvió la cabeza y por un instante sus labios se apoyaron con suavidad sobre mí mejilla. Luego dijo.

—Siento un cariño especial por ti, querido Edward.

Tenía que contentarme con eso. Levanté la cabeza y acerqué mis labios a los suyos. Se tocaron un instante, pero luego Amelia apartó su rostro.

—Fuimos unos tontos antes —dijo—. No cometamos el mismo error otra vez. Estamos obligados a pasar la noche juntos y ninguno de los dos debe aprovecharse del otro.

—Si piensas así.

—Querido, no debemos suponer que nadie nos descubrirá. Por lo poco que sabemos, esto podría ser propiedad privada de alguien.

—No habías sugerido eso antes.

—Pero podríamos no estar tan solos como creemos.

—¡Dudo que alguien investigue un montículo de hojas! —exclamé.

Entonces Amelia se echó a reír y me abrazó.

—Tenemos que dormir —dijo—. Es posible que nos espere otra larga caminata.

—¿Todavía estás cómoda en esa posición?

—Sí, ¿y tú?

—El cuello de la camisa me está lastimando —dije—. ¿Te parecería incorrecto que me quitara la corbata?

—¡Eres siempre tan formal! Déjame hacerlo... debe estar estrangulándote.

Me separé un poco, y con manos diestras, Amelia deshizo el nudo

de la corbata y soltó los botones de adelante y de atrás de la camisa. Cuando terminó, me acerqué de nuevo y sus brazos se cerraron sobre mi espalda. Acaricié su mejilla con la mía, la besé una vez en el lóbulo de la oreja, y luego dejamos de movernos, esperando que el sueño volviera.

III

Nos despertamos no por la salida del sol, pues la capa de hojas que nos cubría filtraba eficazmente la luz hasta convertirla en un resplandor castaño casi imperceptible, sino porque cerca de nosotros el matorral crujía y se quejaba. Amelia y yo permanecimos uno en brazos del otro unos minutos antes de levantarnos, como si quisiéramos saborear la tibieza e intimidad de la noche compartida. Luego, arrojamos por fin las hojas a un lado, y salimos a la brillante luz del sol y al fuerte calor que éste irradiaba. Nos desperezamos con cuidado, ambos entumecidos por la obligada inmovilidad de la noche.

Nuestro arreglo matinal fue breve y nuestro desayuno más breve aún. Nos limpiamos la cara con el paño de Amelia, y nos peinamos. Cada uno tomó dos cuadraditos de chocolate y luego bebimos un poco de savia. Recogimos después nuestras escasas pertenencias y nos preparamos a seguir viaje. Noté que Amelia llevaba aún el corset entre las manijas del bolso.

—¿No vamos a desechar eso? —dije, pensando qué agradable sería si Amelia no volviera a usarlo nunca.

—¿Y esto? —dijo Amelia, sacando del bolso mi corbata y el cuello de mi camisa—. ¿Vamos a desecharlo también?

—Claro que no —dije—. Debo ponérmelo cuando regresemos a la civilización.

—Entonces estamos de acuerdo.

—La diferencia estriba —dije— en que yo no necesito un valet. Jamás lo tuve.

—Si tus intenciones con respecto a mí son sinceras, Edward, debes ir pensando en la perspectiva de contratar servidumbre.

El tono de Amelia era tan casual como siempre, pero la indudable referencia a mi proposición había acelerado los latidos de mi corazón. Me hice cargo del bolso y tomé a Amelia de la mano. Me miró una vez, y creí percibir la sombra de una sonrisa, pero luego comenzamos a caminar y cada cual continuó mirando hacia adelante. El matorral estaba en plena actividad y permanecimos a prudente distancia.

Sabedores de que la mejor parte de nuestra caminata debía hacerse antes del mediodía, mantuvimos un buen ritmo, caminando y descansando a intervalos regulares. Como antes, la altura nos dificultaba la respiración, y por ello hablamos muy poco en el camino.

Durante uno de los descansos, sin embargo, saqué a colación un tema en el que había estado pensando.

—¿En qué año crees que estamos? —pregunté.

—No tengo idea. Depende del grado en que hayas alterado los controles.

—No sabía lo que hacía. Cambié el cuadrante indicador de los meses, y entonces marcaba los meses de verano de 1902. Pero no moví la palanca antes de romper la varilla de níquel, y por eso me pregunto si el sistema de retorno automático no se interrumpió y estamos ahora en 1893.

Amelia pensó unos instantes, pero luego respondió:

—No creo. El hecho crucial fue la rotura de esa varilla. Quizás haya interrumpido el sistema automático de retorno y ampliado el viaje original, al finalizar el cual el sistema automático de retorno habría entrado de nuevo en funcionamiento, como comprobamos cuando perdimos la máquina. Por otra parte, al alterar el cuadrante de los meses pudiste provocar otro efecto. ¿Lo cambiaste mucho?

Medité sobre la pregunta con gran concentración y dije:

—Lo adelanté varios meses.

—Sigo sin estar segura, pero me parece que nos encontramos en uno de estos tres momentos en el tiempo. O bien volvimos a 1893, como tú sugieres, y estamos alejado varios miles de kilómetros, o bien el accidente nos dejó en 1902, en la fecha que indicaban los cuadrantes cuando se rompió la varilla... o bien hemos avanzado esos pocos meses, y estamos ahora, digamos, a fines de 1902 o principios de 1903. En todo caso, hay algo que es seguro: hemos sido transportados a considerable distancia de Richmond.

No me agradó ninguna de estas suposiciones, puesto, que cualquiera de ellas significaba que ese desastroso día de junio de 1903 todavía estaba por venir. No deseaba cavilar sobre las consecuencias de esto, de modo que mencioné otro asunto que me había estado preocupando.

—Si regresáramos ahora a Inglaterra —pregunté—, ¿sería posible que nos encontráramos a nosotros mismos?

Amelia no contestó mi pregunta directamente.

—¿A qué te refieres con eso de *si* regresáramos a Inglaterra? —dijo—. Sin duda arreglaremos eso lo antes posible, ¿no?

—Sí, claro —me apresuré a responder, lamentando haber expresado mi pregunta de esa forma—. Entonces ésta no es una pregunta retórica: ¿Nos encontraremos pronto con nosotros mismos?

Amelia frunció el ceño.

—No lo creo posible —dijo, al final—. Sin duda alguna hemos viajado a través del Tiempo como a través del Espacio, y si lo que creo es correcto, hemos dejado el mundo de 1893 tan atrás como parece que hemos dejado Richmond. En estos instantes no existen ni Amelia Fitzgibbon ni Edward Turnbull en Inglaterra.

—Entonces —pregunté, habiendo presentido esa respuesta— ¿qué habrá pensado Sir William de nuestra desaparición?

Amelia esbozó una inesperada sonrisa.

—No lo sé. Ni sé con seguridad si notará mi ausencia antes de que pasen varios días. Es un hombre con muchas preocupaciones. Cuando se dé cuenta de que no estoy, supongo que se comunicará con la policía y me pondrán en la lista de personas desaparecidas. Hasta ahí por lo menos considerará que llega su responsabilidad.

—Pero hablas de eso con tanta frialdad. Sir William estará seguramente muy preocupado por tu desaparición.

—Me limito a exponer los hechos tal como los veo. Sé que está preparando su Máquina del Tiempo para un viaje de exploración, y sí no nos hubiéramos adelantado a él, sería el primero en viajar al futuro. Cuando Sir William vuelva a su laboratorio, encontrará la máquina como si nadie la hubiera tocado —puesto que habrá regresado directamente desde aquí— y continuará con sus planes sin tener en cuenta a las personas de la casa.

—¿Crees que si Sir William sospechara el motivo de tu desaparición trataría de utilizar la máquina para localizarnos? —pregunté.

Amelia lo negó con la cabeza de inmediato.

—Das por sentado dos hechos. El primero que Sir William notaría que nos hemos entrometido con la máquina, y segundo, que de ser así sabría dónde buscarnos. Lo primero es casi imposible de sospechar, pues en apariencia la máquina se verá como si nadie la hubiera tocado; y lo segundo es inconcebible, porque la máquina no conserva un registro de sus viajes una vez que el sistema de retorno automático ha entrado en funcionamiento.

—¿De modo que tenemos que volver por nuestra cuenta?

Ante esto, Amelia se acercó y tomó mi mano.

—Sí, querido —repuso.

IV

El sol había cruzado el cenit, y el matorral ya comenzaba a arrojar sombras, y nosotros continuábamos la marcha con estoicismo. Entonces, justo cuando me parecía que debíamos hacer un descanso, tomé a Amelia del brazo y señalé hacia adelante.

—¡Mira, Amelia! —grité—. ¡Allá... en el horizonte! Directamente enfrente de nosotros se veía el mejor espectáculo que pudiéramos haber contemplado. Era algo metálico y pulido, pues nos llegaba el reflejo de los rayos del sol. El brillo era tan constante que sabíamos que no podía provenir de ningún accidente natural, como un mar o un lago. Era obra del hombre, y lo primero que veíamos de la civilización.

Comenzamos a caminar hacia allí, pero en un segundo el resplandor desapareció.

—¿Qué pasó? —dijo Amelia—. ¿Fue nuestra imaginación?

—Fuera lo que fuese, se ha movido —repuse—. Pero no fue nuestra imaginación.

Caminábamos tan rápido como podíamos, pero seguíamos sufriendo los efectos de la altura, y nos vimos obligados a mantener nuestro ritmo acostumbrado.

Dos o tres minutos más tarde vimos de nuevo el reflejo de luz, y supimos que no nos habíamos equivocado. Al fin, prevaleció la sensatez y tomamos un breve descanso, comimos lo que quedaba del chocolate y bebimos toda la savia que pudimos. Así fortalecidos, continuamos hacia la luz intermitente, sabiendo que por fin nuestra larga caminata tocaba a su fin. Una hora después estuvimos lo bastante cerca como para ver el objeto que producía el reflejo, aunque para entonces el sol ya se había desplazado más por el cielo y hacia algún tiempo que habíamos dejado de ver el resplandor. Había una torre de metal en el desierto, y era en su techo donde se había reflejado el sol. En esta atmósfera enrarecida la distancia engañaba, y aunque llevábamos algún tiempo viendo la torre, no fue sino hasta que estuvimos casi a su lado, que logramos calcular su tamaño. Para entonces, estábamos lo bastante cerca como para ver que no era la única, ya que a cierta distancia de ella había varias más.

La altura total de la torre era de unos veinte metros. Con respecto a su apariencia, el parecido más aproximado que puedo establecer es con un alfiler enorme y alargado, pues la torre consistía en un pilar central angosto, coronado por una plataforma circular cerrada. La descripción es en sí engañosa, porque no había un solo pilar central, sino tres, aunque estaban construidos muy cerca uno del otro y subían en forma paralela hasta la plataforma que sostenían, de modo que no

fue sino hasta que estuvimos debajo de la torre que Amelia y yo lo notamos. Estos tres pilares estaban fuertemente enterrados en el suelo, pero al observarlos descubrí que se podía subir o bajar la plataforma, pues los pilares tenían empalmes en diversos lugares y estaban hechos con tubos telescópicos.

La plataforma sobre el pilar tenía alrededor de tres metros de diámetro y unos dos metros de alto. De un lado había lo que parecía ser una ventana grande y ovalada, pero de un vidrio oscuro, y era imposible ver hacia el interior desde donde nosotros estábamos. Debajo de la plataforma había un aparato mecánico, semejante a los balancines de la brújula; era esto lo que permitía que la plataforma girara con lentitud hacia uno y otro lado, y así había hecho que nos diera el reflejo del sol. La plataforma se movía ahora de un lado hacia el otro, pero aparte de esto no había señal de ninguna persona.

—¡En, los de arriba! —grité; luego de algunos segundos volví a llamar. O bien no podían oírme, o mi voz sonaba más débil de lo que yo había notado; el caso es que no hubo respuesta de los ocupantes.

Mientras yo examinaba la torre, Amelia se había apartado de mí y miraba hacia el matorral. Habíamos caminado en diagonal, alejándonos de la vegetación, para ver la torre, pero yo veía ahora que el matorral estaba a mayor distancia de lo que me hubiera imaginado y era más bajo. Lo que es más, trabajando junto a la base había mucha gente.

Amelia se volvió hacia mí, y pude ver la alegría en su rostro.

—¡Edward, estamos a salvo! —gritó; vino hacia mí y nos abrazamos entusiasmados.

Estábamos a salvo, en efecto, pues ésta era prueba evidente de la presencia de habitantes que tanto habíamos buscado. Yo quería ir hacia ellos de inmediato, pero Amelia no se movió.

—Tenemos que estar presentables —dijo, y se puso a buscar dentro de su bolso. Me alcanzó mi corbata y el cuello de mi camisa, y mientras yo me los ponía, se sentó y arregló el aspecto de su cara. Luego trató de limpiar de su ropa las peores manchas hechas por la maleza con el paño que llevaba, y luego se peinó. Yo necesitaba una afeitada urgente, pero no se podía hacer nada con respecto a eso.

Aparte de nuestra desprolijidad general, había otra cuestión que nos molestaba a ambos. Las largas horas que habíamos pasado expuestos al sol habían dejado su marca, ya que ambos teníamos quemaduras. El rostro de Amelia estaba enrojecido —y ella me dijo que el mío no estaba mejor—, y aunque se había aplicado un poco de crema facial de un pote que llevaba en su bolso, decía que le dolía mucho. Cuando estuvimos listos, Amelia dijo:

—Iremos del brazo. No sabemos quiénes son esas personas, de modo que sería prudente no causar una mala impresión. Si

demostramos confianza, nos tratarán correctamente.

—¿Y qué hay de eso? —dije, señalando el corset, demasiado visible entre las manijas del bolso—. Este es el momento de deshacemos de él. Si deseamos que parezca que hemos pasado la tarde paseando, eso revelará que no fue así.

Amelia frunció el ceño, sin poder decidirse. Por fin, lo tomó y lo puso sobre e! suelo, apoyado contra uno de los pilares de la torre.

—Lo dejaré aquí por el momento —dijo—. Le podré encontrar sin dificultad cuando hayamos hablado con esa gente.

Regresó hasta mí, me tomó del brazo y juntos caminamos con paso tranquilo hacia las personas más cercanas. Otra vez el aire diáfano nos engañaba; pronto descubrirnos que la maleza estaba más lejos de lo que habíamos pensado. Volví la mirada sólo una vez, y vi que la plataforma de la parte superior de la torre seguía girando hacia un lado y otro.

Mientras caminábamos hacia esas personas —ninguna de las cuales se había percatado todavía de nuestra presencia— vi algo que me alarmó bastante. Como no estaba seguro, lo comenté con Amelia, pero a medida que nos acercábamos toda duda se disipó: la mayoría de esas personas —y había tanto hombres como mujeres— estaban casi por completo desprovistas de ropa.

Me detuve al instante, y me volví.

—Será mejor que me adelante solo —dije—. Por favor, espérame aquí.

Amelia, quien había girado conmigo, pues la tenía sujeta del brazo, miró a las personas por encima de mi hombro.

—No soy tan tímida como tú —dijo—. ¿De qué tratas de protegerme?

—No están vestidos decentemente —dije, muy avergonzado—. Les hablaré yo solo.

—¡Por el amor de Dios, Edward! —gritó Amelia exasperada—. ¡Estamos a punto de morir de inanición y tú me apabullas con tanto pudor!

Soltó mi brazo y se alejó sola. La seguí de inmediato, con la cara ardiendo de vergüenza. Amelia se dirigió hacia el grupo más cercano: unas dos docenas de hombres y mujeres que segaban la maleza escarlata con largos cuchillos.

—¡Usted! —gritó, desahogando en el hombre que estaba más cerca la furia que sentía contra mí—. ¿Habla usted inglés?

El hombre se volvió bruscamente y quedó frente a ella. Por un instante la miró con sorpresa —y en ese momento vi que era muy alto, tenía la piel tostada de un color rojizo, y que sólo!levaba puesto un sucio taparrabos—, luego el hombre se postró ante ella. Al mismo tiempo, los demás que lo rodeaban dejaron caer sus cuchillos y se

arrojaron de cara al suelo.

Amelia me miró, y vi que su actitud autoritaria había desaparecido con tanta rapidez como surgiera. Estaba asustada y yo me puse a su lado.

—¿Qué pasa? —susurró—. ¿Qué hice?

—Es probable que lo hayas aterrorizado —repuse.

—Discúlpenme —les dijo Amelia entonces, con tono mucho más suave—. ¿Algunos de ustedes habla inglés? Estamos hambrientos y necesitamos un refugio para pasar la noche.

No hubo respuesta.

—Prueba con otro idioma —sugerí.

—*Excusez-moi, parlez-vous français?* —preguntó Amelia. Tampoco le respondieron, de modo que continuó:

—¿Habla usted español.? —Probó luego con alemán e italiano—, Es inútil —me dijo al final— no entienden.

Me acerqué al primer hombre al que Amelia había hablado, y me senté en cuclillas junto a él. Levantó la cara y me miró, sus ojos parecían llenos de terror.

—Póngase de pie —dije, acompañando mis palabras con los gestos apropiados—. Vamos amigo... de pie.

Extendí una mano para ayudarlo, y se quedó mirándome. Un momento después se puso lentamente de pie y permaneció delante de mí, con la cabeza baja.

—No les haremos daño —dije, hablando con la mayor compasión posible, pero no logré ningún efecto sobre él—. ¿Qué están haciendo aquí?

Al decir esto miré hacia las malezas de manera significativa. Su reacción fue inmediata: se volvió hacia los otros, les gritó algo incomprensible, luego se agachó y recogió su cuchillo. Ante esto retrocedí, pensando que estábamos a punto de ser atacados, pero no pude estar más errado. Los demás se pusieron de pie con rapidez, tomaron sus cuchillos y continuaron el trabajo donde lo habían interrumpido, segando y cortando la vegetación como poseídos.

Con voz suave, Amelia dijo:

—Edward, éstos son sólo campesinos. Nos han tomado por capataces.

—¡Entonces debemos averiguar quiénes son los verdaderos capataces!

Nos quedamos observando a los campesinos alrededor de un minuto más.

Los hombres cortaban los tallos más grandes y los partían en trozos más manuables de unos tres metros o algo más. Las mujeres trabajaban detrás de ellos, arrancando las hojas a los tallos principales y separando los frutos o las vainas de semillas cuando las encontraban.

Arrojaban entonces los tallos a un lado y las hojas o frutos a otro. Con cada tajo de los cuchillos brotaba gran cantidad de savia que fluía de las plantas cortadas. El terreno inmediatamente delante del matorral estaba inundado con la savia derramada y los campesinos trabajaban hundidos hasta unos treinta centímetros en el barro.

Amelia y yo seguimos caminando, a una distancia prudencial de los campesinos y sobre terreno seco. Aquí observamos que la savia derramada no se desperdiciaba; a medida que se escurría de donde trabajaban los campesinos, iba cayendo por último dentro de un conducto de madera colocado en el suelo, y a lo largo del cual corría en un estado más o menos líquido, acumulándose todo el tiempo.

—¿Reconociste el idioma? —pregunté.

—Hablaban demasiado rápido. Una lengua gutural. Tal vez fuera ruso.

—Pero no tibetano —dije, y Amelia me miró seria.

—Basé esa suposición en la naturaleza del terreno, y la altura evidente —dije—. Creo que no tiene sentido continuar especulando sobre el lugar donde estamos mientras no encontremos a alguien que represente la autoridad.

A medida que caminábamos a lo largo del matorral encontramos más y más campesinos, todos trabajando al parecer sin supervisión. Las condiciones de trabajo eran atroces, pues en las zonas donde había más trabajadores, la savia derramada formaba grandes pantanos, y algunos de los pobres infelices trabajaban con el líquido barroso que les llegaba arriba de la cintura. Como dijo Amelia, y yo no pude menos que estar de acuerdo con ella, había mucho que reformar aquí.

Caminamos alrededor de un kilómetro hasta llegar a un punto donde el canal de madera confluía con otros tres, qua venían de distintas partes del matorral. En este lugar, la savia se llevaba hasta una pileta grande, de donde varias mujeres la bombeaban por medio de un tosco mecanismo manual hacia un sistema subsidiario de canales para riego. Desde donde estábamos, podíamos ver que estos canales corrían a lo largo y a lo ancho de una extensa zona de terreno cultivado. En el extremo más lejano de dicha zona había otras dos torres de metal.

Más adelante, observamos que los campesinos estaban cortando la maleza en forma oblicua, de modo que como habíamos caminado paralelos a ellos, a su debido tiempo descubrimos lo que había detrás del matorral. Era un curso de agua, de poco menos de trescientos metros de ancho. Su ancho natural quedaba a la vista sólo si se podaba la maleza, pues cuando miramos hacia el Norte, en la dirección de donde veníamos, vimos que la maleza invadía tanto el curso de agua que en algunos lugares estaba totalmente obstruido. El ancho total de la extensión de maleza era de cerca de un par de

kilómetros, y como la ribera opuesta del curso de agua tenía un matorral similar, y había otra multitud de campesinos cortando la maleza, comprendimos que si lo que pensaban era limpiar todo a lo largo del curso de agua segando a mano la maleza, entonces los campesinos tenían por delante una tarea cuya realización tomaría muchas generaciones.

Amelia y yo caminamos junto al agua, y pronto dejamos atrás a los campesinos. El terreno era irregular y estaba lleno de pozos, tal vez debido a las raíces de las plantas que una vez habían crecido aquí; el agua era de un color oscuro y no formaba ondas. Si se trataba de un río o un canal era difícil saberlo; el agua fluía pero tan despacio que el movimiento era apenas perceptible, y las márgenes eran irregulares. Esto parecía indicar que se trataba de un curso de agua natural, pero seguía una línea tan recta que desmentía la primera suposición.

Pasamos junto a otra torre de metal, construida al borde del agua, y aunque estábamos ahora a cierta distancia de donde los campesinos cortaban la maleza, seguía habiendo mucha actividad a nuestro alrededor. Vimos carretas cargadas de maleza cortada, arrastradas por hombres, y varias veces nos cruzamos con grupos de campesinos que iban hacia el matorral. En los campos que estaban sobre nuestra izquierda había mucha más gente cultivando la tierra.

Tanto Amelia como yo tuvimos la tentación de cruzar a los campos y pedir algo de comer —puesto que sin duda debía haber alimentos en abundancia—, pero nuestra primera experiencia con los campesinos nos había vuelto cautelosos. Pensamos que no podíamos estar lejos de algún tipo de comunidad, aunque sólo fuera una aldea. En efecto, delante de nosotros ya habíamos podido ver dos grandes edificios, y caminábamos más rápido, intuyendo que en aquel lugar se encontraba nuestra salvación.

V

Entramos en el primero de los dos edificios, y descubrimos de inmediato que era una especie de depósito, ya que la mayor parte de lo que allí había eran fardos de maleza cosechada, clasificada con cuidado según el tipo. Amelia y yo recorrimos el edificio buscando alguien con quien poder hablar, pero sólo encontrábamos más campesinos. Al igual que los demás, estos hombres y mujeres permanecieron indiferentes, inclinados sobre su trabajo.

Abandonamos el edificio por el mismo lugar por donde habíamos entrado: una enorme puerta metálica, que se mantenía abierta en ese momento mediante un sistema de cadenas y poleas. Una vez afuera, nos dirigimos al segundo edificio que estaba a unos cincuenta metros del primero. Entre ambas construcciones había otra torre de metal.

Pasábamos debajo de ella, cuando Amelia me tomó la mano y dijo:

—¡Escucha, Edward!

Nos llegaba un sonido lejano, atenuado por la poca densidad del aire, y por un instante no pudimos distinguir de dónde venía. Entonces, Amelia se alejó hacia un largo riel de metal, montado a menos de un metro del suelo. A medida que nos acercábamos, identificamos el sonido como un silbido áspero y extraño, y al mirar siguiendo el riel hacia el sur, vimos que se acercaba una especie de transporte.

Amelia preguntó:

—Edward, ¿podría ser un tren?

—¿Sobre un solo riel? —dije—. ¿Y sin locomotora?

Sin embargo, a medida que el transporte reducía su velocidad, resultó evidente que eso era en efecto: un tren. Tenía en total nueve vagones, y sin mayor ruido se detuvo con el extremo delantero apenas más allá de donde habíamos estado. Nos quedamos atónitos ante lo que veíamos, pues parecía como si los coches de un tren normal se hubieran separado de la máquina. Pero no fue sólo eso lo que nos sorprendió. Los vagones no estaban al parecer pintados y el metal estaba a la vista, oxidado en varios lugares. Más aún, no estaban construidos como uno hubiera esperado, sino que eran tubulares. De los nueve, sólo dos —el de adelante y el de atrás— se parecían en algo al tipo de trenes en los cuales viajábamos con frecuencia Amelia y yo en Inglaterra. Es decir que tenían puertas y algunas ventanas, y cuando el tren se detuvo vimos que descendían varios pasajeros. Los siete vagones centrales, no obstante, eran como tubos de metal cerrados por completo, y sin puertas o ventanas visibles.

Noté que un hombre se bajaba del vagón delantero del tren, y, al

ver que el coche tenía ventanas en el frente, supuse que el hombre conducía el tren desde allí. Lo comenté a Amelia y ambos lo observamos con gran interés.

Era evidente que no formaba parte del grupo de campesinos, puesto que su actitud era firme y resuelta, y llevaba puesto un cuidado conjunto gris liso, compuesto de una camisa o túnica sin adornos y un par de pantalones. Su vestimenta no difería de la que llevaban los pasajeros, quienes se estaban agrupando alrededor de los siete vagones centrales. Todos los recién llegados se parecían a los campesinos, puesto que eran muy altos y tenían la piel rojiza. El conductor se acercó al segundo vagón y giró una gran asa de metal que había en el costado. Entonces vimos que en cada uno de los siete vagones, grandes puertas se movían lentamente hacia arriba, como cortinas de metal, Los hombres que habían abandonado el tren se agruparon, expectantes, delante de las puertas.

Pocos segundos después, se desarrolló una escena de gran confusión.

Vimos que los siete vagones cerrados estaban llenos en su totalidad de apretados campesinos, quienes cuando se abrieron las puertas se descolgaron o bajaron tambaleándose, y se diseminaron alrededor del tren.

Los hombres que estaban a cargo de ellos, se movían entre los campesinos blandiendo lo que al principio tomamos por varas o bastones, pero que ahora demostraban tener una función cruel y perentoria. Era evidente que dentro de las varas había algún tipo de acumulador eléctrico, puesto que cuando los hombres las usaban para ordenar a los campesinos en grupos, cualquier alma infortunada que rozara apenas con la vara recibía un desagradable choque eléctrico, acompañado de un brillante rayo de luz verde y un sonido sibilante. Los infelices que recibían estos choques caían siempre al piso, sujetando la parte del cuerpo afectada, y finalmente sus compañeros los ponían de pie otra vez.

No hace falta decir que los dueños de estos diabólicos instrumentos tuvieron poca dificultad para poner orden en la multitud.

—¡Debemos detener esto de inmediato! —exclamó Amelia—. ¡Los tratan como esclavos!

Creo que estaba decidida a avanzar y enfrentar a los guardias, pero la sujeté del brazo para detenerla.

—Tenemos que observar lo que sucede —dije—. Espera un minuto... Este no es el momento de intervenir.

La confusión duró algunos minutos más, mientras llevaban a los campesinos hacia el edificio que aún no habíamos visitado. Entonces noté que las puertas de los vagones se estaban cerrando de nuevo, y

que el conductor se dirigía hacia el extremo más distante del tren.

—Rápido, Amelia —dije—, abordemos este tren. Está a punto de partir.

Pero aquí termina la línea.

—Por eso. ¿No comprendes? Saldrá ahora en la dirección opuesta.

No dudamos más, sino que cruzamos con rapidez hasta el tren y subimos al compartimiento para pasajeros que había sido extremo delantero. Ninguno de los hombres que llevaban los látigos eléctricos nos prestó la menor atención, y tan pronto como estuvimos a bordo, el tren comenzó a avanzar lentamente.

Había esperado que no tuviera mucho equilibrio —pues con un solo riel no podía ser de otra forma—, pero una vez en movimiento, el tren se desplazaba con una notable suavidad. Ni siquiera se oían ruedas, sino sólo un suave zumbido debajo del vagón. Lo que más apreciamos en el primer momento fue, no obstante, el hecho de que el coche tenía calefacción. Había comenzado a hacer frío en el exterior, pues no faltaba mucho para la caída del sol.

En el interior, la disposición de los asientos no difería mucho de la usual en Inglaterra, aunque no había compartimientos ni corredor: era posible moverse por todo el vagón, pues carecía de tabiques internos: los asientos eran metálicos y sin almohadones. Amelia y yo nos sentamos junto a una de las ventanas, y contemplamos el curso de agua. Estábamos solos. Durante todo el viaje, que duró una media hora, el paisaje exterior no varió mucho. La mayor parte del trayecto el ferrocarril bordeaba la ribera del curso de agua, y en algunos lugares vimos que habían reforzado las márgenes con muros de ladrillos, lo que parecía confirmar mi primera suposición de que el curso de agua era en realidad un gran canal. Vimos algunos botes pequeños navegando, y puentes en varios lugares. Cada doscientos o trescientos metros, el tren pasaba junto a otra de las torres de metal.

El tren se detuvo una sola vez antes de llegar a destino. Desde el lado donde estábamos nosotros, parecía como si nos hubiéramos detenido en un lugar no mayor que aquel donde habíamos abordado el tren, pero a través de las ventanas del otro lado del vagón, pudimos ver una enorme zona industrial, con grandes chimeneas que arrojaban espesas nubes de humo, y hornos que esparcían en el oscuro cielo un resplandor anaranjado. La luna ya había salido, y el denso humo flotaba sobre su faz.

Mientras esperábamos que el tren reiniciara la marcha, y que subieran varios campesinos, Amelia abrió la puerta un momento y miró hacia adelante, hacia donde nos dirigíamos.

—Mira, Edward —dijo—. Nos acercamos a una ciudad. Yo también me asomé, y vi, a la luz del atardecer, que tres o cuatro kilómetros más adelante había un grupo desordenado de grandes

edificios. Al igual que Amelia, sentí alivio ante esta visión, pues la vida rural, bárbara a todas luces, me había repugnado. La vida en una ciudad, aunque sea extranjera, es por naturaleza conocida para otros ciudadanos, y allí sabíamos que podríamos encontrar a las autoridades que estábamos buscando. Cualquiera que fuese este país, y no obstante lo represivo de las leyes locales, como viajeros recibiríamos tratamiento especial, y tan pronto como Amelia y yo llegáramos a un acuerdo (lo que todavía me faltaba tratar) nos encaminaríamos, por mar o por ferrocarril, hacia Inglaterra. Por instinto, tanteé el bolsillo superior de mi chaqueta para asegurarme de tener todavía mi billetera. Si habíamos de regresar de inmediato a Inglaterra, el poco dinero que tuviéramos —ese día habíamos determinado con anterioridad que entre los dos teníamos dos libras, quince chelines y dieciséis peniques— habría que usarlo como garantía de nuestra buena fe ante el cónsul.

Tales eran los pensamientos tranquilizadores que cruzaban por mi mente a medida que el tren avanzaba a velocidad uniforme hacia la ciudad. El sol ya se había puesto, y la noche nos envolvía.

—¡Mira, Edward, cómo brilla el lucero de la noche!

Amelia lo señaló; era una estrella enorme, blanca azulada, a pocos grados sobre el lugar donde se había puesto el sol. Junto a ella, pequeña y en uno de sus cuartos, estaba la Luna.

Contemplé el lucero, pensando en lo que Sir William dijera sobre los planetas de nuestro sistema solar. Ese era uno de ellos, hermoso y solitario, increíblemente distante, e imposible de alcanzar.

Entonces Amelia sofocó un grito y mi corazón se paralizó al mismo tiempo.

—Edward —dijo Amelia—. ¡Se ven *dos* lunas!

Ya no podíamos continuar restando importancia a los misterios de este paraje. Amelia y yo nos miramos horrorizados: al fin comprendíamos cuál había sido nuestra suerte. Recordé el desordenado matorral de maleza escarlata, la poca densidad del aire, la ligereza de nuestro andar, el cielo azul profundo, los hombres de piel roja, la naturaleza de por sí extraña de lo que nos rodeaba. Ahora, la vista de las dos lunas, y del lucero de la noche, constituía un misterio final, que ponía una carga intolerable sobre nuestra capacidad para mantener viva nuestra más cara convicción, la de que aún estábamos en nuestro mundo. La máquina de Sir William nos había transportado al futuro, pero también nos había desplazado sin quererlo a través de la dimensión del Espacio. Una Máquina del Tiempo, tal vez, pero también una Máquina del Espacio, pues ahora tanto Amelia como yo aceptábamos la aterradora verdad de que, en alguna forma increíble, habíamos sido trasladados a otro mundo, para el cual nuestro propio planeta era el heraldo de la noche. Contemplé

el canal, viendo cómo el brillante foco de luz que era la Tierra, se reflejaba en el agua, y sentí tan sólo desesperación y un profundo temor, pues habíamos sido transportados a través del espacio hasta Marte, el planeta de la guerra.

Capítulo 8
LA CIUDAD DEL DOLOR

I

Crucé del otro lado para sentarme junto a Amelia, y ella tomó mi mano.

—Deberíamos haberlo comprendido —murmuró—. Ambos sabíamos que no podíamos seguir en la Tierra, pero ninguno de los dos quiso admitirlo.

—No podíamos haberlo sabido. Es una experiencia desconocida.

—También lo es la noción de viajar por el tiempo, y sin embargo la aceptamos de inmediato.

Luego de una ligera sacudida, notamos que el tren reducía la velocidad. Miré más allá del perfil de Amelia, a través del desierto árido, hacia aquella brillante luz en el cielo.

—¿Cómo podemos estar seguros de que aquella es la Tierra? —dije—. Después de todo, ninguno de los dos ha...

—¿No lo sabes, Edward? ¿No lo sientes dentro de ti? ¿No te parece que en este lugar todo es extraño y hostil? ¿Acaso no hay algo que nos llama instintivamente cuando miramos esa luz? Es la vista del hogar, y ambos lo sentimos.

—¿Pero qué vamos a hacer? —El tren se detuvo de nuevo mientras yo hablaba, y, al mirar a través de las ventanas del otro lado del vagón, vi que habíamos entrado en un galpón ferroviario grande y oscuro. De nuestro lado, una pared se interpuso entre nosotros y el panorama del cielo con sus advertencias ominosas.

—No tendremos ninguna alternativa a nuestro alcance —dijo Amelia—. No es tanto lo que hagamos sino lo que harán con nosotros.

—¿Te refieres a que estamos en peligro?

—Es posible... tan pronto como se den cuenta de que no somos de este mundo. Después de todo, ¿cuál sería el probable destino de un hombre que llegara a la Tierra desde otro mundo?

—No tengo idea —dije.

—Por lo tanto no podemos imaginar lo que nos aguarda.

Tendremos que esperar lo mejor, y confiar en que a pesar de que tienen una sociedad primitiva, nos tratarán bien. No me agradaría pasar el resto de mis días como un animal.

—Ni a mí. ¿Pero es eso probable, siquiera factible?

—Hemos visto como tratan a los esclavos. Si nos tomaran por dos de esos infelices, entonces sería muy posible que nos pusieran a trabajar.

—Pero ya nos han confundido con supervisores —le recordé—. Algo en nuestra ropa o nuestra apariencia ha obrado a nuestro favor.

—Aún debemos ser cuidadosos. No podemos saber lo que encontraremos aquí.

A pesar de la resolución que había en nuestras palabras, no estábamos en condiciones de decidir nuestro destino, pues además de los múltiples interrogantes que rodeaban nuestro futuro, estábamos desprolijos, cansados y hambrientos a causa de nuestra odisea en el desierto. Sabía que Amelia no podía sentirse mejor que yo, y yo estaba agotado. Nuestras palabras sonaban confusas, y a pesar de los esfuerzos por expresar nuestros sentimientos, el comprender por fin dónde nos había depositado la Máquina del Tiempo había sido el golpe definitivo para nuestra moral.

Afuera, podía oír cómo bajaban a los campesinos del tren, y el chasquido característico de los látigos eléctricos nos recordaba desagradablemente nuestra precaria situación.

—Este tren partirá pronto —dije, mientras, con suavidad, hacía que Amelia se pusiera de pie—. Hemos llegado a una ciudad y debemos buscar un refugio allí.

—No quiero ir.

—Tendremos que ir.

Fui hasta el extremo opuesto del vagón y abrí la puerta que estaba más cerca. Eché una rápida mirada a lo largo del tren; era evidente que estaban bajando a los esclavos por el otro lado, pues de éste no había ningún movimiento, a excepción de un hombre que se alejaba lentamente de mí. Volví junto a Amelia, quien permanecía sentada en una actitud pasiva.

—Dentro de pocos minutos el tren regresará al lugar de donde vinimos —dije—. ¿Deseas pasar otra noche en el desierto?

—Claro que no. Es que me pone un poco nerviosa la idea de entrar en la ciudad.

—Tenemos que comer, Amelia —dije—, y buscar algún lugar tibio y seguro donde dormir. El mero hecho de que ésta es una ciudad constituye una ventaja para nosotros: debe ser lo bastante grande como para que pasemos inadvertidos. Ya hemos sobrevivido a una terrible odisea, y no creo que debamos temer nada más. Mañana trataremos de averiguar cuáles son nuestros derechos.

Amelia sacudió la cabeza sin entusiasmo, pero para mi alivio, se puso de pie con aire de fatiga y me siguió afuera del vagón. Le tendí la mano para ayudarla a descender, y ella la tomó. No había fuerza en su gesto.

II

Desde el otro lado del tren nos llegaba el eco de los látigos, mientras corríamos hacia el lugar de donde emanaba una luz, detrás de una esquina. No había rastros del hombre que había visto antes. Al llegar a la esquina, giramos y vimos delante de nosotros una gran puerta, amurada en la pared de ladrillo y pintada de blanco. En la parte superior había un cartel, iluminado de alguna manera por detrás, y escrito con símbolos desconocidos por completo para mí. Fue el cartel lo que atrajo nuestra atención más que la puerta en sí, pues era la primera vez que veíamos escritura marciana.

Después de contemplarlo algunos segundos —las letras negras estaban dispuestas sobre fondo blanco, pero aquí se acababa la semejanza superficial con las escrituras de la Tierra— conduje a Amelia hacia la salida, ansioso de encontrar calor y alimento. Hacía un frío insoportable dentro del galpón, pues estaba abierto al aire de la noche.

La puerta no tenía picaporte, y, por un instante, me pregunté si encontraríamos algún extraño mecanismo como reto. Empujé para probar, y descubrí que uno de los lados se movía un poco.

Debo haber estado débil por la permanencia en el desierto, porque no pude continuar moviéndola. Amelia me ayudó, y pronto descubrimos que juntos podíamos abrir la puerta lo suficiente como para poder pasar, pero en cuanto la soltamos el pesado mecanismo volvió a su posición y se cerró de un golpe. Estábamos en un corto corredor, de no más de cinco o seis metros, en cuyo extremo había otra puerta. No había nada aquí, excepto un foco eléctrico fijado al cielo raso. Caminamos hasta la segunda puerta y la abrimos sintiendo un peso similar. Esta puerta también se cerró con rapidez detrás de nosotros.

—Siento como si tuviera los oídos tapados —dijo Amelia.

—Yo también —dije—. Creo que aquí la presión del aire es mayor.

Estábamos en un segundo corredor, idéntico al primero. Amelia recordó algo que le habían enseñado cuando estaba en Suiza, y me mostró cómo aliviar la presión en mis oídos sujetándome la nariz y tratando de expeler el aire.

Al cruzar la tercera puerta, percibimos otro aumento en la densidad del aire.

—¡Por fin puedo respirar! —dije, sin poder comprender cómo habíamos sobrevivido tanto tiempo en el aire enrarecido del exterior.

—No debemos hacer esfuerzos de más —dijo Amelia—. Ya empiezo a sentir mareos.

—Aun cuando estábamos ansiosos por seguir adelante, esperamos en el corredor algunos minutos más. Al igual que a Amelia, el aire más denso comenzaba a marearme, sensación intensificada por una traza apenas perceptible de ozono. Sentía un cosquilleo en las puntas de los dedos a medida que mi sangre se renovaba con este nuevo suministro de oxígeno, y esto junto con la menor gravedad de Marte —que, mientras estuvimos en el desierto, habíamos atribuido a alguna consecuencia de la altura— nos daba la sensación aparente de mucha energía. Aparente con toda seguridad, pues yo sabía que ambos estábamos casi al límite de nuestra resistencia; los hombros de Amelia estaban vencidos y sus ojos entrecerrados.

Puse mi brazo alrededor de sus hombros.

—Vamos —dije—, No habrá que caminar mucho más.

—Todavía tengo un poco de miedo.

—No hay nada que pueda amenazarnos —dije, pero en realidad compartía sus temores. Ninguno de los dos estaba en posición de comprender todo lo que implicaba nuestra situación. En lo profundo de mi corazón comenzaba a sentir los estremecimientos del temor instintivo a lo extraño, lo desconocido, lo exótico.

Avanzamos lentamente, nos abrimos paso a través de la siguiente puerta, y nos encontramos por fin contemplando una parte de la ciudad marciana.

III

Del otro lado de la puerta que acabábamos de atravesar, corría una calle de derecha a izquierda, y directamente enfrente de nosotros había dos edificios. A primera vista nos parecieron enormes y negros, tan acostumbrados estábamos a la desolación del desierto, pero al examinarlos una segunda vez, vimos que apenas superaban en tamaño a las casas más grandes de nuestras ciudades. Estaban aislados entre sí, y tenían intrincados adornos de yeso en las paredes externas; las puertas eran grandes y había pocas ventanas. Si bien esto daba a dichos edificios un halo de gracia y elegancia, hay que agregar sin embargo que ambos estaban en avanzado estado de deterioro. A decir verdad, en uno de ellos, una de las paredes se había desplomado, y la puerta estaba abierta, sujeta por un solo gozne. En el interior de los edificios encontramos gran cantidad de basura y desechos, y era evidente que ninguno de los dos había estado ocupado por muchos años. Las paredes que todavía estaban en pie tenían rajaduras y comenzaban a desmoronarse, y no quedaban rastros visibles del techo.

Miré hacia arriba y vi que sobre la ciudad se extendía el cielo, puesto que yo podía contemplar las estrellas en lo alto. Curiosamente, sin embargo, el aire aquí era más denso, al igual que en los corredores, y la temperatura mucho más cálida que la del desierto.

La calle donde nos encontrábamos estaba iluminada: de ambos lados había cada tanto torres como las que ya habíamos visto, y ahora comprendíamos una parte, al menos, de su función, pues sobre el techo pulido de cada una, había un poderoso reflector, que giraba a derecha e izquierda a medida que la plataforma rotaba con lentitud. Estos permanentes haces de luz tenían una apariencia extraña y siniestra, y distaban mucho de los cálidos y apacibles faroles de gas a los cuales estábamos acostumbrados Amelia y yo, pero el mero hecho de que los marcianos iluminaban las calles de noche era, de por sí, un tranquilizador dejo de humanidad.

—¿Hacia qué lado vamos? —preguntó Amelia.

—Tenemos que encontrar el centro de la ciudad —dije—. Es evidente que esta sección está abandonada. Sugiero que nos alejemos directamente de esta terminal hasta encontrar algunas personas.

—¿Personas? ¿Te refieres a... marcianos?

—Claro —dije, tomándole la mano para demostrar confianza—. Ya hemos visto varios sin saber quiénes eran. Se parecen mucho a nosotros, de modo que no tenemos nada que temer de ellos.

Sin esperar respuesta, la obligué a seguirme, y caminamos con paso ágil a lo largo de la calle, hacia la derecha. Al llegar a la esquina nos encontramos en una calle parecida a la anterior, pero un poco más

larga. Sobre cada lado había más edificios, del mismo estilo arquitectónico que los otros, pero con las suficientes variantes sutiles como para evitar una repetición evidente. Aquí también los edificios estaban en mal estado, y no había forma de saber para qué se los había usado en el pasado. Dejando a un lado el deterioro, esta calle no hubiera desentonado en ninguna ciudad balnearia de Inglaterra.

Caminamos durante unos treinta minutos sin ver a ningún otro peatón, aunque al cruzar una bocacalle vimos, por un instante, a cierta distancia en el camino que atravesábamos, un transporte motorizado moviéndose con rapidez ante nuestra vista. Apareció demasiado rápido como para que lo observaramos en detalle, y nos dejó una impresión de gran velocidad y ruido intenso.

Luego, cuando nos acercábamos a un grupo de edificios donde se veían luces encendidas, Amelia señaló de pronto algo en una calle más angosta, a nuestra derecha.

—Mira, Edward —dijo en voz baja—. Hay personas junto a aquel edificio.

A lo largo de esa calle también había edificios iluminados, y de uno de ellos, tal como Amelia dijo, acababan de salir varias personas. Giré hacia allí de inmediato, pero Amelia me detuvo.

—No vayamos para allá —dijo—. No sabemos...

—¿Estás dispuesta a morirte de hambre? —exclamé, aunque mi coraje era una pantalla—. Tenemos que averiguar cómo vive esta gente, para poder comer y dormir.

—¿No crees que deberíamos tener más cuidado? Sería tonto que nos metiéramos en una situación de la cual después no podríamos salir.

—Ya estamos en esa situación —dije, y luego hice que mi voz sonara más convincente—. Amelia, querida, nuestro problema es grave. Es posible que tengas razón al pensar que sería tonto caminar directamente hacia esas personas, pero no conozco otra salida.

Durante un momento; Amelia no dijo nada, sino que se quedó de pie junto a mí, con su mano tomada de la mía, sin fuerza. Me pregunté si estaría a punto de desmayarse otra vez, porque parecía tambalearse un poco, pero un instante después me miró. Cuando lo hacía, el haz de luz de una de las torres iluminó su rostro, y pude ver que tenía aspecto de cansada y enferma.

—Por supuesto que tienes razón, Edward —dijo—. No pensaba que podríamos sobrevivir en el desierto. Está claro que debemos mezclarnos con los marcianos, porque no podemos regresar a aquello.

Oprimí su mano para reconfortarla, y luego caminamos lentamente hacia el edificio donde habíamos visto a los marcianos. Mientras nos acercábamos, varios más salieron por la puerta principal y empezaron a caminar por la calle en el sentido contrario a nosotros.

Un hombre miró en nuestra dirección cuando dos haces de luz nos iluminaban, de modo que debió vernos claramente, pero no dio muestras de reaccionar y siguió caminando con los demás.

Amelia y yo nos detuvimos delante de la puerta y por unos instantes contemplamos a los marcianos que se alejaban por la calle. Todos caminaban con un movimiento extraño, como si trotaran sin esfuerzo; esto sin duda era producto de la escasa gravedad, y con seguridad Amelia y yo lo dominaríamos en cuanto nos acostumbráramos a las condiciones imperantes.

—¿Entramos? —preguntó Amelia.

—No se me ocurre otra cosa —respondí, y subí primero los tres pequeños escalones que había delante de la puerta. Otro grupo de marcianos venía en dirección opuesta, y pasaron a nuestro lado sin prestarnos atención. En la penumbra, no podíamos distinguir sus rostros, pero al verlos de cerca comprobamos lo altos que eran. Todos me llevaban por lo menos quince centímetros.

La luz del interior invadía el pasillo a través de una puerta, y cuando la cruzamos nos encontramos en una habitación enorme, con luces brillantes, una habitación tan grande que parecía ocupar todo el edificio.

Nos quedamos justo al lado de la puerta, aguardando cautelosamente, esperando a que nuestros ojos se acostumbraran a la brillante luz.

Al principio todo era confuso, pues el mobiliario que había estaba desordenado, y consistía, en su mayor parte, de estructuras tubulares. De estas estructuras colgaban mediante cuerdas algo así como hamacas: unos rectángulos grandes de tela gruesa o caucho, suspendidos a medio metro del piso. Tendidos sobre las hamacas, o de pie alrededor de ellas, había varias docenas de marcianos.

Con excepción de los esclavos-campesinos —que supusimos eran la clase social más baja— éstos eran los primeros marcianos que veíamos de cerca. Éstos eran los habitantes de la ciudad, los mismos que habíamos visto esgrimiendo los látigos eléctricos. Ésta era la gente que organizaba esta sociedad, elegía a sus líderes, hacía sus leyes. Éstos habrían de ser a partir de ahora nuestros pares, y a pesar del cansancio y la preocupación, Amelia y yo los observábamos con gran interés.

IV

Ya he mencionado que el marciano promedio es un individuo alto; lo queresalta más, y cuya importancia hay que destacar, es el hecho de que los marcianos son indiscutiblemente humanos o de apariencia humana.

Hablar del marciano promedio sería tan equívoco como hablar del hombre promedio en la Tierra, pues aun durante los primeros breves instantes en que observábamos a los ocupantes del edificio, Amelia y yo notamos que había muchas diferencias superficiales. Vimos algunos más altos que la mayoría, y algunos más bajos; había marcianos más robustos y otros más delgados; algunos tenían espesas cabelleras, otros eran calvos o iban camino a serlo; el color de piel que predominaba era un tinte rojizo, mas intenso en algunos.

Por lo tanto, teniendo esto en cuenta, digamos que el hombre adulto promedio de Marte se podría describir así:

Tendría alrededor de un metro noventa de estatura, y cabello castaño o negro. (No vimos pelirrojos ni rubios.) En una balanza terrestre, pesaría unos cien kilos. Tendría un tórax ancho y aparentemente musculoso; cejas finas y una barba recortada; algunos de los marcianos que vimos llevaban el rostro afeitado, pero esto no era común. Los ojos serían de un misterioso color pálido, grandes y bien separados; la nariz ancha y plana, y la boca de labios carnosos.

A primera vista, el rostro del marciano es inquietante, pues parece brutal y sin emociones; sin embargo, cuando más tarde nos mezclamos con esta gente, Amelia y yo logramos detectar ligeras variantes en la expresión, aunque nunca supimos con seguridad cómo interpretarlas.

(La presente descripción corresponde a un marciano de ciudad. Los esclavos pertenecían a la misma raza, pero debido a las privaciones que soportaban, la mayoría de los que vimos eran en comparación más pequeños y delgados.)

La mujer marciana —pues también había mujeres y niños en la habitación— es, como su equivalente terrestre, un poco inferior al hombre en el aspecto físico. Aun así, casi todas las mujeres marcianas que vimos eran más altas que Amelia, quien, como ya se ha dicho, era más alta que la mujer promedio de la Tierra. No hay ninguna mujer en Marte que pueda considerarse hermosa de acuerdo con las pautas terrestres, ni creo tampoco que el concepto de belleza tenga importancia alguna en Marte. En ningún momento tuvimos la impresión de que las mujeres marcianas fueran apreciadas por sus atractivos físicos, y, a decir verdad, a menudo tuvimos motivos para creer que, como con algunos animales de la Tierra, en Marte, los

papeles a este respecto estaban invertidos.

Los niños que vimos, sin excepción alguna, nos parecieron encantadores, como lo son todas las criaturas. Sus caritas, redondas y vivaces, todavía no habían adquirido el aspecto desagradable tan evidente en los rostros de los adultos, anchos y chatos. Su conducta, como la de los niños de la Tierra, era, en general, ruidosa y traviesa, pero jamás parecían encolerizar a los adultos, cuya actitud hacia ellos era indulgente y solícita. Con frecuencia nos parecía que los niños eran la única fuente de felicidad en este planeta, pues sólo vimos reír a los adultos cuando estaban en compañía de los niños.

Esto me trae a un aspecto de la vida en Marte que, al principio no notamos pero que posteriormente se hizo cada vez más evidente; y éste es que no puedo imaginar una raza de seres que fuera en su totalidad más lúgubre, estuviera más deprimida, o fuese más desdichada que la de los marcianos. La atmósfera de desaliento estaba presente en la habitación cuando Amelia y yo entramos, y es probable que eso haya sido nuestra eventual salvación. El marciano típico que describí estaba obsesionado con su sufrimiento interior hasta el punto de excluir virtualmente todos los demás factores. No puedo atribuir a ninguna otra razón el hecho de que Amelia y yo pudiéramos movernos con tanta libertad por la ciudad sin llamar la atención. Aun durante esos primeros breves momentos, mientras esperábamos un grito de alarma o de entusiasmo ante nuestra aparición, apenas si miraron hacia nosotros unos pocos marcianos. No puedo creer que la llegada de un marciano a la Tierra despertase la misma indiferencia.

Tal vez contribuía a esta depresión total el hecho de que la habitación estaba casi en absoluto silencio. Uno o dos marcianos conversaban en voz baja, pero la mayoría permanecían sentados o de pie con aspecto sombrío. Había unos pocos niños corriendo mientras sus padres los observaban, pero éste era el único indicio de movimiento. Las voces que oímos eran extrañas: suaves y agudas. Claro está que no podíamos comprender lo que decían ni tampoco el tenor de las conversaciones —aunque acompañaban sus palabras con complicados gestos de las manos—, pero ver a estos seres grandes y feos hablando con una voz que parecía de falsete nos desconcertaba sobremanera.

Amelia y yo aguardamos junto a la puerta, dudando de todo. Miré a Amelia y, de pronto, ver su rostro —cansado, sucio, pero tan hermoso— me recordó todo lo que yo conocía. Ella también me miró; el esfuerzo de los dos días anteriores se veía aún en su expresión, pero sonrió y entrelazó sus dedos con los míos una vez más.

—Son sólo personas corrientes, Edward.

—¿Todavía tienes miedo? —le pregunté.

—No estoy segura... parecen inofensivos.

—Si ellos pueden vivir en esta ciudad, también lo haremos nosotros. Lo que debemos hacer es observar su vida cotidiana, y seguir su ejemplo. Al parecer no notan que somos extraños.

Justo en ese momento un grupo de marcianos se apartó de las hamacas y comenzaron a caminar con esa extraña especie de trote hacia nosotros. De inmediato salimos por la puerta y regresamos a la calle con sus luces siempre en movimiento. Cruzamos del otro lado, y nos volvimos para observar qué hacían los marcianos.

Poco después apareció el grupo, y sin mirar siquiera una vez hacia nosotros, se encaminaron en la misma dirección que habían tomado los otros antes. Esperamos algunos minutos, y luego los seguimos a cierta distancia.

V

Tan pronto como salimos a la calle nos dimos cuenta de que en el interior del edificio hacía más calor, y esto nos tranquilizó más aún. Yo había estado temiendo que los marcianos nativos acostumbraran vivir en el frío, pero adentro el edificio tenía calefacción y la temperatura era aceptable. No estaba seguro de querer dormir en un dormitorio colectivo —y menos aún deseaba eso para Amelia— pero aunque no nos importara, sabíamos al menos que esta noche podríamos dormir en un lugar cálido y confortable.

Comprobamos que no había mucho que caminar. Los marcianos que estaban delante de nosotros cruzaron una bocacalle, se unieron a un grupo mucho mayor que venía caminando desde otra dirección, y luego entraron en el edificio siguiente. Éste era más grande que muchos de los otros que habíamos visto hasta ahora, y por lo que se podía ver de él bajo la espasmódica luz de las torres, parecía ser de un estilo arquitectónico más simple. Se veía luz a través de las ventanas, y al acercarnos oímos mucho ruido en su interior.

Amelia aspiró con exageración.

—Huelo comida —dijo—. Y puedo oír ruido de platos.

—Y yo creo que es sólo la expresión de tus deseos.

De todos modos, nuestro ánimo era ahora mucho más optimista, y aunque apenas se notara en nuestras palabras, era señal de que Amelia compartía mi renacida esperanza.

Tanto valor nos había dado nuestra visita al otro edificio que no dudamos al acercarnos a éste, y entramos, confiados, a través de la puerta principal, a una habitación amplia y bien iluminada.

De inmediato vimos que no se trataba de otro dormitorio, pues casi todo el espacio estaba ocupado por largas mesas dispuestas en filas paralelas. Todas ellas atestadas de marcianos al parecer en pleno banquete. En las mesas había gran cantidad de fuentes con comida, el aire estaba impregnado de un olor grasiento y cargado de vapor, y en las paredes hacían eco las voces de los marcianos. En el otro extremo se encontraba lo que supusimos era la cocina, pues allí, alrededor de una docena de marcianos esclavos trabajaban con platos de metal y enormes fuentes de comida, dispuestas a lo largo de un mostrador a la entrada de la cocina.

El grupo de marcianos que seguimos se había acercado a ese mostrador y se estaban sirviendo comida.

—Amelia, nuestro problema está resuelto —dije—. Aquí hay cantidad de comida a nuestra disposición.

—Suponiendo que podamos comerla sin inconvenientes.

—¿Te refieres a que podría ser venenosa?

—¿Cómo podemos saberlo? No somos marcianos, y nuestro sistema digestivo puede ser muy diferente.

—No pienso morirme de hambre mientras decido —dije—.

Y de todos modos, nos están mirando.

Tal era el caso, pues aunque nos había sido posible pasar inadvertidos en el dormitorio, nuestra clara actitud vacilante estaba llamando la atención. Tomé a Amelia del brazo y la arrastré hasta el mostrador.

En momentos anteriores del día, yo había pensado que podría haber comido cualquier cosa, tanta era el hambre que tenía. Sin embargo, al pasar las horas, el hambre que me carcomía había sido reemplazada por una sensación de náusea, y la necesidad de comer era en ese momento mucho menor de lo que hubiera esperado. Más aún, al acercarnos al mostrador, quedó claro que, aunque había comida en abundancia, poca tenía aspecto apetitoso, y me sentí de pronto inesperadamente quisquilloso. La mayor parte de la comida era líquida o semilíquida, y estaba colocada en soperas y fuentes hondas. La vegetación escarlata era a todas luces el alimento básico de estas personas, a pesar de que habíamos visto varios campos de cultivos verdes, pues muchos de los platos que parecían guisos contenían grandes cantidades de tallos y hojas rojos. Había, no obstante, dos o tres platos que podían ser de carne (aunque muy cruda), y sobre un costado había algo que de no ser por el hecho de que no habíamos visto ganado, habríamos tomado por queso. Además, había varias jarras de vidrio con líquidos de colores vivos, que los marcianos vertían sobre la comida a manera de salsas.

—Sírvete pequeñas cantidades de todos los platos diferentes que puedas —dijo Amelia en voz baja—. Entonces si alguno es peligroso su efecto se verá disminuido.

Las fuentes eran grandes y de un metal opaco, y tanto Amelia como yo reunimos una abundante cantidad de comida. Una o dos veces aspiré el aroma de lo que me servía, pero me resultó desagradable... para usar la palabra más suave.

Con nuestros platos en las manos, nos dirigimos hacia una de las mesas del costado, lejos del grupo principal de marcianos.

En uno de los extremos de la mesa que elegimos, había un pequeño grupo de personas, pero los dejamos atrás y nos sentamos en el otro extremo. Los asientos eran largos bancos bajos, uno a cada lado de la mesa. Amelia y yo nos sentamos juntos, de ninguna manera tranquilos en este extraño lugar, aunque los marcianos no nos prestaban atención ahora que nos habíamos alejado de la puerta.

Cada uno probó un poco de la comida: no era agradable, pero aún estaba caliente y sin duda era mejor que un estómago vacío.

Después de un momento, Amelia me habló en voz baja:

—Edward, no podemos vivir así para siempre. Sólo hemos tenido suerte hasta ahora.

—No hablemos de eso ahora. Ambos estamos agotados. Buscaremos un lugar donde dormir esta noche, y por la mañana haremos planes.

—¿Planes para qué? ¿Para pasarnos la vida escondidos?

Estoicamente logramos terminar la comida, con aquel gusto amargo que probamos por primera vez en el desierto, siempre presente. La carne no era mejor; se parecía a algunos cortes de carne vacuna, pero tenía un sabor suave y dulzón. Hasta el "queso", que dejamos para el final, era ácido.

Dentro de todo, lo que sucedía a nuestro alrededor apartó nuestra atención de la comida.

Ya he dicho que la expresión habitual de los marcianos es en extremo lúgubre, y a pesar de la mucha conversación, no había ninguna frivolidad. En nuestra mesa, una mujer se inclinó hacía adelante, apoyó su ancha frente sobre los brazos y vimos que le caían lágrimas de los ojos. Poco después, del otro lado de la habitación, un marciano se puso de pie de un salto y comenzó a pasearse por el lugar, agitando sus largos brazos y declamando con su extraña voz aguda. Se acercó a una pared y se apoyó contra ella, golpeando los puños y gritando. Por fin esto atrajo la atención de sus compañeros, y varios corrieron hacia él y trataron al parecer de calmarlo, pero estaba desconsolado.

Unos segundos después de este incidente, como si el dolor fuese contagioso, se desató tal ola de lamentos que Amelia sintió el impulso de preguntarme:

—¿Crees posible que aquí las respuestas sean diferentes? ¿Quiero decir que cuando parece que lloran en realidad se están riendo?

—No estoy seguro —repuse, mientras observaba con cuidado al marciano que sollozaba. Continuó con su llanto algunos segundos más y luego se apartó de sus amigos y salió corriendo de la habitación, cubriéndose la cara con las manos. Los demás aguardaron a que traspusiera la puerta y luego volvieron a sus asientos, con aspecto taciturno.

Observamos que la mayoría de los marcianos bebían grandes cantidades de un líquido que había en las jarras de vidrio puestas en cada mesa. Como era transparente, habíamos supuesto que se trataba de agua, pero cuando probé un poco me di cuenta al instante de que no era así. Aunque era refrescante, tenía un fuerte contenido alcohólico, hasta tal punto que, segundos después de beberlo, comencé a sentir un agradable mareo.

Le serví un poco a Amelia, pero ella apenas bebió un sorbo.

—Es muy fuerte —dijo—. Tenemos que estar lúcidos.

Yo me había servido ya una segunda copa, pero ella me impidió beberla. Creo que fue prudente de su parte hacer eso, porque mientras observábamos a los marcianos comprobamos que la mayoría se estaba embriagando con rapidez. Comenzaban a hacer más ruido que antes y su actitud era más despreocupada. Hasta se oyeron risas, aunque sonaban estridentes e histéricas. Bebían grandes cantidades de ese líquido alcohólico, y los esclavos de la cocina traían más jarras. Un banco cayó para atrás sobre el piso, y los que estaban sentados quedaron tendidos formando una pila; y un grupo de mujeres capturó a dos de los esclavos jóvenes y los acorralaron en un rincón; lo que siguió no lo pudimos ver debido a la confusión. Más esclavos vinieron de la cocina, y la mayoría eran mujeres jóvenes. Para asombro nuestro, no sólo estaban desnudas por completo, sino que se mezclaban con sus amos con toda libertad, abrazándolos y seduciéndolos.

—Me parece que es hora de que nos vayamos —dije.

Amelia se quedó mirando la escena que se desarrollaba algunos minutos más antes de contestar. Luego dijo:

—Muy bien. Esto es vulgar y desagradable.

Caminamos hacia la puerta, sin mirar hacia atrás. Otro banco y una mesa se volcaron, acompañados por el ruido de vasos que se rompían y los gritos de los marcianos. La atmósfera de sentimentalismo había desaparecido.

Entonces, cuando llegábamos a la puerta, el eco de un sonido se esparció por la habitación, nos hizo estremecer y volver la mirada. Era un chillido áspero y disonante, que al parecer provenía de un lejano rincón de la habitación, pero tenía suficiente volumen como para sofocar cualquier otro sonido.

El efecto que tuvo sobre los marcianos fue dramático: cesó todo movimiento, y los presentes se miraron desesperados unos a otros. En medio del silencio que siguió a esta repentina y brutal interrupción, oímos sollozos otra vez.

—Vamos, Amelia —dije.

De modo que salimos con rapidez del edificio, lúcidos gracias al incidente, sin comprender, pero bastante asustados.

Había ahora menos personas que antes, pero los reflectores de las torres recorrían las calles como para descubrir a aquellos que deambulaban en la noche, cuando todos los demás estaban en los edificios.

Llevé a Amelia lejos de esa zona de la ciudad donde se reunían los marcianos, de vuelta hacia la parte que habíamos atravesado primero, donde había menos luces. Las apariencias, sin embargo, engañaban, pues el hecho de que no se viera luz en un edificio, y que no se oyera ningún ruido, no quería decir que no estuviera ocupado. Caminamos

cerca de diez cuadras, y luego probamos entrar en un edificio oscuro.

Adentro, las luces estaban encendidas, y vimos que allí había tenido lugar otra fiesta. Vimos... pero no es correcto que mencione aquí lo que vimos. Amelia no tenía más deseos que yo de presenciar tal depravación, y nos alejamos apresuradamente, todavía incapaces de conciliar este mundo con el que habíamos dejado.

Cuando probamos con otro edificio, me adelanté solo... pero el lugar estaba sucio y vacío, y el fuego había destruido por completo todo lo que hubiera una vez en su interior. El siguiente edificio que exploramos era otro salón dormitorio, repleto de marcianos. Sin causar molestias nos retiramos.

Así fue, mientras íbamos de un edificio a otro, en busca de un salón dormitorio desocupado; buscamos durante tanto tiempo que comenzamos a creer que no había ninguno que pudiéramos encontrar. Pero entonces, por fin, tuvimos suerte, y hallamos un salón donde había hamacas desocupadas; entramos y nos pusimos a dormir.

Capítulo 9
NUESTRAS EXPLORACIONES

I

Durante las semanas que siguieron, Amelia y yo exploramos la ciudad marciana tan a fondo como pudimos. Nos estorbaba el hecho de que por fuerza teníamos que movilizarnos a pie, pero vimos tanto como nos fue posible, y pronto pudimos hacer cálculos razonables con respecto a su tamaño, cuántos habitantes albergaba, dónde estaban situados los principales edificios, y demás. Al mismo tiempo tratamos de averiguar lo que se pudiera sobre los marcianos y cómo vivían; sin embargo, a decir verdad, no logramos descubrir mucho en este aspecto.

Luego de pasar dos noches en el primer dormitorio que encontramos, nos mudamos a otro edificio mucho más cerca del centro de la ciudad y convenientemente situado junto a un comedor. Este dormitorio tampoco estaba habitado, pero los anteriores ocupantes habían dejado allí muchas pertenencias, y nos fue posible vivir con bastante comodidad. Las hamacas habrían sido insoportables por lo duras en la Tierra —ya que el material con que estaban hechas era áspero y rígido— pero con la ligera gravedad de Marte eran perfectas y adecuadas. Como mantas usábamos unas bolsas largas, semejantes a almohadas, rellenas con un compuesto suave, como las colchas que se usan en algunos países de Europa.

También encontramos ropa abandonada por los anteriores ocupantes, y nos pusimos esas prendas parduscas sobre nuestra propia ropa. Como era natural, nos quedaban un poco grandes, pero al caer sueltas sobre nuestra ropa, hacían que nuestros cuerpos parecieran más voluminosos, y por lo tanto nos resultaba más fácil pasar por marcianos.

Amelia se recogió el cabello en un apretado rodete —peinado parecido al que preferían las mujeres de Marte— y yo me dejé crecer la barba; cada cuatro o cinco días, Amelia la recortaba con sus tijeras de uñas, para darle el aspecto cuidado que tenía la de los marcianos.

En aquel momento, todo esto nos parecía un asunto prioritario; nos dábamos cuenta de que no éramos como los marcíanos. En este aspecto, nuestros dos días en el desierto nos habían dado una ventaja inesperada: nuestros rostros quemados por el sol, tenían un color aproximado al de la piel de los marcianos. Como los días pasaban y el tinte comenzaba a desaparecer, regresamos un día al desierto más allá de la ciudad, y en unas horas bajo ese sol implacable recuperamos el color por el momento.

Pero esto es adelantar mi narración, pues para relatar cómo sobrevivimos en esa ciudad, primero tengo que describir el lugar en sí.

II

A los pocos días de nuestra llegada, Amelia puso a nuestro nuevo hogar el nombre de Ciudad Desolación, por razones que deberían ser *ya* evidentes.

La Ciudad Desolación estaba situada en la intersección de dos canales. El primero de ellos, junto a cuyas márgenes habíamos llegado al principio, corría directamente de Norte a Sur. El segundo venía del Noroeste, y luego de la confluencia —donde había un complicado sistema de esclusas— continuaba hacia el Sudeste. La ciudad estaba construida en el ángulo obtuso que formaban ambos canales, y a lo largo de sus orillas Norte y Sur había varios muelles.

Según el cálculo más aproximado que pudimos hacer, la ciudad cubría unos veinticinco kilómetros cuadrados, pero una comparación con ciudades terrestres basada en esto es engañosa, pues la Ciudad Desolación era casi por completo circular. Más aún, los marcianos habían tenido la ingeniosa idea de separar la zona industrial de la zona residencial de la ciudad, pues los edificios estaban diseñados para satisfacer las necesidades cotidianas de los habitantes, mientras la labor fabril se realizaba en las zonas industriales más allá de los límites de la ciudad.

Había dos complejos industriales: el mayor, que habíamos visto desde el tren, se extendía hacia el Norte, y el menor, junto al canal, hacia el Sudeste.

En lo que a población residente se refiere, la Ciudad Desolación era muy pequeña en verdad, y había sido esta característica la que había inducido a Amelia a ponerle ese nombre.

El hecho de que habían construido la ciudad para albergar a muchos miles de habitantes era bastante obvio, puesto que había muchos edificios y pocos espacios abiertos; también parecía que sólo una fracción de la ciudad estaba ocupada en el presente, y había varias zonas abandonadas. En estas secciones los edificios estaban en pésimo estado y las calles cubiertas de mampostería y vigas oxidadas.

Descubrimos que sólo las partes habitadas de la ciudad tenían iluminación, pues, cuando explorábamos la ciudad de día, a menudo encontramos áreas abandonadas, donde no había ninguna torre. Nunca nos aventuramos en estas secciones por la noche, pues aparte de ser oscuras y amenazadoras por lo solitarias, estaban patrulladas por veloces vehículos que recorrían las calles con una sirena ululante y un haz de luz en constante exploración.

Este siniestro patrullaje de la ciudad fue la primera indicación de que los marcianos se habían impuesto a sí mismos un régimen de represión draconiana.

Con frecuencia reflexionábamos sobre las causas que determinaban tan poca población. Al principio supusimos que la escasez de personas era tan sólo aparente, y se debía a la muy prodigiosa cantidad de esfuerzo que se volcaba en los procesos industriales. De día podíamos ver las zonas industriales más allá del perímetro de la ciudad, arrojando un denso humo por cientos de chimeneas, y de noche, veíamos las mismas zonas brillantemente iluminadas pues el trabajo continuaba; por ello pensamos que la mayoría de los habitantes de la ciudad estaba trabajando, cumpliendo con su labor las veinticuatro horas del día mediante turnos. No obstante, a medida que nos acostumbramos a vivir en la ciudad, comprobamos que no muchos de los marcianos de la clase gobernante salían alguna vez de sus confines, y que, por lo tanto, la mayoría de los trabajadores industriales debían ser esclavos.

He dicho que la ciudad era circular. Descubrimos esto por accidente y al cabo de un período de varios días, y lo confirmamos más tarde subiendo a uno de los edificios más altos de la ciudad.

Nuestro primer descubrimiento surgió así. Al segundo o tercer día completo de nuestra llegada a la Ciudad Desolación, Amelia y yo caminábamos hacia el Norte, con la intención de ver si podíamos cruzar los dos kilómetros más o menos de desierto que había entre nosotros y el más grande de los complejos industriales.

Llegamos a una calle que llevaba directamente hacia el Norte y parecía terminar en el desierto. Esta calle se encontraba en una de las áreas habitadas de la ciudad, y las torres de vigilancia abundaban. Noté, a medida que nos acercábamos, que la torre más cercana al desierto había dejado de girar hacia ambos lados, y se lo comenté a Amelia. Meditamos durante unos instantes sobre si continuar o no, pero Amelia dijo que no veía ningún mal en ello.

De todos modos al pasar junto a la torre se hizo evidente que el hombre o los hombres que se hallaban en su interior estaban haciendo girar la plataforma de observación para mirarnos, y la oscura ventana ovalada que estaba en el frente seguía en silencio nuestro avance. No se tomó ninguna medida en contra nuestra, de modo que continuamos, pero con una sensación inequívoca da temor.

Tan preocupados estábamos por esta vigilancia silenciosa que nos topamos de pronto con el verdadero perímetro de la ciudad; se trataba de una pared invisible, o casi invisible, que se extendía de un extremo a otro del camino. Como era natural, pensamos al principio que la substancia era vidrio, pero en este caso no podía ser así. En realidad, tampoco era ningún otro tipo de material que conociéramos. Lo más que pudimos conjeturar fue que se trataba de algún tipo de campo de energía producido mediante electricidad. Era, sin embargo inerte por completo, y bajo la mirada vigilante de la torre, hicimos algunos

intentos rudimentarios para atravesarla. Todo lo que pudimos sentir fue la barrera invisible e impermeable, fría al tacto.

Vencidos, nos volvimos sobre nuestros pasos.

En una ocasión posterior, caminamos a través de una de las secciones vacías de la ciudad, y descubrimos que allí también estaba la pared. Pronto nos dimos cuenta que la pared se extendía todo alrededor de la ciudad, y no sólo atravesaba las calles sino quetambién pasaba detrás de los edificios.

Más tarde, por el aspecto del techo, comprendimos que muy pocos, si acaso algunos de los edificios estaban fuera de este círculo.

Fue Amelia la primera que propuso una solución, al relacionar este fenómeno con aquel otro indudable de que la densidad del aire y la temperatura en general de la ciudad eran mayores que afuera. Amelia sugirió que la barrera invisible no era sólo una pared sino una semiesfera que cubría toda la ciudad. Debajo de ella, según Amelia, la presión del aire se podía mantener a un nivel aceptable, y el efecto del sol al atravesarla sería semejante al de un invernadero.

III

La Ciudad Desolación no era, sin embargo, una prisión. Abandonarla era tan fácil como lo había sido para nosotros entrar la primera vez. Durante nuestros viajes de exploración encontramos varios lugares donde era posible cruzar una abertura artificial en la pared y entrar en la atmósfera enrarecida del desierto.

Una de estas aberturas era la serie de puertas y corredores de la terminal del ferrocarril; había otras similares en los muelles construidos sobre los canales, y algunas de ellas eran enormes estructuras a través de las cuales se podía introducir en la ciudad materiales del exterior. Varias de las calles principales que llevaban a las zonas industriales, tenían edificios de tránsito por donde se podía cruzar con libertad.

Lo más interesante de todo, no obstante, era el hecho de que los vehículos de la ciudad podían atravesar la pared directamente sin vacilación ni pérdida perceptible en la atmósfera artificial. Presenciamos estos pasajes muchas veces.

Ahora debo dirigir la atención de este relato hacia la naturaleza de tales vehículos, pues de las muchas maravillas que Amelia y yo vimos en Martes, éstas figuraban entre las más sorprendentes.

La diferencia fundamental residía en el hecho de que, al contrario de los ingenieros terrestres, los inventores marcianos habían prescindido por completo de la rueda. Al ver la eficiencia de los vehículos marcianos, me vi forzado a preguntarme, de hecho, hasta qué punto estaban atrasados los inventos terrestres en este campo ¡debido a la obsesión con la rueda! Más aún, los únicos vehículos con ruedas que vi en Marte eran las carretillas que usaban los esclavos; ¡esto indica lo inferiores que consideraban los marcianos tales métodos!

El primer vehículo marciano que vimos (sin contar el tren en el que habíamos llegado, aunque supusimos que éste tampoco tenía ruedas) fue aquel que corría por las calles esa primera noche aciaga en la Ciudad Desolación. El segundo lo vimos a la mañana del día siguiente; ése también se movía con tal rapidez que nos dejó una confusa impresión de velocidad y ruido. Más tarde sin embargo, vimos uno que se desplazaba más despacio, y después observamos varios detenidos.

Decir que los vehículos marcianos *caminaban* sería inexacto, aunque no se me ocurre ningún verbo que se acerque más. Debajo del cuerpo principal (el cual de acuerdo con su función, estaba diseñado en una forma más o menos convencional para nosotros) había hileras de *patas* metálicas largas o cortas, según el uso que se le daba al

vehículo. Estas patas estaban dispuestas en grupos de tres, conectadas por un mecanismo de transmisión al cuerpo principal y accionadas desde el interior por medio de alguna fuente de energía oculta.

El movimiento de estas patas era a la vez de una rigidez mecánica y una curiosa naturalidad: en cada momento sólo una de las tres patas de cada grupo estaba en contacto con el suelo. Avanzaban con un movimiento ondulatorio, casi peristáltico, primero las dos patas levantadas se extendían hacia adelante para recibir el peso, luego se levantaba y extendía hacia adelante la tercera.

El vehículo más grande que vimos de cerca fue un transporte de carga, con dos hileras paralelas de dieciséis grupos de patas. Las máquinas más pequeñas, que se usaban para patrullar la ciudad, tenían dos hileras de tres grupos.

Cada pata, examinada de cerca, estaba formada por varias docenas de discos fabricados con cuidado, balanceados uno arriba del otro como una columna de peniques, y sin embargo activados de alguna manera por medio de una corriente eléctrica. Como cada una de las patas estaba encerrada en una envoltura trasparente, era posible ver el mecanismo en funcionamiento, pero cómo se controlaba cada movimiento no sabíamos. De cualquier modo, la eficiencia de estos vehículos quedaba fuera de duda: con frecuencia veíamos vehículos de vigilancia desplazándose por las calles a una velocidad que superaba en gran escala la de cualquier vehículo tirado por caballos.

IV

Tal vez más intrigantes para nosotros que el diseño de estos vehículos eran los hombres que los conducían.

Era evidente que en el interior de estas máquinas había hombres, pues en numerosas ocasiones habíamos visto a marcianos corrientes hablando con el conductor u otros ocupantes, y recibiendo respuestas habladas a través de un enrejado de metal colocado en el costado del vehículo. Lo que también estaba muy claro era que los conductores disfrutaban de una extraordinaria autoridad, pues cuando los marcianos se dirigían a ellos en la calle, adoptaban una actitud acobardada o respetuosa, y hablaban en tonos sumisos. No obstante, en ningún momento vimos a los conductores, pues los vehículos estaban cerrados por completo —por lo menos el compartimiento del conductor lo estaba— con sólo un panel de vidrio negro, colocado en el frente, detrás del cual era de suponerse que estaba de pie o sentado el conductor. Como estas ventanas eran similares a las que veíamos en cada torre, pensamos que las operaba el mismo grupo de personas.

Tampoco eran todos los vehículos tan prosaicos como los he hecho aparecer.

Al estar, como estábamos, frente a una multitud de espectáculos extraños, Amelia y yo tratábamos todo el tiempo de encontrar paralelos terrestres con respecto a lo que veíamos. Es posible, por lo tanto, que muchas de las suposiciones que hicimos en ese momento fueran incorrectas. Podíamos conjeturar con cierta seguridad que los vehículos que tomábamos por transportes de carga eran eso sin duda, puesto que los vimos cumpliendo funciones similares a las que conocíamos en la Tierra. Sin embargo, era imposible encontrar equivalentes terrestres para algunas de las máquinas.

Así sucedía con una máquina que los marcianos usaban en relación con las torres de vigilancia.

Directamente afuera del dormitorio que ocupábamos había una torre que podíamos ver desde nuestras hamacas. Después de vivir allí unos ocho días, Amelia comentó que parecía haber algún inconveniente con ella, pues su plataforma de observación había dejado de girar a uno y otro lado. Esa noche vimos que su reflector no estaba encendido.

Al día siguiente, uno de los vehículos se detuvo junto a la torre, y allí tuvo lugar un trabajo de reparación que sólo puedo describir como fantástico.

En ocasiones habíamos visto vehículos como la máquina en cuestión por la ciudad: una estructura larga y baja que era al parecer una masa de tubos brillantes, amontonados en desorden, sobre la

plataforma de patas articuladas. Cuando el vehículo se detuvo junto a la torre, esta confusión de metal se levantó, y descubrió que poseía cinco patas peristálticas, y los apéndices restantes eran una veintena o algo más de tentáculos.

Descendió de la plataforma del vehículo, con los brazos articulados rechinando, luego caminó la corta distancia que faltaba para llegar a la base de la torre con un movimiento notablemente parecido al de una araña. Tanto Amelia como yo miramos tratando de averiguar cómo era que conducían esa cosa, pero parecía que o bien esa máquina monstruosa tenía inteligencia propia, o bien la controlaba en alguna forma increíble el conductor del vehículo, pues estaba claro que no había nadie cerca de ella. Cuando llegó a la base de la torre, uno de sus tentáculos hizo contacto con una placa de metal levantada que había en uno de los pilares, y al instante la plataforma de observación comenzó a descender. Al parecer sólo podía descender por sí misma hasta una cierta altura, puesto que cuando estaba a unos seis metros del suelo, el aparato de los tentáculos sujetó las patas de la torre en un abrazo horrible, y empezó a trepar lentamente, como una araña que subiera por un hilo de su tela.

Cuando alcanzó la plataforma de observación se colocó en posición, aferrándose con las patas, y con los tentáculos buscó a través de una cantidad de pequeñas aberturas, tratando de encontrar al parecer las partes del mecanismo que se habían descompuesto.

Amelia y yo contemplamos toda la operación, sin ser vistos, desde el interior del edificio. Desde la llegada del vehículo hasta su eventual partida, sólo pasaron doce minutos, y para cuando el monstruo de hierro volvió a su lugar en la parte posterior del vehículo, la plataforma de observación había subido a su altura anterior, y giraba hacia ambos lados como de costumbre.

V

Hasta ahora, no he mencionado mucho sobre nuestro diario sobrevivir en esta desolada ciudad, ni tampoco lo haré por el momento. Nuestras preocupaciones eran muchas y muy grandes, y en cierto modo, más importantes que lo que veíamos a nuestro alrededor. Antes de referirme a esto, tengo que establecer primero el contexto. Todos somos criaturas de nuestro medio, y en muchas formas sutiles e inquietantes, Amelia y yo nos estábamos volviendo un poco marcianos. La desolación que nos rodeaba se estaba colando en nuestras almas.

VI

Mientras recorríamos la ciudad una pregunta permanecía sin respuesta, y ésa era: ¿En qué ocupaba su tiempo el marciano corriente?

Ahora comprendíamos un poco de las ramificaciones sociales en Marte. En efecto, esto quiere decir que el estrato social más bajo lo constituían los esclavos, quienes estaban obligados a realizar todas las tareas manuales y degradantes que necesita cualquier sociedad civilizada. Luego venían los marcianos de la ciudad, que tenían autoridad para supervisar a los esclavos. Por encima de ellos estaban los hombres que conducían los vehículos con patas y, según suponíamos, operaban los demás aparatos mecánicos que veíamos.

Los marcianos de la ciudad eran quienes más nos interesaban, puesto que entre ellos vivíamos. Sin embargo, no todos tenían una ocupación. Por ejemplo, hacían falta relativamente pocos hombres para supervisar a los esclavos (a menudo veíamos sólo uno o dos capaces de controlar a varios cientos de esclavos, armados solamente con los látigos eléctricos), y aunque los vehículos eran numerosos, en la ciudad siempre había gran cantidad de personas al parecer ociosas.

Durante nuestros paseos, Amelia y yo observamos que el tiempo era una carga para estas personas. Era evidente que el jolgorio nocturno se debía a dos factores: parte era para aplacar la amargura sin fin, y parte para expresar el aburrimiento. Con frecuencia veíamos disputas, y hubo varias peleas, aunque éstas se terminaban al instante cuando aparecía uno de los vehículos. Muchas mujeres parecían estar embarazadas; otra indicación de que los habitantes no tenían mucho en que ocupar su mente o sus energías. A mediodía, cuando el sol se hallaba en lo alto (habíamos llegado a la conclusión de que la ciudad debía estar situada casi exactamente sobre el ecuador marciano), el pavimento de las calles estaba cubierto con los cuerpos de hombres y mujeresque descansaban al calor del sol.

Una explicación para ese aparente ocio podría ser que algunos trabajaban en el complejo industrial cercano, y que los marcianos que veíamos en la ciudad tenían algún tipo de licencia.

Como ambos sentíamos curiosidad por las zonas industriales, y queríamos descubrir, si nos era posible, cuál era la naturaleza de la intensa actividad que tenía lugar allí, un día, unas dos semanas después de nuestra llegada, Amelia y yo decidimos abandonar la ciudad y explorar el más pequeño de los dos complejos. Ya habíamos visto un camino que llevaba hacia allí, y aunque la mayor parte del tránsito la componían vehículos para el transporte de cargas, se podía ver a varias personas, tanto esclavos como de la ciudad, caminando

por allí. Decidimos por lo tanto que no llamaríamos la atención si íbamos nosotros también.

Abandonamos la ciudad a través de un sistema de corredores acondicionados, y salimos al aire libre. De inmediato nuestros pulmones comenzaron a trabajar en la atmósfera poco densa, y ambos comentamos lo riguroso del clima: el aire frío y enrarecido, y el sol intenso y abrasador.

Caminamos despacio, sabiendo por experiencia cómo nos debilitaba el ejercicio en este clima, y por ello después de media hora apenas habíamos cubierto alrededor de un cuarto o poco más de la distancia que nos separaba del complejo industrial. Sin embargo, ya podíamos percibir los vahos y el humo que arrojaban las fábricas aunque no se oía nada del estrépito que asociábamos con tales actividades.

Durante un descanso, Amelia puso su mano en mi brazo y señaló hacia el Sur.

—¿Qué es eso, Edward? —dijo.

Miré en la dirección que había indicado.

Habíamos caminado casi directamente hacia el Sudeste, hacia la zona industrial, siguiendo el canal, pero del otro lado del agua, bien lejos de las fábricas, estaba lo que a primera vista parecía ser una enorme cañería. Sin embargo, no estaba al parecer conectada con nada, y en realidad podíamos ver que tenía un extremo abierto.

No podíamos ver la continuación del caño, pues llegaba detrás de los edificios del complejo. Un aparato como éste no habría atraído de ordinario nuestra atención, pero lo notable era la intensa actividad que se desarrollaba alrededor del extremo abierto. El caño estaba a dos kilómetros quizá de donde nos encontrábamos nosotros, pero a través del aire diáfano, podíamos ver con claridad los cientos de trabajadores que hormigueaban en el lugar.

Habíamos convenido en descansar quince minutos, tan desacostumbrados estábamos al aire enrarecido, y cuando luego avanzamos, no pudimos evitar mirar con frecuencia en aquella dirección.

—¿Podría ser algún tipo de conducto para irrigación? —dije al rato, después de notar que el tubo corría de Este a Oeste, entre los dos canales divergentes.

—¿Con semejante diámetro?

Tuve que admitir que esta explicación era poco probable, porque podíamos ver lo pequeño que parecían los hombres junto al tubo. Un cálculo razonable del diámetro interno del caño sería de unos seis metros, y además el metal del tubo tenía un espesor de unos dos o tres metros.

Decidimos ver de cerca aquella extraña construcción, y por lo

tanto dejamos el camino, y nos dirigimos hacia el Sur a través de las rocas irregulares y la arena del desierto. No había puentes que cruzaran el canal a esta altura, de modo que no podíamos ir más allá de la orilla, pero eso estaba lo bastante cerca como para permitirnos una vista ininterrumpida.

El largo total del tubo resultó ser de alrededor de dos kilómetros. Ahora que estábamos más cerca, podíamos ver el extremo opuesto, que se encontraba suspendido sobre un pequeño lago. Este último parecía ser artificial, pues sus orillas eran rectas y estaban reforzadas, y el agua se extendía debajo del tubo casi hasta la mitad de su largo.

Sobre el borde mismo del lago, habían construido dos edificios uno al lado del otro, y el tubo pasaba entre ambos.

Nos sentamos a la orilla del canal, a observar lo que sucedía.

En ese momento muchos de los hombres que se hallaban junto al extremo más cercano del tubo estaban concentrados tratando de extraer de allí un enorme vehículo que había emergido del interior. Lo estaban guiando hacia afuera del tubo y por una rampa hacia el suelo del desierto. Alguna dificultad debía haber surgido, porque estaban llevando más hombres para ayudar.

Media hora después habían conseguido sacar el vehículo, y lo movieron hacia el costado a cierta distancia. Mientras tanto, los hombres que habían estado trabajando junto al extremo del tubo se dispersaban.

Pasaron unos pocos minutos más y luego señalé de pronto hacia allí.

—¡Mira, Amelia! —dije—. ¡Se está moviendo! El extremo del tubo que estaba más cerca de nosotros se levantaba del suelo. Al mismo tiempo el otro extremo se hundía lentamente en el lago. Los edificios que estaban al borde del lago eran los instrumentos que permitían este movimiento, pues no sólo actuaban como pivote para el tubo, sino que también se oía un gran estruendo de máquinas en su interior, y de varias aberturas escapaba un humo verde.

Levantar el tubo llevó sólo un minuto más o menos, pues a pesar de su tamaño se movía con suavidad y precisión.

Cuando el tubo había subido hasta formar un ángulo de unos cuarenta y cinco grados, el estrépito de las máquinas cesó y las últimas trazas de humo verde se alejaron. Era cerca del mediodía y el sol estaba en lo alto.

¡En esta nueva posición, el tubo había tomado la apariencia inequívoca de un gran cañón apuntado hacia el cielo!

Las aguas del lago se quedaron inmóviles, los hombres que habían estado trabajando se habían refugiado en una serie de edificios construidos de poca altura sobre el terreno. Sin saber lo que estaba por ocurrir Amelia y yo permanecimos en nuestros lugares.

La primera indicación de que iban a disparar el cañón fue una erupción de agua blanquecina que agitó la superficie del lago. Un momento después sentimos un profundo temblor en el mismo suelo donde estábamos sentados, y delante de nosotros, las aguas del canal se estremecieron con un millón de pequeñas ondas.

Me acerqué a Amelia, puse mis brazos alrededor de sus hombros y la empujé de costado al suelo. Amelia cayó torpemente, pero me arrojé sobre ella, cubrí su cara con mi hombro y protegí su cabeza con mis brazos. Podíamos sentir las sacudidas del terreno, como si un terremoto estuviera a punto de desatarse, y luego vino un estruendo, como los más profundos rugidos en el corazón de una nube de tormenta.

La violencia de este hecho creció con rapidez hasta alcanzar el máximo, y luego cesó tan abruptamente como había empezado. En ese mismo momento, oímos una explosión aguda y prolongada, rugiendo como si mil silbatos soplaran en nuestro oído. Este sonido comenzó en su frecuencia más alta, y luego se desvaneció con rapidez.

Cuando el estrépito desapareció, nos sentamos y miramos a través del canal hacia el cañón.

Del proyectil —en caso de que lo hubiera— no quedaban rastros, pero salía de la boca del cañón una de las nubes de vapor más grandes que yo haya visto en mi vida. Era de un blanco brillante y se abría en forma casi esférica sobre la boca del cañón creciendo constantemente con la cantidad de vapor que seguía saliendo del tubo. En menos de un minuto, el vapor había tapado el sol, y de inmediato sentimos mucho más frío. La sombra se extendía sobre casi toda la superficie que podíamos ver desde nuestro puesto de observación, y como estábamos casi directamente debajo de la nube, no podíamos calcular su profundidad, la cual era considerable tal como lo demostraba la oscuridad de su sombra.

Nos pusimos de pie. Ya bajaban el cañón una vez más, y las máquinas de los edificios que actuaban como pivotes rugían. Los esclavos y sus supervisores salían de sus refugios.

Nos encaminamos de vuelta hacia la ciudad, y caminamos tan rápido como pudimos hacia sus relativas comodidades. En el momento en que el sol había quedado oculto la aparente temperatura a nuestro alrededor había descendido muy por debajo del punto de congelación. No nos sorprendió mucho, por lo tanto, cuando algunos minutos más tarde vimos caer en torno a nosotros los primeros copos de nieve, y a medida que el tiempo pasaba la ligera lluvia se convirtió en una densa y enceguecedora tormenta de nieve.

Miramos hacia arriba sólo una vez, y vimos que la nube de donde caía la nieve —¡la propia nube que saliera del cañón!— cubría ahora casi todo el cielo.

Casi no encontramos la entrada a la ciudad, tan profunda estaba la nieve cuando llegamos. Aquí también vimos por primera vez la forma de cúpula del escudo invisible que protegía la ciudad, pues una espesa capa de nieve lo cubría.

Algunas horas después, hubo otra sacudida, y luego otra. En total hubo doce, repetidas a intervalos de cinco o seis horas. El sol, cuando sus rayos podían atravesar las nubes, derretía con rapidez la nieve que estaba sobre la cúpula de la ciudad, pero en su mayor parte aquellos días en la Ciudad Desolación fueron oscuros y aterradores, y no éramos los únicos que pensábamos así.

VII

He ahí algunos de los misterios que vimos en la ciudad marciana. Al describirlos he tenido por necesidad que representarnos, a Amelia y a mí mismo, como turistas curiosos y objetivos, asomándonos maravillados como cualquier viajero en tierra extraña lo haría. Sin embargo, aunque nos interesaba sobremanera lo que veíamos, esta aparente objetividad distaba mucho de existir, pues nos preocupaba nuestra situación.

Había un tema sobre el que rara vez hablábamos, excepto en forma indirecta; esto no se debía a que no pensáramos en ello, sino a que ambos sabíamos que si lo mencionábamos no podríamos decir nada optimista al respecto. Dicho tema era la abierta imposibilidad de que alguna vez lográramos regresar a la Tierra.

De todos modos estaba presente en el corazón de nuestras acciones y pensamientos, pues sabíamos que no podríamos continuar así para siempre, pero planear el resto de nuestras vidas en la Ciudad Desolación habría sido aceptar tácitamente nuestro destino.

Lo más cerca que cualquiera de los dos estuvo de enfrentar el problema directamente fue el día que vimos por primera vez el gran adelanto de la ciencia marciana.

Pensé que en una sociedad tan moderna como ésta no nos sería difícil obtener los materiales que necesitáramos, y propuse:

—Tenemos que encontrar algún lugar donde podamos establecer un laboratorio.

Amelia me miró intrigada.

—¿Piensas dedicarte a la ciencia? —dijo.

—Creo que debemos tratar de construir otra máquina del tiempo.

—¿Tienes alguna idea de cómo funcionaba la anterior?

Sacudí la cabeza negando.

—Esperaba que tú, como asistente de Sir William, lo supieras.

—Querido —dijo Amelia, y por un momento tomó mi mano con cariño entre las suyas—, sé tan poco como tú.

Todo había quedado ahí. Yo había tenido esa remota esperanza hasta entonces, pero conocía a Amelia lo bastante bien como para comprender que su respuesta implicaba mucho más que las palabras en sí. Me di cuenta de que ella misma ya había considerado la idea, y llegado a la conclusión de que no teníamos posibilidad alguna de duplicar el trabajo de Sir William.

De este modo, sin más comentarios sobre nuestras perspectivas, vivíamos día tras día, sabiendo cada uno que regresar a la Tierra era imposible. Algún día tendríamos que afrontar nuestra situación, pero hasta entonces simplemente posponíamos el momento.

Si bien no teníamos paz de espíritu, podíamos satisfacer nuestras necesidades corporales en forma adecuada.

Nuestros dos días en el desierto no habían causado al parecer daños perdurables, aunque yo había contraído un resfrío de sol en algún momento. Ninguno de los dos retuvo aquella primera comida, y a la noche siguiente ambos nos sentimos desagradablemente indispuestos. Desde ese momento nos servíamos pequeñas cantidades de comida. Había tres comedores a corta distancia de nuestro dormitorio, y alternábamos entre ellos.

Como ya he mencionado, disponíamos de un dormitorio sólo para nosotros. Las hamacas eran lo bastante grandes como para dos personas, así que, como recordaba lo que había pasado antes entre nosotros, sugerí con un poco de anhelo que disfrutaríamos de más calor si compartíamos una hamaca.

—Ya no estamos en el desierto, Edward —repuso Amelia, y de allí en adelante dormimos separados.

Me sentí un poco herido ante su respuesta, porque aunque mis intenciones hacia ella todavía estaban dentro del pudor y el decoro, tenía sobrados motivos para creer que ya no éramos del todo extraños. Pero estaba dispuesto a cumplir con sus deseos.

Durante el día nuestra conducta era íntima y amistosa. Amelia solía caminar tomada de mi mano o de mi brazo, y de noche acostumbrábamos intercambiar un casto beso antes de que yo me volviera y ella pudiera desvestirse. En esos momentos mis deseos no se caracterizaban por el pudor ni el decoro, y, aunque no correspondía, a menudo sentí la tentación de proponerle matrimonio de nuevo. No correspondía en verdad porque ¿en qué lugar de Marte podríamos encontrar una iglesia? Este problema también tuve que hacerlo a un lado hasta que pudiéramos aceptar nuestro destino.

En general, nuestro mundo pesaba más en nuestros pensamientos. Por mi parte pasaba muchas horas pensando en mis padres, y en el hecho de que no los volvería a ver. También se me ocurrían trivialidades. Una de ellas era la irresistible certeza de haber dejado encendida la lámpara de mi habitación en casa de Mrs. Tait. Había estado tan entusiasmado aquella mañana de domingo cuando partí para Richmond, que no recordaba haber apagado la llama antes de salir. Con una seguridad irritante recordaba haberla encendido después de levantarme... ¿pero la habría dejado encendida? No me servía de consuelo pensar que ahora, ocho o nueve años más tarde, no tenía importancia. Pero la duda seguía molestándome y no me abandonaba.

Amelia también parecía preocupada, aunque se reservaba sus pensamientos para sí. Se esforzaba por no parecer introvertida y adoptaba un interés alegre y vivaz por lo que veíamos en la ciudad,

había largos períodos durante los cuales ambos permanecíamos en silencio, lo que de por sí era significativo. Un indicio que mostraba hasta qué punto estaba perturbada era el hecho de que a veces hablaba en sueños; gran parte de lo que decía era incoherente, pero en algunas ocasiones mencionaba mi nombre, y en otras el de Sir William. Una vez encontré la forma de preguntarle, con tacto, sobre sus sueños, pero dijo no recordarlos.

VIII

A los pocos días de nuestra llegada a la ciudad, Amelia se propuso aprender el idioma marciano. Siempre había tenido, decía, facilidad para los idiomas, y, a pesar de que no contaba ni con un diccionario ni con un libro de gramática, se sentía optimista. Había, según ella, situaciones básicas que podía identificar, y luego de escuchar las palabras que las acompañaban, podía establecer un vocabulario primitivo, el cual sería de gran utilidad para nosotros, pues nos veíamos en extremo limitados por el silencio a que estábamos obligados.

Su primera tarea fue tratar de interpretar el lenguaje escrito, basándose en los letreros que habíamos visto dispersos en la ciudad.

Dichos letreros eran muy pocos. Había algunos en cada una de las entradas a la ciudad, y uno o dos de los vehículos tenían inscripciones. Aquí Amelia se encontró con su primera dificultad, porque hasta donde ella podía distinguir no se repetía ningún signo jamás. Más aún, parecía haber más de un tipo de escritura en uso, y Amelia no pudo siquiera determinar una o dos letras del alfabeto marciano.

Cuando volvió su atención a la palabra oral, sus problemas se multiplicaron.

La mayor dificultad en este aspecto era que había al parecer múltiples tonos de voz. Dejando totalmente de lado el hecho de que las cuerdas vocales de los marcianos producían voces más agudas que las habituales en la Tierra (y tanto Amelia como yo tratamos en privado de reproducir el sonido, con resultados cómicos), parecía haber una infinidad de sutiles variaciones de tono.

A veces oíamos una voz marciana que sonaba dura, con un dejo de lo que en la Tierra llamaríamos desprecio, y que la hacía desagradable; otras veces la voz que oíamos era suave y musical en comparación. Algunos marcianos producían al hablar complejos sonidos sibilantes; otros, prolongados sonidos vocálicos y marcadas consonantes explosivas.

Además, todo se complicaba por el hecho de que los marcianos parecían acompañar su conversación con elaborados movimientos de la cabeza y las manos, y también se dirigían a algunos marcianos con determinado tono de voz y a otros con uno diferente.

Asimismo los esclavos parecían tener un dialecto propio. Después de tratar durante varios días, Amelia llegó a la conclusión de que la complejidad del idioma (o los idiomas) quedaba fuera de su capacidad. Aun así, hasta los últimos días que estuvimos juntos en la Ciudad Desolación, Amelia continuó tratando de identificar sonidos individuales, y yo admiré mucho su perseverancia.

Había, sin embargo, un sonido vocálico cuyo significado era inconfundible. Era común a todas las razas de la Tierra, y tenía la misma acepción en Marte. Se trataba del grito de terror, y habríamos de oírlo con mucha frecuencia.

IX

Hacía catorce días que estábamos en la Ciudad Desolación, cuando se desató la epidemia. Al principio no nos dimos cuenta de que algo sucedía, aunque notamos algunas de las primeras consecuencias sin comprender la causa. Específicamente hablando, una noche nos pareció que había muchos menos marcianos en el comedor, pero tan acostumbrados estábamos a los sucesos extraños en este mundo que ninguno de los dos lo atribuyo a inconveniente alguno.

El día siguiente fue aquel durante el cual presenciamos los disparos del cañón de nieve (pues así dimos en llamarlo) y por lo tanto nuestro interés estaba orientado hacia algo diferente. Pero al cabo de aquellos días en los que la nieve caía más o menos sin obstáculo sobre la ciudad, no quedaba duda de que había algún serio problema. Vimos a muchos marcianos muertos o inconscientes en las calles, una visita a uno de los dormitorios sirvió para confirmar que había muchos enfermos, y hasta las actividades de los vehículos reflejaron un cambio, pues eran menos los que circulaban y era evidente que estaban usando uno o dos como ambulancias.

Por supuesto que, en cuanto comprendimos lo que sucedía, Amelia y yo permanecimos lejos de las zonas populosas de la ciudad. Por fortuna ninguno de los dos mostró síntoma alguno; la congestión como consecuencia de mi resfrío de sol, me duró algo más de lo que hubiera durado en la Tierra, pero eso fue todo.

Los instintos latentes de enfermera que tenía Amelia salieron a la superficie, y la conciencia de la joven le decía que su deber era ayudar a los enfermos, pero eso habría sido en extremo imprudente. Tratamos de no dejarnos dominar por la angustia, y esperamos que la enfermedad pasara pronto.

Parecía que la plaga no era virulenta. Muchos la habían contraído, de acuerdo con el número de cuerpos que vimos que transportaban en uno de los vehículos, sabíamos que muchos habían muerto. Pero luego de cinco días notamos que la vida comenzaba a normalizarse. En todo caso, había más dolor en la ciudad que antes, y había aún menos personas en la ya poco poblada ciudad, pero los vehículos volvieron a cumplir su función de vigilancia y transporte, y no vimos más muertos en las calles.

Pero entonces, justo cuando percibíamos la vuelta a la normalidad, llegó la noche de las explosiones verdes.

Capítulo 10
UNA TERRIBLE INVASIÓN

I

Me despertó el primer impacto, pero adormilado como estaba supuse que era otro disparo del cañón de nieve. Durante aquellas noches en que lo disparaban, nos habíamos acostumbrado a las vibraciones y a las explosiones distantes. El estruendo que me despertó, no obstante, era diferente.

—¿Edward?

—Estoy despierto —dije—. ¿Fue ése el cañón otra vez?

—No, fue diferente. Y hubo una llamarada que iluminó toda la habitación.

Permanecí en silencio, pues hacía ya rato que había aprendido lo inútil que era especular con respecto a lo que sucedía en este mundo. Pasaron unos minutos, y en la ciudad nada se movió.

—No fue nada —dije—. Volvamos a dormir.

—Escucha.

A cierta distancia, del otro lado de la ciudad que dormía, un vehículo de vigilancia se desplazaba a gran velocidad, con su sirena ululando estridentemente. Minutos después, empezó otro y pasó a pocas calles de donde estábamos.

Justo en ese momento, la habitación se iluminó por un instante con una llamarada verde, intensa y brillante en extremo. Su luz me permitió ver a Amelia sentándose en la hamaca, y protegiéndose con la manta. Uno o dos segundos después, oímos una tremenda explosión, en algún lugar fuera de los límites de la ciudad.

Amelia se bajó de la hamaca con la dificultad de costumbre, y caminó hasta la ventana que estaba más cerca.

—¿Puedes ver algo?

—Creo que hay un incendio —dijo—. Es difícil de decir. Algo está ardiendo con una luz verde.

Empecé a alejarme de mi hamaca, porque quería verlo, pero Amelia me detuvo.

—Por favor, no te acerques a la ventana —dijo—. No estoy vestida.

—En ese caso, échate algo encima, por favor, porque quiero ver lo que está sucediendo. —Se volvió y corrió hacia donde ponía de noche su ropa, y mientras lo hacía, el brillante resplandor verde iluminó una vez más la habitación. Por un instante, alcancé a verla sin querer, pero conseguí desviar la mirada a tiempo para evitarle el bochorno. Un par de segundos más tarde se oyó otra fuerte explosión; esta vez fue mucho más grande o mucho más cerca, porque el suelo se estremeció.

—Edward, tengo puesta mi camisa —dijo Amelia—. Ahora puedes acercarte a la ventana conmigo.

Yo acostumbraba dormir con un par de pantalones del conjunto marciano, de modo que rápidamente me bajé de la hamaca, y me reuní con Amelia junto a la ventana. Tal como ella dijo, había un resplandor verde, a lo lejos, hacia el Este. No abarcaba mucho ni era tampoco brillante, pero era más intenso en el centro lo que podía indicar un incendio. Se iba apagando mientras lo mirábamos, pero en ese momento hubo otra explosión justo a su lado, y yo aparté a Amelia de la ventana. El efecto de la explosión fue mayor esta vez, y empezamos a asustarnos.

Amelia se puso de pie para mirar por la ventana de nuevo, pero coloqué mi brazo sobre su hombro y la obligué a apartarse.

Afuera se oyeron más sirenas, y luego hubo otra llamarada verde seguida de un impacto.

—Vuelve a las hamacas, Amelia —dije—. Por lo menos allí estaremos protegidos de la explosión a través del piso.

Para sorpresa mía, Amelia no hizo objeción alguna, sino que se dirigió con rapidez a la hamaca más cercana y se subió a ella. Yo miré una vez más hacia el lugar de las explosiones, observando más allá de la torre que estaba junto al edificio, y contemplando cómo continuaba extendiéndose el fuego verde. Aún mientras miraba, hubo otro destello de luz verde, seguido por una explosión, de modo que corrí hasta las hamacas.

Amelia estaba sentada en la que yo solía usar.

—Creo que esta noche me gustaría que estuvieras conmigo —dijo, con voz temblorosa. Yo también me sentía un poco aturdido, pues las explosiones eran muy fuertes, y aunque ocurrían a gran distancia, eran las más intensas que yo había oído.

Apenas podía distinguir la silueta de Amelia en la oscuridad de la habitación. Yo sujetaba el borde de la hamaca con mi mano, y ahora Amelia se.inclinaba para tocarme. En ese momento, hubo otra llamarada, mucho más brillante que las anteriores. Esta vez la onda de choque al llegar sacudió hasta los cimientos del edificio. Ante esto, hice a un lado mis inhibiciones, me subí a la hamaca, y me introduje debajo de la manta junto a Amelia. Ella de inmediato me rodeó con sus brazos, y por un momento logré olvidar las misteriosas explosiones del exterior.

Éstas continuaron, no obstante, a intervalos regulares, durante casi dos horas, y, como si las explosiones las conjuraran, las sirenas de los vehículos marcianos se duplicaron y cuadruplicaron mientras una tras otra resonaban en las calles.

De modo que la noche pasó sin que ninguno de los dos durmiera. Mi atención estaba dividida entre los desconocidos acontecimientos del exterior, y la maravillosa cercanía de Amelia. Tanto la amaba que hasta una intimidad momentánea como ésta no tenía igual para mí.

Por fin llegó el amanecer, el sonido de las sirenas se desvaneció. Hacía una hora ya que el sol había salido, cuando se oyó la última, pero luego todo permaneció en silencio, y Amelia y yo nos bajamos de la hamaca y nos vestimos.

Me acerqué a la ventana y miré hacia el Este... pero no había rastro de lo que provocara las explosiones, fuera de una ligera nube de humo flotando en el horizonte. Estaba a punto de volverme y comunicárselo a Amelia, cuando noté que la torre que estaba junto a nuestro edificio había desaparecido durante la noche. Miré a lo largo de la calle y comprobé que las demás, que eran una característica tan familiar de la ciudad, tampoco estaban.

II

Después de la batahola de la noche anterior, la ciudad estaba anormalmente tranquila, así que fue con un recelo muy comprensible que dejamos el dormitorio para investigar. Si en el pasado la ciudad había tenido una atmósfera de espantosa premonición, entonces esta quietud era como la proximidad de una muerte segura. La Ciudad Desolación nunca había sido un lugar de bullicio, pero ahora se encontraba silenciosa y vacía. Vimos vestigios de la actividad de la noche en las calles: rastros bien marcados en la superficie del camino donde uno de los vehículos había tomado una curva demasiado rápido, y también una pila de vegetales abandonados afuera de uno de los salones dormitorio.

Intranquilizado por lo que veíamos, pregunté:

—¿Crees que deberíamos quedarnos afuera? ¿No estaríamos más seguros adentro de algún edificio?

—Pero tenemos que averiguar qué pasa.

—Si no implica un riesgo personal.

—Querido, no hay ningún lugar donde podamos escondernos en este mundo.

Llegamos finalmente a un edificio a cuya parte superior habíamos subido una vez para ver el tamaño de la ciudad. Convinimos en subir al techo y contemplar la situación desde allí arriba.

El panorama desde la cúspide casi no nos proporcionó más información de la que ya teníamos, pues no había señal de movimiento alguno en ninguna parte de la ciudad. Entonces Amelia señaló hacia el Este.

—¡De modo que allá es donde han llevado las torres! —exclamó.

Fuera de la cúpula protectora de la ciudad, podíamos distinguir apenas un grupo de objetos elevados. Si aquéllas eran las torres, entonces eso explicaría su desaparición de la ciudad. Era imposible ver cuántas había allí, pero haciendo un cálculo razonable se podía asegurar que había un ciento o más. Estaban alineadas en una formación defensiva, entre la ciudad y el lugar donde a la noche habíamos visto las explosiones.

—¿Edward, supones que esto es una guerra?

—Debe serlo. Ciertamente la ciudad no ha reflejado alegría.

—Pero no hemos visto soldados.

—Tal vez los veamos ahora por primera vez.

Me sentía deprimido al máximo, y tenía la impresión de que por fin nos veríamos forzados a aceptar nuestra situación. En ese momento no veía alternativa alguna para la perspectiva de incorporarnos para siempre en la vida marciana. Si esta ciudad estaba en guerra, entonces

dos extraños como nosotros pronto serían descubiertos. Si nos ocultábamos nos descubrirían sin duda, y, de ser así, nos tomarían por espías o agentes. Muy pronto tendríamos que presentarnos ante las autoridades e integrarnos con la población.

Al no ver otra posición más ventajosa a nuestra disposición, convinimos en quedarnos donde estábamos hasta que la situación se aclarara. Ninguno de los dos tenía deseos de seguir explorando; la muerte y la destrucción se percibían en el viento.

No tuvimos que esperar mucho... pues ya mientras observábamos la línea de torres que defendían la ciudad, la invasión, sin que nosotros lo supiéramos, había empezado. Lo que sucedió fuera de la cúpula de la ciudad habrá que conjeturarlo, pero habiendo visto las consecuencias puedo decir con cierta seguridad que la primera línea de defensa era una tropa de marcianos equipados solamente con armas de mano. Estos hombres desdichados pronto fueron arrollados, y los que no resultaron muertos se refugiaron en la protección temporal de la ciudad. Todo esto sucedía ya mientras nosotros caminábamos por las calles hacia nuestro actual puesto de observación.

La siguiente etapa tuvo dos facetas simultáneas.

En primer lugar, vimos por fin señales de movimiento; se trataba dé los defensores que huían y regresaban a la ciudad. En segundo lugar, las torres fueron atacadas. El ataque terminó en pocos minutos. Los enemigos tenían algún tipo de arma que emitía calor, la cual, cuando actuaba sobre las torres, las derretía casi de inmediato. Vimos la destrucción como una serie de estallidos de fuego, a medida que este calor alcanzaba una torre tras otra, y las hacía explotar violentamente.

Si mi descripción da a entender que las torres estaban indefensas, entonces debo aclarar que no era así. Cuando poco después vi los despojos de la batalla, comprendí que, si bien al final no había surtido efecto, se había realizado una defensa enérgica, pues varios de los vehículos de los atacantes estaban destruidos.

Amelia deslizó su mano dentro de la mía, y yo la oprimí para darle confianza. Secretamente había depositado mi fe en la cúpula de la ciudad, confiando en que los invasores no lograrían atravesarla.

Oímos gritos. Había más gente en las calles ahora, tanto marcianos de la ciudad como esclavos, corriendo con esa extraña especie de trote, mirando desesperados a su alrededor, tratando de hallar refugio en el laberinto de las calles de la ciudad.

De pronto las llamas envolvieron uno de los edificios junto al límite de la ciudad, y pudimos oír gritos a lo lejos. Se incendió un segundo edificio y luego otro.

Entonces oímos un sonido nuevo: una sirena grave, que subía y

bajaba, diferente por completo de los ruidos a que nos habíamos acostumbrado en la ciudad.

—Han atravesado la cúpula —dije.

—¿Qué haremos? —Su voz era tranquila, pero yo percibía que estaba tratando de no dejarse dominar por el pánico. Podía sentir su mano temblando en la mía, ambos teníamos las palmas húmedas de transpiración.

—Debemos quedarnos aquí —dije—. Estamos tan seguros aquí como en cualquier otra parte.

Abajo en las calles, habían aparecido más marcianos; algunos salían de los edificios donde se habían estado escondiendo. Vi que algunos de los que huían de la batalla estaban heridos; dos hombres llevaban a un tercero que arrastraba las piernas. Uno de los vehículos de vigilancia apareció desplazándose con velocidad por las calles, hacia la batalla. Se detuvo al pasar junto a unos marcianos, y pude oír la voz del conductor que al parecer les ordenaba regresar a la lucha. No le prestaron atención y continuaron la retirada, y el vehículo se alejó. Se oían más sirenas, y pronto otros vehículos pasaron veloces junto a nuestro edificio hacia el frente de batalla. Mientras tanto, más edificios junto al borde de la ciudad habían sido alcanzados.

Oí otra explosión al Sur de donde estábamos, y miré hacia allá. Había fuego y humo en aquella dirección ¡y comprendí que otro grupo de invasores había logrado penetrar!

La situación de la ciudad era desesperada, pues no se veía en ninguna parte una defensa organizada, y el nuevo frente no tenía resistencia en absoluto.

Un sonido rechinante y atronador llegaba desde el Este, y luego esa extraña sirena resonó dos veces seguidas. Los marcianos que estaban en la calle cerca de nuestro edificio gritaron desesperados con sus voces más agudas que nunca.

Entonces vimos por fin a uno de los invasores.

Era un vehículo blindado grande, con las hileras de patas cubiertas por planchas metálicas a cada lado. Montado arriba, sobre la parte de atrás, había un tubo de cañón de unos dos metros o un poco más de largo, el cual, mediante el mecanismo de pivotes sobre el que estaba instalado, podía apuntar en cualquier dirección que el conductor del vehículo eligiera. En el mismo momento en que veíamos el aparato invasor, el cañón giró y un edificio del costado estalló de pronto en llamas. Hubo un ruido espantoso, como de chapas de metal destrozadas.

El invasor estaba muy cerca de nosotros, a no más de doscientos metros, y lo podíamos ver con claridad. No daba señal de detenerse, y al cruzar una bocacalle, arrojó otro rayo de energía infernal, y uno de los salones donde habíamos comido a menudo explotó y se incendió.

—¡Edward! ¡Mira!

Amelia señaló hacia la calle lateral, donde veíamos ahora cinco de los vehículos de vigilancia de la ciudad que se acercaban. Observé que los habían equipado con versiones menores del cañón de calor de los invasores, en cuanto tuvieron una línea de tiro despejada, los dos primeros vehículos dispararon.

El efecto fue instantáneo: con una explosión ensordecedora el vehículo invasor estalló en pedazos, arrojando fragmentos en todas direcciones. Apenas tuve tiempo de ver cómo la explosión lanzaba hacia atrás a una de las máquinas que habían atacado, antes de que la onda de choque alcanzara el edificio donde estábamos. Por fortuna Amelia y yo ya estábamos agachados, de lo contrario nos habría hecho caer. Parte del parapeto fue despedido hacia adentro, errándome por poco, y parte del techo detrás de nosotros se desplomó. Por unos instantes el único sonido que pudimos oír fue el estampido de los fragmentos de metal al caer sobre las calles y los edificios.

Los cuatro vehículos de vigilancia intactos continuaron sin vacilar, rodearon al colega dañado y pasaron sobre los restos destrozados del enemigo. Segundos más tarde se habían perdido de vista al dirigirse con rapidez hacia el lugar de la invasión principal.

Tuvimos sólo unos pocos minutos de respiro. Acompañados por la siniestra combinación de rechinantes patas de metal y agudas sirenas, cuatro invasores más se acercaban al centro de la ciudad desde el Sur. Avanzaban con una velocidad aterradora, disparando de vez en cuando a los edificios todavía intactos. El humo que escapaba de los edificios atacados giraba ahora alrededor de nuestras cabezas, y a menudo era difícil ver o respirar.

Desesperados, miramos en todas direcciones para ver si había defensores en las cercanías, pero no era así. Multitud de marcianos corrían desenfrenadamente por las calles.

Tres de los invasores pasaron con gran estruendo junto a nuestro edificio, y se internaron en las calles invadidas de humo hacia el Norte. El último, sin embargo, disminuyó la velocidad conforme se acercaba a los restos de su aliado, y se detuvo delante del metal retorcido. Se quedó allí durante un minuto, luego avanzó despacio hacia nosotros.

Un instante después se detuvo justo debajo de nuestro puesto de observación. Amelia y yo miramos hacia abajo temblorosos.

De pronto dije:

—¡Dios mío, Amelia! ¡No mires!

Era demasiado tarde. Ella también había visto el espectáculo increíble que me había llamado la atención. Por unos segundos fue como si toda la confusión de la batalla se hubiera paralizado, mientras mirábamos anonadados la máquina enemiga.

Era evidente que había sido especialmente diseñada y construida para operaciones de este tipo. Como ya he dicho, en la parte posterior estaba montada el arma destructora que proyectaba calor, y colocada justo delante de ella había una versión mucho mayor de la araña metálica que habíamos visto reparando la torre, ahora acurrucada, con su sobrenatural vida mecánica momentáneamente suspendida.

En la parte de adelante del vehículo estaba el lugar donde se ubicaba el conductor de la máquina; esta sección estaba protegida por delante, por detrás, y a cada lado con blindaje de hierro. La parte superior, sin embargo, estaba abierta, y Amelia y yo estábamos mirando directamente hacia allí.

Lo que vimos adentro del vehículo no era un hombre, que eso quede bien claro desde el principio. El hecho de que era orgánico y no una máquina también era evidente, puesto que su piel se erizaba y su cuerpo latía con vida repugnante. Era de un color apagado, entre gris y verde, y la reluciente porción principal de su cuerpo era más o menos esférica, parecía hinchada, y de metro y medio de diámetro. Desde nuestra posición podíamos ver pocos detalles, fuera de un manchón pálido en la parte posterior, que se podría comparar con el orificio de respiración de una ballena. Pero también podíamos ver sus tentáculos... Éstos se encontraban dispuestos en forma grotesca en la porción delantera del cuerpo, retorciéndose y deslizándose de la manera más repugnante. Más tarde comprobaría que estas prolongaciones maléficas sumaban dieciséis, pero en aquellos primeros momentos de horrorizada fascinación parecía que toda la cabina estaba ocupada por estas extremidades abominables que se arrastraban y se entrelazaban.

Aparté los ojos de ese espectáculo y miré a Amelia.

Se había puesto pálida como un cadáver, y sus ojos se estaban entrecerrando. Pasé mi brazo alrededor de sus hombros, y ella se estremeció instintivamente, como si hubiera sido ese monstruo horripilante y no yo quien la había tocado.

—En el nombre del señor —dijo—. ¿Qué es esto?

Yo no respondí pues una profunda sensación de náuseas ahogaba todas mis palabras y pensamientos. Sólo miré hacia abajo otra vez, a ese ser repugnante, y comprobé que en esos pocos segundos, el monstruo había apuntado su cañón de calor hacia el corazón del edificio donde estábamos acurrucados.

Unos instantes después hubo una violenta explosión, y el humo y las llamas nos envolvieron.

III

Aterrorizados, pues con el impacto otra parte del techo se había desplomado detrás de nosotros, nos pusimos de pie tambaleando y nos dirigimos enceguecidos hacia la escalera por la cual habíamos subido. Un humo espeso surgía del centro del edificio, y había un intenso calor.

Amelia se aferró a mi brazo al derrumbarse más partes de la estructura debajo de nosotros, y surgir sobre nuestras cabezas una cortina de fuego y chispas.

Las escaleras eran de la misma piedra que las paredes del edificio, y todavía parecían firmes, aun cuando ráfagas de calor subían por ellas.

Me cubrí la nariz y la boca con el brazo, entrecerré los ojos lo más que pude, y me lancé hacia abajo arrastrando a Amelia detrás de mí. A dos tercios del camino, una parte de la escalera se había derrumbado y tuvimos que ir más despacio, tratando con cuidado de hacer pie en los trozos rotos de las losas que quedaban. Aquí era donde el fuego causaba más daño: no podíamos respirar, no podíamos ver, no podíamos sentir nada más que el ardiente calor del infierno que había más abajo. Por milagro encontramos el resto de los escalones intactos, y nos precipitamos de nuevo hacia la calle... emergimos por fin a la luz, tosiendo y llorando.

Amelia se dejó caer, al mismo tiempo que varios marcianos pasaban corriendo junto a nosotros, dando gritos y alaridos con sus voces agudas y estridentes.

—Tenemos que correr, Amelia —grité por sobre el estruendo y la confusión que nos rodeaban.

Con dificultad se puso de pie tambaleándose. Con una mano sujetando mi brazo y la cartera todavía apretada en la otra, me siguió cuando nos encaminamos en la dirección que habían tomado los marcianos.

Apenas habíamos avanzado unos pocos metros cuando llegamos a la esquina del edificio en llamas.

Amelia gritó, y oprimió mi brazo: el vehículo invasor se había desplazado detrás de nosotros, oculto por el humo. El solo pensar en la repulsiva criatura que lo ocupaba fue suficiente para impulsarnos adelante, y medio corriendo, medio trastabillando, giramos en la esquina... ¡para encontrarnos con otro vehículo que bloqueaba el camino! Parecía cernirse sobre nosotros, a unos cinco o seis metros de altura.

Los marcianos que se nos habían adelantado estaban allí; algunos agachados en el suelo, otros girando frenéticos hacia todos lados

buscando una forma de escapar.

En la parte posterior del horrendo vehículo, la brillante araña, mecánica se levantaba sobre sus patas de metal, con sus brazos largos y articulados, ya extendidos como látigos que se movieran lentamente.

—¡Corre! —le grité a Amelia—. ¡Por el amor de Dios, tenemos que escapar!

Amelia no respondió, pero aflojó la presión de su mano en mi brazo, dejó caer su bolso, y al instante cayó al suelo desvanecida. Me agaché a su lado y traté de reanimarla.

Tan sólo una vez miré hacia arriba, y vi al espantoso arácnido balanceándose entre la multitud de marcianos, con sus patas rechinando y sus tentáculos de metal sacudiéndose violentamente. Muchos de los marcianos habían caído al suelo debajo de la máquina, retorciéndose en agonía.

Me incliné hacia adelante sobre el cuerpo contraído de Amelia, y lo cubrí para protegerlo. Estaba apoyada sobre la espalda, y su rostro miraba hacia arriba sin expresión. Coloqué mi cara junto a la de ella y mi cuerpo a manera de escudo.

Entonces uno de los tentáculos de metal me atacó, se enroscó alrededor de mi cuello, y recibí la más espantosa descarga de energía eléctrica. Mi cuerpo se retorció de dolor ¡y la máquina me arrojó a un lado, lejos de Amelia!

Cuando caía al piso, sentí que el tentáculo se apartaba de mí dejándome una herida abierta en el cuello.

Permanecí boca arriba, con la cabeza caída hacia un lado y las extremidades paralizadas por completo.

La máquina avanzó, aturdiendo e hiriendo con sus brazos. Vi cómo enroscaba uno de éstos alrededor de la cintura de Amelia; la descarga de electricidad la volvió en sí, y pude ver que su rostro se convulsionaba, y de sus labios escapaba un grito horrible y lastimoso.

Vi entonces que el infame aparato había recogido a muchos de los marcianos que aturdiera y los llevaba presos en sus tentáculos relucientes, algunos conscientes y luchando, otros inertes.

La máquina volvía al vehículo madre. Desde mi lugar, alcanzaba a ver la cabina de control, y como último horror para mí, vi la cara de uno de esos seres abominables que habían iniciado esta invasión, mirándonos a través de una abertura en el blindaje. Era un rostro ancho y malvado, desprovisto de todo indicio de bondad. Un par de ojos grandes y pálidos contemplaban sin expresión la carnicería que estaba provocando. Eran ojos que miraban sin pestañear, ojos despiadados.

La araña mecánica había regresado al vehículo, arrastrando sus tentáculos detrás. Los marcianos que había atrapado estaban envueltos en chapas plegadas de metal tubular ensamblado. Amelia estaba entre

ellos, sujeta por tres tentáculos, sin cuidado alguno de modo que su cuerpo estaba dolorosamente torcido. Todavía estaba consciente y me miraba.

Me fue imposible responderle cuando vi que abría la boca, y luego su voz repercutía estridente a través de los pocos metros que nos separaban. Una y otra vez gritó mi nombre.

Permanecí inmóvil, perdiendo sangre por la herida del cuello, y poco después vi que el vehículo invasor se alejaba, desplazándose con su extraño paso a través de los remolinos de humo y la mampostería hecha añicos de la ciudad devastada.

Capítulo 11
UN VIAJE POR LOS CIELOS

I

No sé cuánto tiempo estuve paralizado, aunque debieron ser varias horas. No puedo recordar mucho de esa experiencia, pues se caracterizó por una agonía física y un tormento mental inmensos, unidos a una impotencia tal que el solo pensar por un instante en el probable destino de Amelia bastaba para convertir mi mente en una vorágine de furia y frustración.

Sólo un recuerdo permanece claro y nítido, y se refiere a unos despojos que estaban por casualidad justo delante de mi vista. No lo noté al principio, tan frenético y enceguecido estaba, pero luego pareció inundar toda mi visión. Tendido en medio de la maraña de metal destrozado estaba el cuerpo de uno de esos monstruos destructivos. Había quedado aplastado por la explosión que destrozó el vehículo, y la parte que yo podía ver mostraba una masa desagradable de sangre y contusiones. También me era posible ver dos o tres de sus tentáculos, enrollados sin vida.

A pesar de mi muda sensación de asco y repugnancia, me complacía comprobar que seres tan crueles y poderosos eran también mortales.

Al rato mi cuerpo experimentó las primeras sensaciones que volvían; primero en los dedos de las manos, luego en los pies. Más tarde los brazos y las piernas me empezaron a doler, y comprendí que el control sobre los músculos comenzaba a restablecerse. Probé mover la cabeza, y aunque me produjo mareo descubrí que la podía levantar del piso.

En cuanto pude mover el brazo, me llevé la mano al cuello y verifiqué la seriedad de la herida. Podía sentir un tajo largo y feo, pero la sangre había dejado de salir, y yo sabía que la herida debía ser superficial pues de otro modo habría muerto a los pocos segundos.

Luego de varios intentos logré sentarme, y poco después comprobé que podía ponerme de pie. Dolorido, miré a mi alrededor.

Yo era la única criatura viviente en aquella calle. En el suelo cerca de mí había varios marcianos; no los examiné a todos, pero aquellos a los que me acerqué estaban sin duda muertos. Del otro lado de la calle se encontraban el vehículo destrozado y su espantoso ocupante. Y a pocos metros de donde estaba yo, yacía el bolso de Amelia conmovedoramente abandonado.

Caminé hasta él con el corazón abatido, y lo recogí. Miré en su interior, con la sensación de estar invadiendo su intimidad, pero el bolso contenía las únicas posesiones materiales que teníamos, y era importante saber si todavía estaban allí. Todo parecía intacto y cerré el bolso con rapidez. Había demasiados objetos en su interior que me

recordaban a Amelia.

El cuerpo del monstruo todavía ocupaba mis pensamientos, a pesar de mi temor y repulsión. Casi en contra de mi propia voluntad caminé hasta los despojos, con el bolso de Amelia en mi mano.

Me detuve a un par de metros del horrible cadáver, fascinado por el horrendo espectáculo.

Retrocedí, sin haber descubierto nada nuevo, pero aun así había algo extrañamente familiar con respecto al monstruo que me mantenía a distancia. Desvié mi atención del cadáver al despojo metálico que lo contenía. Había supuesto que se trataba de uno de los vehículos invasores, pero entonces, al mirarlo por segunda vez, recordé el vehículo de vigilancia destrozado con la explosión y me di cuenta de que debía ser éste.

Repentinamente consciente de ello, comprendí el horror oculto detrás de los anónimos seres que conducían los vehículos de la ciudad... y me aparté de los despojos espantado y sorprendido, más asustado que nunca en toda mi vida.

II

Algunos minutos después, cuando caminaba por las calles como un autómata, un vehículo apareció de pronto delante de mí. El conductor debió verme, porque se detuvo de inmediato. Vi que se trataba de uno de los vehículos de transporte, y que de pie en la parte posterior había veinte o treinta marcianos humanos.

Me quedé mirando la cabina de control, tratando de no imaginar el ser que se escondía detrás de la ventana negra ovalada. Una voz áspera se oyó a través de la parrilla.

Permanecí inmóvil, presa del pánico. No sabía qué hacer, no sabía qué se esperaba de mí.

La voz se dejó oír otra vez, y sonó iracunda y perentoria a mis oídos atentos.

Me di cuenta de que varios hombres en la parte posterior del vehículo se inclinaban hacia mí, con sus brazos extendidos. Interpreté que esperaban que me uniera a ellos, y por lo tanto, caminé hacia el vehículo al que, sin más, me ayudaron a subir.

En cuanto mi bolso y yo estuvimos dentro del compartimiento abierto de atrás, el vehículo se puso en marcha.

Mi aspecto ensangrentado me convirtió en el centro de atención en cuanto subí a bordo. Varios marcianos me hablaron directamente, esperando a las claras algún tipo de respuesta. Por un instante me dominó de nuevo el pánico, pues creí que había llegado el momento de revelar de dónde provenía...

Pero entonces se me ocurrió una feliz idea. Abrí la boca, produje un sonido ahogado y señalé la abominable herida de mi cuello. Los marcianos me hablaron de nuevo, pero yo sólo los miré sin expresión y continué produciendo sonidos, en la esperanza de poder convencerlos por este intermedio de que me había quedado mudo.

Durante unos segundos más continuaron prodigándome esa atención que no deseaba, pero luego parecieron perder el interés en mí. Habían encontrado más sobrevivientes, y el vehículo se había detenido. Poco después, otros tres hombres y una mujer subían a bordo con ayuda. Al parecer no habían padecido a manos de los invasores, pues no tenían heridas.

El vehículo inició otra vez la marcha, rondando las calles y dejando escapar de vez en cuando un desagradable bramido a través de la parrilla metálica. Me tranquilizaba estar en la compañía de estos marcianos humanos, pero nunca logré apartar por completo de mi mente la grotesca presencia del monstruo en la cabina de control.

El lento viaje por la ciudad se prolongó unas dos horas más, y poco a poco se recogieron más sobrevivientes. De tanto en tanto,

veíamos otros vehículos ocupados con la misma tarea, por lo que deduje que la invasión había terminado.

Encontré un rincón en la parte de atrás del compartimiento, y me senté, con el bolso de Amelia en los brazos.

Me preguntaba si lo que habíamos visto era después de todo una invasión en gran escala. Ahora que los atacantes se habían retirado, y la ciudad estaba llena de humo y destrozos, parecía más probable que lo que habíamos presenciado fuera más bien una escaramuza o una represalia. Recordé los disparos del cañón de nieve, y me pregunté si aquellos proyectiles habrían estado dirigidos hacia las ciudades del enemigo. De ser así, Amelia y yo habíamos caído en medio de un conflicto con el cual nada teníamos que ver, y del que Amelia por lo menos había sido víctima sin querer.

Hice a un lado tal pensamiento: era insoportable pensar en ella a merced de estos monstruos.

Poco después se me ocurrió otra idea, una que me ocasionó varios pensamientos desagradables. ¿Podría ser, me preguntaba, que yo estuviera equivocado con respecto a la partida del enemigo? ¿Este transporte lo conducía acaso uno de los conquistadores?

Medité sobre esto durante un rato, pero luego recordé el monstruo que había visto. Aquél pertenecía al parecer a esta ciudad, y más aún, los humanos con quienes me encontraba no mostraban los mismos síntomas de terror que yo había visto durante la lucha. ¿Podría ser que *todas* las ciudades de Marte estuvieran gobernadas por estos monstruos infames?

Casi no tuve tiempo para reflexionar, pues el compartimiento pronto estuvo lleno, y el vehículo partió a una velocidad uniforme hacia el límite de la ciudad. Nos depositaron junto a un gran edificio en cuyo interior nos hicieron entrar. Aquí, los esclavos habían preparado una comida, y, como los demás, comí lo que me pusieron delante. Luego nos llevaron a uno de los dormitorios que no habían sufrido daños, y nos distribuyeron según el espacio disponible. Pasé la noche tendido en una hamaca, apretado junto a otros cuatro hombres.

III

Vino entonces un largo período de tiempo (tan penoso para mí que apenas puedo dominarme y relatarlo aquí), durante el cual se me asignó a un equipo de trabajo destinado a reparar las calles y edificios dañados. Había mucho que hacer, y, debido a que la población había disminuido, parecía qué nunca iba a dejar de trabajar en esta forma.

No había jamás ni la menor posibilidad de escape. Los monstruos nos vigilaban continuamente todos los días, y la aparente libertad de la ciudad, que nos había permitido a Amelia y a mí explorarla con tanto detalle, había desaparecido hacía rato. Ahora, solamente una pequeña sección de la ciudad estaba ocupada, y no sólo la patrullaban los vehículos sino que también la vigilaban las torres que no habían sido dañadas en el ataque. Estas últimas, estaban ocupadas por monstruos, quienes al parecer eran capaces de permanecer inmóviles en sus lugares durante horas seguidas.

Una gran cantidad de esclavos habían sido traídos a la ciudad, y se les asignaron los trabajos peores y más pesados. A pesar de ello, gran parte del trabajo que me tocó hacer fue arduo.

Me alegraba en cierta forma que el trabajo fuera apremiante, pues ello me ayudaba a no pensar demasiado en la situación de Amelia. Comencé a desear que hubiera muerto, pues no podía siquiera pensar en las horribles aberraciones a que esas criaturas obscenas la someterían si estaba viva a su merced. Pero al mismo tiempo no podía permitirme, ni por un instante, pensar que había muerto. La necesitaba viva, pues ella era mi *raison d'étre*. Siempre estaba presente en mis pensamientos, por más que me distrajeran los acontecimientos a mi alrededor, y por las noches permanecía despierto, atormentándome con un sentimiento de culpa y reproche. La quería y la necesitaba tanto que apenas pasaba una noche en la que no sollozara en mi hamaca.

No era ningún consuelo que el dolor de los marcianos fuera tan grande como el mío, ni que por fin comenzara yo a comprender las causas de su eterna amargura.

IV

Pronto perdí la cuenta de los días, pero no podrían haber pasado menos de seis meses terrestres antes de que ocurriera un cambio dramático en mi situación. Un día, sin previo aviso, me obligaron a salir de la ciudad junto con otros doce hombres y mujeres. Un vehículo de los monstruos nos seguía.

Al principio pensé que nos llevaban a uno de los complejos industriales, pero poco después de abandonar la cúpula protectora de la ciudad nos dirigimos al Sur, cruzamos el canal por uno de los puentes. Adelante de nosotros vi que se elevaba el tubo del cañón de nieve.

Al parecer no había sufrido daños durante el ataque —o bien lo habían reparado eficientemente— pues junto a la boca había tanta actividad como la que Amelia y yo habíamos visto la primera vez. Al ver esto me desmoralicé, porque no me entusiasmaba la idea de tener que trabajar en la atmósfera enrarecida del exterior; no era el único que respiraba con dificultad mientras caminábamos, pero me parecía que los marcianos nativos debían estar mejor capacitados para trabajar al aire libre. El peso del bolso de Amelia —que llevaba conmigo a todas partes— constituía una carga más.

Caminamos hasta el corazón de la actividad: junto a la boca en sí. Para entonces yo estaba a punto de desplomarme, tan difícil era respirar. Cuando nos detuvimos descubrí que no era el único que sufría, pues todos los demás se sentaron sin fuerzas en el suelo. Yo hice lo mismo, tratando de dominar el furioso latir de mi corazón.

Tan concentrado estaba en mi malestar, que no había prestado atención a lo que sucedía a mí alrededor. Lo único que sabía era que el tubo del cañón estaba a unos veinte metros y que nos habíamos detenido junto a una multitud de esclavos.

Había dos marcianos de ciudad de pie, a un costado, y nos observaban con cierto interés. Cuando me di cuenta, los miré a mi vez y noté que en algunos aspectos se diferenciaban de los otros hombres que había visto aquí. Por lo pronto, parecían tener un porte muy firme, y sus ropas eran diferentes de las que usaban los demás. Eran prendas negras, de corte militar en extremo.

Aparentemente al mirarlos había atraído la atención hacia mí, porque un momento después los dos marcianos se acercaron y me hablaron. Interpreté mi papel de mudo y me quedé mirándolos. Su paciencia resultó escasa: uno de ellos se inclinó hacia mí y me hizo poner de pie. Me empujaron a un lado donde ya había tres esclavos separados. Entonces los dos marcianos se dirigieron hacia los demás esclavos, eligieron una muchacha joven, y la trajeron junto a nosotros.

Me intranquilizaba darme cuenta de que los cuatro esclavos y yo nos habíamos convertido en un centro de atención. Varios marcianos nos miraban, pero se apartaron dejándonos a nuestra suerte cuando los dos hombres de negro se acercaron a nosotros.

Dieron una orden y los esclavos se alejaron obedientemente. Los seguí de inmediato, deseoso aún de no parecer diferente. Nos llevaron hacia lo que a primera vista parecía ser un enorme vehículo. Al acercarnos, sin embargo, vi que se trataba en realidad de dos objetos, unidos por el momento.

Ambas partes eran cilíndricas. La más larga de las dos era en verdad la máquina más extraña que había visto durante mi estadía en Marte. Tenía alrededor de veinte metros de largo, y, aparte de tener la conformación general de un cilindro de unos seis metros de diámetro, no poseía una forma regular. A lo largo de su base había muchos grupos de patas mecánicas, pero en su mayor parte el exterior era liso. En varios lugares de la capa externa había perforaciones, por algunas de las cuales caía agua. En el otro extremo de la máquina había un caño largo y flexible que corría a través del desierto, por lo menos hasta el canal, curvado y enrollado en diversos lugares.

El más pequeño de los dos objetos era más simple para describir, porque su forma era fácil de identificar. Me resultaba tan conocido que mi corazón comenzó a latir enloquecido una vez más: ¡éste era el proyectil que dispararía el cañón!

Era cilíndrico en su mayor parte, pero tenía un extremo curvo y en punta. El parecido con un proyectil de artillería era sorprendente... ¡pero nunca habíamos tenido en la Tierra un proyectil de este tamaño! De un extremo al otro debía tener por lo menos quince metros de largo, con un diámetro de unos seis metros. La superficie exterior estaba bien pulida de modo que resplandecía bajo la brillante luz del sol. La uniformidad de la superficie se interrumpía sólo en un lugar, en el chato extremo posterior del proyectil. Allí había cuatro salientes, y a medida que nos acercamos comprobé que se trataba de cuatro cañones de calor como los que había visto usar a los monstruos. Los cuatro estaban dispuestos en forma simétrica: uno en el centro y los restantes formando un triángulo equilátero a su alrededor.

Los dos marcianos nos llevaron más adelante, hacia una escotilla abierta cerca de la nariz del proyectil. En este punto vacilé pues de pronto se hizo evidente que debíamos entrar. Los esclavos habían vacilado también y los marcianos levantaron sus látigos en forma amenazadora. Antes de que hubiera ningún otro movimiento, tocaron a uno de los esclavos en medio de los hombros. Gritó de dolor y cayó al suelo.

Otros dos esclavos se inclinaron de inmediato para levantar al hombre afectado, y luego, sin mayor dilación, subimos rápidamente

por la rampa de metal hacia el interior del proyectil.

V

De este modo comencé mi viaje por los cielos de Marte.

Había siete seres humanos a bordo de esa nave: Los dos marcianos de negro que la conducían, los cuatro esclavos y yo.

El proyectil en sí estaba dividido en tres partes. Adelante de todo se encontraba el pequeño compartimiento donde se ubicaban los pilotos durante el vuelo. Inmediatamente detrás de éste, y separado por un tabique de metal, había un segundo compartimiento, y era allí donde nos habían conducido a los esclavos y a mí. En la parte de atrás de este compartimiento había una sólida pared de metal que separaba por completo esta parte de la nave de la parte principal. Ere allí donde viajaban los detestables monstruos y sus máquinas mortíferas. Todo esto lo descubrí de un modo que a su tiempo explicaré, pero primero debo describir el compartimiento en el que me encontraba.

Por casualidad había sido el último en entrar a la nave, y por ello era el que estaba más cerca del tabique. Los dos hombres a cargo de la nave gritaban instrucciones a otros hombres que estaban afuera; esto duró varios minutos, y me permitió examinar el lugar donde estábamos.

El interior de nuestro compartimiento estaba casi vacío. Las paredes eran de metal sin pintar, y, debido a la forma de la nave, el piso se curvaba hacia arriba hasta formar el techo. Suspendidos de arriba hacia abajo, si se entiende a qué me refiero, había cinco tubos de lo que parecía ser una tela transparente. Sobre la pared que separaba este compartimiento de la parte principal de la nave había algo que al principio pensé que era un gran armario o una cabina, cerrado por dos puertas. Noté que los esclavos se apartaban de allí, y como no sabía para qué era, yo también me mantuve a distancia.

La parte de adelante era pequeña y un poco apretada, pero lo que más me anonadaba era el despliegue de equipo científico que contenía. Había muy poco que yo pudiera entender, pero había un instrumento cuya función se hizo de inmediato evidente de por sí.

Era un gran panel de vidrio, colocado directamente delante de los pilotos. Estaba iluminado en alguna forma por detrás, de modo que sobre él se proyectaban imágenes, algo así como varias linternas mágicas que funcionaran al mismo tiempo. Estas imágenes mostraban una serie de vistas, las cuales atrajeron mi atención.

La mayor de las pantallas mostraba lo que había inmediatamente delante del proyectil; es decir que cuando la vi por primera vez, la ocupaba por completo la máquina que estaba conectada en ese momento a la nariz del proyectil. Además había imágenes de lo que sucedía a cada costado del proyectil y detrás del mismo. Otra pantalla

mostraba el compartimiento donde me encontraba, y yo podía ver mi propia figura de pie junto al tabique. Me saludé a mí mismo con la mano durante un par de minutos, divertido con la novedad. La última mostraba lo que supuse era el interior de la parte principal de la nave, pero esa imagen estaba oscura y no era posible distinguir detalles.

Menos interesantes que este panel eran los otros instrumentos, de los cuales los más grandes estaban agrupados delante de otros dos tubos transparentes y flexibles que colgaban de arriba hacia abajo en el compartimiento.

Finalmente los hombres que estaban junto a la escotilla terminaron con sus instrucciones, y se retiraron. Uno de ellos hizo girar una rueda, y la puerta de la escotilla fue subiendo despacio hasta que estuvo al ras con el resto del casco. Entonces, nuestra única fuente de luz natural quedó sellada, y se encendieron luces artificiales. Ninguno de los dos hombres nos prestó atención, pero en cambio cruzaron hasta los controles.

Miré a los esclavos que estaban conmigo en el compartimiento. La muchacha y uno de los hombres estaban de cuclillas en el piso, mientras el tercero trataba de tranquilizar al que habían alcanzado con el látigo. Este último se encontraba en pésimas condiciones: estaba temblando, fuera de control, y había perdido el uso de los músculos faciales de modo que sus ojos estaban sin vida, y caía saliva de sus labios. Volví a mirar las imágenes y vi que al encenderse las luces artificiales, sé podía ver la parte principal de la nave. Allí, apretados de manera al parecer intolerable, estaban los monstruos. Conté cinco en total, y cada uno se había instalado ya en una versión más amplia de los tubos de tela transparente que ya había visto. Ver a estos seres repugnantes colgados en esa forma no producía menos horror por el hecho de resultar ligeramente cómico.

Al mirar los demás paneles comprobé que aún había una gran actividad alrededor del proyectil. Al parecer varios cientos de personas afuera, en su mayoría esclavos, estaban ocupados apartando varias piezas de equipo pesado que se encontraban alrededor de la boca del cañón.

Pasaron muchos minutos sin que hubiera movimiento alguno dentro de la nave. Los dos hombres de los controles estaban dedicados a verificar el funcionamiento de sus instrumentos. Entonces, de pronto, todo el proyectil se sacudió, y, al mirar los paneles, vi que nos movíamos despacio hacia atrás. Otra pantalla mostraba lo que sucedía en la parte posterior de la nave: nos estaban llevando lentamente hacia arriba por la rampa, hacia la boca del cañón.

VI

El vehículo con patas articuladas ajustado a la nariz de la nave parecía controlar la operación. Cuando el proyectil en sí era introducido dentro de la boca del cañón, noté dos cosas más o menos al mismo tiempo. La primera fue que la temperatura dentro de la nave descendía de inmediato, como si de algún modo enfriaran artificialmente el metal del tubo, y absorbieran de ese modo el calor del proyectil; la segunda fue que en el panel que enfocaba al frente vi grandes cantidades de agua rociadas desde el vehículo de control. El aro que arrojaba el agua rotaba en torno al cuerpo principal del vehículo, pues los chorros de agua giraban. Hasta aquí pude ver mientras entrábamos en el tubo, pero pocos segundos después habíamos avanzado tanto que el propio vehículo de control entró en el tubo y bloqueó así la luz del sol.

Ahora, si bien había algunos focos eléctricos fijados en las paredes del cañón, se podía ver muy poco en los paneles. Aun así, a través del casco de metal del proyectil, podía oír apenas el sonido sibilante del agua a nuestro alrededor.

La temperatura dentro del proyectil continuó decreciendo. Pronto me pareció que hacía tanto frío como la primera noche que Amelia y yo pasamos en el desierto, y de no haber estado acostumbrado desde hacía rato a este mundo helado y hostil, habría creído que iba a morir congelado. Me empezaron a castañetear los dientes cuando oí un sonido que había aprendido a temer: la voz áspera y ronca de los monstruos, que salía de un enrejado en la cabina de control. Poco después vi que uno de los hombres encargados de la nave tiraba de una palanca, y en seguida una corriente de aire tibio se esparció por el compartimiento.

De modo que continuó nuestro largo trayecto hacia abajo por el tubo del cañón. Luego de los primeros momentos, en que los hombres en la cabina de control trabajaron intensamente, no quedó mucho que hacer para nadie salvo esperar a que la operación hubiera terminado. Yo pasé el rato observando a los monstruos en la bodega: el que estaba más cerca de mí, en la pantalla, parecía mirar directamente hacia mí, con sus fríos ojos sin expresión.

Cuando finalizó la operación no hubo ninguna ceremonia. Simplemente llegamos a lo más profundo del tubo —donde ya habían colocado un sólido trozo de hielo, bloqueando el camino— y esperamos a que el vehículo de control terminara su operación de rociado. Miré el panel que mostraba la parte posterior de la nave, y vi que el proyectil había quedado a pocos centímetros del trozo de hielo.

De aquí en adelante, el resto de la operación se llevó a cabo con

rapidez y sin dificultades. El vehículo de control se separó del proyectil, y salió velozmente del tubo. Sin la carga de la nave el vehículo viajaba mucho más rápido, y a los pocos minutos había dejado libre la boca del cañón.

En la pantalla del frente podía ver todo a lo largo del tubo, hasta un pequeño punto de luz bien en el extremo. El tubo entre nosotros y la luz del día había sido revestido de una gruesa capa de hielo.

VII

Otra vez surgió la voz de los monstruos a través del enrejado, y los cuatro esclavos que estaban conmigo se apuraron a obedecer. Corrieron hacia los tubos flexibles, y ayudaron al herido a llegar al suyo. Vi que, en la cabina de control, los otros dos hombres estaban ubicándose dentro de los tubos que había delante de los controles, y comprendí que yo también debía obedecer.

Miré a mi alrededor y vi que uno de los tubos transparentes estaba situado en tal posición que permitía observar la cabina de control, pero uno de los esclavos ya estaba tratando de ocuparlo. No quería perder la ventaja de poder observar los procedimientos, de modo que tomé al esclavo del hombro y agité los brazos con enojo. Sin vacilar el esclavo se alejó de mí atemorizado, y se acercó a otro tubo.

Recogí el bolso de Amelia y me introduje en el tubo a través de un pliegue de la tela, preguntándome qué me esperaría. Cuando estuve dentro, el tubo me envolvió como una cortina. Me llegaba aire desde arriba y a pesar de la sensación de encierro total, podía soportarlo.

El panorama, que tenía era más limitado, pero aún podía ver tres de las pantallas: las que enfocaban a proa y a popa, y una de las del costado. Esta última, por supuesto, estaba oscura por el momento, pues lo único que mostraba era la pared del tubo.

Repentinamente el proyectil se sacudió, y al mismo tiempo me sentí empujado hacia atrás. Traté de dar un paso para mantener el equilibrio, pero la tela transparente me envolvía por completo. En realidad, comenzaba a comprender parte de la función de este tubo, pues a medida que levantaban la bocal del cañón el tubo me apretaba más y así me sostenía. Cuanto más levantaban el cañón, tanto más me envolvía el tubo, hasta el punto de que cuando la inclinación llegó a su fin, no podía hacer ningún movimiento en absoluto. Estaba tendido ahora con la mayor parte de mi peso sostenida por el tubo, pues, aunque mis pies todavía tocaban el suelo, el cañón había sido levantado hasta casi formar un ángulo de cuarenta y cinco grados.

En cuanto nos detuvimos vi una llamarada de luz en el panel de popa, y hubo una tremenda sacudida. Sentí sobre mí una presión grande y el tubo transparente me apretó todavía más. Aún así la fuerza de la aceleración me comprimía como con una enorme mano.

Después de la primera sacudida no hubo ninguna sensación perceptible de movimiento aparte de la presión, pues el hielo estaba colocado con gran precisión y pulido como un espejo. Miré el panel de popa y sólo vi tinieblas atravesadas por cuatro rayos de luz blanca;

adelante, el punto de luz en la boca del cañón se aproximaba. Al principio apenas se podía distinguir su aparente acercamiento, pero a los pocos segundos se desplazaba hacia nosotros cada vez con mayor velocidad.

Entonces salimos del cañón; de inmediato la presión desapareció, y las tres pantallas que yo podía ver se iluminaron con imágenes brillantes.

En la pantalla que enfocaba hacia atrás pude ver durante algunos segundos el cañón que se alejaba y una nube de vapor que escapaba de su boca; en el panel lateral vislumbré imágenes de tierra y cielo girando en un torbellino; en la pantalla de proa sólo podía ver el azul profundo del cielo.

Creí que por fin podría abandonar la protección del tubo sin peligro, y traté de salir, pero descubrí que todavía me sujetaba con fuerza. Había una terrible sensación de vértigo girando en mi cabeza, como si estuviera cayendo de una gran altura, y por último sentí con toda su fuerza los terrores de un encierro sin salida; estaba en verdad atrapado en este proyectil, imposibilitado para moverme, rodando por el cielo.

Cerré los ojos y respiré hondo. El aire que corría dentro del tubo era fresco, y me tranquilizó saber que no estaba planeado que muriera allí.

Respiré hondo una segunda vez y luego una tercera, tratando de mantener la calma.

Al rato abrí los ojos. Dentro del proyectil nada había cambiado hasta donde yo podía ver. Las imágenes en las tres pantallas eran parejas: cada una mostraba el azul del cielo, pero en la de popa podía ver algunos objetos que flotaban detrás de la nave. Me pregunté durante un instante qué podrían ser, pero luego reconocí los cuatro cañones de calor disparados sobre el hielo dentro del tubo. Como los habían desechado supuse que ya no tenían ninguna otra función.

El hecho de que la nave giraba despacio sobre su eje se hizo evidente algunos segundos más tarde, cuando el panel lateral enfocó el horizonte del planeta, balanceándose hacia arriba, atravesado en la pantalla. Poco después todo el panel se inundó con una vista de la superficie, pera estábamos a tanta altura que resultaba casi imposible distinguir detalles. Estábamos pasando sobre lo que parecía una región seca y montañosa, pero era obvio que en algún momento hubo allí una gran guerra, pues el suelo estaba cubierto de cráteres. Luego la nave volvió a girar, de modo que el cielo ocupó otra vez la imagen.

Por la pantalla de proa me di cuenta de que la nave debía haberse estabilizado, porque se podía ver el horizonte. Supuse que estábamos ahora en vuelo horizontal, aunque la nave continuaba rotando sobre su eje, lo que resultaba evidente por el hecho de que el horizonte

giraba en forma confusa. Los hombres que controlaban la nave debían tener algún medio para corregir esto, porque oí una serie de sonidos sibilantes y poco a poco el horizonte se estabilizó.

Había pensado que una vez en vuelo no me esperarían más sorpresas, de modo que me alarmé mucho algunos minutos después, cuando hubo una fuerte explosión y una brillante luz verde inundó todos los paneles que podía ver. La llamarada duró un instante, pero otra la siguió segundos más tarde. Como había visto esas llamaradas verdes en las horas previas a la invasión, creí al principio que debían estar atacándonos, pero entre cada explosión, la atmósfera dentro de la nave se mantenía en calma. La frecuencia de estas explosiones verdes aumentó hasta que casi llegaron a ser una por segundo, ensordecedoras. Luego cesaron por un rato, y vi que se inclinaba en forma drástica la trayectoria del proyectil. Durante un instante vi en el panel de proa la imagen de una gran ciudad en el terreno debajo de nosotros, entonces hubo otro estallido de fuego verde que continuó ardiendo fuera de la nave, y todo quedó oscurecido por su brillo. En medio de esa luz atronadora y fulminante, sentí que la tela transparente me apretaba... y la última impresión que tuve fue de una casi insoportable desaceleración, seguida por un tremendo impacto.

Capítulo 12
LO QUE VI DENTRO DE LA NAVE

I

Los paneles estaban oscuros, los tubos de tela se habían aflojado, y todo se hallaba en silencio. El piso presentaba una aguda inclinación hacia adelante, de modo que caí de entre los pliegues que me sostenían y fui a dar contra el tabique, casi sin poder creer que una vez más el proyectil estaba en tierra firme. Junto a mí, los cuatro esclavos también cayeron o salieron de sus tubos, y todos nos reunimos sentados en cuclillas, temblando un poco después de los sustos del vuelo.

No permanecimos solos mucho tiempo. Del otro lado del tabique oí voces, y en seguida uno de los hombres apareció; él también parecía afectado, pero estaba de pie y llevaba su látigo en la mano.

Para mi sorpresa y enojo, levantó ese instrumento diabólico y nos gritó imprecaciones con su voz aguda. Como era natural, yo no comprendí, pero el efecto en los esclavos fue inmediato. Uno de los hombres se puso de pie y le gritó a su vez, pero el hombre de negro lo tocó con su látigo y el esclavo cayó al suelo.

De nuevo el piloto nos gritó. Señaló primero al esclavo que había castigado cuando entramos en la nave, luego al hombre que acababa de aturdir, siguió con el tercer esclavo, luego con la muchacha, y por último me señaló a mí. Volvió a gritar, nos señaló a cada uno por turno, y después hizo silencio.

Como para reforzar su autoridad, se oyó la malvada voz de uno de los monstruos que salía por el enrejado, y resonaba en el pequeño compartimiento de metal.

El esclavo que el piloto había señalado primero yacía inerte en el suelo, donde había caído de su tubo protector, y la muchacha y el otro esclavo se inclinaron para levantarlo. Todavía estaba consciente, pero al igual que el otro hombre parecía haber perdido por completo el control sobre sus músculos. Me acerqué para ayudarlos pero no me prestaron atención.

Estaban ocupados con la cabina saliente que yo había notado antes. Las puertas habían permanecido cerradas durante el vuelo, y yo había supuesto que contenía equipo. En el instante en que la muchacha abrió las puertas pude ver que no era así.

Por la inclinación de la nave las puertas quedaron bien abiertas y me fue posible observar lo que había en su interior. El espacio total no era mayor que el de un armario; apenas había lugar para un hombre de pie. Adosadas al mamparo de metal había cinco abrazaderas, semejantes a esposas, pero hechas con una precisión diabólica, que les confería un claro aire de cirugía.

La muchacha y su compañero empujaron con dificultad al otro

esclavo hasta la entrada de la cabina, su cabeza colgando y sus piernas sin vida. No obstante, algo de conciencia debía estar filtrándose en su mente confundida, porque en cuanto comprendió dónde estaban a punto de colocarlo, opuso toda la resistencia que pudo. Sin embargo no era contrincante para los otros dos, y luego de luchar cerca de un minuto, ambos lograron ponerlo de pie dentro de la cabina.

En cuanto la parte principal de su cuerpo hizo contacto, las esposas se cerraron automáticamente. Primero le sujetaron los brazos, luego las piernas, y por último el cuello. Un quejido débil escapó de sus labios, y el hombre movió la cabeza con desesperación tratando de escapar. La muchacha se apresuró a cerrar las puertas y de inmediato los tenues lamentos del desdichado casi dejaron de oírse.

Contemplé a los otros anonadado y en silencio. Ellos miraban el suelo, evitando las miradas. Noté que el piloto seguía junto al tabique, con el látigo listo para ser usado otra vez. Pasaron cinco minutos angustiosos, luego repentinamente se abrieron las puertas de la cabina y el hombre se desplomó atravesado en el suelo.

Como había caído cerca de mis pies me incliné a examinarlo. Estaba inconsciente sin duda, probablemente muerto. Donde las esposas lo habían sujetado había líneas de pequeños orificios, de un par de milímetros de diámetros. De cada uno salía un hilo de sangre, en los brazos, piernas y cuello. No manaba mucha sangre, pues su cuerpo estaba blanco como la nieve; como si le hubieran extraído hasta la última gota.

En el mismo momento en que yo examinaba a este desdichado, los otros dos arrastraban al segundo hombre aturdido hacia la cabina. Su resistencia fue menor, pues hacía menos tiempo que había recibido el choque eléctrico, y a los pocos segundos su cuerpo estaba esposado en su lugar. Cerraron las puertas.

Uno de los aspectos más impresionantes de esto era el hecho de que los esclavos aceptaban su suerte sin protestar. Los dos que quedaban, el hombre y la muchacha, permanecían de pie, pasivos, esperando que vaciaran de sangre al infeliz que estaba en la cabina. No podía creer que se toleraran tales barbaridades, y, sin embargo, tan poderoso era el régimen de los monstruos, que los marcianos de la ciudad llevaban a cabo hasta Una atrocidad como esta.

Aparté la mirada del hombre del látigo, con la esperanza de que perdiera el interés en mí. Cuando pocos minutos después se abrieron las puertas y el hombre de la cabina cayó inerte sobre el piso, seguí el ejemplo de los otros dos y con calma saqué el cuerpo del camino para dejar libre el acceso a la cabina.

El esclavo que quedaba fue hasta allí por su propia voluntad, las esposas se cerraron sujetándolo, y yo me apresuré a cerrar las puertas.

El hombre del látigo nos miró a la muchacha y a mí durante

algunos segundos más, y luego, convencido sin duda de que éramos capaces de continuar solos, volvió inesperadamente a la cabina de control.

Intuí una minúscula oportunidad para escapar, y miré a la muchacha; no parecía interesada y se había sentado de espaldas al tabique. Libre por un momento de actuar y pensar por mi cuenta, miré desesperado todo el compartimiento. Hasta donde podía ver no había ninguna salida salvo la escotilla del otro lado del tabique. Observé el techo y el piso que se curvaban pero no había nada excepto los lugares donde encajaban los tubos flexibles.

Me acerqué despacio al tabique, y desde allí observé a los dos marcianos a cargo de la nave. Estaban de espaldas a mí, ocupados con alguna cuestión de los controles. Miré el mecanismo de rueda que abría y cerraba la escotilla; no podría abrirlo sin que ellos me oyeran.

Detrás de mí las puertas de la cabina se abrieron de golpe, el esclavo se desplomó, y su brazo sin sangre cayó sobre la muchacha. Al oír esto los dos marcianos de los controles se volvieron y yo me escondí. La muchacha me miraba y por un momento me sentí mortificado por la expresión de absoluto terror que se dibujó en su rostro. Luego, sin decir nada, ella se introdujo en la cabina, y quedé solo con los tres cadáveres de los esclavos.

Cerré las puertas de la cabina sin mirar adentro, después fui a un rincón del compartimiento donde no había cuerpos, y vomité violentamente.

II

No podía permanecer en ese compartimiento infernal con sus imágenes y olores de muerte; enceguecido, pasé sobre los cadáveres apilados y me lancé del otro lado del tabique, decidido a terminar con los dos marcianos humanos que eran los instrumentos de esta atormentadora matanza.

Nunca en toda mi vida me había dominado una sensación de furia y náusea tan ciega y destructora. Llevado por el odio, me arrojé a través de la cabina de control y con mi brazo le propiné un fuerte golpe en la nuca al marciano que estaba más cerca. Cayó de inmediato y su frente golpeó contra un borde dentado de los instrumentos.

Su látigo eléctrico rodó al suelo junto a él, y yo lo tomé.

El otro marciano ya estaba sentado en el piso, y en los dos o tres segundos que había durado mi primer ataque sólo tuvo tiempo de volver su rostro hacia mí. Sacudí el látigo con crueldad, alcancé al marciano en medio de la clavícula, de inmediato hizo un gesto brusco y cayó de costado. Fría y deliberadamente me incliné sobre él, y apreté el extremo del látigo contra su sien. Se sacudió como con espasmos durante unos segundos, luego quedó inmóvil. Volví mi atención al otro marciano, que yacía ahora semiconsciente en el suelo, perdiendo sangre por la herida de la cabeza. A él también le apliqué el látigo, luego por fin arrojé a un lado la terrible arma y me alejé. Me sentí mareado y poco después me desmayé. Lo último que recuerdo es el sonido que hizo el cuerpo de la esclava al caer en el compartimiento detrás de mí.

Capítulo 13
UNA BATALLA DE TITANES

I

De mi desmayo, debo haber pasado naturalmente, al sueño, porque no recuerdo las horas que siguieron.

Cuando por fin desperté, estaba tranquilo, y durante algunos minutos no recordé los horribles sucesos que había presenciado. No obstante, tan pronto como me incorporé me vi frente a los cuerpos de los dos marcianos de la ciudad, y todo volvió a mi memoria con vividos detalles.

Consulté mi reloj. Lo había mantenido con cuerda, porque había descubierto que la duración del día marciano era casi la misma que la del día terrestre y, aunque en Marte no era necesario conocer la hora exacta, era un elemento útil para llevar cuenta del tiempo transcurrido. Vi así que había estado a bordo del proyectil más de doce horas. Cada minuto que permanecía dentro de sus confines me recordaba lo que había visto y hecho, de modo que me encaminé directamente a la escotilla y traté de abrirla. Había visto cómo la cerraban, de modo que supuse que si realizaba los movimientos en orden inverso bastaría para abrirla. No fue así; después de moverse unos centímetros, el mecanismo se trabó. Perdí varios minutos tratando de lograr mi propósito, antes de abandonar mis esfuerzos.

Miré la cabina a mí alrededor, pensando por primera vez que muy bien podría encontrarme atrapado aquí. Era una idea aterradora y el pánico comenzó a invadirme; caminé angustiado de un lado para otro.

Por fin, se impuso el buen sentido y me dediqué a realizar un examen minucioso y sistemático de la cabina.

En primer término, examiné los controles, esperando encontrar allí alguna forma de poner en funcionamiento los paneles indicadores, para poder ver dónde había descendido la nave. Como no tuve éxito (el impacto del descenso parecía haber roto los mecanismos), volví mi atención a los controles de vuelo propiamente dichos.

Aunque a primera vista parecía haber una asombrosa confusión de palancas y ruedas, pronto noté que había ciertos instrumentos instalados dentro de los tubos de presión transparentes. Fue en estos tubos que los marcianos habían cumplido el vuelo, de modo que era lógico pensar que habrían debido poder controlar la trayectoria desde su interior.

Separé el material con la mano (ahora que el vuelo había terminado estaba muy fláccido), e inspeccioné esos instrumentos.

Estaban sólidamente construidos —presumiblemente para soportar las distintas presiones de lanzamiento y del impacto final— y su diseño era simple. Sobre el piso se había levantado una especie de estrado, donde se habían instalado dichos instrumentos. Aunque había

ciertos cuadrantes con agujas, cuya función ni siquiera me imaginaba, los dos controles principales eran palancas de metal. Una de ellas tenía notable semejanza con la palanca de la Máquina del Tiempo de Sir William: estaba montada sobre pivotes y podía ser movida hacia proa o hacia popa, o a derecha o izquierda. La empuñé, para probar, y la moví alejándola de mí. De inmediato hubo un ruido en otro sector del casco y la nave vibró ligeramente.

La otra palanca estaba coronada por una pieza de una sustancia verde brillante. Ésta tenía un solo movimiento aparente —hacia abajo —, y tan pronto como apoyé la mano sobre ella hubo una tremenda explosión fuera del casco y fui despedido de mi lugar por un movimiento repentino y brusco de toda la nave.

Cuando me puse de pie nuevamente, comprendí que había descubierto el dispositivo que lanzaba los destellos verdes que habían controlado nuestro aterrizaje.

Al comprender, por fin, que el proyectil todavía funcionaba, aunque momentáneamente estaba detenido, decidí que sería mejor que me concentrara en huir.

Volví a la escotilla y renové mis esfuerzos por hacer girar la rueda. Con gran sorpresa, vi que el mecanismo estaba más libre y que la escotilla se había movido unos centímetros más, antes de atascarse otra vez. Al moverse, penetró por la abetura una cantidad de grava y polvo seco. Esto me dejó perplejo, hasta que comprendí que, coma consecuencia del impacto del descenso, gran parte de la nave, y ciertamente la proa, se habría hundido en el suelo.

Reflexioné sobre este hecho con cierto detenimiento, y luego cerré la escotilla. Volví a los controles y entonces, afirmándome, oprimí la palanca que tenía el extremo verde.

Segundos más tarde, algo ensordecido y caminando con cierta inestabilidad, volví a la escotilla. Todavía estaba atascada, pero tenía más juego que antes.

Tuve qué realizar cuatro intentos más antes de que la escotilla se abriera lo suficiente como para que cayera un pequeño alud de polvo y piedras, y se viera, por la abertura, la luz del día. Me demoré sólo lo suficiente para recoger el bolso de Amelia, y luego me deslicé por la abertura, hacia la libertad.

II

Después de una larga ascensión por tierra suelta, utilizando como apoyo la masa sólida del casco, alcancé la parte superior de esa pared de tierra.

Vi que el proyectil, al aterrizar, había formado un vasto foso en el cual descansaba ahora. Había lanzado por todas partes grandes montones de tierra, y se veían jirones de humo verde y acre, presumiblemente producido como resultado de mis esfuerzos por abrir la escotilla. No tenía forma de saber hasta qué profundidad se había hundido el proyectil al hacer impacto, aunque me imaginaba que yo lo había desplazado de su posición original al huir de él.

Caminé hasta el extremo posterior del proyectil, que sobresalía del terreno y se elevaba sobre suelo virgen. Los monstruos habían abierto la gran escotilla que formaba la pared posterior del proyectil, y la bodega principal —que ahora vi que ocupaba la mayor parte del volumen de la nave— estaba vacía, tanto de seres como de sus máquinas. El borde inferior de la abertura estaba a sólo cincuenta centímetros del suelo, de modo que era fácil entrar a la bodega. Y eso hice.

Era cosa de un momento recorrer la cavernosa bodega y examinar las evidencias de la presencia de los monstruos; sin embargo, pasó casi una hora antes de que saliera de la nave. Encontré que mi cálculo anterior había sido exacto: en la bodega había espacio para cinco monstruos. También había habido a bordo varios vehículos, porque vi muchos mamparos y abrazaderas fijos en el casco de metal, donde se los había asegurado.

En lo más profundo de la bodega, contra la pared que la separaba de la sección de proa, encontré un gran pabellón, cuya forma y volumen indicaban, sin lugar a dudas, que estaba destinado a los monstruos. Con cierto titubeo espié en su interior... y retrocedí al momento.

Allí estaba el mecanismo que hacía funcionar la cabina de sangría del compartimiento de los esclavos, porque vi una cantidad de lancetas y pipetas, unidas por tubos transparentes a un gran depósito de vidrio que todavía contenía gran cantidad de sangre.

¡Era con este dispositivo que estos vampiros mataban a los humanos!

Me dirigí hacia el extremo abierto dé la bodega y vacié mis pulmones de ese hedor. Estaba totalmente anonadado por lo que había encontrado, y todo mi cuerpo temblaba de asco.

Poco más tarde volví al interior de la nave. Pasé a examinar los diversos elementos que los monstruos habían dejado tras de sí, y al

hacerlo hice un descubrimiento según el cual las complejas maniobras que había realizado para escapar parecían innecesarias. Encontré que el casco del proyectil tenía, en realidad, una doble pared, y que por ella se extendía, desde la bodega principal, una red de pasajes angostos que recorrían la mayor parte de la longitud de la nave. Trepando por ellos llegué finalmente a la cabina de control, a través de una puerta trampa instalada en el piso.

Los cuerpos de los dos marcianos humanos eran suficiente recuerdo de lo que había visto a bordo del proyectil, de modo que sin más demora volví a la bodega principal por los pasajes del casco. Estaba por saltar al suelo del desierto cuando se me ocurrió que en este mundo peligroso bien podía ir armado, de modo que revisé la bodega para ver si encontraba algo que pudiera servir de arma. No había mucho que elegir, ya que los monstruos se habían llevado consigo todos los elementos transportables... pero luego recordé las lancetas del pabellón de sangría.

Llené mis pulmones con aire fresco y luego me apresuré a llegar hasta el pabellón. Allí encontré que las lancetas estaban sujetas mediante una sencilla vaina, de modo que elegí una de poco más de veinte centímetros de largo. La destornillé, la limpié en la tela de uno de los tubos de presión y la coloqué en el bolso de Amelia. Luego, por fin, me apresuré a salir de la nave y me lancé al desierto.

III

Miré a mí alrededor, preguntándome hacia dónde debería encaminarme para hallar refugio. Sabía que estaba cerca de otra ciudad, porque la había visto en el panel en el momento de descender, pero no sabía dónde se encontraba.

Miré primeramente hacia el sol, y vi que estaba cerca del cenit. Al principio eso me confundió, porque el proyectil había sido lanzado ese día a mediodía y yo había dormido sólo unas horas, pero luego comprendí la distancia que debía haber recorrido la nave. La habían lanzado en dirección al Oeste, ¡de modo que ahora debía encontrarme al otro lado del planeta, y en el mismo día!

No obstante, lo importante era que todavía faltaban varias horas hasta que cayera la noche.

Me alejé del proyectil hacia una saliente de roca situada a unos quinientos metros de distancia. Era el lugar más elevado que pude ver, y pensé que desde ese pico podría observar toda la región.

No me ocupaba de lo que me rodeaba: mantenía los ojos fijos en el terreno que se extendía delante de mí. No me sentía exaltado por mi huida, y en realidad estaba muy triste; era una emoción familiar, porque había vivido con ese sentimiento desde el día que me habían arrebatado a Amelia en la Ciudad Desolación. No había nada que me la hubiera hecho recordar. Sencillamente, ahora que no tenía una preocupación inmediata, mis pensamientos volvían inevitablemente hacia ella.

Fue así que estaba a mitad de camino hacia las rocas cuando noté lo que sucedía a mi alrededor.

Vi que habían aterrizado muchos proyectiles más. Ante mi vista había una docena de ellos, y a un lado pude ver tres vehículos de superficie, con patas, agrupados. De los monstruos mismos, o de los humanos que los habían traído hasta aquí, no había rastro alguno, aunque sabía que la mayor parte de los monstruos probablemente se encontraba ya sentada en el interior de las cubiertas blindadas de sus vehículos.

Mi presencia solitaria no atrajo la atención de nadie mientras yo cruzaba trabajosamente la arena rojiza. A los monstruos les interesaban muy poco las actividades de los humanos, y a mí no me interesaba nada la de ellos. Mi única esperanza era localizar la ciudad, de modo que continué mi camino hacia las rocas.

Allí me detuve por un momento, observando a mi alrededor. La superficie de las rocas era quebradiza, y al apoyar todo mi peso en una saliente que estaba a poca altura se desprendieron diminutas partículas de roca aluvial.

Escalé con cuidado, compensando mi peso con el bolso de Amelia.

Cuando estaba a unos siete metros sobre el nivel del suelo del desierto, llegué a un ancho escalón en las rocas, y allí descansé unos segundos.

Observé el desierto, y vi los enormes cráteres abiertos por los proyectiles al aterrizar y los extremos chatos y abiertos de los proyectiles en sí. Miré en todas direcciones hasta donde alcanzaba la vista, pero no se veía señal de la ciudad. Recogí nuevamente el bolso y continué escalando hacia la cima, rodeando las rocas.

El afloramiento rocoso era más grande de lo que había supuesto en el primer momento, y me tomó varios minutos llegar hasta el otro lado. Allí las rocas estaban más desprendidas y mi posición era muy precaria.

Llegué a una gran protuberancia rocosa, tanteando mi camino a lo largo de una angosta saliente. Al pasar ese obstáculo me detuve estupefacto.

¡Directamente delante de mí —y, por coincidencia, obstaculizando mi visión del desierto— estaba la plataforma de una de las torres de vigilancia!

Me sorprendió tanto verla aquí, que no tuve ninguna sensación de peligro. La estructura estaba quieta; la ventanilla oval y negra estaba en el lado opuesto al que yo veía, de modo que aunque hubiera un monstruo en el interior, mi presencia pasaría inadvertida.

Miré hacia la superficie de la roca, en la dirección en la cual había estado escalando, y vi que había allí una profunda hendidura. Me incliné hacia adelante, sosteniéndome con una mano, y miré hacia abajo; estaba ahora a unos quince metros sobre el nivel del desierto, y allí la roca estaba cortada a plomo. La única forma de bajar era desandando el camino por el que había subido. Titubeé, sin saber qué hacer.

Estaba seguro de que había un monstruo dentro de la plataforma de la torre, pero no podía decir por qué razón permanecía allí, a cubierto de las rocas. Recordé las torres de la ciudad: en épocas normales parecía que se las dejaba que trabajaran mecánicamente. Me preguntaba si ésta era una de ellas. Evidentemente, el hecho de que esta plataforma estuviera inmóvil reforzaba mi idea de que la plataforma estaba desocupada. Además, su misma presencia me impedía lograr el objetivo de mi ascensión. Necesitaba localizar la ciudad y, desde donde me veía obligado a permanecer debido a la configuración de las rocas, la torre obstaculizaba mi visión.

Mirando otra vez la plataforma de la torre, me preguntaba si podría aprovecharla para mis fines.

Nunca había estado antes tan cerca de una de ellas como en este momento, y los detalles de su construcción me resultaron de sumo

interés. Alrededor de la base de la plataforma en sí había una saliente de unos sesenta centímetros de ancho; allí podía pararse cómodamente una persona, y realmente estaría más segura de lo que estaba yo en mi posición actual en las rocas. Por encima de esta saliente se encontraba el cuerpo de la plataforma en sí: un cilindro ancho y bajo, con techo inclinado, de unos dos metros de alto en la parte posterior y de alrededor de tres metros en el frente. El techo propiamente dicho era algo abovedado, y alrededor de una parte de su circunferencia había una barandilla a un metro de altura, aproximadamente. En la pared posterior había tres peldaños de metal, que aparentemente facilitaban la entrada a la plataforma propiamente dicha y la salida de ella, puesto que en un lugar del techo, directamente encima de ellos había una gran escotilla, que en ese momento estaba cerrada.

Sin perder más tiempo, me tomé de los peldaños y me alcé hasta colocarme sobre el techo, con el bolso de Amelia colgando delante de mí. Me puse de pie y avancé decididamente hacia la barandilla, asiéndome de ella con la mano que me quedaba libre. Ahora, por fin, tenía una visión completa del desierto.

Lo que vi es algo que ningún hombre había tenido ante sus ojos hasta ese momento.

Ya he descrito lo llana y desértica que es una gran parte del suelo marciano; que hay también regiones montañosas lo había comprobado al verlo desde el proyectil en vuelo. Lo que hasta ese momento no había observado era que, en algunas partes del desierto, se alzaban en la planicie, montañas aisladas, de una altura y ancho tal que no tenían paralelo en la Tierra.

Una de ellas se elevaba delante de mí.

Ahora, por temor de que mis palabras los induzcan a error, debo modificar de inmediato mi descripción, porque mi primera impresión de esta montaña fue que su magnitud era bastante insignificante. En realidad, lo que primero atrajo mi atención fue la ciudad que había estado buscando, que estaba situada a unos ocho kilómetros de donde me encontraba. La vi a través de la atmósfera marciana, límpida como el cristal, y aprecié que estaba construida en una escala que superaba en mucho la de la Ciudad Desolación.

Sólo después de haber determinado la dirección en que debía viajar y la distancia que tendría que recorrer para llegar hasta ella, miré a lo lejos, más allá de la ciudad, hacia las montañas contra cuyas laderas inferiores estaba construida.

A primera vista, esta montaña parecía ser el comienzo de una meseta redondeada; no obstante, en lugar de tener la superficie superior bien definida, las cumbres tenían contornos vagos y confusos. Al irse adaptando mis sentidos, comprendí que esta falta de definición

se debía a que yo miraba a lo largo de la superficie misma de la ladera de la montaña. ¡Tan grande era esta última, en realidad, que la mayor parte de ella se encontraba más allá del horizonte, de modo que su altura competía con la curvatura del planeta! En la lejanía, podía distinguir apenas lo que debía haber sido la cumbre de la montaña: blanca y cónica, con jirones de vapor que salían del cráter volcánico.

La cumbre parecía tener sólo unos pocos miles de metros de altura; teniendo en cuenta el hecho de la curvatura del planeta, ¡me atrevería a decir que un cálculo más exacto de la altura total sería de *quince mil o veinte mil metros* sobre el nivel del terreno! Una escala física de ese tipo estaba casi más allá de la capacidad de comprensión de una persona de la Tierra, y pasaron varios minutos antes de que me resignara a aceptar lo que veía.

Me estaba preparando para volver a las rocas e iniciar el descenso hasta el suelo, cuando noté un movimiento a cierta distancia, a mi izquierda.

Vi que se trataba de uno de los vehículos con patas, que se movía lentamente por el desierto en dirección a la ciudad. No estaba solo; en realidad, había varias docenas de esos vehículos, aparentemente traídos por la gran cantidad de proyectiles que yacían diseminados por el desierto.

Lo que es más, había veintenas de torres de vigilancia, algunas cerca de los vehículos, otras a cubierto, como la torre en que yo estaba encaramado, junto a uno u otro afloramiento de rocas, de los cuales había varios entre el punto donde yo me encontraba y la ciudad.

Hacía tiempo que había comprendido que el vuelo en el cual había participado era una misión militar, como represalia por la invasión a la Ciudad Desolación. También había supuesto que el blanco habría de ser un enemigo pequeño, porque había visto el poderío de esos invasores y no pensé que alguien buscaría tomar venganza contra ellos. Pero no fue así. La ciudad contra la cual se alineaban los vehículos era inmensa, y cuando la observé apenas pude determinar cuál era la magnitud de sus defensas. Por ejemplo, los límites exteriores de la ciudad parecían un bosque de torres de vigilancia que rodeaban el perímetro con tanta densidad en algunos lugares que parecía que formaban una empalizada. Además, el terreno estaba infestado de vehículos de combate, que pude ver en formaciones ordenadas, como negros soldados metálicos en un desfile.

Contra esto se enfrentaba la lastimosa fuerza atacante en cuyo bando me encontraba por accidente. Conté sesenta vehículos de superficie, y alrededor de cincuenta torres de vigilancia.

Tan fascinado estaba por el espectáculo de una inminente batalla, que por un momento olvidé dónde estaba parado. En verdad, especulaba acerca del papel que desempeñarían las torres de

vigilancia, ¡sin pensar que si no me apartaba de allí, con seguridad pronto lo iba a averiguar! Mi opinión era que los vehículos con patas avanzarían para atacar la ciudad, mientras que las torres de vigilancia se quedarían para defender los proyectiles.

Al principio pareció ser así. Los vehículos avanzaron lentamente, pero sin pausa, hacia la ciudad y las torres de vigilancia, que no estaban a cubierto de las rocas, comenzaron a elevar sus plataformas hasta la altura máxima de veinte metros que permitían sus patas.

Decidí que era el momento de abandonar mi observatorio, y me volví para mirar las rocas, todavía asido a la barandilla.

En ese momento sucedió algo que jamás podía haber previsto. Oí un ligero ruido a mi derecha, y miré a mi alrededor sorprendido. Por allí, emergiendo por detrás de la pared vertical de las rocas, avanzaba hacia nosotros una torre de vigilancia.

Caminaba: ¡los tres ejes metálicos que formaban las patas de la torre se movían extrañamente debajo de la plataforma, dando largos pasos!

La torre en que me encontraba se puso en marcha repentinamente, y nos inclinamos hacia adelante. Por todas partes, a mi alrededor, las otras torres de vigilancia levantaron sus patas del terreno pedregoso y avanzaron con grandes pasos detrás de los vehículos de superficie.

Era demasiado tarde para saltar a lugar seguro en las rocas: ya estaba a casi siete metros de ellas. ¡Me así de la barandilla con todas mis fuerzas, porque la torre de vigilancia me llevaba a grandes pasos hacia la batalla!

IV

No servía de nada recriminarme a mí mismo por mi falta de previsión, esa máquina increíble se movía ya a una velocidad de alrededor de treinta kilómetros por hora, y continuaba acelerando. El aire atronaba en mis oídos y mi cabello flameaba en el viento. Los ojos me lloraban.

La torre de vigilancia que había estado junto a la mía en las rocas marchaba a pocos metros delante de nosotros, pero nos manteníamos a su misma velocidad. Debido a ello, pude ver la forma en que ese artefacto daba sus pasos tan desgarbados. Vi que no era nada menos que una versión más grande de las tres patas que propulsaban a los vehículos de superficie, pero en este caso el efecto era sorprendente por lo extraño del movimiento. Al avanzar a gran velocidad no había nunca más de dos patas en contacto con el suelo en cualquier momento dado, y ello sólo durante un fugaz instante. El peso se transfería continuamente de una pata a la siguiente, mientras las dos restantes se levantaban y avanzaban. A ese efecto, la plataforma que estaba en la parte superior se inclinaba ligeramente hacia la derecha, pero la suavidad misma del movimiento indicaba que había algún tipo de mecanismo de transmisión debajo de la plataforma que absorbía las irregularidades pequeñas del suelo. Me sentía muy poco seguro de mi precaria posición, pero por el momento la firmeza con que me asía de la barandilla era suficiente para asegurarme.

En la excitación del momento, me maldije por no haberme dado cuenta de que estas torres en sí debían ser móviles. Era verdad que no había visto nunca una en movimiento, pero tampoco ninguna de mis especulaciones acerca del uso que se les daba había tenido sentido en absoluto.

Todavía continuábamos acelerando, moviéndonos en una amplia formación hacia la ciudad enemiga.

A la vanguardia marchaba una línea de vehículos. A ambos flancos había cuatro torres. Detrás de ellos, extendidos en una segunda línea de casi un kilómetro de largo, había otros diez vehículos de superficie. El resto, incluida la torre donde yo me encontraba aferrado con desesperación, seguía detrás, en formación abierta. Nos movíamos ya a una velocidad tal que las patas lanzaban una nube de arena y polvo que me golpeaba la cara. Mi máquina continuaba corriendo con una marcha suave, y su motor zumbaba dando una sensación de gran poder.

En menos de un minuto, aproximadamente, marchábamos a la velocidad máxima que podría alcanzarse con un tren a vapor, y a partir de ese momento la velocidad se mantuvo constante. Ya no se

trataba de huir de esta espantosa situación; todo lo que podía hacer era mantenerme de pie y tratar de no ser despedido.

¡Mi caída casi se vio anticipada cuando, sin previo aviso, se abrió entre mis pies una plancha de metal! Con gran esfuerzo me aparté hacia un lado, dando gracias por el hecho de que el movimiento de la máquina fuera constante, y observé con incredulidad que por la abertura aparecía un inmenso artefacto de metal, montado sobre tubos telescópicos. Cuando pasó a pocos centímetros de mi cara, vi con horror que el objeto montado sobre el dispositivo telescópico era el tubo de un cañón de calor. Continuó elevándose hasta que sobresalió dos metros y medio, o más, por encima del techo de la torre.

Delante de nosotros, vi que las otras torres también habían asomado sus cañones, ¡y nos lanzamos directamente hacia adelante por el desierto, en esta extraordinaria carga de caballería!

La arena lanzada por los vehículos que nos precedían casi me enceguecía, de modo que durante uno o dos minutos no pude ver más que las dos torres que avanzaban velozmente delante de la mía. Los vehículos de vanguardia debían haber girado a la derecha y a la izquierda en forma repentina, porque sin previo aviso la nube de polvo se abrió y pude ver directamente hacia adelante.

¡Como resultado del cambio de dirección de los vehículos de vanguardia, nos vimos lanzados a la primera línea de combate!

Delante de mí podía ver las máquinas de la ciudad atacada, que cruzaban el desierto para enfrentarnos. ¡Y qué máquinas eran! Había pocos vehículos de superficie, pero los defensores avanzaban confiados hacia nosotros, en sus torres. Apenas podía creer lo que veía. Estas máquinas de guerra empequeñecían sobradamente las que estaban de mi lado, elevándose como mínimo a treinta metros de altura.

Las más cercanas estaban ahora a cerca de medio kilómetro de distancia y se aproximaban a cada segundo.

Observé atónito a estos titanes avanzar hacia nosotros con tanta facilidad. La construcción que coronaba las tres patas no era una plataforma desnuda, sino una compleja maquinaria de enorme tamaño. Sus paredes estaban abarrotadas de dispositivos con funciones inconcebibles y, donde las torres de vigilancia más pequeñas tenían la ventana negra ovalada, había una serie de ventanillas multifacéticas que destellaban y relucían a la luz del sol. Brazos colgantes articulados, como los de las arañas mecánicas, se movían amenazadores a medida que las máquinas de guerra avanzaban, y por cada una de las articulaciones de esas increíbles patas brotaban destellos de color verde brillante con cada movimiento que realizaban.

¡Ahora estaban casi sobre nosotros! Una de las torres que corría a la derecha de la mía comenzó a disparar con su cañón de calor, pero

sin éxito. Un instante después, otras torres de mi lado dispararon contra esos defensores gigantescos. Hicieron muchos impactos, como lo demostraban las bolas de fuego que brillaban momentáneamente contra la plataforma superior del enemigo, pero no abatieron ninguna de las máquinas de guerra. Éstas continuaron avanzando hacia nosotros, conteniendo su fuego pero desviándose a un lado y a otro, mientras sus delgadas patas de metal pisaban con gracia y ligereza sobre el suelo rocoso.

Sentí un hormigueo en todo mi cuerpo y un estampido sobre mi cabeza. Miré hacia arriba y vi un extraño fulgor alrededor de la boca del cañón de calor; debía estar disparando contra los defensores. En el momento que me tomó mirar hacia arriba, las máquinas de guerra de los defensores habían pasado nuestras líneas, todavía conteniendo su fuego, y la torre de vigilancia sobre la cual me encontraba giró bruscamente a la derecha.

Se inició entonces una serie de maniobras de ataque y de tácticas evasivas que a la vez que me hicieron temer por mi vida me dejaron estupefacto por la diabólica y genial eficiencia de estas máquinas.

He comparado nuestro ataque a la carrera con una carga de caballería, pero pronto vi que ello había sido simplemente el preámbulo de la batalla propiamente dicha. Las patas en trípode hacían mucho más que facilitar el rápido movimiento hacia adelante: en el combate a corta distancia, permitían una facilidad de maniobra tal como jamás había visto hasta entonces.

Mi torre, como todas las demás, se encontraba en lo más recio de la lucha. Simultáneamente con sus compañeros, el conductor de mi torre de vigilancia dirigía su máquina hacia un lado y hacia el otro, haciendo girar la plataforma, inclinándola, revoleando las patas de metal, balanceándose, cargando contra el enemigo.

En todo momento, el cañón de calor descargaba su mortífera energía, y en esa confusión de torres que giraban y hacían piruetas, los rayos proyectados atravesaban el aire, daban en el blanco, estallaban en llamas constantemente contra los costados blindados de las plataformas superiores. Ahora los defensores ya no contenían su fuego; las máquinas de guerra bailoteaban en medio de la confusión, disparando sus mortíferos rayos con precisión aterradora.

Era una lucha desigual. No sólo las torres atacantes quedaban empequeñecidas por los treinta metros de altura de las máquinas defensoras, sino que eran inferiores en número. Por cada una de las torres invasoras parecía haber cuatro de las máquinas gigantescas, y ya comenzaban a verse los efectos de los rayos de calor destructivo de estas últimas. Una por una, las torres más pequeñas recibían impactos desde arriba; algunas explotaban con violencia, otras simplemente caían abatidas, haciendo aún más peligroso el terreno quebrado donde

se libraba la batalla. Fue en este momento que temí por mi vida, al comprender que si la fortuna de la batalla continuaba como hasta ahora, era sólo cuestión de segundos antes de que cayera derribado.

Por lo tanto, me sentí muy aliviado cuando la torre donde me encontraba giró de repente y abandonó apresuradamente el centro de la lucha. Durante la confusión, yo no había podido hacer otra cosa que mantenerme sujeto, pero tan pronto como estuvimos fuera de un peligro inmediato descubrí que estaba temblando de miedo.

No tuve tiempo de recuperar mi compostura. En lugar de retirarse por completo, la torre se desplazó a gran velocidad por los sectores más alejados de la batalla y se unió a otras dos que también se habían separado. Sin detenernos, volvimos a la lucha, siguiendo lo que evidentemente era un plan táctico preestablecido.

Marchando como una falange, avanzamos hacia la más cercana de las máquinas defensoras. Nuestros tres cañones hicieron fuego al unísono, concentrando los rayos en la parte superior de la reluciente maquinaria. Casi de inmediato hubo una pequeña explosión y la máquina de guerra giró fuera de control y se estrelló contra el suelo, agitando sus miembros de metal.

¡Tan exaltado estaba yo por esta demostración de una táctica inteligente que me encontré vitoreando estruendosamente!

No obstante, esta batalla no se iba a ganar con la destrucción de una de las máquinas defensoras, y ello lo sabían muy bien los monstruos que manejaban estas torres de vigilancia. Los tres nos lanzamos de nuevo a la lucha, avanzando hacia nuestra segunda víctima elegida.

Una vez más atacamos desde la retaguardia y, al entrar en acción los rayos de calor, la segunda máquina defensora fue eliminada en una forma tan espectacular y eficiente como lo había sido la primera.

Tal suerte no podía durar eternamente. Apenas había caído al suelo la segunda máquina de guerra cuando se presentó ante nosotros una tercera. Esta no tenía su atención concentrada en los disparos ineficaces de los otros atacantes —porque ya quedaban pocos en la lucha— y en el momento en que nos lanzamos hacia ella, el tubo de su cañón de calor estaba dirigido directamente hacia nosotros.

Lo que sucedió entonces fue cosa de segundos, y sin embargo puedo recordar el incidente con todo detalle, como si hubiera tomado minutos. Ya he dicho que cargábamos como una falange de tres; yo estaba encima de la torre situada a la derecha, en la parte exterior del grupo. El rayo de calor de la máquina de guerra dio de lleno contra la torre del centro, qué explotó instantáneamente. Tan tremenda fue la explosión, que sólo el hecho de que la onda expansiva me lanzó contra el afuste telescópico del cañón me salvó de ser despedido al suelo. Mi torre fue dañada por la explosión, lo que se hizo evidente de

inmediato ya que se bamboleaba y tambaleaba en forma enloquecida, y mientras me aferraba al afuste telescópico esperaba ya como cosa inevitable que nos desplomáramos sobre el suelo del desierto.

Sin embargo, la tercera de las torres atacantes no había sufrido daños y avanzaba contra su antagonista, más alto, atacando sin éxito con el rayo de su cañón de calor el blindaje de la máquina defensora. Era un último ataque, desesperado, y la monstruosa criatura que conducía la torre debía haber esperado su aniquilamiento en cualquier momento. Aunque la máquina defensora replicó con su propio cañón de calor, la torre de vigilancia continuó sin detenerse y se lanzó en forma suicida contra las propias patas de la otra. Al chocar, se produjo una descarga masiva de energía eléctrica y ambas máquinas cayeron al suelo, de costado, con sus patas todavía moviéndose como enloquecidas.

Mientras esto sucedía, yo luchaba por mi propia supervivencia, aferrándome a las varillas telescópicas del afuste del cañón, mientras la torre averiada se alejaba bamboleándose de la batalla.

El primer impacto de los daños sufridos había pasado, y el conductor —brillante y maligno— había logrado recobrar cierto control. La carrera desenfrenada de la torre fue dominada y, con un paso algo desparejo, que habría sido suficiente para lanzarme al suelo si no hubiera estado bien aferrado, se alejó lentamente de la lucha.

En menos de un minuto, la batalla —que aún continuaba— había quedado a unos cientos de metros detrás de nosotros, y algo de la tensión que se había apoderado de mí comenzó a disminuir. Sólo entonces me di cuenta de que, salvo por el débil zumbido de los motores y el intermitente estrépito de las máquinas que chocaban, todo el encuentro se había librado en un silencio mortal.

V

No sabía hasta qué punto había sido dañada la torre ambulante en que me encontraba, pero se oía ahora un chirrido cada vez que una de las tres patas soportaba todo el peso. Esta no debía ser la única avería, dado que podía notar que la fuerza motriz estaba fallando. Habíamos abandonado la batalla a gran velocidad, ya que habíamos logrado mucho impulso durante la carga, pero ahora nos movíamos con mucha más lentitud. No tenía una idea precisa de la velocidad, pero el chirrido de la pata averiada se producía a intervalos más prolongados y el zumbido del aire ya no me ensordecía.

La primera carga a través del desierto me había acercado mucho a la ciudad, por lo cual yo me había sentido agradecido, pero ahora nos alejábamos de ella, en dirección a uno de los matorrales de maleza roja.

Mi preocupación inmediata era hallar la forma en que pudiera abandonar mi asidero en la torre. Se me ocurrió que el monstruo que la guiaba bien podría intentar repararla, y que para ello debía salir de la plataforma. Si eso llegara a suceder, yo no tenía ningún deseo de estar cerca en ese momento. No obstante, no tenía ninguna posibilidad de escapar mientras la torre no se detuviera.

Noté cierto peso en mi mano izquierda, y al mirar allí por primera vez desde que la torre se había lanzado a la batalla, encontré que todavía llevaba el bolso de Amelia. Por qué no se me había caído con la emoción de la lucha no lo sabía, pero algún impulso instintivo me había hecho conservarlo. Cambié de posición con cuidado, pasando el bolso a la otra mano. Súbitamente recordé la lanceta que había colocado en él y la saqué, pensando que finalmente podría necesitarla.

La torre se había detenido virtualmente ya, y se movía lentamente por un sector de terreno irrigado donde crecían unos cultivos verdes. A menos de doscientos metros podía ver las matas de maleza roja y, trabajando en la base de ellas, se veían esclavos que hachaban los tallos y dejaban fluir la savia. Eran muchos más que los que había visto en la Ciudad Desolación, y estos desgraciados seres trabajaban en el suelo fangoso a lo largo de la extensión de las matas de maleza roja, hasta donde alcanzaba mi vista. Nuestra llegada no había pasado inadvertida, porque vi que muchos de ellos miraban hacia nosotros, antes de volverse apresuradamente para continuar con su trabajo.

La pata averiada hacía un ruido terrible, rechinando con un ruido metálico cada vez que soportaba el peso, y yo sabía que no podríamos viajar mucho más. Finalmente, la torre se detuvo, con sus tres patas extendidas.

Me incliné sobre el borde del techo de la plataforma, tratando de

ver si sería posible deslizarme por una de las patas hasta el suelo.

Ahora que la emoción de la batalla había pasado, encontré que mis pensamientos eran más pragmáticos. Por un momento, me había sentido entusiasmado por la emoción de la lucha, hasta el punto de admirar la forma osada en que la pequeña fuerza se había lanzado contra los defensores, quienes constituían una fuerza muy superior. Pero en Marte no había ningún sentido de bondad en estos seres; no había lugar para mí en esta guerra entre monstruos, y el hecho de que la casualidad me hubiera colocado en uno de los dos bandos en lucha no debía inducirme a sentir simpatías espúreas. El monstruo que había conducido mi torre a la batalla se había ganado mi respeto por su valor, pero ahora que me encontraba en el techo de la plataforma planeando mi huida, la cobardía y la bestialidad de su naturaleza se me revelaron súbitamente.

Oí otra vez el estallido sobre mi cabeza, y comprendí que el cañón de calor estaba disparando.

Al principio pensé que una de las máquinas de guerra de los defensores nos habría seguido, pero luego vi hacia dónde iba dirigido el rayo. ¡A lo lejos, hacia la derecha, surgían llamas y humo de los matorrales de maleza roja!

Vi que varios esclavos eran alcanzados de lleno por el rayo y que caían, sin vida, al suelo fangoso.

El monstruo no se contentó con esta atrocidad, sino que comenzó a hacer girar el cañón, barriendo con el rayo a lo largo de la masa de malezas.

Estallaban las llamas y se propagaban, como si fuera espontáneamente, a medida que el rayo invisible alcanzaba por igual a la vegetación y a los esclavos. En los lugares en que el maligno calor caía sobre la savia derramada, explotaban en todas direcciones nubes de vapor. Podía ver a los esclavos luchando por escapar, cuando oían los gritos de los alcanzados por el fuego, pero en el suelo fangoso en que tenían que trabajar les resultaba difícil escapar a tiempo. Muchos de ellos se lanzaban de bruces al fango, pero otros morían instantáneamente.

Este acto atroz se prolongó durante no más de dos o tres segundos, hasta que intervine para ponerle fin.

Desde el momento en que comprendí toda la monstruosidad del poder que ejercían estos seres, una parte de mí se había inundado de odio y aborrecimiento hacia los monstruos. No necesitaba analizar si estaba mal o bien: el monstruo de la torre averiada, descargaba su rencor en forma imperdonable sobre los indefensos que se encontraban más abajo, con fría deliberación y tranquila malicia.

Respiré profundamente y luego aparté mi vista de la horrenda escena. Luchando contra la repugnancia que sentía dentro de mí,

extendí la mano para tomar la manija de la puerta de metal que se encontraba en el techo inclinado de la torre. La hice girar en vano; parecía estar trabada.

Miré por encima de mi hombro. El rayo de calor se desplazaba lentamente a lo largo del matorral de malezas rojas, sembrando su espantosa carnicería... pero ahora algunos de los esclavos que estaban más cerca de la vengativa torre me habían visto, porque uno o dos de ellos me hacían gestos desesperados, mientras se debatían en el pantano tratando de evitar el rayo.

La manija no se parecía a ninguna de las que había visto o usado antes en Marte, pero sabía que no podría tratarse de un cierre complicado, porque el monstruo, con sus torpes tentáculos, debía ser capaz de usarla. Entonces, en un arranque de inspiración, la hice girar en sentido contrario, como uno lo haría normalmente en la Tierra para cerrar una tapa.

Instantáneamente la manija giró y la puerta se abrió como accionada por resorte.

Ocupando casi todo el interior de la plataforma estaba el cuerpo del monstruo; como una repugnante vejiga, esa bolsa verde grisácea se hinchaba y latía, brillante y húmeda como si transpirara.

Con la máxima aversión, blandí la lanceta y la clavé directamente en el centro mismo de la espalda. La hoja se hundió, pero cuando la retiré para clavarla por segunda vez vi que no había penetrado la masa esponjosa de la carne del monstruo. La hundí otra vez, pero con tan poco efecto como antes. No obstante, el monstruo había sentido los golpes, aunque no le habían hecho mella. Un chillido detestable salió de la boca semejante a un pico que tenía en la parte delantera, y antes de que pudiera evadirlo uno de los tentáculos se deslizó con rapidez hacia mí y se envolvió alrededor de mi pecho. Tomado por sorpresa, trastabillé en el interior de la plataforma, arrastrado por el tentáculo, ¡y me encontré entre la pared de metal y el asqueroso cuerpo en sí!

El brazo con que blandía el cuchillo estaba libre, de modo que en mi desesperación, acuchillé una y otra vez el tentáculo serpenteante. A mi lado, el monstruo bramaba roncamente, de miedo o de dolor. Por fin, mis cuchilladas comenzaron a hacerse sentir, ya que la presión del tentáculo disminuyó cuando hice brotar sangre. Un segundo tentáculo se deslizó hacia mí, precisamente en el momento en que seccioné el primero, haciendo salir la sangre a borbotones. Cuando el segundo tentáculo se envolvió en el brazo con que empuñaba el cuchillo, el pánico me invadió por un momento, antes de que pasara el arma a la otra mano. Ahora que sabía cuál era el lugar vulnerable del tentáculo, me tomó sólo unos segundos cortarlo. Mis esfuerzos, y la acción de los tentáculos, me habían llevado al borde mismo de la plataforma, ¡de

modo que me encontraba frente a la propia cara del monstruo!

En este momento fue como si todo el interior hirviera de tentáculos, porque diez o doce de ellos se envolvieron alrededor de mí. ¡No puedo expresar el terror que sentía ante ese contacto! Los tentáculos en sí eran débiles, pero el efecto combinado de varios de ellos rozándome y aprisionándome me hacía sentir como si hubiera caído de cabeza en un nido de boas constrictoras. Delante de mí, la boca del monstruo, como un pico, se abría y se cerraba, aullando de dolor o de ira; por un momento ese pico se cerró alrededor de mi pierna, pero no tenía ninguna fuerza, ya que no pudo desgarrar siquiera la tela.

Por encima del pico estaban los ojos: esos ojos grandes, inexpresivos, observando cada uno de mis movimientos.

Ahora me encontraba en dificultades, porque tenía sujetos ambos brazos, y aunque todavía empuñaba el cuchillo no podía usarlo. En cambio, lancé puntapiés a la cara fofa que tenía delante de mí, apuntando a la raíz de los tentáculos, a la boca que chillaba, a esos ojos como platos... a cualquier parte que se pusiera a tiro. Después, por fin, el brazo con que blandía el cuchillo quedó libre y acuchillé sin control cualquier parte del asqueroso cuerpo que tenía a mi alcance.

Este fue el momento culminante de esa sucia lucha, porque a partir de ese instante supe que yo podía vencer. La parte delantera del cuerpo del monstruo era firme al tacto, y por lo tanto vulnerable a la acción del cuchillo. Ahora, cada golpe que daba hacía salir sangre, y pronto la plataforma fue un pandemónium de sangre, tentáculos seccionados y horrendos gritos del monstruo moribundo.

Finalmente hundí la hoja directamente entre los ojos del monstruo y con un último grito desmayado murió.

Los tentáculos se aflojaron y cayeron al piso, la boca se abrió, del interior del cadáver salió una larga sucesión de gases mefíticos y los grandes ojos sin párpados quedaron con la mirada helada y sin vida clavada a través de la oscura ventanilla oval del frente de la plataforma.

Miré un vez más por esta ventanilla y vi borrosamente que el fin de la masacre había sido oportuno. Los matorrales de la maleza roja ya no ardían, aunque en diversos lugares todavía se elevaban columnas de humo y vapor, y los esclavos sobrevivientes se arrastraban fuera del pantano.

VI

Con un estremecimiento, arrojé a un lado el cuchillo ensangrentado y con un esfuerzo conseguí pasar sobre el cuerpo inerte y llegar hasta la puerta. Con cierta dificultad conseguí pasar, porque tenía las manos resbalosas por la sangre y suero del monstruo. Por fin pude izarme nuevamente hasta el techo, respirando aliviado el aire enrarecido, ahora que estaba lejos de los olores fétidos del monstruo. El bolso estaba en el techo, donde lo había dejado.

Lo recogí y, como necesitaba tener mis manos libres, me lo colgué del cuello por medio de una de sus largas manijas.

Durante un momento me quedé mirando hacia abajo, porque hasta donde alcanzaba mi vista, en todas direcciones, los esclavos que habían sobrevivido a la masacre habían abandonado su trabajo y vadeaban por el fango en dirección a la torre. Algunos ya habían llegado a terreno firme y corrían hacia mí, agitando sus brazos largos y delgados y gritando con sus voces agudas y chillonas.

La pata que estaba más cerca de mí me pareció la más recta de las tres, ya que estaba acodada en un solo lugar. Con grandes dificultades me deslicé por la saliente y conseguí sujetarme de la pata metálica con mis rodillas. Después me solté de la plataforma y rodeé con mis manos el áspero metal de la pata. Se había derramado mucha sangre de la plataforma, y aunque se estaba coagulando rápidamente al sol, había vuelto muy resbaladizo el metal. Con gran precaución al principio, y luego con más confianza a medida que me acostumbraba a ello, me deslicé hacia abajo por la pata hasta el suelo, con el bolso colgando ridículamente sobre mi pecho.

Al llegar al suelo y volverme, vi que una gran multitud de esclavos había presenciado mi descenso y que esperaban para saludarme. Me quité el bolso del cuello y avancé hacia ellos. De inmediato retrocedieron nerviosos, y oí sus voces que gorjeaban con expresión de alarma. Al bajar la vista y mirarme a mí mismo, vi que tenía las ropas y la piel empapadas con la sangre del monstruo y que, en los pocos minutos que había estado expuesto a la luz del sol, el calor radiante había secado esa inmundicia y hacía brotar un olor desagradable.

Los esclavos me observaban en silencio.

Entonces vi que una esclava en particular se abría paso entre la multitud hacia mí, apartando a los demás en su apresuramiento. Vi que era más baja que los demás, y de piel más clara. Aunque estaba cubierta del barro de los matorrales de maleza roja, y vestida con andrajos, vi que tenía los ojos azules y brillantes por las lágrimas, y que su cabello caía sobre sus hombros.

¡Amelia, mi adorada Amelia, corrió hacia mí y me abrazó con tal violencia que casi me derribó!

—¡Edward! —exclamó delirante, cubriéndome la cara de besos—. ¡Oh, Edward! ¡Qué valiente fuiste!

Yo estaba tan embargado por la emoción y el entusiasmo que apenas podía hablar. Luego, por fin, pude articular una frase, ahogada por mis lágrimas de alegría.

—Todavía tengo tu bolso —dije.

Fue todo lo que se me ocurrió.

Capítulo 14
EN EL CAMPAMENTO DE ESCLAVOS

I

¡Ahora los dos estábamos a salvo! ¡La vida tenía sentido otra vez! Olvidamos todo y a todos a nuestro alrededor; no prestamos atención al lamentable estado en que nos encontrábamos, ni a los curiosos marcianos que nos rodeaban. Los misterios y peligros de este mundo no tenían importancia, ¡pues estábamos juntos de nuevo!

Permanecimos abrazados durante varios minutos, en silencio. Lloramos un poco, y nos estrechamos con tanta fuerza que creí que no nos separaríamos jamás sino que nos fundiríamos en un solo ser hecho de pura felicidad.

Por supuesto, no podíamos quedarnos así para siempre, y la interrupción ya venía acercándose mientras nos abrazábamos. Pronto no pudimos desoír las voces de advertencia de los esclavos que nos rodeaban, y nos separamos de mala gana, conservando tomadas las manos.

Al mirar hacia la lejana ciudad, vi que una de las enormes máquinas de guerra cruzaba con largos pasos el desierto hacia nosotros.

La mirada de Amelia buscó entre los esclavos.

—¿Edwina? —llamó—. ¿Estás aquí?

Al instante, una jovencita marciana se adelantó. No era más que una niña, de una edad más o menos equivalente a doce años terrestres.

—¿Sí, Amelia? —dijo (o al menos sonó como si dijera eso).

—Di a los demás que vuelvan a trabajar rápido. Nosotros regresaremos al campamento.

La niña se volvió hacia los esclavos, hizo algunas señas complicadas con la cabeza y las manos (acompañadas de varias palabras agudas y sibilantes), y a los pocos segundos la multitud se dispersaba.

—Vamos, Edward —dijo Amelia—. El monstruo que viene en esa máquina querrá saber cómo murió el otro.

Se encaminó hacia un edificio largo y oscuro que estaba cerca del matorral, y yo la seguí. Poco después apareció uno de los marcianos de ciudad y se nos unió. Llevaba un látigo eléctrico.

Amelia notó la expresión de recelo con que lo miré.

—No te preocupes, Edward —dijo—. No nos hará daño.

—¿Estás segura?

Como respuesta Amelia extendió la mano y el marciano le entregó el látigo. Ella lo tomó con cuidado, lo sostuvo para que yo lo viera, y luego se lo devolvió.

—Ya no estamos en la Ciudad Desolación. He establecido un

nuevo orden social para los esclavos.

—Así parece —dije—. ¿Quién es Edwina?

—Una de las criaturas. Tiene una gran capacidad innata para los idiomas —como la mayoría de los marcianos—, de modo que le enseñé la base del inglés.

Yo iba a preguntar más, pero el ritmo enérgico que Amelia imprimía a nuestros pasos en esa atmósfera enrarecida me dejaba sin aliento.

Llegamos hasta el edificio, y junto a la puerta me detuve para mirar hacia atrás. La máquina de guerra se encontraba junto a la torre dañada en la cual yo había viajado, y la estaba examinando.

Había cuatro cortos corredores que llevaban al interior del edificio, y al encontrar allí una atmósfera artificial me sentí aliviado. El marciano nos dejó solos, mientras que yo me eché a toser sin poder controlarme, debido al esfuerzo de la caminata. Cuando me recuperé, abracé a Amelia una vez más, todavía sin poder creer en la buena suerte que nos había reunido. Ella también me abrazó con el mismo entusiasmo, pero un instante después se apartó.

—Querido, los dos estamos sucios. Aquí nos podemos lavar.

—Me gustaría mucho cambiarme de ropa —dije.

—Eso no es posible —dijo Amelia—. Tendrás que lavar tu ropa mientras te higienizas.

Me llevó a una sección del edificio donde había una estructura de caños en alto. Al abrir una canilla, comenzó a caer una lluvia de líquido, que no era agua sino probablemente una solución diluida de savia. Amelia explicó que todos los esclavos utilizaban estos baños después de trabajar, y luego se alejó para higienizarse en privado.

Aunque la corriente de líquido estaba fría, me mojé abundantemente; me quité la ropa y la escurrí para sacarle los últimos vestigios de los líquidos pestilentes que había absorbido.

Cuando consideré que ni yo ni mi ropa quedaríamos más limpios, cerré la canilla y torcí la ropa tratando de secarla. Me puse los pantalones, pero la tela estaba húmeda y pesada y me sentía muy incómodo. Así vestido fui en busca de Amelia.

Había un enrejado grande de metal, asegurado en una de las paredes, poco más allá de la sección donde se tomaban los baños. Amelia estaba de pie frente a dicho enrejado, sosteniendo su andrajosa ropa para que se secara. Volví la espalda de inmediato.

—Trae aquí tu ropa, Edward —dijo.

—Cuando hayas terminado —respondí, tratando de que mi voz no revelara el hecho de que la había visto totalmente desvestida.

Depositó su ropa en el suelo, caminó hasta donde estaba yo, y se detuvo frente a mí.

—Edward, ya no estamos en Inglaterra —dijo—. Contraerás

pulmonía si usas ropa mojada.

—Se secará con el tiempo.

—En este clima te enfermarás de gravedad antes de eso. Sólo toma unos minutos secarla.

Pasó junto a mí hacia la sección de los baños, y regresó con el resto de mi ropa.

—Secaré mis pantalones más tarde.

—Los secarás ahora —replicó.

Me quedé consternado durante un momento, y luego, de mala gana, me quité los pantalones. Los sostuve delante de mí de modo que me siguieran cubriendo, y dejé que la corriente cálida los envolviera. Amelia y yo estábamos un poco separados, y aunque estaba decidido a no mirarla indecorosamente, de por sí la presencia de la joven que significaba tanto para mí, y junto a quien había sufrido tanto, hacía imposible no mirarla algunas veces. Era tan hermosa, y, sin ropa como estaba, tenía un porte de gracia y corrección, que volvía inocente una situación que habría escandalizado a la gente más liberal de la Tierra. Mis inhibiciones se debilitaron, y después de unos minutos no pude contener más mis impulsos.

Dejé caer la prenda que sostenía, me acerqué a Amelia con rapidez, luego la tomé en mis brazos y nos besamos apasionadamente durante unos instantes.

II

Estábamos solos en el edificio. Faltaban todavía dos horas para que se pusiera el sol y los esclavos no regresarían antes de eso. Después que nuestra ropa se secó, y nos la pusimos de nuevo, Amelia me llevó por todo el edificio para mostrarme como vivían los esclavos. Las condiciones eran primitivas: las hamacas eran duras y estaban amontonadas, la comida que había tenían que comerla cruda, y no había ningún lugar donde se pudiera estar en privado.

—¿Y estuviste viviendo así? —pregunté.

—Al principio, sí —dijo—. Pero luego descubrí que soy bastante importante. Ven, que te mostraré dónde duermo.

Me llevó hasta un rincón del dormitorio colectivo. Allí las hamacas estaban dispuestas en la misma forma, o así parecía, pero cuando Amelia tiró de una cuerda que colgaba de una polea colocada más arriba, varias hamacas se levantaban para formar un ingenioso biombo.

—Durante el día dejamos las hamacas abajo, por si envían a algún supervisor nuevo a hacer una inspección, pero cuando deseo un momento de intimidad... ¡tengo un tocador para mí sola!

Me llevó a su sector privado, y otra vez, lejos de miradas extrañas, la besé con pasión. ¡Ahora comprendía lo que había ansiado durante aquel espantoso período de soledad!

—Parece que te encuentras como en tu casa —dije finalmente. Amelia estaba tendida al través en su hamaca, mientras yo me hallaba sentado en un escalón que cruzaba parte del piso.

—Uno tiene que aprovechar al máximo lo que encuentra.

—Amelia —continué—, cuéntame qué sucedió después que te capturó aquella máquina.

—Me trajeron aquí.

—¿Eso es todo? ¡No puede ser tan simple!

—No quisiera pasar por eso otra vez —dijo—. ¿Pero qué cuentas tú? ¿Cómo es que después de todo este tiempo sales de una torre?

—Preferiría oírte a ti primero.

Intercambiamos las novedades de cada uno que ambos ansiábamos tanto. La primera preocupación fue que ninguno de los dos estuviera peor debido a sus aventuras, y ambos nos tranquilizamos con respecto a eso. Amelia habló primero, y describió el viaje por tierra hasta este campamento de esclavos.

Su relato fue breve, y al parecer omitió muchos detalles. Si lo hizo para evitarme aspectos más desagradables, o porque ella misma no quería recordarlos, no lo sé. El viaje había durado muchos días; la mayor parte la habían pasado dentro de vehículos cerrados. No podían

aplicar medidas sanitarias, y les proporcionaban comida una vez al día. Durante la travesía, Amelia había visto, al igual que yo en el proyectil, cómo se alimentaban los monstruos. Por último, en un estado lamentable, ella y los demás sobrevivientes del viaje —unas trescientas personas en total, pues las arañas mecánicas habían trabajado mucho aquel día en la Ciudad Desolación— habían sido traídos hasta este matorral, y bajo la supervisión de los marcianos de la ciudad cercana, los habían puesto a trabajar con la maleza roja.

A esta altura supuse que Amelia había terminado su historia, pues entonces me lancé a hacer un relato detallado de mis propias aventuras. Sentía la necesidad de contarle mucho, y omití pocos detalles. Cuando me tocó describir la cabina para matar que había en el proyectil, no creí necesario depurar el relato, puesto que ella también había visto el mecanismo en funcionamiento. De todos modos cuando yo describía lo que había visto, Amelia empalideció ligeramente.

—Por favor, no te detengas en esa parte —dijo.

—Pero, ¿no la conoces?

—Claro que sí. Pero no es necesario que adornes tu relato con esos detalles. Ese instrumento bárbaro que describes lo usan en todas partes. Hay uno en este edificio.

Esa revelación me tomó por sorpresa, y lamenté haber mencionado el aparato. Amelia me dijo que cada noche seis o más esclavos eran sacrificados en la cabina.

—¡Pero eso es atroz! —dije.

—¿Por qué crees que los oprimidos habitantes de este mundo son tan pocos? —exclamó Amelia—. ¡Es porque los mejores de ellos son despojados de la vida para alimentar a los monstruos!

—No lo mencionaré otra vez —dije, y continué con el resto de mi relato.

Describí cómo había escapado del proyectil, luego la batalla que había presenciado, y por último, cómo había vencido y matado al monstruo de la torre.

Esto pareció complacer a Amelia, de modo que adorné mi narrativa con adjetivos. Esta vez mis detalles auténticos no encontraron objeción alguna, y más aún, cuando yo describía los últimos momentos del monstruo, Amelia aplaudió y se echó a reír.

—Esta noche debes contar tu historia otra vez —dijo—. Le dará entusiasmo a mi gente.

—¿*Tu* gente? —pregunté.

—Querido, debes comprender que no sobrevivo aquí por buena suerte. He descubierto que soy su líder prometido, el que, según las leyendas, se supone que los liberará de la opresión.

III

Poco después nos interrumpieron los esclavos que regresaban de trabajar, y por un momento dejamos nuestros relatos de lado.

A medida que los esclavos entraban al edificio por los dos principales corredores con atmósfera artificial, entraban también los marcianos supervisores, quienes al parecer tenían habitaciones propias dentro del edificio. Varios llevaban látigos eléctricos, pero una vez adentro, los arrojaban despreocupadamente a un lado.

He mencionado antes que la, expresión habitual del marciano refleja una extrema desesperación, y estos pobres esclavos no eran una excepción. Con lo que ahora sabía y después de haber visto la matanza de aquella tarde, mi reacción fue más solidaria que antes.

Con el regreso de los esclavos hubo un período de actividad, durante el cual se lavaron la suciedad que había dejado el trabajo del día, y se sirvió la comida. Hacía bastante tiempo que yo no comía, y aunque cruda la maleza casi no era comestible, comí tanta como me fue posible.

Durante la comida se nos unió la niña que Amelia llamaba Edwina. Me asombraba el aparente dominio que tenía de nuestro idioma, y, lo que es más, me divertía el hecho de que aunque la niña no podía pronunciar algunas de las consonantes más sofisticadas del inglés, Amelia le había transmitido las características de su propia voz educada. (Al reproducir las palabras de Edwina en esta narración no trataré de representar fonéticamente el acento sin par que tenía, sino que las expondré en inglés sencillo; de todos modos, al principio me resultó difícil entender lo que la niña decía.)

Noté que mientras comíamos (aquí no había mesas; todos estábamos en cuclillas sobre el piso) los esclavos se mantenían a cierta distancia de Amelia y de mí. Nos dirigían frecuentes miradas furtivas, y sólo Edwina, que estaba sentada con nosotros, parecía cómoda en nuestra compañía.

—Supongo que ya se habrán acostumbrado a ti, ¿no es cierto? —pregunté a Amelia.

—Eres tú quien los pone nerviosos. Tú también desempeñas un papel legendario.

Entonces Edwina, que había oído y comprendido mi pregunta, dijo:

—Tú eres el hombrecillo pálido.

Al oír esto fruncí el ceño y miré a Amelia para ver si ella comprendía. Edwina continuó:

—Nuestros hombres sabios hablan del hombrecillo pálido que surge de la máquina de guerra.

—Ya veo —dije con una sonrisa cortés.

Un poco después, cuando Edwina no podía oír, dije:

—Si eres el Mesías de esta gente, ¿por qué tienes que trabajar en el matorral?

—Yo no lo elegí. Ahora la mayoría de los supervisores están acostumbrados a mí, pero si vienen nuevos de la ciudad, me podrían individualizar si no estoy con los otros. Además las leyendas dicen que el líder del pueblo será uno de ellos. En otras palabras, un esclavo.

—Creo que debería oír estas leyendas —dije.

—Edwina las recitará para ti.

—Hablas de los supervisores —dije—. ¿Cómo es que nadie parece temerles ahora?

—Porque los he convencido de que todos los humanos tienen un enemigo común. Estoy haciendo algo más que desempeñar un papel, Edward. Estoy convencida de que aquí debe haber una revolución. Los monstruos gobiernan a los humanos porque los dividen: han enfrentado un grupo contra otro. Los esclavos temen a los supervisores porque, al parecer, éstos están respaldados por la autoridad de los monstruos. Los marcianos de la ciudad se avienen a apoyar el régimen porque disfrutan de determinados privilegios. Pero como debes haber notado esto es sólo un recurso de los monstruos. Sangre humana es lo único que necesitan, y el sistema de esclavos es el medio para lograr sus fines. Todo lo que he hecho es convencer a los supervisores —que también conocen las leyendas— de que los monstruos son un enemigo común a todos los humanos.

Mientras nosotros hablábamos, los esclavos retiraban los restos de la comida, pero, de pronto, cesó toda actividad debido a una erupción de sonido; la más horrible y aguda sirena resonó en la habitación.

Amelia se había puesto en extremo pálida, entonces se volvió y pasó a su sector privado. Yo la seguí y la encontré llorando.

—Esa llamada —dije—. ¿Significa lo que yo creo?

—Han venido por su comida —respondió Amelia, y continuó su llanto.

IV

No relataré la espantosa escena que siguió, pero cabe decir que los esclavos habían organizado un sistema de sorteo, y los seis desventurados perdedores se dirigieron a la cabina de la muerte en silencio.

Amelia explicó que no había esperado que los monstruos se presentaran en los campamentos de esclavos esta noche. Había muchos muertos dispersos en el matorral, y había tenido la esperanza de que tomarían de esos cuerpos su comida nocturna.

V

Edwina se acercó a Amelia y a mí.

—Nos gustaría oír las aventuras del hombrecillo pálido —le dijo a Amelia—. Nos haría felices.

—¿Quiere decir que tengo que hablarles? —dije—. No sabría qué decir. Y además, ¿cómo lograrían entenderme?

—Es lo que se espera de ti. Tu llegada fue espectacular, y quieren oír el relato de tus propios labios. Edwina será tu intérprete.

—¿Tú lo has hecho?

Amelia asintió.

—Me enteré de este ritual cuando le enseñaba a Edwina a hablar inglés. Cuando ella dominó suficiente vocabulario, ensayamos un pequeño discurso y a partir de ese día me aceptaron como su líder. No te reconocerán plenamente hasta que no lo hagas tú también.

—¿Pero qué debo decirles? —dijo—. ¿Les has dicho que venimos de la Tierra?

—Creí que no lo comprenderían de modo que no se los dije. Se habla de la Tierra en sus leyendas —la llaman "el mundo cálido"— pero sólo como un cuerpo celeste. Así es que no he revelado mi origen. Ya que estamos, Edward, creo que es hora de que tú y yo admitamos que nunca volveremos a ver la Tierra. No hay forma de regresar. Desde que llegué aquí me resigné a ello. Ahora los dos somos marcianos.

Medité sus palabras en silencio. La idea no era de mi agrado, pero yo comprendía lo que Amelia quería decir. Mientras nos aferráramos a esa falsa, esperanza jamás nos estableceríamos.

Finalmente dije:

—Entonces les relataré cómo viajé en el proyectil, cómo subí a la máquina de guerra, y cómo eliminé al monstruo.

—Edward, creo que como desempeñas un papel legendario deberías emplear un verbo más fuerte que "eliminar".

—¿Me comprendería Edwina?

—Si acompañas tus palabras con las acciones apropiadas.

—¡Pero ya me han visto abandonar la torre todo cubierto de sangre!

—Es el relato de la historia lo que cuenta. Sólo repíteles a ellos lo que me contaste a mí.

Edwina reflejaba la mayor felicidad que yo había visto hasta ahora en un marciano.

—¿Podremos oír las aventuras? —preguntó.

—Eso creo —respondí. Nos pusimos de pie y seguimos a Edwina hasta la parte principal del salón. Habían retirado varias de las

hamacas, y todos los esclavos estaban sentados en el suelo. Cuando nos vieron se pusieron de pie y comenzaron a dar saltos. Era un gesto cómico —y no del todo tranquilizador— pero Amelia me susurró que ésta era su forma de expresar entusiasmo.

Noté que había una media docena de marcianos de ciudad presentes, de pie al fondo del salón. Se veía a las claras que todavía no estaban del todo integrados con los esclavos, pero por lo menos no existía el espíritu de intimidación que habíamos observado en la Ciudad Desolación.

Amelia tranquilizó a la multitud levantando la mano y separando los dedos. Cuando hicieron silencio dijo:

—Pueblo mío. Hoy hemos visto morir a uno de los tiranos a manos de este hombre. Ahora él está aquí para describir sus aventuras con sus propias palabras.

Mientras Amelia hablaba, Edwina traducía simultáneamente con algunas sílabas acompañadas de complicados signos con las manos. Cuando ambas terminaron, los esclavos comenzaron a dar saltos otra vez, mientras emitían un sonido agudo y plañidero. Era muy desconcertante y parecía no tener fin.

Amelia me susurró:

—Levanta la mano.

Empezaba a lamentar el haber estado de acuerdo con esto, pero levanté la mano y, para sorpresa mía, se hizo silencio de inmediato. Observé a esta gente —a estos seres extraños, altos y de piel rojiza, entre los cuales el destino nos había arrojado, y de quienes dependía ahora nuestro futuro— y traté de encontrar palabras para empezar. El silencio continuó, y con cierta timidez describí cómo me habían llevado al proyectil. De inmediato, Edwina acompañó mis palabras con su misteriosa interpretación.

Comencé vacilante, sin saber con seguridad hasta dónde debía llegar. El público permaneció en silencio. A medida que me entusiasmaba con el relato, y encontraba oportunidades para hacer descripciones, la interpretación de Edwina se hacía más florida, y así alentado me permití exagerar un poco.

Mi descripción de la batalla se convirtió en un fragoroso choque de gigantes de metal, un pandemónium de gritos horribles, y una verdadera tempestad de flamígeros rayos de calor. En este punto vi que varios esclavos se habían puesto de pie y saltaban entusiasmados. Cuando llegué a la parte del relato en que me daba cuenta de que el monstruo atacaba a los esclavos con el rayo de calor, todos los presentes estaban de pie, y Edwina hacía signos en extremo dramáticos.

Tal vez en mi historia segaba más tentáculos que en la realidad, y quizá parecía más difícil matar al monstruo de lo que había resultado

en verdad, pero me sentía obligado a serle fiel al espíritu de la ocasión antes que satisfacer las demandas de una escrupulosa autenticidad.

Al terminar mi relato, hubo espléndido estallido de vítores y un notable despliegue de saltos de parte del público. Miré a Amelia para ver su reacción, pero antes de que tuviéramos oportunidad de hablar nos rodeó la multitud. Los marcianos nos empujaban y golpeaban con suavidad, lo que interpreté como otras muestras de entusiasmo. Sin pausa y con firmeza nos llevaban hacia el sector privado de Amelia, y cuando llegamos al lugar donde las hamacas estaban suspendidas formando una división, el ruido alcanzó su punto máximo, siguieron el cordial golpeteo un poco y luego nos empujaron juntos del otro lado de la separación.

De inmediato, el bullicio del lado opuesto se apaciguó. Todavía me sentía alentado por el modo cómo me habían recibido, y estreché a Amelia entre mis brazos. Ella estaba tan entusiasmada como yo, y correspondió a mis besos con fervor y sentimiento.

Como nuestros besos se prolongaban, sentí que surgía en mi interior aquel deseo natural que había tenido que ahogar durante tanto tiempo, de modo que, renuente, aparté mi rostro del de ella y relajé mis brazos, en la creencia de que ella se alejaría. En lugar de ello, Amelia me estrechó con fuerza, mientras hundía su rostro en el hueco de mi hombro.

Del otro lado de la separación me llegaba la voz de los esclavos. Ahora parecían estar cantando, un canturreo agudo y carente de melodía. Era tranquilo y extrañamente agradable.

—¿Qué hacemos ahora? —dije después de algunos minutos.

Amelia no respondió en seguida.

Entonces me abrazó con más fuerza y dijo:

—¿Necesitas que te lo diga, Edward?

Sentí que el rubor subía a mis mejillas.

—Quise decir, ¿hay alguna otra ceremonia que debamos llevar a cabo? —dije.

—Sólo lo que se espera de nosotros según la leyenda. La noche que el hombrecillo pálido desciende de la torre...

Murmuró el resto en mi oído.

Amelia no podía ver mi rostro, de modo que cerré los ojos y los apreté con fuerza, ¡casi sin aliento por la emoción!

—Amelia, no podemos. No estamos casados.

Era la última concesión que hacía a los convencionalismos que habían regido mi vida.

—Ahora somos marcianos —dijo Amelia,—. Para nosotros no existe el matrimonio.

Y de este modo, mientras los esclavos marcianos cantaban con sus voces agudas y melancólicas del otro lado de la separación, nosotros

abandonamos todo lo que nos quedaba de nuestra condición de ingleses y terrícolas, y durante la noche nos entregamos a nuestra nueva función y a nuestra vida como líderes de los pueblos oprimidos de Marte.

Capítulo 15
PLANES PARA UNA REVOLUCIÓN

I

A la mañana siguiente, desde el momento en que Amelia y yo despertamos, nos trataron con humildad y deferencia. De todos modos, las leyendas que ahora regían nuestra vida, parecían recalcar el hecho de que debíamos trabajar en el matorral con los otros, y por ello pasábamos gran parte del día con barro frío hasta las rodillas. Edwina trabajaba con nosotros, y aunque había algo manso en su mirada que me hacía sentir incómodo, la niña nos era sin duda muy útil.

En realidad ni Amelia ni yo cortábamos mucha maleza. Tan pronto nos establecíamos en el matorral comenzábamos a recibir visitantes: algunos esclavos, otros supervisores, todos ellos evidentemente ansiosos de conocer a quienes se encargarían de dirigir la revolución. Al oír lo que se decía —traducido con entusiasmo, si bien en forma no del todo inteligible, por Edwina— comprendí que las palabras de Amelia sobre la revolución no habían sido en vano. Varios de los supervisores venían de la ciudad misma, y nos enteramos de que allí se hacían elaborados planes para deponer a los monstruos.

Fue un día fascinante, si tomamos en cuenta el hecho de que quizá por fin hubiéramos proporcionado el estímulo a esta gente para que se vengaran de sus repugnantes amos. A decir verdad, Amelia recordó muchas veces a nuestros visitantes mi heroica acción del día anterior. Esta oración se repitió con frecuencia: *los monstruos son mortales.*

De todos modos, mortales o no, los monstruos todavía existían, y representaban una constante amenaza. A menudo durante el día patrullaban el matorral con una de las inmensas máquinas de guerra con trípode, y en esas ocasiones suspendíamos todas las actividades revolucionarias mientras nos dedicábamos al trabajo.

Durante un momento en que estuvimos solos, pregunté a Amelia por qué había que continuar cosechando la maleza si la revolución estaba tan avanzada. Me explicó que la gran mayoría de los esclavos estaban asignados a esta labor, y si la misma cesaba antes de que la revolución estuviera en marcha, los monstruos comprenderían de inmediato que algo se estaba preparando. En todo caso los principales beneficiados eran los propios humanos, pues la maleza era su alimento básico.

—¿Y las entregas de sangre? —le pregunté—. ¿No se podía entonces detener eso?

Me respondió que rehusarse a seguir dando sangre era el único medio seguro que tenían los humanos de vencer a los monstruos, y con frecuencia habían intentado desobedecer el más temido

requerimiento de este mundo. En tales ocasiones las represalias de los monstruos habían sido rápidas y extensas. La última vez, hacía unos sesenta días, habían asesinado a más de mil esclavos. El terror hacia los monstruos era permanente, y aun mientras se preparaba el levantamiento, los sacrificios diarios debían cumplirse.

En la ciudad, no obstante, el orden establecido estaba a punto de caer. Marcianos esclavos y de ciudad se unían por fin, y por toda la ciudad se organizaban grupos de voluntarios; hombres y mujeres que, cuando recibieran la orden, atacarían blancos específicos. Eran las máquinas de guerra las que representaban la mayor amenaza: a menos que hubiera varios cañones de calor en manos de los revolucionarios, no podríamos defendernos de ellas.

—¿No deberíamos estar en la ciudad? —pregunté—. Si estás controlando la revolución deberías hacerlo desde allí, ¿no es cierto?

—Por supuesto. Tengo la intención de ir a la ciudad mañana otra vez. Verás por ti mismo lo muy avanzados que estamos.

Luego llegaron más visitantes: esta vez, una delegación de supervisores que trabajaban en una de las zonas industriales. Nos dijeron, por medio de Edwina, que ya ocurrían pequeños actos de sabotaje, y que por el momento la producción se había reducido a la mitad.

Así transcurrió el día, para cuando volvimos al edificio yo estaba alegre y exhausto. No había imaginado hasta entonces el uso provechoso que Amelia había hecho del tiempo que llevaba con los esclavos. Energía y decisión flotaban en el aire... y también una gran urgencia. Varias veces oí que Amelia exhortaba a los marcianos para que apresuraran los preparativos, de modo que la revolución en sí comenzara un poco antes.

Después del baño y la cena, Amelia y yo volvimos a lo que ahora era nuestro alojamiento compartido. Una vez allí y a solas con ella, le pregunté por qué había tanta urgencia. Después de todo, razonaba yo, ¿acaso no tendría la revolución mayores posibilidades de éxito si se la planeaba con más cuidado?

—Es una cuestión de tiempo, Edward —dijo Amelia—. Tenemos que atacar cuando los monstruos están débiles y desprevenidos. Este es el momento.

—¡Pero si están en el apogeo de su poder! —exclamé sorprendido —. No puedes dejar de verlo.

—Querido —dijo Amelia—, si no atacamos a los monstruos en pocos días, entonces la causa de la humanidad en este mundo se habrá perdido para siempre.

—No comprendo por qué. Los monstruos han ejercido su dominio hasta hoy. ¿Por qué van a estar menos preparados para un levantamiento ahora?

Esta fue la respuesta que Amelia me dio, deducida de las leyendas que tenían los marcianos con quienes había vivido durante tanto tiempo:

II

El origen de Marte es muy anterior al de la Tierra, y los antiguos marcianos habían alcanzado una civilización científica estable hacía muchos miles de años. Como la Tierra, Marte había tenido sus imperios y sus guerras, y al igual que los terrícolas, los marcianos tenían ambiciones y pensaban en el futuro. Por desgracia, Marte difiere de la Tierra en un aspecto crucial: el hecho de que su tamaño es mucho menor. Como consecuencia de ello, las dos sustancias esenciales para la existencia de vida humana inteligente —aire y agua — comenzaban a disminuir en forma gradual, perdiéndose en el espacio de tal manera que los antiguos marcianos sabían que su especie no sobreviviría más allá de otro milenio.

No disponían de un método concebible para luchar contra la insidiosa agonía de su planeta. Al no poder resolver el problema directamente, los marcianos probaron una solución indirecta. Su plan era crear una nueva raza —utilizando células humanas tomadas de los cerebros de los científicos mismos— la cual no tendría más función que la de contener una vasta inteligencia. Con el tiempo, y según Amelia debió tomar muchos cientos de años, surgieron los primeros monstruos.

Los monstruos que resultaron de los primeros experimentos exitosos dependían por completo de los seres humanos, pues no podían moverse, sobrevivían con transfusiones de sangre proveniente de animales domésticos, y eran propensos a contraer hasta la más ligera infección. Sin embargo contaban con los medios para reproducirse, y a medida que las generaciones de monstruos se sucedían, estos seres fueron desarrollando más resistencia y habilidad para moverse, aunque con gran dificultad. Una vez que lograron cierta independencia, se les asignó la tarea de afrontar el problema que amenazaba toda la vida en Marte.

Lo que aquellos antiguos científicos no podrían haber previsto era el hecho de que los monstruos, así como poseían un inmenso intelecto, poseían también una crueldad absoluta, y una vez dedicados a esta tarea no admitirían obstáculos para su ciencia. ¡Los propios intereses de la humanidad, para los cuales estaban trabajando en último caso, quedaron subordinados a la búsqueda de una solución! De este modo los hombres de Marte se convirtieron eventualmente en esclavos de los monstruos.

Con el correr de los siglos las demandas de sangre fueron aumentando, hasta que la sangre inferior de los animales no fue suficiente; así comenzó el procedimiento de sangría que habíamos presenciado.

En las etapas iniciales de su trabajo, los monstruos, a pesar de su crueldad, no habían sido del todo malignos, y en verdad habían hecho mucho en beneficio de este mundo. Ellos habían concebido y supervisado la construcción de los canales que irrigaban las secas regiones ecuatoriales, y para impedir tanto como fuera posible que el agua se evaporara en el espacio, habían desarrollado plantas con mucho contenido de agua que se podían cultivar como siembra principal a lo largo de los canales.

Además habían diseñado una fuente de calor altamente eficiente, que se usaba para proporcionar energía para las ciudades (y que, más tarde, habían adaptado para construir el cañón de calor), como también las cúpulas de fuerza eléctrica que contenían la atmósfera de las ciudades.

Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, algunos de los monstruos habían perdido la esperanza de hallar una solución al problema central. Otros congéneres suyos no estuvieron de acuerdo en considerar el problema insuperable, y sostuvieron que, por más que hubiera cambiado el papel de los humanos, los monstruos debían continuar con su primitiva tarea.

Después de reñir durante siglos, los monstruos habían comenzado a luchar entre ellos, y las escaramuzas continuaban hasta hoy. Las guerras estaban empeorando, pues ahora los humanos en sí eran el motivo: como su número se reducía con ritmo uniforme, los monstruos empezaban a preocuparse por la escasez de su propio alimento.

La situación había derivado en la separación de dos grupos: los monstruos que controlaban esta ciudad —que era la más grande de Marte— y que estaban convencidos de que no había ninguna solución posible para evitar la eventual muerte del planeta, y los monstruos de las otras tres ciudades —entre las cuales se encontraba la Ciudad Desolación— que estaban dispuestos a continuar la búsqueda. Para los humanos ninguno de los dos bandos ofrecía ventajas, puesto que la esclavitud continuaría cualquiera que fuese el desenlace.

Pero en ese momento los monstruos de esta ciudad eran vulnerables. Preparaban una migración hacia otro planeta, y estaban tan concentrados en ella que el presente régimen de esclavitud era el más débil que los marcianos humanos podían recordar. La migración comenzaría en pocos días, y como muchos de los monstruos quedarían en Marte, la revolución debía tener lugar en ese momento si queríamos que tuviera alguna posibilidad de éxito.

III

Cuando Amelia terminó su relato descubrí que me habían empezado a temblar las manos, y que aún en medio del frío habitual del edificio las tenía húmedas de transpiración al igual que la cara. Durante varios minutos no pude articular palabra, mientras trataba de encontrar una forma de expresar el torbellino de emociones que sentía.

Finalmente mis palabras fueron simples y directas.

—Amelia —dije—, ¿tienes idea de cuál es el planeta que estos seres piensan colonizar?

Con un gesto impaciente respondió:

—¿Qué importa? Mientras están ocupados con esto son vulnerables a un ataque. Si perdemos esta oportunidad, es posible que nunca tengamos otra.

De pronto vi un aspecto de Amelia que no había notado antes. A su manera, se había vuelto un poco desalmada. Entonces reflexioné de nuevo y comprendí que parecía desalmada sólo porque nuestra propia aceptación del destino que nos tocaba había destruido su sentido de la perspectiva.

Fue con amor, entonces, que le pregunté:

—Amelia... ¿eres ahora totalmente marciana? ¿O temes lo que podría suceder si estos monstruos invadieran la Tierra?

La perspectiva le produjo el mismo horror que yo también había experimentado. Su rostro tomó el color de las cenizas y se le llenaron los ojos de lágrimas. Boquiabierta, se llevó las manos a los labios. Bruscamente pasó junto a mí, cruzó la separación y corrió a través del salón. Cuando llegó a la pared opuesta, se cubrió la cara con las manos y sus hombros se estremecieron con el llanto.

IV

Pasamos una noche intranquila, y a la mañana siguiente partimos, tal como habíamos planeado, hacia la ciudad.

Tres marcianos venían con nosotros: una era Edwina, pues aún necesitábamos un intérprete, y los otros dos eran marcianos de la ciudad. Cada uno llevaba un látigo eléctrico. No habíamos mencionado nada de nuestra conversación a ninguno de los marcianos, y nuestro plan era, en apariencia, visitar varias células revolucionarias en la ciudad.

En realidad, yo estaba muy concentrado en mis propios pensamientos, y sabía que Amelia sufría una tortura de lealtades en conflicto. Nuestro silencio, mientras el tren continuaba su marcha uniforme hacia la ciudad, debió intrigar a los marcianos, pues siempre teníamos mucho de qué hablar. A veces Edwina nos señalaba algunas marcas en el camino, pero yo no tenía mucho interés.

Antes de que dejáramos el campamento de esclavos había logrado intercambiar algunas palabras más con Amelia en privado.

—Debemos volver a la Tierra —dije—. Si estos monstruos aterrizan allí, es imposible imaginar el daño que podrían causar.

—¿Pero qué podríamos hacer para detener eso?

—¿De todos modos estás de acuerdo en que debemos buscar la forma de regresar a la Tierra?

—Sí, por supuesto. ¿Pero cómo?

—Si viajan en proyectiles —dije—, entonces tenemos que ocultarnos en uno. El viaje no durará más de uno o dos días, y podremos sobrevivir durante ese tiempo. Una vez que lleguemos a la Tierra podremos alertar a las autoridades.

Como plan provisorio era bastante bueno, y, en esencia, Amelia estaba de acuerdo con él. Sus principales dudas, no obstante, se referían a otro punto.

—Edward, no puedo abandonar sin más a esta gente ahora. Los he inducido a rebelarse, y ahora voy a dejarlos en el momento crucial.

—Podría dejarte aquí —dije con deliberada frialdad.

—No, no. —Amelia acababa de tomar mi mano—. Mi lealtad es para la Tierra. Es sólo que tengo una responsabilidad aquí por lo que he comenzado.

—¿No es eso el centro de tu dilema? —dije—. Tú *comenzaste* la revolución. Fuiste el catalizador que esta gente necesitaba. Pero es su guerra por la libertad, no la tuya. En cualquier caso, no puedes dirigir toda una revolución sola, con una raza extraña que apenas comprendes, por medio de un idioma que no hablas. Si se están haciendo preparaciones, y la mayoría de ellas tú no las has visto aún,

entonces ya te has convertido en poco más que un caudillo nominal.

—Supongo que sí.

No obstante, continuaba ensimismada en sus pensamientos cuando nos sentamos en el tren, y yo sabía que ella debía tomar esa decisión sola.

Los dos supervisores marcianos señalaban con orgullo un complejo industrial junto al cual estaba pasando el tren; parecía haber poca actividad allí, pues no salía humo de ninguna de las chimeneas. Había varias máquinas de guerra por ahí y vimos muchos vehículos con patas. Edwina explicó que era aquí donde se había realizado el sabotaje. Nadie había tomado represalias porque se había logrado que los diversos actos parecieran accidentes.

Por mi parte, me había subyugado una idea fascinante, y en ese momento estaba examinando todos sus aspectos.

La revolución que tanto significaba para Amelia era menos importante para mí, pues la habían concebido y planeado en mi ausencia. Creo que si no hubiera sabido que los monstruos planeaban emigrar de Marte, yo también me habría entregado a la causa y habría luchado y arriesgado mi vida por ella. Pero a pesar de los meses que había pasado en Marte, no había perdido nunca un dolor interno: una sensación de aislamiento, de nostalgia. Quería con desesperación volver a mi propio mundo, o a esa parte de él que llamaba hogar.

Extrañaba Londres —a pesar de sus multitudes y ruidos y olores fétidos— y anhelaba un paisaje verde. No hay nada tan hermoso como la campiña inglesa en primavera, y si en el pasado no le había prestado mucha atención, no volvería a ocurrir en el futuro. Este era un mundo de colores extraños: ciudades grises, suelo leonado, vegetación escarlata. Si hubiera habido apenas un roble, o una colina redondeada, o terreno con flores silvestres, yo podría haber aprendido a vivir en Marte, pero no había ninguna de estas cosas.

El hecho de que los monstruos tuvieran los medios de viajar a la Tierra tenía, por lo tanto, una enorme importancia para mí, pues nos proporcionaba una forma de regresar a nuestro hogar.

Yo le había propuesto a Amelia que nos ocultáramos en uno de los mortíferos proyectiles, pero era una idea peligrosa.

Aparte del hecho de que nos podrían descubrir durante el viaje, o de cualquier otro peligro que pudiera aparecer, ¡estaríamos llegando a la Tierra en compañía del enemigo más hostil y despiadado que la humanidad habría tenido que enfrentar jamás!

No conocíamos los planes de los monstruos, pero no teníamos motivos para suponer que su misión sería pacífica. Ni Amelia ni yo teníamos derecho a participar de una invasión a la Tierra, no importa lo pasivo de nuestra posición. Además teníamos el deber insoslayable de advertir al mundo sobre los planes marcianos.

Había una solución para el problema, y desde el momento que se me ocurrió, sólo por la audacia que implicaba me resultó irresistible.

Yo había estado a bordo de uno de los proyectiles; lo había visto en vuelo; había examinado sus controles.

¡Amelia y yo robaríamos uno de los proyectiles y volaríamos en él a la Tierra!

V

Llegamos a la ciudad sin inconvenientes, y nuestros cómplices marcianos nos llevaron por las calles.

No se veía tan poca población aquí como en la Ciudad Desolación. Había menos edificios vacíos, y el evidente poderío militar de los monstruos había impedido que los invadieran. Otra diferencia era que había fábricas dentro de la misma ciudad —como también en zonas aisladas afuera—, pues había un manto de humo industrial que servía para avivar mi nostalgia de Londres.

No tuvimos mucho tiempo para ver bien la ciudad, ya que de inmediato nos llevaron a uno de los salones dormitorio. Allí, en una pequeña habitación en el fondo, entramos en contacto con una de las principales células de la revolución.

Cuando entramos, los marcianos demostraron su entusiasmo dando saltos como antes. No pude evitar solidarizarme con esta pobre gente esclavizada, y compartir su entusiasmo al hacerse más factible la caída de los monstruos.

Recibimos el mismo tratamiento que la realeza en Inglaterra, y me di cuenta de que Amelia y yo nos comportábamos como reyes. Esperaban ansiosos nuestra respuesta, y mudos, como estábamos obligados a permanecer, sonreíamos y asentíamos mientras, uno después de otro, los marcianos nos explicaban a través de Edwina cuál era la tarea que se les había asignado.

De aquí nos llevaron a otro lugar, y se repitió lo mismo. Era casi exactamente como yo le había descrito a Amelia: ella había sido el catalizador que impulsó a los marcianos a la acción, y había puesto en movimiento una cadena de acontecimientos que ya no podía controlar más.

Empezaba a cansarme y a perder la paciencia, y mientras nos dirigíamos a inspeccionar una tercera célula, dije a Amelia:

—No estamos aprovechando nuestro tiempo.

—Tenemos que hacer lo que ellos quieren. Les debemos por lo menos eso.

—Me gustaría ver algo más de la ciudad. Ni siquiera sabemos dónde se encuentra el cañón de nieve.

A pesar de que había seis marcianos con nosotros, cada uno de los cuales trataba de hablar con ella por medio de Edwina, Amelia expresó lo que sentía encogiendo los hombros con gesto cansado.

—No puedo dejarlos ahora —dijo—. Tal vez puedas hacerlo solo.

—¿Y quién sería mi intérprete?

Edwina tiraba de la mano de Amelia, y trataba de mostrarle el edificio hacia el cual caminábamos en ese momento, y donde cabía

suponer que se ocultaba la siguiente célula revolucionaria. Amelia sonreía y asentía cumpliendo con su deber.

—Será mejor que no nos separemos —dijo—. Pero si le preguntas a Edwina, quizás ella podría averiguar lo que tú quieres saber.

Poco después entramos en el edificio, y en el oscurecido sótano nos recibieron unos cuarenta entusiastas marcianos.

Momentos más tarde logré apartar a Edwina de Amelia lo suficiente como para explicarle lo que quería. No pareció interesarle y pasó el mensaje a uno de los marcianos de ciudad que nos acompañaban, el cual abandonó el sótano pocos minutos después, mientras nosotros continuábamos inspeccionando nuestras tropas revolucionarias.

VI

Justo cuando nos preparábamos para salir hacia nuestra siguiente escala, mi emisario regresó, trayendo dos jóvenes marcianos vestidos con el uniforme negro de los hombres que dirigían los proyectiles.

Al verlos me sorprendí un poco. De todos los humanos que había conocido en este planeta, los hombres preparados para dirigir los proyectiles eran los que estaban más cerca de los monstruos, y por lo tanto, era en ellos en quienes yo menos había esperado que confiaran, ahora que el viejo orden estaba por ser derrocado. Pero aquí estaban estos dos hombres, admitidos en uno de los centros neurálgicos de la revolución.

De pronto mi idea se volvió más fácil de realizar. Había planeado entrar en el cañón de nieve, mientras Amelia y yo estábamos disfrazados, y tratar de hacer funcionar los controles yo mismo. Sin embargo, si podía comunicarles a estos dos lo que quería, ellos podrían mostrarme cómo pilotear la nave, o bien venir con nosotros hasta la Tierra.

Me dirigí a Edwina:

—Quiero pedir a estos dos hombres que me lleven a su máquina de guerra voladora, y me muestren cómo funciona.

La niña me repitió la oración, y, cuando estuve seguro de que me había entendido bien, la transmitió. Uno de los marcianos respondió.

—Quiere saber adonde piensas llevar la nave —dijo Edwina.

—Diles que quiero robarla a los monstruos, y llevarla al mundo cálido.

Edwina replicó de inmediato:

—¿Irás solo, hombrecillo pálido, o irá Amelia contigo?

—Iremos juntos.

La reacción de Edwina ante mis palabras no fue lo que yo hubiera deseado. Se volvió hacia los revolucionarios, y se lanzó a pronunciar un largo discurso, con muchos sonidos sibilantes y movimientos de los brazos. Antes de que terminara, alrededor de una docena de marcianos corrieron hacia mí, me tomaron por los brazos y me sujetaron con el rostro apretado contra la pared.

Desde el otro lado de la habitación, Amelia exclamó:

—¿Qué *dijiste* Edward?

VII

Le tomó a Amelia diez minutos lograr que me liberaran. Mientras tanto mi situación era muy incómoda, pues tenía los dos brazos dolorosamente torcidos sobre la espalda. A pesar de su frágil apariencia los marcianos eran muy fuertes.

Cuando me dejaron en libertad, Amelia y yo fuimos a una pequeña habitación en la parte de atrás, acompañados por dos de los marcianos. En esto sin querer nos favorecieron, pues sin Edwina no podían entendernos, y lo que yo quería era hablar con Amelia.

—Ahora explícame, por favor, a qué se debió todo eso.

—He pensado en un nuevo plan para regresar a la Tierra. Trataba de ponerlo en práctica, y los marcianos entendieron mal mis motivos.

—¿Entonces qué dijiste?

Le describí a grandes rasgos la esencia de mi plan de robar un proyectil antes de la invasión de los monstruos.

—¿Podrías dirigir una de esas máquinas? —preguntó cuando terminé.

—No creo que haya ninguna dificultad. He examinado los controles. Sería cuestión de minutos familiarizarme con ellos.

Amelia parecía tener sus dudas, pero dijo:

—De todos modos has visto cómo reacciona la gente. No me dejarán ir contigo. ¿Tu plan toma eso en cuenta?

—Ya has dicho que no te quedarás aquí.

—Por mi propia voluntad no lo haría.

—Entonces debemos convencerlos de alguna manera —dije.

Los dos marcianos que nos vigilaban se movían inquietos. Mientras hablaba había apoyado la mano sobre el brazo de Amelia, y en ese momento se habían adelantado como para protegerla.

—Es mejor que volvamos con los otros —sugirió Amelia—. No confían en ti en estas circunstancias.

—No hemos resuelto nada —dije.

—En este momento no. Pero si yo intervengo creo que puedo convencerlos.

Por fin estaba aprendiendo a interpretar las expresiones de los marcianos, y cuando volvimos al sótano, percibí que el sentimiento hacia mí era todavía más hostil. Varias personas se acercaron a Amelia con sus manos en alto, y se me arrojó a un lado. Los dos hombres que nos habían vigilado se quedaron conmigo, y me obligaron a permanecer aparte mientras aclamaban a Amelia con fervor. Edwina estaba con ella, e intercambiaron palabras con precipitación durante varios minutos. Con el alboroto, yo no podía oír lo que se decía.

Observé a Amelia.

En medio de la confusión permanecía tranquila y dueña de sus emociones, escuchando las traducciones de Edwina, luego esperando mientras otras voces le dirigían arengas con aquellos extraños sonidos sibilantes. A pesar de la tensión, era un momento maravilloso, porque debido a esta obligada objetividad podía verla desde un punto de vista más íntimo y a la vez más alejado de lo que yo quería. Nuestras aventuras nos habían reunido, y sin embargo, ahora las consecuencias nos separaban. Nunca sentí que nos afectara más que en ese momento el hecho de que los marcianos fueran una raza extraña.

Yo sabía que si le impedían a Amelia venir conmigo en el proyectil, entonces me quedaría con ella en Marte.

Por fin se restableció el orden, y Amelia fue hasta el extremo de la habitación. Con Edwina a su lado, se volvió para quedar frente a la multitud. Todavía me mantenían a un lado, cercado por mis dos guardias.

Amelia levantó la mano derecha, con los dedos extendidos, y todo quedó en silencio.

—Pueblo mió, lo que ha sucedido me obliga a revelarles mi origen. —Hablaba despacio y en voz baja, para que Edwina tradujera —. No lo hice antes porque sus leyendas dicen que la libertad la obtendría alguien que había nacido esclavo. He sufrido y trabajado junto a ustedes, y aunque me han aceptado como su líder, no nací en la esclavitud.

Esto provocó una reacción instantánea, pero Amelia siguió adelante:

—Ahora he sabido que la raza de seres que los ha esclavizado, y que dentro de poco derrocarán con su valor, está planeando extender su dominación a otro planeta... aquél que ustedes llaman el mundo cálido. Lo que no les dije antes es que yo misma vengo del mundo cálido, y que he viajado a través del espacio en una nave similar a la que usan sus amos.

Aquí la interrumpió un gran barullo de los marcianos.

—Nuestra revolución aquí no puede fracasar, porque nuestra determinación es tan grande como nuestro valor. Pero si permitimos que algunos de estos seres escapen a otro mundo, ¿quién podría asegurar que no regresarían en otro momento? Para ese entonces, el espíritu de la revolución se habría aplacado, y los monstruos volverían a esclavizarlos con facilidad una vez más. ¡Para que la revolución tenga éxito debemos asegurarnos de que todos los monstruos mueran! Por lo tanto es esencial que yo regrese a mi propio mundo para advertir a mi gente de lo que se planea aquí. Aquél a quien llaman el hombrecillo pálido y yo debemos llevar esta advertencia y unir a los hombres del mundo cálido como los hemos unido a ustedes para luchar contra esta amenaza. Luego, cuando podamos, ¡volveré para

compartir con ustedes la gloria de la libertad!

Yo sabía que Amelia había disipado las peores dudas de los marcianos, pues varios de ellos estaban saltando con entusiasmo.

No obstante, Amelia tenía más que decir:

—Por último, no deben volver a desconfiar de aquél a quien llaman el hombrecillo pálido. Su acción heroica tiene que ser ejemplo para ustedes. Él, y sólo él, ha demostrado que los monstruos son mortales. ¡Que su acto de valor sea el primer paso hacia la libertad!

Todos los marcianos estaban saltando y gritando, y yo dudaba que en medio del barullo alguno pudiera oírla. Pero Amelia me miró y habló con voz suave, y sus palabras llegaron hasta mí con tanta claridad como si la habitación hubiera estado en silencio.

—Deben confiar en él y quererlo, tal como yo confío en él y lo quiero —dijo.

Entonces corrí a través de la habitación hacia ella y la tomé en mis brazos, olvidando la expresiva aprobación de los marcianos.

Capítulo 16
¡HUIMOS DE LA OPRESIÓN!

I

Una vez que los marcianos comprendieron y aprobaron finalmente nuestro plan de acción, Amelia y yo nos separamos por el resto del día. Ella continuó con su recorrida por las unidades revolucionarias, mientras yo fui, con los dos marcianos, a inspeccionar el cañón de nieve y el proyectil. Edwina nos acompañó, porque había muchas cosas que sería necesario explicar.

El emplazamiento de los cañones estaba fuera del sector principal de la ciudad, pero, para llegar hasta él, no teníamos que cruzar por campo abierto. Mediante un ingenioso dispositivo, los monstruos habían prolongado su pantalla de fuerza eléctrica dándole forma de túnel, por el cual se podía caminar en una atmósfera cálida y respirable. Este túnel llevaba directamente hacia la montaña, y, aunque desde este nivel no se podía ver mucho, pude apreciar, delante de nosotros, los inmensos edificios del emplazamiento de los cañones.

Había mucho tránsito en el túnel, tanto de peatones como de vehículos, y me sentí reconfortado por esa actividad. Me habían dado un traje negro, pero el mote de “enano” me recordaba mi aspecto normal.

Cuando el túnel llegó al lugar en que la pantalla protectora se abría nuevamente, junto a la entrada al emplazamiento de cañones propiamente dicho, fuimos objeto del escrutinio directo de varios de los monstruos. Estaban instalados en puestos de guardia permanentes, sentados detrás de pantallas de vidrio de color muy suave, observando a todos los que pasaban, con sus ojos grandes e inexpresivos.

Para pasar este punto, utilizamos una treta convenida de antemano. Los dos hombres y yo empujamos a Edwina delante de nosotros, como si la estuviéramos llevando a que la sometieran a algún tratamiento inhumano. Uno de los marcianos portaba un látigo eléctrico, que blandía en forma muy convincente.

Dentro del área, se veían más monstruos que los que había visto jamás en cualquier otro lugar de Marte, pero una vez que pasamos el puesto de guardia nadie nos prestó atención. La mayoría de esas odiosas criaturas tenían vehículos con patas en los cuales se movían, pero vi varios que se arrastraban lentamente por el suelo. Era la primera vez que presenciaba esto: hasta ese momento había supuesto que, sin los elementos mecánicos con que se ayudaban, los monstruos eran indefensos. En verdad, en una lucha frente a frente con un humano, un monstruo sería completamente vulnerable, ya que sus movimientos eran lentos y trabajosos y debía utilizar cuatro de sus tentáculos como torpes patas, como si fuera un cangrejo.

No obstante, la presencia de los monstruos no era lo que más

intimidaba en este sector.

Al observar los edificios del emplazamiento de los cañones cuando caminaba hacia ellos, había notado que eran de gran tamaño, pero ahora que nos encontrábamos entre ellos comprendí lo enormes que eran las maquinarias de la ciencia en este mundo. Al caminar entre los edificios, nos sentíamos como hormigas en la calle de una ciudad.

Mis guías trataron de explicarme la finalidad de cada edificio al pasar frente a él. El vocabulario de Edwina era limitado, y sólo logré una idea muy vaga del plan general. Hasta donde pude entender, las diversas partes componentes de las máquinas de guerra se producían en fábricas distantes y luego se traían a este lugar donde se las armaba y alistaba. En un edificio —que debe haber tenido por lo menos cien metros de altura— pude ver, por unas inmensas puertas abiertas, que había varias máquinas de guerra de tres patas en proceso de fabricación: la que se hallaba más lejos de nosotros no era más que una armazón mínima suspendida de poleas, a la cual le estaban fijando una de las tres patas, pero la que se encontraba más cerca parecía estar completa, porque hacían girar su plataforma mientras a su alrededor muchos instrumentos suplementarios la revisaban y probaban.

En estos gigantescos cobertizos trabajaban hombres y monstruos, y, según lo que yo veía, parecía que la coexistencia no era impuesta por la fuerza. No había señales evidentes de esclavitud, y se me ocurrió que quizá no todos los humanos de Marte darían buena acogida a la revolución.

Después de pasar alrededor de veinte de estos cobertizos, llegamos a una vasta extensión de terreno abierto y me quedé petrificado, sin habla, ante lo que veía.

Aquí estaban los frutos de esa prodigiosa industria. Alineados, en una fila tras otra, estaban los proyectiles. Cada uno era idéntico al vecino, como si hubieran sido producidos en el mismo torno, por el mismo operario. Cada uno estaba terminado y pulido con un brillo dorado y refulgente; no había protuberancias que afearan la pureza de las líneas. Cada uno tenía casi cien metros de longitud; su cabeza terminaba en una punta aguda, de modo que la nave tenía cuerpo cilíndrico en casi toda su extensión, y su base circular revelaba el enorme diámetro. Me había quedado atónito ante el tamaño de las naves disparadas por los monstruos de Ciudad Desolación, pero ésas eran simples juguetes comparadas con éstas. Apenas podía dar crédito a mis ojos, pero al pasar frente al proyectil que estaba más próximo, pude apreciar que debía tener un diámetro general de ¡alrededor de treinta metros!

Mis guías continuaron caminando sin prestar atención, y después

de un momento los seguí, arqueando el cuello para mirar hacia arriba y maravillándome de lo que veía.

Traté de calcular cuántos proyectiles había, pero la zona en que estaban depositados era tan vasta que ni siquiera estaba seguro de que podía verlos a todos. Cada fila podía tener más de cien proyectiles de ese tipo listos, y yo atravesé ocho filas.

Después, cuando salimos de entre los proyectiles de la primera línea, se presentó ante mis ojos la vista más sorprendente de todas.

Aquí, la cuesta ascendente del volcán se volvía más pronunciada, elevándose delante de nosotros. En este lugar era donde los monstruos de esta ciudad maligna habían emplazado sus cañones de nieve.

Había cinco en total. Cuatro de ellos eran del mismo tipo que el de Ciudad Desolación, pero aquí no existía la complicación de construcciones sobre pivotes y de un lago que absorbiera el calor, ¡porque los tubos de los cañones estaban apoyados sobre la ladera misma de la montaña! Tampoco había ninguna necesidad de un procedimiento complejo para introducir el proyectil por la boca, ya que una ingeniosa disposición de vías férreas y una sólida entrada en la recámara del cañón permitían cargar los proyectiles por este último lugar.

Pero estas piezas de artillería no atrajeron mi atención, ya que, a pesar de lo imponentes que eran, su presencia quedaba relegada a segundo plano por el quinto cañón de nieve.

Mientras que los cañones de nieve de menor tamaño tenían tubos de alrededor de un kilómetro y medio de largo y un calibre de siete metros, aproximadamente, este cañón central tenía un tubo cuyo diámetro externo sobrepasaba con holgura los treinta metros. En cuanto a su longitud... bueno, llegaba hasta más allá de donde podía alcanzarse con la vista, y se extendía en línea recta hacia arriba, junto a la ladera de la montaña, a veces apoyado sobre el suelo, a veces sostenido por gigantescos viaductos donde la pendiente era menos pronunciada, a veces atravesando gargantas abiertas en la roca misma. En su base, la recámara en sí era como una montaña de metal: una gran pieza bulbosa de blindaje negro, lo suficientemente gruesa y poderosa como para resistir la violenta explosión del hielo vaporizado que impulsaba los proyectiles. Sobresalía por sobre todas las cosas, como severo recordatorio de las terribles artes y ciencias que estos perversos monstruos dominaban.

¡Era con este cañón, y con estos cientos de refulgentes proyectiles, que los monstruos tramaban su invasión a la Tierra!

II

Ya había un proyectil en la recámara, y mis guías me condujeron por una escalera de metal adosada al cuerpo del cañón como si fuera un arbotante apoyado contra el muro de una catedral. Desde esa altura, que producía vértigo, miré hacia abajo, hacia la masa de las máquinas de los monstruos, y más allá de ellas, hacia la faja de tierra que las separaba de la ciudad cercana.

La escalera terminaba en uno de los lugares de acceso al tubo, al cual ingresamos por un estrecho túnel. Al momento, la temperatura bajó abruptamente. Actuando como intérprete de uno de los hombres, Edwina me explicó que el tubo ya había sido revestido de hielo y que en poco más de medio día podía recibir la segunda capa de hielo y congelarse.

El túnel llevaba directamente a una escotilla en la propia nave. Creo que yo había esperado ver una versión más grande del proyectil en el cual ya había volado, pero éste se le parecía sólo en su diseño general.

Por la escotilla pasamos a la zona de control de proa, y desde allí exploramos toda la nave.

Tal como sucedía con los proyectiles más pequeños, éste estaba dividido en tres sectores principales: la sección de control, una bodega donde se transportaría a los esclavos, y la bodega principal, en la cual viajarían los monstruos y sus terribles máquinas de guerra. Estos últimos dos compartimientos estaban unidos por uno de los dispositivos de sangría. Por lo menos, en eso no había diferencia, pero uno de los hombres aclaró que durante el vuelo se les administraría a los monstruos una bebida sedante y que su necesidad de alimento sería mínima.

No me interesaba profundizar más en este aspecto de la organización de los monstruos, de modo que pasamos a la bodega principal en sí.

Aquí vi la gama completa de elementos que integraban el arsenal de los monstruos. Había cinco máquinas de guerra, con sus tres patas desmontadas y plegadas con cuidado y las plataformas desarmadas a fin de ocupar el menor espacio posible. A bordo había también varios de los pequeños vehículos con patas, una veintena o más de los cañones de calor e incontables cantidades de distintas substancias contenidas en docenas de enormes envases. Ni yo ni mis guías podíamos adivinar siquiera qué eran esas substancias.

En diversas partes de la bodega pendían los tubos de material transparente que amortiguaban los choques de lanzamiento y aterrizaje.

No permanecimos mucho tiempo en esta bodega, pero vi lo suficiente como para comprender que lo que allí había era por sí mismo razón suficiente para volar a la Tierra. ¡Qué presa sería para nuestros científicos!

La zona de control, en la proa de la nave, era un enorme salón que tenía la forma general de la cabeza aguzada del proyectil. Éste había sido introducido en el tubo de tal manera que los controles se encontraban en lo que actualmente era el piso, pero me explicaron que, en el vuelo, la nave giraría para producir peso. (Esto no lo pude comprender, y pensé que la traducción de Edwina no era la adecuada). Comparada con los estrechos espacios del otro proyectil, la zona de control era verdaderamente un palacio, y los constructores se habían esforzado para que los pilotos estuvieran cómodos. Había muchos alimentos desecados a disposición, una diminuta cómoda y, en un sector de la pared, un sistema de ducha, bastante parecido al que habíamos utilizado en el campamento de esclavos. El lugar donde estaba instalado y las hamacas donde habríamos de dormir eran algo desconcertantes, ya que estos elementos pendían del techo, a unos veinticinco metros por encima de nuestras cabezas.

Me dijeron que durante el vuelo no tendría dificultad en alcanzarlos y, evidentemente, tendría que confiar en que sería así.

Los controles, en sí, eran muchos, y al verlos, y pensar en la masa de la nave que comandaban, ¡me espantó pensar que hasta ese día el vehículo más complejo que había manejado había sido una volanta arrastrada por un caballo!

Los hombres me explicaron todo con lujo de detalles, pero poco fue lo que pude comprender. En este aspecto, pensé que la interpretación que realizaba Edwina no era digna de confianza, y aun cuando pensaba que ella transmitía con exactitud el significado de las palabras, me resultaba difícil comprender el concepto que describían.

Por ejemplo, me mostraron un gran panel de vidrio —que en ese momento no tenía imagen alguna— y me dijeron que, durante el vuelo, ese panel mostraría una imagen de lo que se encontrara directamente frente a la nave. Esto lo pude entender, ya que parecía semejante a lo que había en el proyectil más pequeño. No obstante, incluía una sutil mejora. Me mencionaron repetidas veces un “blanco”, y lo hicieron en relación con una serie de perillas de metal que sobresalían de un sector debajo de la pantalla. Además, me dijeron que el blanco se localizaba cuando se accionaba la palanca verde que, como ya sabía por mi vuelo anterior, lanzaba un chorro de fuego verde por la proa.

Llegué a la conclusión de que mucho de lo que ahora me tenía confuso se aclararía cuando lo experimentara en el vuelo.

Las explicaciones continuaron hasta que mi mente se convirtió en

un torbellino. Finalmente, me formé una idea general de lo que iba a suceder —el disparo propiamente dicho del cañón, por ejemplo, sería controlado desde un edificio situado fuera de la nave— y además, sabía a grandes rasgos hasta qué punto podía maniobrar la nave durante el vuelo.

Mis guías me dijeron que los monstruos no pensaban efectuar el primer lanzamiento antes de cuatro días. Por lo tanto, tendríamos suficiente tiempo para huir antes de que los monstruos estuvieran listos.

Les dije que me encantaría partir tan pronto como fuera posible, porque ahora que disponíamos de los medios para hacerlo no tenía ningún deseo de permanecer en Marte un segundo más de lo necesario.

III

Amelia y yo pasamos esa noche en uno de los dormitorios de la ciudad. Nuevamente, nos había sido muy difícil conversar entre nosotros, porque Edwina estaba siempre presente, pero cuando por fin nos tendimos en una hamaca, pudimos hablar con tranquilidad.

Yacíamos abrazados; ese era el deber de nuestros papeles míticos que a mí me resultaba más fácil de cumplir.

—¿Has inspeccionado la nave? —dijo Amelia.

—Sí. Creo que no habrá problemas. La zona está llena de monstruos, pero todos ellos están ocupados con sus preparativos.

Le conté lo que había visto: la cantidad de proyectiles listos para ser disparados contra la Tierra, la disposición dentro de la nave.

—Entonces, ¿cuántos seres piensan invadirnos? —dijo Amelia.

—El proyectil en que viajaremos lleva cinco de esas bestias. No pude contar los otros proyectiles... con seguridad había algunos centenares.

Amelia permaneció en silencio durante un rato, y luego dijo:

—Me pregunto, Edward... si la revolución es necesaria en estos momentos. Si esa ha de ser la magnitud de la migración, entonces ¿cuántos monstruos más quedarán en Marte? ¿Es posible que el plan contemple el éxodo total?

—Yo también había pensado en eso.

—Me pareció que era algo para lo cual no estábamos preparados, pero ¡qué ironía sería si dentro de unos días no quedaran monstruos que derrocar!

—Y el enemigo estaría en la Tierra —dije—. ¿No comprendes lo urgente que es volver a la Tierra antes que los monstruos?

Poco después, Amelia dijo:

—La revolución debe estallar mañana.

—¿No podrían esperar los marcianos?

—No... el lanzamiento de nuestra nave va a ser la señal para iniciar el movimiento.

—Pero, ¿no podríamos disuadirlos? Si sólo quisieran esperar...

—No has visto todos sus preparativos, Edward. El entusiasmo de la gente es irrefrenable. He encendido una mecha y la explosión se producirá dentro de pocas horas.

Después de esto no dijimos más, pero yo, por lo menos, apenas pude dormir. Me preguntaba si ésta era realmente nuestra última noche en este mundo desdichado, o si alguna vez podríamos librarnos de él.

IV

Nos habíamos acostado en una atmósfera de tensa calma, pero cuando despertamos la situación era muy diferente.

Lo que nos despertó fue un sonido que nos hizo sentir escalofríos de temor: el ulular de las sirenas de los monstruos y los ecos de explosiones distantes. Mi primer pensamiento, producto de la experiencia, fue que había habido otra invasión, pero, cuando saltamos de la hamaca y vimos que el dormitorio estaba desierto, comprendimos que la lucha debía estar librándose entre fuerzas opositoras dentro de la ciudad. ¡Los marcianos no habían esperado!

Una máquina de guerra pasó junto al edificio y sentimos temblar las paredes por la vibración que provocaba a su paso.

Edwina, que hasta ese momento se había ocultado junto a la puerta, se precipitó hacia nosotros cuando vio que estábamos despiertos.

—¿Dónde están los demás? —dijo Amelia de inmediato.

—Se fueron durante la noche.

—¿Por qué no nos avisaron?

—Dijeron que ahora ustedes sólo querían irse volando en la máquina.

—¿Quién comenzó esto? —dije, refiriéndome al pandemónium que había fuera del edificio.

—Comenzó durante la noche, cuando se fueron los demás.

—¿Y nosotros habíamos dormido con todo este ruido y confusión? Apenas parecía posible. Fui a la puerta y espié la calle. La máquina de guerra se había ido, y se podía ver su plataforma blindada por encima de unos edificios cercanos. A cierta distancia podía ver una columna de humo negro y hacia mi izquierda, un pequeño incendio. A la distancia, había otras explosiones, aunque no veía humo, y al cabo de un momento oí los estampidos de dos máquinas de guerra que replicaban.

Volví a reunirme con Amelia.

—Es mejor que vayamos al emplazamiento de los cañones —dije —. Quizá todavía sea posible apoderarnos del proyectil.

Ella asintió, y nos dirigimos al lugar donde nuestros antiguos amigos nos habían preparado dos uniformes negros. Cuando nos vestimos con ellos y estábamos preparándonos para salir, Edwina nos miró, insegura.

—¿Vienes con nosotros? —dije con brusquedad. Ya me había cansado de su voz aflautada y de la poca confianza que merecían sus traducciones. Me preguntaba cuánta información errónea habíamos recibido por su intermedio.

Ella dijo:

—¿Tú quieres que vaya, Amelia?

Amelia mostró una expresión de duda, y me dijo:

—¿Qué te parece?

—¿La necesitaremos?

—Sólo si tenemos algo que decir.

Lo pensé durante unos segundos. A pesar de lo mucho que desconfiaba de ella, era nuestro único contacto con la gente de este lugar y por lo menos se había quedado, cuando los demás se habían ido.

Dije:

—Puede venir con nosotros hasta el emplazamiento de los cañones.

Sin más, y deteniéndonos sólo para recoger el bolso de Amelia, partimos de inmediato.

Al cruzar apresuradamente la ciudad, se hizo evidente que aunque los marcianos habían comenzado su revolución, los daños todavía eran de poca importancia y estaban limitados a unos pocos sectores. Las calles no estaban desiertas, ni tampoco atestadas de gente. Había algunos marcianos reunidos en pequeños grupos, vigilados por las máquinas de guerra, y a la distancia podíamos oír muchas sirenas. Cerca del centro de la ciudad encontramos evidencia de una revuelta más directa: varias máquinas de guerra habían sido volcadas de alguna manera y yacían indefensas, a través de las calles; estas máquinas constituían eficaces barricadas, por cuanto una vez que una torre de estas se volcaba ya no podía levantarse por sí misma, y de esa manera obstruía el paso de los vehículos de superficie.

Cuando llegamos al lugar donde la pantalla de fuerza eléctrica se prolongaba hacia el emplazamiento de los cañones, se hizo muy evidente la presencia de los monstruos y de sus máquinas de guerra. En apretado grupo había varios vehículos de superficie y cinco máquinas de guerra, con sus cañones de calor apuntando hacia arriba.

Nos detuvimos ante esta vista, sin saber si continuar avanzando. No se veían marcianos, aunque pudimos notar varios cuerpos calcinados que habían sido amontonados sin cuidado junto a la base de uno de los edificios. Evidentemente, aquí se había luchado y los monstruos habían conservado su supremacía. Acercarnos ahora nos causaría una muerte casi segura.

De pie, allí, indeciso, comprendí lo apremiante que era llegar al proyectil antes de que empeorara la situación.

—Es mejor que esperemos —dijo Amelia.

—Creo que debemos seguir —dije tranquilamente—. No nos van a detener con los uniformes que llevamos puestos.

—¿Y Edwina?

—Ella tendrá que quedarse aquí.

No obstante, a pesar de mi aparente resolución, yo no estaba seguro. Mientras observábamos, una de las máquinas de guerra se desplazó hacia un costado y su cañón de calor giró en forma amenazante. Extendió sus brazos metálicos colgantes hasta alcanzar el interior de uno de los edificios cercanos, aparentemente tanteando para ver si había alguien que se ocultaba en él. Después de unos momentos, continuó su marcha, esta vez desplazándose a mayor velocidad.

Entonces Amelia dijo:

—¡Por aquí, Edward!

Un marciano nos hacía señas desde uno de los otros edificios, agitando sus largos brazos. Con la mirada atenta a las máquinas, nos apresuramos a acercarnos a él y al momento Edwina y el marciano intercambiaron algunas palabras. Lo reconocí como uno de los hombres que había conocido el día anterior.

En un momento dado, Edwina dijo:

—Dice que sólo los pilotos de las máquinas de guerra voladoras pueden pasar. Los dos que ayer le mostraron la nave los están esperando.

Había algo en la forma en que dijo esto que me provocó cierta sospecha, pero no podía decir qué era, mientras no tuviera más pruebas.

—¿Vas a venir con nosotros? —preguntó Amelia.

—No, yo me quedo a luchar.

—Entonces, ¿dónde están los otros? —inquirí.

—En la máquina de guerra voladora.

Llevé a Amelia hacia un costado.

—¿Qué haremos?

—Debemos seguir. Si la revolución causa más problemas quizá no podamos partir.

—¿Cómo sabemos que no vamos directamente hacia una trampa? —dije.

—¿Pero quién nos la tendería? Si no podemos confiar en la gente, estamos perdidos.

—Eso es precisamente lo que me preocupa —dije.

El hombre que nos había hecho señas ya había desaparecido en el interior del edificio y Edwina parecía estar a punto de correr tras él. Miré por encima de mi hombro hacia las máquinas de los monstruos, pero no se apreciaba ningún movimiento.

Amelia dijo:

—Adiós, Edwina.

Levantó la mano, con los dedos separados, y la joven marciana hizo lo mismo.

—Adiós, Amelia —dijo, y luego se volvió y entró al edificio.

—Fue una fría despedida —dije—. Considerando que eres el líder de la revolución.

—No comprendo, Edward.

—Yo tampoco. Creo que debemos llegar al proyectil sin pérdida de tiempo.

V

Nos acercamos a las máquinas de guerra con mucho recelo, temiendo lo peor a cada paso. Pero no nos molestaron, y pronto habíamos pasado debajo de las elevadas plataformas y avanzábamos por el túnel hacia el emplazamiento de los cañones.

Una gran desconfianza estaba surgiendo dentro de mí, y me aterraba pensar en que pronto tendríamos que pasar bajo el escrutinio de los monstruos que custodiaban la entrada. Mi sensación de inseguridad se hizo más profunda cuando, segundos más tarde, oímos más explosiones en la ciudad y vimos varias máquinas de guerra que se desplazaban velozmente, disparando sus cañones.

—Me pregunto —dije—, si sospechan el papel que hemos tenido en la revuelta. Tu joven amiga se mostraba muy reacia a continuar con nosotros.

—Ella no tiene uno de estos uniformes.

—Es verdad —dije, pero no me sentía tranquilo.

La entrada al emplazamiento de los cañones ya estaba muy cerca y se veían elevarse las moles de los grandes cobertizos.

A último momento, cuando estábamos a no más de cinco metros de los puestos de observación de los monstruos, vi a uno de los dos jóvenes marcianos con quienes había estado el día anterior. Fuimos directamente hacia él. Había un vehículo vacío junto al camino y, junto con el marciano, nos ocultamos detrás de él.

Una vez fuera de la vista de los monstruos de la entrada, el marciano explotó en una serie de sonidos sibilantes y gestos demostrativos.

—¿Qué dice? —le pregunté a Amelia.

—No tengo la menor idea.

Esperamos hasta que terminó, y luego el marciano se quedó mirándonos fijamente, como si esperara una respuesta. Estaba a punto de comenzar nuevamente su andanada de palabras y gestos, cuando Amelia le señaló el emplazamiento de los cañones.

—¿Podemos entrar? —le dijo, pensando evidentemente que si él podía hablarnos en su idioma, nosotros podíamos hablarle en el nuestro, pero le ayudaba a comprender señalándole el emplazamiento.

No comprendimos su respuesta.

—¿Piensas que dijo que sí? —pregunté.

—Hay una sola manera de saberlo.

Amelia levantó la mano hacia él, y luego caminó en dirección a la entrada. La seguí, y ambos miramos hacia atrás para ver si esta acción provocaba alguna reacción negativa. Pareció no tratar de hacer ningún movimiento para detenernos; en cambio, levantó su mano en

forma de saludo, de modo que continuamos avanzando.

Decididos ahora a terminar con este trance de una vez por todas, pasamos delante de los paneles de observación de los monstruos antes de darnos cuenta. No obstante, apenas habíamos andado unos pasos cuando un chillido de uno de los puestos nos heló la sangre. Nos habían descubierto.

Nos detuvimos, y de pronto me encontré temblando. Amelia había palidecido.

El chillido se oyó nuevamente y se repitió una vez más.

—Edward... debemos seguir caminando.

—¡Pero nos ordenaron que nos detuviéramos! —exclamé.

—No sabemos si fue así. Sólo nos queda seguir caminando.

Así, esperando oír, en el mejor de los casos, otro chillido bestial o, en el peor de ellos, ser abatidos por el rayo de calor, continuamos caminando hacia el cañón de nieve.

Milagrosamente, no nos detuvieron más.

VI

Ahora casi corríamos, porque teníamos nuestro objetivo a la vista. Pasamos entre las filas de proyectiles listos y nos encaminamos a la recámara del gigantesco cañón. Amelia, que veía el emplazamiento por primera vez, apenas podía dar crédito a sus ojos.

—¡Hay tantos! —dijo, casi sin aliento por el esfuerzo de correr cuesta arriba por la ladera de la montaña.

—Va a ser una invasión en gran escala —dije—. No podemos permitir que los monstruos ataquen la Tierra.

Durante la visita que había hecho el día anterior, las actividades de los monstruos se habían circunscripto al sector donde se armaban las máquinas, y este depósito de relucientes proyectiles no había tenido custodia. En cambio, ahora había monstruos y vehículos por todas partes. Continuamos apresuradamente, sin que nos detuvieran.

No había señal de humanos, aunque me habían dicho que para el momento en que entráramos al proyectil nuestros amigos estarían a cargo del dispositivo que disparaba el cañón. Confiaba en que hubiera habido aviso de nuestra llegada, porque no deseaba esperar mucho tiempo allí.

La escalera estaba todavía en su lugar, y conduje a Amelia por ella hasta la entrada a la cámara interior. Era tal nuestro apuro, que cuando uno de los monstruos que estaba en la base de la escalera estalló en una serie de chillidos modulados, no le prestamos atención. Ahora estábamos tan cerca de nuestro objetivo, tan cerca del instrumento que nos devolvería a la Tierra, que pensábamos que nada podía impedir nuestro propósito.

Me detuve para permitir que Amelia entrara primero, pero ella me hizo ver que sería más sensato que yo fuera adelante. Así lo hice, descendiendo por ese túnel gélido y oscuro hacia el bloque que cerraba la recámara del cañón, y dejando atrás la pálida luz del sol de Marte.

La escotilla de la nave estaba abierta, y esta vez Amelia entró antes que yo. Descendió por la rampa hacia el centro del proyectil, mientras yo me ocupaba de cerrar la escotilla como me habían indicado. Ahora que ya estábamos adentro, alejados de los ruidos y enigmas de la civilización marciana, repentinamente me sentí muy calmo y decidido.

Este interior espacioso, tranquilo, vagamente iluminado, totalmente vacío, era un mundo distinto de esa ciudad y sus gentes atormentadas; esta nave, producto del intelecto más despiadado del Universo, era nuestra salvación y nuestro hogar.

En otro momento, habría sido el vehículo de una terrible invasión

a la Tierra; ahora, en las seguras manos de Amelia y mías, podía convertirse en la salvación de nuestro mundo. Era una presa de guerra, una guerra que en estos momentos la gente de la Tierra ni siquiera sospechaba.

Verifiqué la escotilla una vez más, para cerciorarme de que estaba realmente asegurada, luego tomé a Amelia entre mis brazos y la besé.

Ella dijo:

—La nave es enorme, Edward. ¿Estás seguro de que sabes lo que hay que hacer?

—Déjalo por mi cuenta.

Esta vez, mi confianza no era simulada. Otra vez, antes, había tomado una medida imprudente para evitar un destino aciago, y ahora veía que el destino nuevamente estaba en mis manos. Era tanto lo que dependía de mi capacidad y de mis acciones. La responsabilidad del futuro de mi mundo recaía sobre mis espaldas. ¡No podía ser que fallara!

Conduje a Amelia hacia arriba, por el piso inclinado de la cabina, y le mostré los tubos de presión que nos sostendrían y protegerían cuando se disparase el cañón. Consideré que era mejor que entráramos en ellos de inmediato, ya que no teníamos ninguna forma de saber en qué momento nuestros amigos del exterior efectuarían el lanzamiento de la nave. En esta situación tan confusa, los acontecimientos eran impredecibles.

Amelia entró en su tubo y observé cómo la extraña sustancia la envolvía.

—¿Puedes respirar? —le pregunté.

—Sí. —Su voz sonaba amortiguada, pero se oía bien—. ¿Cómo sales de esto? Me siento como aprisionada.

—Simplemente sales caminando —le dije—. No ofrecerá ninguna resistencia a menos que estemos sometidos a la fuerza de la aceleración.

Dentro de su tubo transparente, Amelia sonrió para demostrar que comprendía, de modo que yo me dirigí al mío. Pasé con dificultad junto a los controles que quedaban bien al alcance de mi mano, y luego sentí qua la suave tela me envolvía. Una vez cubierto todo mi cuerpo, dejé aflojar la tensión en que me encontraba y esperé que se produjera el lanzamiento. Pasó largo tiempo. No había nada que hacer salvo mirar los pocos metros que nos separaban y observar a Amelia y sonreírle. Podíamos oírnos si nos hablábamos, pero requería un esfuerzo considerable.

La primera señal de vibración, cuando llegó, fue tan débil que pude haberla atribuido a mi imaginación, pero momentos después fue seguida por otra. Luego se produjo una repentina sacudida y sentí que los pliegues de la tela se ajustaban contra mi cuerpo.

—¡Estamos en movimiento, Amelia! —grité, aunque no era necesario, ya que no había modo de confundir lo que estaba sucediendo.

Después de la primera sacudida se produjeron otras varias, de creciente intensidad, pero luego de un rato el movimiento se hizo suave y la aceleración constante. El tubo de tela me aprisionaba como una mano gigantesca, pero aun así podía sentir la presión generada por nuestra velocidad, mucho mayor que la que había experimentado en la nave más pequeña. Además, el período de aceleración era mucho más largo, presumiblemente como consecuencia de la inmensa longitud del tubo del cañón. Ahora se oía un ruido como nunca había oído: un poderoso rugido, un sonido atronador, al ser lanzada la nave por su tubo de hielo.

En el momento en que la aceleración alcanzaba el punto en que pensé que ya no iba a poder resistir más, aun dentro del abrazo protector del tubo, vi que Amelia había cerrado los ojos y que parecía haber perdido el conocimiento. Le grité, pero en el estruendo de nuestro lanzamiento no había ninguna esperanza de que pudiera oírme. La presión y el ruido eran, ahora, intolerables, y sentí que me mareaba y que mi vista se oscurecía. En el momento en que ya me quedaba sin vista, el rugido se convirtió en un murmullo sordo como ruido de fondo y la presión cesó repentinamente.

Los pliegues de la tela se aflojaron y salí del tubo con pasos inseguros. Amelia, liberada de la misma manera, cayó inconsciente al piso de metal. Me incliné sobre ella, dándole suaves palmadas en las mejillas... y pasaron unos instantes antes de que comprendiera que por fin nos habían lanzado al espacio.

Capítulo 17
DE REGRESO A CASA

I

Así comenzó el viaje que, con optimismo, yo había esperado que tomaría sólo un día o dos, pero que en realidad llevó cerca de sesenta, según mis cálculos. Fueron dos largos meses: durante algunos breves períodos fue una experiencia emocionante, otras veces fue aterrador, pero la mayor parte de esos sesenta días fue una travesía de una monotonía enloquecedora. Por lo tanto, no me extenderé en este relato con una descripción detallada de nuestra vida cotidiana, sino que me limitaré a aquellos acontecimientos que más exigieron de nosotros en ese momento.

Al pensar en esas experiencias, rememoro el vuelo con sentimientos encontrados. No fue un viaje agradable en ningún sentido de la palabra, pero no careció de sus lados buenos.

Uno de éstos fue que Amelia y yo estábamos juntos en un ambiente que brindaba aislamiento, intimidad y cierta seguridad, aunque la situación no era de las más usuales. No corresponde que describa en este relato lo que ocurrió entre nosotros —aunque en estos tiempos modernos creo que no estaría violando los lazos de confianza que establecimos entonces—, pero creo que sería correcto decir que llegué a conocerla, y ella a conocerme, de tal manera y con tanta profundidad como nunca supuse que pudiera ser posible.

Por otra parte, la duración misma del viaje actuaba como purgatorio para nuestras perspectivas del futuro. En efecto, nos habíamos contaminado con Marte, y hasta yo, que había intervenido menos que Amelia, había experimentado un choque de intereses en el momento en que partíamos de la ciudad devastada por la revolución. Pero, aun rodeados como estábamos por un artefacto marciano y mantenidos vivos por alimentos marcianos y aire marciano, a medida que pasaban los días y estábamos más cerca de la Tierra, los conflictos de intereses se desvanecieron y una vez más tuvimos un único propósito. La invasión que planeaban los monstruos era muy real; si no podíamos contribuir a evitar esa invasión, jamás podríamos volver a llamarnos humanos.

Pero, mi sinopsis de este viaje increíble por el espacio está alterando el orden natural de mi relato.

He mencionado que algunos incidentes del viaje fueron emocionantes o terroríficos, y el primero de ellos se produjo poco después de que quedamos libres de los tubos de presión y nos encontramos al mando de un acorazado del espacio.

II

Después de haber revivido a Amelia de su desvanecimiento y haberme asegurado de que ni ella ni yo sufríamos ningún efecto negativo como consecuencia del lanzamiento, me dirigí, primero, a los controles para ver hacia dónde nos dirigíamos. ¡Fue tal la violencia de nuestro lanzamiento que estaba seguro de que chocaríamos contra la Tierra en cualquier momento! Giré la perilla que iluminaba el panel principal —como me habían explicado mis guías— pero, para desilusión mía, no pude ver nada salvo unos débiles puntos luminosos. Eran estrellas, como comprendí más tarde. Después de experimentar durante varios minutos y de conseguir sólo aumentar apenas el brillo de la imagen, dirigí la atención a uno de los paneles más pequeños. Éstos mostraban el panorama a popa de la nave. Aquí la imagen era más satisfactoria, ya que ofrecía una vista del mundo que acabábamos de dejar. Estábamos todavía tan cerca de Marte que su imagen llenaba todo el panel: un claroscuro de luz y sombra, salpicado de amarillos, rojos y castaños. Cuando mis ojos se adaptaron a la escala de lo que estaba viendo, descubrí que podía identificar ciertos accidentes del terreno, el más notable de los cuales era el inmenso volcán, que se destacaba de los desiertos como un carbúnculo malévolo. Su cima estaba envuelta por una gigantesca nube blanca; al principio pensé que era una descarga propia del volcán, pero luego pensé que debía ser la nube de vapor de agua que había impulsado nuestro vehículo.

La ciudad que acabábamos de dejar no se veía —presumiblemente oculta por la nube blanca que se expandía— y había pocos accidentes del terreno identificables con precisión. Los canales se veían con claridad, o por lo menos eran visibles debido a las masas de malezas que proliferaban junto a ellos. Fijé la vista en ese panorama durante algún tiempo, dándome cuenta de que, a pesar de toda la fuerza de nuestro lanzamiento, no habíamos recorrido una gran distancia ni nos movíamos ahora con mucha velocidad. A decir verdad, el único movimiento aparente era el de la imagen del terreno en sí, que giraba lentamente en el panel.

Mientras me encontraba observando esto, Amelia preguntó:

—Edward, ¿comemos algo?

Me aparté del panel y le dije:

—Sí, tengo ham...

No terminé mi frase, porque no se veía a Amelia por ninguna parte.

—Estoy aquí abajo, Edward.

Miré hacia el piso inclinado del compartimiento, pero no había señales de ella. Luego la oí reír, y miré hacia arriba, en la dirección de

donde procedía el sonido. Allí estaba Amelia... ¡cabeza abajo en el techo!

—¿Qué estás haciendo? —exclamé horrorizado—. ¡Vas a caer y lastimarte!

—No seas tonto. No hay peligro alguno. Baja aquí y lo verás por ti mismo.

Para probármelo, dio un pequeño salto... y cayó, de pie, contra el techo.

—No puedo bajar si tú estás a un nivel más alto que el mío —dije con pedantería.

—Eres tú quien está por encima —dijo. Luego, para sorpresa mía, caminó por el techo, por las paredes curvas y pronto estuvo a mi lado —. Ven conmigo y te mostraré cómo se hace.

Me tomó de la mano y fui con ella. Al principio pisaba con cuidado, afirmándome para no caer, pero el declive no aumentaba, y después de unos instantes volví la mirada hacia mis controles y vi con sorpresa que ahora parecían estar contra la pared. Seguimos caminando y pronto llegamos al lugar donde estaba almacenada la comida y donde había estado Amelia. Ahora, cuando volví a mirar hacia los controles, éstos parecían estar en el techo, por encima de nuestras cabezas.

Durante el transcurso de nuestro viaje, nos acostumbramos a este efecto, creado por la rotación de la nave alrededor de su eje, pero ahora era una experiencia novedosa. Hasta este momento, lo habíamos dado por sentado, tan acostumbrados estábamos a la escasa gravedad de Marte, y la nave giraba para simular esa gravedad.

(Posteriormente, durante el viaje, encontré la forma de aumentar la velocidad de rotación, con la idea de acostumbrar a nuestros cuerpos al mayor peso que tendrían en la Tierra.) Durante los primeros días, este fenómeno fue una gran novedad. La forma del compartimiento en sí hacía que tuviera efectos peculiares. Cuando uno subía por el piso inclinado (o el techo) hacia la proa de la nave, se aproximaba al eje central de ésta y la gravedad aparente era menor. Con frecuencia, Amelia y yo pasábamos el tiempo haciendo ejercicios en este extraño ambiente: yendo hacia la cúspide del compartimiento e impulsándose luego con un envión con el pie para alejarse de donde estaba parado, uno podía flotar a través de gran parte del espacio antes de caer con suavidad al piso.

No obstante, esas primeras dos horas después del disparo del cañón fueron muy plácidas y comimos algo de la comida marciana, en feliz ignorancia de lo que nos deparaba el destino.

III

Cuando volví a los controles, la imagen del panel que mostraba el panorama de popa revelaba que había aparecido el horizonte de Marte. Esta era la primera prueba directa de que el planeta se alejaba de nosotros... o, para ser más exactos, de que nosotros nos alejábamos de él. El panel de proa seguía mostrando su panorama de estrellas que no nos brindaba ninguna información. Naturalmente, yo había esperado ver la imagen de nuestro mundo delante de nosotros. Mis guías de Marte me habían informado que el disparo del cañón lanzaría la nave directamente hacia la Tierra, pero que no podría verla durante algún tiempo, de modo que por ahora no había motivos para preocuparse.

Sin embargo, me pareció extraño que no se viera la Tierra directamente delante de nosotros.

Resolví que tendríamos que establecer una hora de a bordo, ya que no habría ni noche ni día en la nave. Mi reloj todavía funcionaba, y lo saqué de mi bolsillo. Hasta donde yo podía calcular, el cañón de nieve había sido disparado al mediodía del día marciano, y llevábamos en vuelo alrededor de dos horas. En consecuencia, fijé mi reloj de modo que señalara las dos de la tarde y a partir de ese momento se convirtió en el cronómetro de la nave.

Una vez hecho esto, y con Amelia encantada de investigar con qué provisiones contábamos para nuestra permanencia a bordo, decidí explorar el resto de la nave.

Fue así que descubrí que no estábamos solos...

Avanzaba por uno de los pasajes que corrían por el interior del doble casco, cuando pasé frente a la escotilla que daba al compartimiento destinado a los esclavos. Le eché una mirada al pasar, ¡pero me detuve horrorizado! La escotilla había sido sellada toscamente desde el exterior, soldada de tal manera que no podía abrirse, ni desde adentro ni desde afuera. Arrimé el oído y escuché.

No podía oír nada. Si había alguien allí, estaba muy quieto. Había un débil ruido de movimiento, pero éste bien podría haber provenido de las actividades que realizaba Amelia en el compartimiento de proa.

Permanecí junto a esa escotilla durante un largo rato, lleno de presentimientos e indecisión. No tenía pruebas de que hubiera alguien adentro... pero ¿por qué tuvo que ser cerrada esa escotilla, cuando apenas el día anterior los otros y yo habíamos pasado sin inconvenientes por ella?

¿Sería posible que este proyectil transportara una carga de alimento humano?

Si así era, ¿qué había, exactamente en la bodega principal...?

Presa de un horrible presentimiento, me dirigí apresuradamente a la escotilla que daba a la bodega donde se habían almacenado las máquinas de los monstruos. También ésta había sido soldada, y me quedé delante de ella, con el corazón palpitando violentamente. A diferencia de la otra escotilla, ésta estaba equipada con una plancha de metal deslizable, como la que se instala en las puertas de las celdas de las prisiones.

La corrí hacia un lado, menos de un centímetro por vez, temeroso de hacer ruido y atraer la atención.

Por fin, la abrí lo suficiente cromo para colocar un ojo en la abertura, y así lo hice, para espiar el interior, débilmente iluminado.

Mis peores temores quedaron confirmados instantáneamente: allí, a no más de cuatro metros de la escotilla, se veía el cuerpo postrado de uno de los monstruos. Yacía delante de uno de los tubos protectores, del cual evidentemente había sido liberado después del lanzamiento.

Inmediatamente retrocedí de un salto, por temor de ser descubierto. En el reducido espacio del pasaje, gesticulé con desesperación, maldiciendo en silencio, temeroso de la importancia de este descubrimiento.

Finalmente, logré reunir suficiente valor para volver a la mirilla y nuevamente observé al monstruo que yacía allí.

Estaba tendido de tal modo que mostraba un costado de su cuerpo y tenía vuelta hacia mí su horrible cara. No me había descubierto, y a decir verdad, ni siquiera se había movido desde que lo había visto la primera vez. Luego recordé lo que mis guías habían dicho... que los monstruos tomaban una bebida para dormir, cuyo efecto duraría todo el vuelo.

Los tentáculos del monstruo estaban recogidos, y aunque sus ojos estaban abiertos, los párpados blancos y fláccidos caían sobre los ojos pálidos. En el sueño no perdía nada de su bestialidad, y sin embargo ahora era vulnerable. No me invadía la rabia, como me había sucedido antes, pero sabía que si la puerta no hubiera estado clausurada, una vez más habría podido matar a ese ser.

En la seguridad de que no despertaría a esa bestia, corrí la plancha hasta que la mirilla quedó totalmente abierta, y observé hasta donde pude a lo largo de la bodega. Se veían otros tres monstruos, todos ellos inconscientes. Quizás estuviera también el quinto monstruo en algún lugar de la bodega, pero había tanto equipo por todas partes que no pude verlo.

De modo que, después de todo, no habíamos robado el proyectil. ¡La nave que comandábamos encabezaba la invasión de los monstruos a la Tierra!

¿Era esto lo que los marcianos habían tratado de decirnos antes

de que partiéramos? ¿Era esto lo que Edwina nos había estado ocultando?

IV

Decidí no decir nada de esto a Amelia, al recordar su sentimiento de lealtad hacia el pueblo marciano. Si ella se enteraba de que los monstruos se encontraban a bordo, comprendería que habrían traído consigo su alimento y ello se convertiría en su mayor preocupación. No me preocupaba por saberlo yo mismo —era desagradable saber que más allá del muro de metal de la parte posterior de nuestro compartimiento había varios hombres y mujeres prisioneros que, cuando fuera necesario, se sacrificarían a los monstruos— pero no iba a permitir que ello distrajera mi atención de las tareas principales.

De modo que, aunque Amelia notó mi palidez cuando regresé, no dije nada de lo que había visto. Mi sueño no fue tranquilo esa noche, y hubo un momento en que desperté, y me imaginé que oía un suave canturreo proveniente del compartimiento vecino.

El día siguiente, el segundo que estábamos en el espacio, ocurrió un acontecimiento que hizo difícil que pudiera mantener mi descubrimiento en secreto. Al otro día, y en los días siguientes, hubo nuevos incidentes que lo hicieron imposible.

Sucedió lo siguiente:

Había estado experimentando con el panel que mostraba el panorama que se extendía delante de la nave, tratando de comprender el dispositivo que habían traducido en forma aproximada como blanco. Había encontrado que ciertas perillas hacían que se proyectase sobre la imagen una retícula iluminada. Esto concordaba, por cierto, con lo del blanco, ya que en el centro de la retícula había un círculo dividido por dos líneas en cruz. No obstante, fuera de ello no había podido aprender nada más.

Dediqué mi atención al panel posterior.

En éste, la vista de Marte había cambiado un poco mientras dormíamos. El planeta rojizo estaba ahora lo suficientemente lejos como para que casi en su totalidad apareciera como un disco en el panel, aunque todavía, debido a la rotación de nuestra nave, parecía girar. Estábamos del lado del sol del planeta —lo que era en sí reconfortante, ya que la Tierra se encuentra hacia el Sol, con respecto a Marte— y la zona visible tenía aproximadamente la forma que uno ve, en la Tierra, uno o dos días antes de la luna llena. El planeta giraba sobre su propio eje, por supuesto, y durante la mañana había visto aparecer la gran protuberancia del volcán.

Entonces, justo en el momento en que mi reloj indicaba que era casi mediodía, una enorme nube blanca apareció cerca de la cumbre del volcán.

Llamé a Amelia a los controles y le mostré lo que había visto.

Ella miró fijamente en silencio durante unos minutos, y luego dijo:

—Edward, creo que han disparado un segundo proyectil.

Asentí sin pronunciar palabra, ya que ella sólo había confirmado mis propios temores.

Toda esa tarde observamos el panel posterior, y vimos que la nube se desplazaba lentamente sobre la superficie de ese mundo. Del proyectil en sí no pudimos ver traza alguna, pero ambos sabíamos que ya no estábamos solos en el espacio.

El tercer día dispararon un tercer proyectil, y Amelia dijo:

—Somos parte de una invasión a la Tierra.

—No —le dije, mintiéndole cruelmente—. Creo que tendremos veinticuatro horas para poner sobre alerta a las autoridades de la Tierra.

Pero al cuarto día lanzaron al espacio otro proyectil detrás de nosotros y, como había sucedido con los tres precedentes, el momento del disparo fue casi exactamente a mediodía.

Amelia dijo, con lógica irrebatible:

—Se ajustan a un patrón regular, y nuestra nave fue la primera pieza de ese patrón. Edward, sostengo que somos parte de una invasión.

Fue entonces que ya no pude mantener más mi secreto. La llevé por los pasajes que corrían a lo largo de la nave y le mostré lo que había visto por la mirilla. Los monstruos no se habían movido y continuaban su pacífico sueño mientras proseguía su vuelo hacia la Tierra. Amelia observó por la abertura en silencio.

—Cuando lleguemos a la Tierra —dijo, tendremos que actuar con rapidez. Debemos escapar del proyectil tan pronto como sea posible.

—A menos que podamos destruirlos antes de aterrizar —dije.

—¿Hay algún modo de hacerlo?

—Estuve pensando. No hay modo de entrar en la bodega. —Le mostré la forma en que habían soldado la escotilla—. Quizá pudiéramos encontrar alguna manera de cortarles el suministro de aire.

—O poner algún veneno en él.

Me aferré a esta solución con ansiedad, ya que, desde que había hecho mi descubrimiento, habían crecido mis temores acerca de lo que estos seres podían hacer en la Tierra. ¡Ni siquiera cabía pensar en que podría permitírseles llevar a cabo su obra diabólica! No tenía idea de la forma en que el aire circulaba por la nave, pero, a medida que aumentaba mi conocimiento de los controles, también aumentaba mi confianza, y pensé que el problema no debía ser imposible de resolver.

No le había dicho nada a Amelia acerca de los esclavos de la bodega —porque para ese entonces yo ya estaba convencido de que

había muchos a bordo—, pero había sido injusto con ella cuando previ la reacción que tendría.

Esa noche Amelia dijo:

—¿Dónde están los esclavos marcianos, Edward?

Su pregunta fue tan directa que no supe qué contestar.

—¿Están en el compartimiento detrás del nuestro? —continuó.

—Sí —dije—. Pero está sellado.

—¿De modo que no hay posibilidad de liberarlos?

—Ninguna, que yo sepa —dije.

Nos quedamos en silencio después de esa breve conversación, porque lo horrible de las perspectivas que esperaban a esos desdichados era inconcebible. Más tarde, hallándome solo, fui hasta la escotilla de los esclavos y traté de ver si podía abrirla, pero fue inútil. Según puedo recordar, ni yo ni Amelia volvimos a referirnos a los esclavos otra vez. Y, por lo menos, me alegré de que así fuera.

V

El quinto día de nuestro viaje dispararon un quinto proyectil. Para ese entonces, Marte aparecía muy distante en nuestro panel posterior, pero pudimos ver, sin mayores dificultades, la nube de vapor blanco.

El sexto día descubrí un control conectado a las pantallas, que podía mejorar y ampliar las imágenes. Cuando llegó el mediodía, pudimos ver, con bastante detalle, el disparo del sexto cilindro.

Pasaron otros cuatro días, y en cada uno de ellos el poderoso cañón de nieve hizo un disparo, pero el undécimo día, el volcán apareció en la parte visible de Marte y no hubo ninguna nube blanca. Observamos hasta que el volcán salió de la pantalla, pero hasta donde pudimos.apreciar, ese día no se disparó ningún proyectil.

Tampoco hubo disparo el día siguiente. En realidad, después del décimo proyectil no se disparó ninguno más. Al recordar los cientos de naves relucientes depositadas en la base de la montaña, no podíamos creer que los monstruos abandonarían sus planes después de haber lanzado sobre el blanco unos pocos proyectiles. No obstante, así parecía ser, ya que en los días que siguieron nunca dejamos de vigilar el planeta rojo y ni una sola vez vimos señal alguna de que el cañón hubiera sido disparado nuevamente.

Por supuesto, pasamos mucho tiempo especulando sobre los motivos de tal proceder.

Expuse la teoría de que ese era el plan de los monstruos: que una vanguardia de diez proyectiles invadiría y ocuparía una zona de la Tierra, ya que, después de todo, contarían con un arsenal de cincuenta máquinas de guerra, por lo menos, con qué hacerlo. Por ese motivo sostenía que debíamos mantener nuestra vigilancia, argumentando que pronto seguirían más proyectiles.

Amelia tenía una opinión distinta. Veía la interrupción de los lanzamientos como una victoria de la revolución de los humanos de Marte, que el pueblo había irrumpido a través de las defensas de los monstruos y había tomado el poder.

De todos modos, no teníamos forma de comprobar nada, fuera de lo que veíamos. La migración había terminado, en efecto, con los diez proyectiles, por lo menos por el momento.

A esta.altura de los acontecimientos, hacía muchos días que estábamos en viaje y Marte en sí era un pequeño cuerpo brillante situado a muchos millones de kilómetros detrás de nosotros. Para nosotros, revestía cada vez menos interés, ya que ahora podíamos ver, en el panel de proa, a nuestro mundo cada vez más cerca: una diminuta media luna de luz, de una belleza y quietud inefables.

VI

A medida que pasaban las semanas, me familiarizaba cada vez más con los controles, y tenía la sensación de que comprendía la función de la mayoría de ellos. Hasta había llegado a comprender el dispositivo que los marcianos llamaban el blanco, y había comprendido que éste era, posiblemente, el control más importante.

Había aprendido a utilizarlo cuando observaba la Tierra en el panel de proa. Había sido Amelia quien había localizado primero nuestro mundo: un punto brillante, claramente definido, cerca del borde del panel. Naturalmente, nos emociono mucho verlo y el hecho de saber que cada día nos acercábamos miles de kilómetros era fuente de creciente excitación. Pero, al transcurrir los días, la imagen de nuestro mundo se aproximaba cada vez más al borde de la pantalla, hasta que comprendimos que no pasaría mucho tiempo antes de que desapareciera de nuestra vista por completo. Moví los controles de los instrumentos del panel, pero sin resultado.

Luego, desesperada, Amelia sugirió que encendiera la retícula iluminada que se proyectaba sobre el panel. Al hacerlo, vi que detrás de ella había una segunda retícula, muy tenue. A diferencia de la retícula principal, ésta tenía su círculo central fijo en la imagen de nuestro mundo. Era de lo más extraño... como si el dispositivo tuviera voluntad propia.

Al mismo tiempo que apareció la segunda retícula, varias luces destellaron debajo de la imagen. Naturalmente, no pudimos comprender su significado, pero el hecho de que mi acción hubiera producido una reacción era un hecho significativo en sí.

Amelia dijo:

—Creo que esto significa que debemos conducir la nave.

—Pero fue apuntada con exactitud desde Marte.

—Aun así... me parece que ya no estamos volando hacia la Tierra.

Discutimos un rato más, pero, finalmente, no pude evadir más el hecho de que había llegado la hora de demostrar mi idoneidad como piloto. Alentado por Amelia, me situé delante de la palanca de mando principal, la tomé con ambas manos y la moví hacia un lado para ver qué pasaba.

Ocurrieron varias cosas de inmediato.

La primera fue un gran ruido y vibración que repercutieron por todo el proyectil. Otra fue que Amelia y yo fuimos lanzados hacia un lado. Y además, todo lo que en nuestro compartimiento no estaba sujeto voló en desorden por encima de nuestras cabezas.

Cuando nos recuperamos, descubrimos que mi acción había tenido un efecto contraproducente. Es decir, ¡la Tierra había

desaparecido por completo del panel! Decidido a corregir la situación de inmediato, moví la palanca en sentido opuesto, asegurándome primero de que ambos estábamos bien afirmados. Esta vez, la nave se movió bruscamente hacia el otro lado y, aunque hubo mucho ruido y vibración en nuestros dominios, logré hacer que la Tierra apareciera nuevamente ante nuestra vista.

Tuve que efectuar varios ajustes más en los controles antes de poder colocar la imagen de la Tierra en el pequeño círculo central de la retícula principal. Cuando lo conseguí, las luces indicadoras se apagaron y sentí que nuestra nave seguía con seguridad el rumbo hacia la Tierra.

Descubrí, en efecto, que el proyectil tendía a desviarse constantemente de su dirección, y todos los días debía corregir su rumbo.

Así, mediante este proceso experimental, comprendí por fin cómo había que usar el sistema de retícula. La retícula principal, más brillante, indicaba el destino real de la nave, mientras que la otra, móvil y menos brillante, mostraba el destino planeado. Como ésta se encontraba siempre fija en la imagen de la Tierra, jamás dudamos de cuáles eran los planes de los monstruos.

No obstante, tales momentos de entretenimiento eran la excepción, más que la regla. Nuestros días en la nave eran monótonos y reiterativos y pronto adoptamos ciertas rutinas. Dormíamos la mayor cantidad de horas posible, y prolongábamos nuestras comidas. Solíamos hacer ejercicio caminando alrededor de la circunferencia del casco, y cuando llegaba el momento de atender los controles, dedicábamos a ello más energía y tiempo de los que realmente eran necesarios. A veces nos poníamos intratables, y en esos casos nos separábamos y permanecíamos en distintos lugares de nuestro compartimiento.

Durante uno de estos períodos, volví a ocuparme del problema de cómo proceder con respecto a los ocupantes de la bodega principal.

Obstaculizar el suministro de aire de los monstruos me parecía la forma lógica de matarlos y, fuera de utilizar alguna sustancia que supiera que les resultara venenosa, la asfixia parecía ser el único remedio. Habiendo llegado a esa conclusión, pasé la mayor parte de un día explorando las diversas máquinas incorporadas al casco.

Descubrí muchas cosas acerca del funcionamiento de la nave —por ejemplo, encontré el lugar donde estaban instalados los instrumentos casi fotográficos que suministraban las imágenes a nuestros paneles de observación, y aprendí que los cambios de rumbo de la nave se realizaban por medio de vapor expulsado desde una fuente de calor central y llevado fuera del casco exterior mediante un intrincado sistema de conductos—, pero seguía tan lejos como antes

de hallar una solución. Según pude comprobar, el aire existente dentro de la nave provenía de una unidad que lo hacía circular por todas partes simultáneamente. En otras palabras, asfixiar a los monstruos habría significado morir asfixiados nosotros también.

VII

Cuanto más nos acercábamos a la Tierra, tanto más nos veíamos obligados a corregir nuestro rumbo. Dos o tres veces por día consultaba el panel de proa y ajustaba los controles para alinear nuevamente las dos retículas. La Tierra se veía ahora grande y nítida en la pantalla, y Amelia y yo solíamos quedarnos de pie delante de la imagen, observando nuestro mundo en silencio. Relucía con un brillante azul y blanco, indescriptiblemente hermoso. A veces, podíamos ver la Luna junto a ella, mostrando, al igual que la Tierra, una delgada y delicada media luna.

Esta vista debería haber inundado de júbilo nuestros corazones, pero cada vez que, junto a Amelia, observaba esta visión de encanto celestial, sentía dentro de mí una enorme tristeza. Y cada vez que accionaba los controles para dirigirnos con más precisión hacia nuestro destino, me invadían sentimientos de culpa y vergüenza.

Al principio, no lo podía entender y no dije nada a Amelia. Pero a medida que pasaban los días y nuestro mundo se acercaba aceleradamente cada vez más, comprendí mi aprensión y pude, finalmente, hablar de ella con Amelia. Fue así que descubrí que ella también había experimentado lo mismo.

Le dije:

—Dentro de un día o dos descenderemos en la Tierra. Pienso dirigir la nave hacia el océano más profundo y poner fin a todo esto.

—Si lo hicieras, no intentaría detenerte —dijo.

—No podemos imponer a nuestro mundo estos seres —continué —. No podemos afrontar esa responsabilidad. Si muriera un solo hombre o una sola mujer como resultado de las maquinaciones de estos seres, ni tú ni yo podríamos mirarnos a la cara jamás.

Amelia dijo:

—Pero si pudiéramos escapar de la nave con la suficiente rapidez como para alertar a las autoridades...

—No podemos correr ese riesgo. No sabemos cómo salir de esta nave, y si los monstruos salen antes que nosotros, sería demasiado tarde para hacer algo. Querida, tenemos que enfrentar el hecho de que tú y yo debemos estar listos a sacrificarnos.

Mientras hablábamos, había accionado el control que hacía aparecer las dos retículas en la pantalla. La retícula secundaria, que mostraba nuestro destino previsto, aparecía sobre Europa septentrional. No podíamos ver el lugar exacto, ya que esta parte del globo estaba cubierta por una nube blanca. En Inglaterra el día sería gris; quizás estuviera lloviendo.

—¿No podemos hacer nada? —preguntó Amelia.

Observé con tristeza la pantalla.

—No. Como hemos reemplazado a los hombres que deberían haber tripulado esta nave, sólo podemos hacer lo que ellos habrían hecho. Es decir, dirigir la nave manualmente al lugar elegido de antemano por los monstruos. Si seguimos el plan, haremos descender la nave en el punto que aparece en el centro de la retícula. Tenemos que decidir si lo hacemos o no. Puedo dejar que la nave pase de largo sin tocar la Tierra, o puedo dirigirla a un lugar donde sus ocupantes no puedan causar daño.

—Hablaste de que descendiéramos en un océano. ¿Lo decías en serio?

—Es lo único que nos queda por hacer —dije—. Aunque tú y yo seguramente moriríamos, de esa forma evitaríamos verdaderamente que los monstruos escaparan.

—Yo no quiero morir —dijo Amelia, abrazándose a mí.

—Yo tampoco. Pero, ¿tenemos el derecho de lanzar a estos monstruos contra nuestra gente?

Era un tópico angustioso, y ninguno de nosotros conocía las respuestas a los interrogantes que nos planteábamos. Nos quedamos observando la imagen de nuestro mundo durante unos minutos, y luego fuimos a comer. Después, los paneles nos atrajeron una vez más, sobrecogidos por las responsabilidades que recaían sobre nosotros.

En la Tierra, las nubes se habían desplazado hacia el Este, y pudimos apreciar los contornos de las Islas Británicas, rodeadas por un mar azul. El círculo central de la retícula se encontraba directamente sobre Inglaterra. Amelia dijo, con voz tensa:

—Edward, tenemos el ejército más poderoso de la Tierra. ¿No podemos dejar en sus manos la responsabilidad de hacer frente,a esta amenaza?

—Serían tomados por sorpresa. La responsabilidad es nuestra, Amelia, y no debemos evadirla. Estoy preparado a morir para salvar al mundo. ¿Puedo pedirte que hagas lo mismo?

Era un momento pleno de emoción, y sentí que estaba temblando.

Entonces Amelia miró hacia el panel posterior, que aunque no estaba iluminado, era una advertencia constante de los nueve proyectiles que nos seguían.

—¿Ese falso heroísmo salvará al mundo de los monstruos que nos siguen? —dijo.

VIII

Así fue que continué corrigiendo nuestro rumbo y dirigí la retícula principal de modo que se colocara sobre las verdes islas que tanto amábamos.

Una noche, cuando estábamos por irnos a dormir, un ruido que había esperado no volver a oír jamás brotó por un enrejado de metal del mamparo: era el bramido, el chillido de llamada de los monstruos. Con frecuencia uno ha oído la expresión: se me heló la sangre en las venas. En ese momento comprendí la verdad de ese lugar común.

Salí de la hamaca de inmediato y corrí por los pasajes hacia la puerta sellada de la bodega de los monstruos.

Tan pronto como deslicé la plancha de metal, vi que esos seres malditos habían recobrado el conocimiento. Había dos directamente delante de mí, arrastrándose torpemente con sus tentáculos. Me alegré al ver que en un ambiente de mayor gravedad (hacía mucho tiempo que había modificado la rotación de la nave con la intención de lograr una gravedad aproximada a la de la Tierra), sus movimientos eran pesados y desmañados. Era una señal alentadora, en estos momentos en que todas las perspectivas parecían lúgubres, ya que con un poco de suerte su mayor peso en la Tierra sería una considerable desventaja para ellos.

Amelia me había seguido, y cuando me aparté de la puerta ella también espió por la minúscula ventanilla. Vi que se estremecía, y luego se apartó.

—¿No hay nada que podamos hacer para destruirlos? —dijo.

La miré, y quizá mi expresión reveló lo desdichado que me sentía.

—Creo que no —dije.

Cuando volvimos a nuestro compartimiento, descubrimos que los monstruos todavía trataban de comunicarse con nosotros. El bramido repercutía por el salón de metal.

—¿Qué crees que dice? —dijo Amelia.

—¿Cómo podemos saberlo?

—Pero, ¿y si tuviéramos que obedecer sus instrucciones?

—No tenemos nada que temer de ellos —dije—. No pueden llegar hasta nosotros, como tampoco nosotros podemos llegar hasta ellos.

Aun así, esos chillidos eran desagradables al oído, y cuando finalmente cesaron, quince minutos más tarde, nos sentimos aliviados. Volvimos a la hamaca y después de unos minutos nos dormimos.

Algún tiempo después —una mirada a mi reloj reveló que habíamos dormido alrededor de cuatro horas y media— nos despertó un nuevo estallido de chillidos de los monstruos.

Yacíamos allí, esperando que cesara otra vez en algún momento,

pero al cabo de cinco minutos, ninguno de los dos pudo soportarlo más. Salí de la hamaca y fui a los controles.

La Tierra aparecía muy grande en el panel de proa. Verifiqué la posición del sistema de retículas y noté al punto que algo sucedía. Mientras dormíamos, nos habíamos desviado nuevamente de nuestro rumbo: aunque la retícula más tenue seguía fija sobre las Islas Británicas, la retícula principal se había desplazado mucho hacia el Este, y mostraba que íbamos a descender en alguna parte del Mar Báltico.

Llamé a Amelia y le mostré lo que sucedía.

—¿Puedes corregirlo? —dijo.

—Creo que sí.

Mientras tanto, el bramido de los monstruos continuaba.

Nos afirmamos, como siempre, y moví la palanca para corregir el rumbo. Logré corregirlo un poco, pero a pesar de todos mis esfuerzos vi que íbamos a errar el blanco por cientos de kilómetros. Mientras observábamos, noté que la retícula más brillante se desplazaba lentamente hacia el Este.

En ese momento, Amelia me señaló una luz verde que se había encendido, una que no se había encendido hasta entonces. Estaba junto al único control que todavía no había tocado: la palanca que, según sabía, disparaba el chorro de fuego verde por la proa.

Instintivamente comprendí que nuestro viaje tocaba a su fin, e irreflexivamente presioné la palanca.

La reacción del proyectil a esta acción mía fue tan violenta y súbita que ambos fuimos lanzados lejos de los controles. Amelia cayó desmañadamente, y yo, sin poder evitarlo, caí sobre ella. Al mismo tiempo, nuestras pocas posesiones y los alimentos que habíamos dejado por el compartimiento volaron en todas direcciones.

Relativamente, yo no me había lastimado en el accidente, pero Amelia se había golpeado la cabeza contra una pieza de metal que sobresalía y le corría la sangre por el rostro. Estaba casi inconsciente y sufría un intenso dolor, y yo me incliné angustiado sobre ella.

Se sostenía la cabeza con las manos, pero extendió un brazo y me apartó, casi sin fuerzas.

—Estoy... estoy bien, Edward —dijo—. Por favor... me siento un poco mareada. Déjame. No es nada grave...

—Querida, déjame ver qué tienes —exclamé.

Había cerrado los ojos y empalidecido terriblemente, pero siguió repitiendo que no tenía nada grave.

—Tienes que ocuparte de conducir la nave —dijo.

Titubeé durante algunos segundos, pero ella me apartó suavemente, de modo que volví a los controles. Estaba seguro de que yo no había perdido el sentido ni por un momento, pero ahora me

parecía que nuestro destino estaba mucho más cerca. No obstante, el centro de la retícula principal se había desplazado, de modo que ahora se encontraba sobre algún lugar del Mar del Norte, lo cual indicaba que el fuego verde había modificado drásticamente nuestro rumbo. Sin embargo, continuábamos derivando hacia el Este.

Volví donde estaba Amelia y la ayudé a ponerse de pie. Había recuperado algo de su compostura, pero continuaba sangrando.

—Mi bolso —dijo—. Hay una toalla en él.

Miré a mi alrededor, pero no pude ver el bolso en ninguna parte. Evidentemente, había sido lanzado fuera de su lugar por la primera sacudida y ahora estaba en alguna parte del compartimiento. Vi que la luz verde seguía encendida y el hecho cierto de que la retícula continuaba desplazándose sin pausa hacia el Este me hizo pensar que debería ocupar mi puesto en los controles.

—Yo lo buscaré —dijo Amelia. Sostenía la manga de su uniforme negro sobre la herida, tratando de detener la sangre. Sus movimientos eran torpes y hablaba con dificultad.

La miré con preocupación y desesperación durante un momento, y luego comprendí lo que deberíamos hacer.

—No —dije con firmeza—. Yo lo buscaré. Tú tienes que meterte dentro del tubo de presión, de lo contrario morirás. ¡Aterrizaremos en cualquier momento!

La tomé por un brazo y la conduje con delicadeza al tubo flexible, que había pendido sin usar durante gran parte del vuelo. Me saqué la chaqueta de mi uniforme y se la di a modo de vendaje provisorio. Se la aplicó contra la cara y, al entrar en el tubo, la tela de éste se ciñó sobre su cuerpo. Yo entré en mi tubo y puse la mano sobre los controles. Al hacerlo, sentí que la tela se ajustaba sobre mi cuerpo. Miré a Amelia para asegurarme de que estaba bien sujeta y luego presioné la palanca verde.

Al observar el panel a través de los pliegues de la tela, vi que la imagen quedaba completamente oscurecida por una llamarada verde. Dejé que el chorro de fuego continuara unos segundos y luego solté la palanca.

La imagen del panel se aclaró y vi que la retícula se había desplazado hacia el Oeste una vez más. Ahora se encontraba directamente sobre Inglaterra, y seguíamos nuestro rumbo exacto.

Sin embargo, continuábamos derivando hacia el Este, y mientras observaba la pantalla, las dos retículas volvieron a desalinearse. El contorno de las Islas Británicas estaba casi oscurecido por el terminador nocturno, y yo sabía que en Inglaterra habría personas que estarían observando el crepúsculo, sin imaginarse lo que descendería sobre ellas durante la noche.

Mientras nos encontrábamos todavía seguros dentro de los tubos

de presión, decidí encender los motores otra vez, y compensar de ese modo nuestra continua desviación. Esta vez dejé que la llama verde se mantuviera encendida durante quince segundos, y cuando volví a mirar el panel vi que había conseguido desplazar el centro de la retícula brillante a un punto situado en el Atlántico, a varios cientos de kilómetros al Oeste de Land's End.

Quedaba ya poco tiempo para este tipo de confirmación visual: dentro de pocos minutos Gran Bretaña habría desaparecido del terminador nocturno.

Me liberé del tubo y fui a ver a Amelia.

—¿Cómo te sientes? —dije.

Trató de dar un paso para salir del tubo que la aprisionaba, pero la contuve.

—Yo buscaré tu bolso. ¿Te sientes mejor?

Ella asintió, y vi que el flujo de sangre virtualmente había cesado. Su aspecto era horroroso, porque su cabello estaba apelmazado sobre la herida y había sangre por toda su cara y en su pecho.

Busqué apresuradamente su bolso por todo el compartimiento. Por fin lo encontré —había quedado enganchado directamente encima de los controles— y se lo llevé. Amelia sacó las manos fuera del tubo y buscó dentro del bolso hasta que encontró varios trozos de tela blanca, doblados con cuidado.

Mientras se aplicaba uno de esos trozos de material absorbente a la herida y enjugaba la mayor parte de la sangre, me pregunté por qué nunca había mencionado antes la existencia de esas toallas.

—Ahora estaré bien, Edward —dijo con voz apagada dentro del tubo—. Es sólo una cortadura. Tienes que dedicar toda tu atención a lograr el aterrizaje de esta odiosa máquina.

La miré unos momentos y vi que lloraba. Comprendí que nuestro viaje terminaría de un momento a otro y que ella, tanto como yo, no podía pensar en otro momento más feliz que aquél en que saliéramos de este compartimiento.

Volví a mi tubo de presión y puse la mano sobre la palanca.

IX

Ahora que las Islas Británicas habían quedado invisibles en la parte del mundo en que era de noche, no tenía otra guía que las dos retículas. Mientras las mantuviera alineadas, sabía que mantenía el rumbo. Esto no era tan sencillo como puede parecer, ya que la velocidad con que nos desviábamos aumentaba minuto a minuto. El proceso se complicaba por el hecho de que cada vez que encendía el motor, el panel se inundaba de luz verde que me enceguecía por completo. Sólo cuando apagaba el motor podía ver los resultados de la última corrección que había efectuado.

Utilicé una rutina basada en el método experimental: primero analizaba el panel para determinar cuánto nos habíamos desviado, luego encendía el motor de frenado unos momentos. Cuando apagaba el motor, observaba nuevamente el panel y hacía una nueva estimación de la desviación. A veces, mi estimación era exacta, pero por lo general al compensar me quedaba corto o me excedía.

Cada vez que encendía el motor lo hacía por un período más prolongado, de modo que apliqué un sistema según el cual contaba lentamente para mis adentros. Pronto cada chorro de fuego —que descubrí que podía ser de mayor o menor intensidad según la presión que aplicara sobre la palanca— llegó a durar hasta que yo contara hasta cien o más. La tortura mental era enorme, ya que la concentración que exigía era total; además, cada vez que se encendía el motor la presión física que debíamos soportar era casi intolerable. A nuestro alrededor, la temperatura dentro del compartimiento aumentaba. El aire inyectado en los tubos seguía siendo fresco, pero yo podía sentir que la tela misma se ponía muy caliente.

En los breves intervalos entre uno y otro encendido del motor, cuando la presión con que nos ceñía la tela cedía un poco, Amelia y yo nos ingeniábamos para intercambiar algunas palabras. Me dijo que ya no sangraba, pero que tenía un terrible dolor de cabeza y que se sentía débil y mareada.

Entonces, por fin, la desviación de las dos retículas se volvió tan rápida que no me atrevía a distraer mi atención para nada. En el momento en que apagué los motores, las retículas se separaron bruscamente y presioné la palanca hacia abajo y la mantuve en esa posición.

Ahora, funcionando a su mayor régimen, el motor de frenado producía un ruido de tal intensidad que pensé que el proyectil en sí seguramente iba a hacerse pedazos. La nave entera trepidaba y se estremecía, y donde mis pies tocaban el piso de metal podía sentir un calor intolerable. Los tubos de presión nos ajustaban tanto que apenas

podíamos respirar. Yo no podía mover ni el más pequeño músculo y no tenía idea de cómo estaba Amelia. Podía sentir la tremenda potencia del motor como si fuera un objeto sólido contra el cual estuviéramos embistiendo, porque, a pesar de los tubos protectores, me sentía empujado hacia adelante, en contra del sentido de frenado. De esta manera, en ese pandemónium de ruido, calor y presión, el proyectil atravesó el cielo nocturno de Inglaterra como un cometa verde.

El final del viaje, cuando llegó, fue abrupto y violento. Hubo una estremecedora explosión fuera de la nave, acompañada de un impacto y una conmoción que nos aturdió. Luego, en el repentino silencio que siguió de inmediato, liberados de los tubos de presión que se aflojaron, caímos hacia adelante en medio del calor abrasador del compartimiento.

Habíamos llegado a la Tierra, pero estábamos en un estado verdaderamente lamentable.

Capítulo 18
DENTRO DEL FOSO

I

Permanecimos tendidos sin sentido en el compartimiento durante nueve horas, ignorantes, en general, del tremendo desorden en que nos había sumido nuestro aterrizaje. Quizá mientras yacíamos en ese estado de agotamiento no sentimos los peores efectos de esta experiencia, pero lo que habíamos soportado había sido bastante desagradable.

La nave no había aterrizado en el ángulo que más nos convenía; debido a la rotación axial del proyectil, la posición real en relación con el suelo dependía de la casualidad, y esa casualidad había hecho que los tubos de presión y nuestra hamaca pendieran sobre lo que ahora eran las paredes. Además la nave había chocado contra el terreno en un ángulo agudo, de modo que la fuerza de gravedad nos había hecho caer hacia la proa del proyectil.

La gravedad misma se sentía como una fuerza abrumadora. Los intentos que había hecho yo para tratar de lograr una gravedad aproximada a la de la Tierra, haciendo girar la nave con más rapidez, habían sido muy moderados. Después de permanecer varios meses en Marte y en el proyectil, nuestro peso normal nos resultaba intolerable.

Como ya he mencionado, Amelia se había lastimado antes de que iniciáramos nuestro descenso, y esta nueva caída había reabierto la herida y la sangre manaba más abundantemente que antes. Además yo también me había golpeado la cabeza cuando caíamos fuera de los tubos de presión.

Por último, y lo que era más insoportable de todo, el interior de la nave se había vuelto en extremo caliente y húmedo. Quizá se debiera a las descargas de fuego verde que frenaron nuestro vuelo, o a la fricción al entrar en la atmósfera de la Tierra, o, más probablemente a una combinación de ambos factores, pero el metal del casco y el aire contenido en éste, y todo lo demás que allí había, se habían calentado hasta alcanzar un nivel insoportable. Tal era el grado de desorden en medio del cual permanecimos sin sentido, y ése era el ambiente sórdido en el cual me desperté.

II

Mi primer acto fue volverme hacia Amelia, que yacía acurrucada sobre mí. La hemorragia provocada por su herida había cesado, pero Amelia estaba en un estado calamitoso; su cara, cabello y ropas estaban pegajosos por la sangre coagulada. Tan inmóvil permanecía, y su respiración era tan inaudible, que al principio pensé que había muerto, y sólo cuando aterrorizado la tomé por los hombros y la sacudí, y le di palmadas en la cara, vi que volvía en sí.

Estábamos tendidos en un charco de agua poco profundo, que se había formado en el piso como consecuencia de la rotura de un caño. Este charco era muy tibio, ya que había absorbido calor del casco metálico del proyectil, pero el agua que caía del caño todavía era fresca. Encontré el bolso de Amelia y saqué de él dos toallas. Las empapé en el agua que caía del caño y le lavé la cara y las manos, limpiando suavemente la herida abierta. Según pude ver, no había fractura de cráneo, pero tenía la frente desgarrada y lacerada justo debajo del nacimiento del cabello.

No dijo nada mientras la lavaba, y me pareció que no tenía dolores. Sólo se encogió acobardada cuando le limpié la herida.

—Tengo que ponerte más cómoda —le dije con suavidad.

Ella simplemente tomó mi mano y la estrechó con afecto.

—¿Puedes hablar? —pregunté.

Asintió con la cabeza y luego dijo:

—Edward, te quiero.

La besé y ella me atrajo hacia sí y me abrazó. A pesar de las deplorables circunstancias en que nos hallábamos, sentí como si me hubiera liberado de un gran peso; las tensiones del vuelo habían desaparecido.

—¿Estás en condiciones de moverte? —le dije.

—Creo que sí. Estoy un poco mareada.

—Yo te sostendré.

Me puse de pie primero; estaba algo mareado, pero pude mantener el equilibrio al tomarme de una parte de los controles rotos que ahora pendían sobre nuestras cabezas, y extendiéndole una mano, ayudé a Amelia a levantarse. Estaba más débil que yo, de modo que le rodeé la cintura con un brazo. Ascendimos por el piso inclinado del proyectil hasta un punto donde, a pesar de que la pendiente era más pronunciada, había un lugar más o menos seco y despejado donde sentarse. Fue entonces cuando saqué mi reloj ¡y descubrí que habían pasado nueve horas desde nuestro accidentado aterrizaje! ¿Qué habían hecho los monstruos mientras nosotros habíamos permanecido sin sentido?

III

Nos sentamos y descansamos durante algunos minutos más, lamentándonos de nuestra suerte, pero yo estaba obsesionado por una sensación de impaciencia. No podíamos demorar nuestra salida del proyectil. Los monstruos podían estar saliendo de su bodega e iniciando la invasión.

No obstante, todavía teníamos que pensar en nuestros problemas inmediatos. Uno era el calor enervante en que nos encontrábamos. El piso mismo donde estábamos descansando estaba más caliente de lo que podíamos soportar, y a nuestro alrededor las planchas de metal irradiaban un calor sofocante. El aire era húmedo y pegajoso, y cada bocanada que respirábamos parecía carente de oxígeno. Gran parte de los alimentos que se habían derramado se pudrían lentamente, y el hedor provocaba náuseas.

Me había aflojado las ropas, pero como el calor no daba señales de aminorar, me pareció prudente desvestirnos. Una vez que Amelia se recuperó, se lo sugerí y luego le ayudé a quitarse el uniforme negro. Debajo de él todavía llevaba el harapiento vestido con el cual yo la había visto en el campamento de esclavos. Nadie podía haber reconocido en él la cuidada camisa blanca que alguna vez había sido.

Yo estaba mejor, ya que debajo de mi uniforme todavía llevaba mi ropa interior que, a pesar de las diversas aventuras que habíamos vivido, no estaba del todo mal.

Después de un breve análisis, convinimos en que sería mejor que yo explorara la situación actual solo. No teníamos idea de las actividades que podían estar realizando los monstruos, suponiendo que no hubieran muerto en el choque, y sería más seguro que fuera solo. Por consiguiente, después de asegurarme plenamente de que Amelia estaba cómoda, salí del compartimiento y comencé a ascender por los pasajes que corrían por el interior del casco.

Se recordará que el proyectil era muy largo: seguramente no medía mucho menos de cien metros de proa a popa. Durante el vuelo por el espacio, nuestro desplazamiento dentro de la nave había sido relativamente sencillo, ya que la rotación axial nos había proporcionado un piso artificial. En cambio, ahora, la nave se había incrustado en el suelo terrestre y parecía estar apoyada sobre la proa, de modo que nos veíamos obligados a escalar por una pendiente muy aguda. En medio de ese calor, que era más intenso en esta parte del casco, la única ventaja que tenía era que conocía el camino.

A su debido tiempo llegué a la escotilla que daba al compartimiento de los esclavos. Allí me detuve a escuchar, pero todo era silencio en el interior. Continué subiendo después de recobrar el

aliento, y por fin llegué a la escotilla de la bodega principal.

Corrí la plancha de metal con cierta vacilación, ya que sabía que los monstruos estaban sin duda despiertos y alerta. Pero mi cautela fue en vano. No había señal de los monstruos dentro de mi campo visual, sin embargo yo sabía que estaban allí, porque podía oír sus horribles bramidos. En realidad, era notable la intensidad de ese ruido, y deduje que las repugnantes bestias discutían acaloradamente.

Después proseguí mi camino, subiendo más allá de la puerta, hasta la popa misma de la nave. Había esperado encontrar alguna forma de salir, que nos permitiera abandonar la nave sin ser notados. (Sabía que si todo lo demás fracasaba, podía encender la luz verde, como lo había hecho en el proyectil más pequeño y desplazar así la nave del lugar donde había aterrizado, pero era de vital importancia que los monstruos no sospecharan que nosotros no éramos su tripulación normal).

Lamentablemente el paso estaba bloqueado. Este era el extremo mismo de la nave; la pesada escotilla por la cual los monstruos saldrían. El hecho de que todavía estuviera cerrada era de por sí alentador: si bien no podíamos salir por este lugar, al menos los monstruos también estaban confinados en el interior de la nave.

Allí descansé antes de iniciar el descenso. Durante unos momentos traté de imaginarme dónde había hecho descender la nave. Si habíamos caído en el centro de una ciudad, la violencia de nuestro aterrizaje habría causado, sin duda, daños incalculables; también esto era cosa del azar, y aquí el azar estaría de nuestro lado. Una extensa parte de Gran Bretaña está escasamente edificada y era más probable que hubiéramos descendido en campo abierto. Sólo me cabía esperar que así hubiera sido; ya tenía bastante sobre mi conciencia.

Todavía podía oír a los monstruos al otro lado de la pared interior del casco, mientras hablaban con sus desagradables bramidos, y de tanto en tanto alcanzaba a oír el sonido producido por objetos de metal al moverse. En los momentos de silencio, me pareció que podía oír otras voces fuera del casco.

Nuestra espectacular llegada habría atraído, con toda seguridad, a multitud de personas junto a la nave y, de pie en precario equilibrio junto a la escotilla principal de la popa, mi imaginación febril calculaba las decenas, quizá cientos, de personas apiñadas afuera.

Era una idea conmovedora, dado que, por encima de todo, ardía en deseos de estar con gente como yo.

Poco tiempo después, luego de pensarlo con más calma, comprendí que cualquier multitud que pudiera haberse reunido estaría a merced de estos monstruos. ¡Cuánto más optimista era pensar que, cuando salieran, los monstruos se verían rodeados por un círculo de fusiles!

Aun así, mientras esperaba, tuve la seguridad de que sentía voces humanas fuera del proyectil, y casi me puse a llorar al pensar que había gente cerca.

Después de un largo rato, y comprendiendo que no había nada que hacer por el momento, desanduve el camino y regresé junto a Amelia.

IV

Pasó un tiempo durante el cual me pareció que no había ningún movimiento, ni de los monstruos en el interior, ni de los hombres que ahora suponía que estaban afuera. Cada dos o tres horas subía de nuevo por los pasajes, pero la escotilla seguía firmemente cerrada.

Las condiciones en el interior de nuestro compartimiento continuaban empeorando, aunque la temperatura había descendido ligeramente. Las luces estaban todavía encendidas, y había circulación de aire, pero el olor era horroroso. Además seguía cayendo agua del caño roto y los sectores inferiores del compartimiento estaban inundados.

Permanecimos en silencio, sin saber si los monstruos podrían oírnos y temerosos de las consecuencias si lo hacían. No obstante, parecían ocupados en sus propósitos malignos, porque no disminuía el ruido cada vez que me ponía a escuchar junto a su escotilla.

Hambrientos, cansados, acalorados y asustados, permanecimos muy juntos sobre el piso metálico del proyectil, esperando la oportunidad de huir.

Debemos habernos adormilado durante un rato, porque me desperté de pronto con la sensación de que el ambiente a nuestro alrededor había cambiado. Observé mi reloj —que, como no tenía bolsillos en mi ropa interior, llevaba sujeto a un ojal mediante la cadena— y vi que habían transcurrido casi veinte horas desde nuestro arribo.

Desperté a Amelia, que descansaba la cabeza sobre mi hombro.

—¿Qué pasa? —dijo.

—¿Qué hueles?

Arrugó la nariz con exageración.

—Algo se quema —dije.

—Sí —dijo Amelia, y luego exclamó—: ¡Sí! Huelo a madera quemada.

El entusiasmo y la emoción nos abrumaban, porque no se podía imaginar un olor más hogareño.

—La escotilla —dije, agitado—. ¡Está abierta, por fin!

Amelia ya estaba de pie.

—¡Vamos, Edward! ¡Antes de que sea demasiado tarde!

Tomé su bolso y la conduje hacia arriba por el piso inclinado del pasaje. La dejé ir adelante, pensando que yo estaría debajo para ayudarla si caía. Ascendimos lentamente, debilitados por la odisea que habíamos sufrido, pero ascendíamos por última vez, dejando atrás el infierno del proyectil marciano, en camino hacia la libertad.

V

Presintiendo el peligro, nos detuvimos pocos metros antes de llegar al extremo del pasaje y miramos hacia el cielo.

Era de un azul intenso; nada parecido al cielo marciano, sino de un azul fresco y apacible, la clase de azul que a uno le produce alegría ver al final de un cálido día de verano. Había jirones de nubes altas y tranquilas, todavía teñidas del rojo del crepúsculo. No obstante, debajo de ellas pasaban densas nubes de humo, saturado de olor a vegetación quemada.

—¿Seguimos? —murmuró Amelia.

—Estoy intranquilo —dije—. Esperaba que hubiera mucha gente afuera. Todo está muy silencioso.

Luego, para desmentir mis palabras, hubo un sonoro ruido de metal y vi un brillante destello de verde.

—¿Ya salieron los monstruos? —preguntó Amelia.

—Tendré que ver. Quédate aquí y no hagas ningún ruido.

—¿No me abandonas? —Había ansiedad en su voz, lo cual hacía que sus palabras sonaran tensas y quebradas.

—Solo voy hasta la salida —dije—. Debemos ver qué está sucediendo.

—Ten cuidado, Edward. Que no te vean.

Le pasé el bolso y luego me arrastré hacia arriba. Sentía un torbellino de emociones, algunas internas, como miedo e indecisión, otras externas. Sabía que estaba respirando el aire de la Tierra, que percibía el aroma del suelo inglés.

Finalmente llegué al borde y me tendí contra el piso de metal. Me elevé para asomarme, hasta que pude espiar en la claridad del atardecer. Allí en el vasto foso creado por nuestro violento aterrizaje, vi un espectáculo que me llenó de pavor.

Justo debajo del extremo circular del proyectil estaba la escotilla desprendida. Era un enorme disco de metal, de alrededor de veinticinco metros de diámetro. En su momento había sido el mamparo mismo que había soportado la explosión de nuestro lanzamiento, pero ahora desprendida desde el interior de la nave y abandonada en el suelo arenoso, yacía allí, terminada su utilidad.

Más allá de ella los monstruos marcianos ya habían comenzado a montar su maquinaria diabólica.

Las cinco bestias habían salido de la nave y trabajaban con febril actividad. Dos de ellas trataban con dificultad de fijar una pata a una de las máquinas de guerra, que se encontraba muy cerca del suelo, a corta distancia de donde yo estaba. Vi que todavía no estaba lista para ser usada, puesto que sus otras dos patas estaban recogidas de modo

que la plataforma se encontraba a sólo un par de metros de la superficie del terreno. Otros dos monstruos trabajaban junto a la plataforma, pero cada uno de ellos ocupaba un pequeño vehículo con patas, dotado de brazos mecánicos, con los cuales sostenían el cuerpo del trípode, y de otras prolongaciones más cortas con que golpeaban las planchas de metal. A cada golpe se veía un destello brillante de luz verde, y un extraño humo combinado de amarillo y verde era arrastrado por la brisa.

El quinto monstruo no tomaba parte en esta actividad.

Estaba agachado sobre la superficie plana de la escotilla abandonada, a pocos metros de mí. Había allí un cañón de calor montado en una estructura de metal de tal manera que su tubo apuntaba directamente hacia arriba. Encima del soporte había una estructura telescópica en cuya parte superior estaba instalado un espejo parabólico de poco más de cincuenta centímetros de diámetro. El monstruo estaba en esos momentos haciendo girar el espejo, mientras aplicaba uno de sus ojos, redondos e inexpresivos, a un instrumento de puntería. Mientras yo observaba, el monstruo se sacudía con violentos espasmos de odio, y un rayo pálido y mortífero —claramente visible en el aire más denso de la Tierra— giraba en derredor por encima del borde del foso.

A la distancia oía una gran confusión de gritos y el crepitar de maderas y vegetación quemándose.

Agaché la cabeza durante unos minutos, incapaz de ser partícipe de la situación aun en esta forma pasiva; sentía que por el hecho de quedarme inactivo era cómplice de la matanza.

Que esa no era la primera vez que se había usado era muy evidente, ya que cuando miré otra vez al otro lado del foso noté que junto al borde yacían los cuerpos calcinados de varias personas. No sabía por qué esas personas se habían encontrado junto al foso cuando atacaron los monstruos, pero parecía seguro que ahora los monstruos continuaban manteniendo alejados a nuevos intrusos mientras terminaban de armar las máquinas.

El espejo parabólico continuaba girando por sobre el borde del foso, pero no vi que usaran otra vez el cañón de calor.

Dirigí mi atención a los monstruos mismos. Vi con horror que la mayor gravedad de la Tierra había provocado una gran distorsión en su aspecto. Ya he mencionado lo blandos que eran los cuerpos de estos seres execrables; como consecuencia de la mayor presión que soportaban, sus cuerpos semejantes a vejigas infladas, se distendían y se achataban. El que estaba más cerca de mí parecía haber crecido alrededor del cincuenta por ciento de su tamaño original, lo cual significaba que ahora tenía unos dos metros de largo. Sus tentáculos no eran más largos, pero también estaban achatados por la presión y

se asemejaban a serpientes todavía más que antes. Aunque los ojos —siempre el rasgo más prominente— seguían sin destacarse, su boca semejante a un pico, había tomado decididamente la forma de una "V", y la respiración de las bestias se había vuelto más dificultosa. Una saliva viscosa les caía continuamente de la boca.

Nunca había podido ver a estos monstruos sin odio, y al verlos con este nuevo aspecto apenas pude controlarme. Me dejé deslizar desde mi punto de observación y me quedé tendido, temblando, durante unos minutos.

Cuando recobré mi serenidad, me arrastré nuevamente hasta donde Amelia estaba esperando y en un ronco susurro logré relatarle lo que había visto.

—Debo verlo por mí misma —dijo Amelia, disponiéndose a subir hasta el extremo del pasaje.

—No —le dije, tomándola del brazo—. Es muy peligroso. Si te vieran...

—Entonces me pasaría lo mismo que te habría pasado a ti.

Amelia se soltó y ascendió lentamente por el empinado pasaje. Observé en silencio, angustiado, cuando llegó al extremo de la pendiente y se asomó al foso.

Permaneció allí durante varios minutos, hasta que finalmente volvió sana y salva. Estaba pálida.

—Edward —dijo—, una vez que hayan armado esa máquina no habrá forma de detenerlos.

—Tienen cuatro más esperando el momento de armarlas —dije.

—Debemos avisar de alguna manera a las autoridades.

—¡Pero no podemos movernos de aquí! Tú has visto la matanza del foso. Una vez que nos vean no tendremos salvación.

—Tenemos que hacer algo.

Reflexioné durante algunos minutos. Era evidente que la policía y el ejército no podían ignorar que la llegada de este proyectil constituía una amenaza terrible. Lo que teníamos que hacer ahora no era sólo alertar a las autoridades, sino advertirles de la magnitud de la amenaza. No podían tener idea de que en este mismo momento había otros nueve proyectiles volando hacia la Tierra.

Yo trataba de conservar la calma. No podía concebir que el ejército estuviera indefenso contra estos monstruos. Cualquier ser mortal que se pudiera matar de una cuchillada podía ser eliminado con balas o granadas. El rayo de calor era un arma terrorífica y mortal, pero no hacía invulnerables a los marcianos. Otro punto en contra de los invasores era nuestra gravedad terrestre. Las máquinas de guerra eran todopoderosas en la menor gravedad y aire menos denso de Marte; pero ¿serían tan ágiles o poderosas aquí, en la Tierra?

Poco después me arrastré otra vez hasta el extremo del pasaje,

con la esperanza de que, a cubierto de la oscuridad, Amelia y yo pudiéramos escapar sin ser vistos.

Ya había caído la noche y toda la luz de luna que podía haber estaba oscurecida por las espesas nubes de humo provenientes de los campos incendiados, pero los marcianos trabajaron toda la noche iluminados por grandes reflectores colocados junto a las máquinas. Evidentemente la primera máquina de guerra ya estaba terminada, puesto que descansaba sobre sus patas recogidas, en el extremo más alejado del foso. Mientras tanto, de la bodega estaban sacando los componentes de una segunda máquina.

Permanecí en mi puesto de observación largo rato, y algún tiempo después Amelia se unió a mí. Los monstruos marcianos no miraron siquiera una vez hacia donde nos encontrábamos, y ello nos permitió observar sus preparativos sin ser molestados.

Los monstruos interrumpieron su trabajo en una sola oportunidad. Fue cuando, en el momento en que la noche era más cerrada, y exactamente veinticuatro horas después de nuestra llegada, un segundo proyectil pasó rugiendo sobre nuestras cabezas, envuelto en una brillante llamarada verde. Aterrizó con una explosión atronadora a menos de tres kilómetros de distancia.

En ese momento Amelia me tomó la mano y yo sostuve su cabeza contra mi pecho mientras ella sollozaba en silencio.

VI

Durante el resto de esa noche y la mayor parte del día siguiente nos vimos obligados a permanecer ocultos dentro del proyectil. Por momentos dormitábamos, otras veces nos arrastrábamos hasta el extremo del pasaje para ver si había posibilidad de escapar, pero la mayor parte del tiempo nos quedábamos acurrucados en silencio y con miedo en nuestro incómodo rincón del pasaje.

Era desagradable saber que los acontecimientos ya estaban fuera de nuestro control. Estábamos reducidos a la condición de espectadores, enterados de los preparativos bélicos de un enemigo implacable. Además, nos mortificaba mucho el saber que estábamos en algún lugar de Inglaterra, rodeados de panoramas, gentes, idiomas y costumbres que nos eran familiares, y que, no obstante, nos veíamos obligados por las circunstancias a permanecer acurrucados dentro de un artefacto ajeno a nuestro mundo.

Poco después del mediodía, el sonido distante de disparos de artillería nos dio la primera señal de que las fuerzas militares respondían al ataque. Las granadas explotaron a dos o tres kilómetros de distancia, y de inmediato comprendimos lo que debía estar sucediendo. Era evidente que el ejército estaba cañoneando el segundo proyectil antes de que sus horribles ocupantes pudieran escapar.

Los marcianos que estábamos observando respondieron a este reto de inmediato. Al sonido de las primeras explosiones, uno de los monstruos se dirigió a la máquina de guerra armada en primer término y se introdujo en ella.

La máquina se puso en marcha al momento, con sus patas rechinando por el esfuerzo que imponía la mayor gravedad y lanzando destellos de luz verde por las articulaciones. Noté que se arrastraba apenas por encima del terreno como una tortuga de metal.

Sabíamos que si estaban cañoneando el segundo foso, también harían lo mismo con el nuestro, de modo que Amelia y yo regresamos a los rincones más profundos del proyectil, con la esperanza de que el casco fuera lo bastante fuerte como para resistir las explosiones. El cañoneo distante continuó durante media hora más o menos, pero finalmente cesó.

Siguió un largo período de silencio, y decidimos que podíamos volver sin peligro al extremo del pasaje para ver qué estaban haciendo ahora los marcianos.

Su febril actividad continuaba. La máquina de guerra que había salido del foso no había regresado, pero, de las cuatro restantes tres ya estaban listas para usar y la cuarta estaba en proceso de armado. Observamos esta actividad durante una hora, más o menos, y justo en

el momento en que estábamos por regresar a nuestro escondite, hubo una serie de explosiones alrededor del foso. ¡Ahora nos tocaba a nosotros ser cañoneados!

Una vez más los marcianos respondieron al instante. Tres de esas bestias monstruosas corrieron hacia las máquinas de guerra ya terminadas —¡sus cuerpos ya se estaban adaptando a las presiones de nuestro mundo!— y subieron a las plataformas. El cuarto, sentado dentro de uno de los vehículos de armado, continuó trabajando estoicamente en la última máquina de guerra.

Mientras tanto, las granadas continuaron cayendo con variada precisión; ninguna cayó directamente dentro del foso, pero algunas hicieron impacto lo bastante cerca como para lanzar tierra y arena por todas partes.

Una vez que los conductores marcianos se instalaron a bordo, las tres máquinas de guerra cobraron vida en forma espectacular. Con velocidad sorprendente, las plataformas se elevaron hasta su altura máxima de unos treinta metros, las patas escalaron las paredes del foso y, girando sobre sí mismas, las máquinas mortíferas tomaron rumbos separados, con sus cañones de calor elevados y listos para la acción. Menos de treinta segundos después de caer las primeras granadas a nuestro alrededor, las tres máquinas de guerra habían desaparecido: una hacia el Sur, otra hacia el Noroeste, y la última en dirección al lugar donde había caído el segundo proyectil.

El último monstruo marciano trabajaba rápidamente en su propio trípode; este ser era lo único que se interponía ahora entre nosotros y la libertad.

Una granada explotó cerca: la más próxima hasta ese momento. La explosión nos quemó la cara, y retrocedimos hacia el interior del pasaje.

Cuando logré reunir suficiente valor para mirar, vi que el marciano continuaba con su trabajo, indiferente al cañoneo. Sin duda se comportaba como un soldado bajo el fuego; sabía que corría peligro de muerte, pero estaba listo a hacerle frente y al mismo tiempo se preparaba para lanzar su propio contraataque.

El cañoneo duró diez minutos y en todo ese tiempo no hubo ningún impacto directo. Luego, repentinamente, los disparos cesaron y supusimos que los marcianos habían silenciado la batería.

En el extraño silencio que siguió, el marciano continuó con su trabajo. Por fin lo terminó. El horrible ser ascendió a su plataforma, extendió las patas hasta su altura máxima, giró luego el artefacto hacia el Sur y pronto se perdió de vista.

Sin más demora aprovechamos la oportunidad que se nos presentaba. Salté al suelo arenoso pesada y torpemente, y luego extendí los brazos para recibir a Amelia en el momento de saltar.

No miramos ni a la izquierda ni a la derecha, sino que escalamos apresuradamente la tierra suelta de las paredes del foso y corrimos hacia donde todavía no se había dirigido ninguna máquina: hacia el Norte. Era una noche cálida, pesada, con grandes masas de nubes oscuras que se estaban formando hacia el Norte. Se preparaba una tormenta, pero esa no era la razón por la cual no cantaba ningún pájaro ni se movía ningún animal. La campiña estaba muerta: estaba ennegrecida por el fuego, con restos de vehículos y cadáveres de hombres y caballos esparcidos por todas partes.

Capítulo 19
CÓMO NOS ALIAMOS CON EL FILÓSOFO

I

En Marte había soñado con plantas y flores; aquí, en la campiña calcinada, veíamos sólo pastos carbonizados y humeantes, y la negrura se extendía en todas direcciones. En Marte había deseado con desesperación ver y oír a mis coterráneos; aquí no había nadie, sólo los cadáveres de los infortunados que habían caído presa del rayo de calor. En Marte había respirado con dificultad en su atmósfera tenue, y ansiado respirar el dulce aire de la Tierra; aquí, el olor del fuego y de la muerte nos secaba la garganta y nos asfixiaba.

Marte era desolación y guerra y la Tierra sentía ahora los primeros síntomas de la gangrena marciana, así como Amelia y yo los habíamos experimentado en su momento.

II

Detrás de nosotros, hacia el Sur, había un pequeño pueblo en una colina, y las máquinas de guerra ya lo habían atacado. Un gran manto de humo se extendía sobre el pueblo, sumándose a las nubes de tormenta que se estaban reuniendo más arriba, y en el aire tranquilo de la noche podíamos oír gritos y explosiones.

Hacia el Oeste vimos la cúpula dorada de una de las máquinas, girando a uno y a otro lado a medida que su enorme motor la impulsaba a zancadas a través de árboles lejanos incendiados. Retumbaban los truenos, y no había trazas del ejército.

Nos alejamos apresuradamente, pero ambos estábamos débiles por nuestra odisea en el proyectil, no habíamos comido nada y apenas habíamos dormido en los últimos dos días. Por consiguiente, nuestro avance era lento, a pesar de lo apremiante de nuestra huida. Yo tropecé dos veces, y ambos sufrimos dolorosas punzadas en el costado.

Corrimos enceguecidos, temiendo que los marcianos nos vieran y nos ejecutaran sumariamente como lo habían hecho con los demás. Pero no fue sólo el instinto de conservación lo que nos impelía a seguir adelante; aunque no queríamos morir, ambos comprendíamos que sólo nosotros sabíamos la magnitud de la amenaza que se cernía sobre el mundo.

Finalmente, llegamos a las afueras del pueblo y el terreno allí descendía hacia un arroyuelo que corría entre los árboles. Las ramas superiores habían sido quemadas por el rayo, pero, debajo, los pastos estaban húmedos y había alguna flor.

Sollozando de temor y agotamiento, caímos junto al agua y recogiéndola con las manos ahuecadas bebimos ruidosa y largamente. ¡Para nuestro paladar, cansado de las aguas amargas y metálicas de Marte, esta corriente era pura, en verdad!

Mientras habíamos corrido frenéticamente por los campos, el crepúsculo se había convertido en noche, transformación que se había visto acelerada por las nubes de tormenta que se estaban reuniendo. Ahora, los truenos retumbaban con mayor intensidad y eran más frecuentes, y destellaban los relámpagos. No pasaría mucho tiempo antes de que se desencadenara la tormenta sobre nosotros. Teníamos que continuar la marcha tan pronto como pudiéramos: nuestro vago plan de alertar a las autoridades era la única meta, aun cuando sabíamos que sólo unos pocos ignorarían que una poderosa fuerza destructiva se había desencadenado sobre la Tierra.

Nos quedamos tendidos junto al arroyo durante unos diez minutos. Rodeé con mi brazo los hombros de Amelia y la estreché contra mí con espíritu protector, pero no hablamos. Creo que ambos

estábamos tan sobrecogidos por la enormidad de los daños, que no hallábamos palabras para expresar nuestros sentimientos. ¡Esta era Inglaterra, el país que amábamos, y esto era lo que le habíamos causado!

Cuando nos pusimos de pie vimos que los incendios provocados por los marcianos todavía ardían, y vimos nuevas llamas hacia el Oeste. ¿Dónde estaban las defensas de nuestro pueblo? El primer proyectil había aterrizado hacía casi dos días; ¿estaría toda la región rodeada de cañones?

Pronto tendríamos la respuesta a esos interrogantes, y durante algunas horas ello nos dio una cierta seguridad.

III

La tormenta se desencadenó poco después de que abandonamos nuestro refugio temporario. Repentinamente nos vimos envueltos en un diluvio de tal intensidad, que nos tomó totalmente por sorpresa. A los pocos segundos estábamos calados hasta los huesos.

Yo estaba decidido a guarecernos en algún refugio hasta que el aguacero pasara, pero Amelia se soltó de mi mano y se alejó bailando. La vi iluminada por las llamas distantes, teñida de un reflejo rojo. La lluvia le aplastaba sus largos cabellos contra el rostro, y su sucia camisa empapada se le ceñía contra la piel. Alzó las manos con las palmas hacia arriba, hacia la lluvia, y luego se apartó el cabello de la cara. Había abierto la boca y la oí reír en voz alta. Después se volvió y saltó y chapoteó en los charcos; me tomó de la mano y me hizo girar con alegría. En seguida me contagié su humor alegre, sensual, y juntos, en esa campiña oscura, cantamos y reímos histéricamente, abandonándonos por completo a la emoción de la lluvia.

El aguacero cesó, y al intensificarse los truenos y relámpagos, nos serenamos. Besé a Amelia cariñosamente por un momento y luego proseguimos nuestro camino abrazados.

Varios minutos más tarde cruzamos un camino, pero no había tránsito alguno, y poco después llegamos a otro terreno boscoso. Detrás de nosotros, ahora a una distancia de tres kilómetros o más, podíamos ver el pueblo incendiado en la colina, cuyas llamas no había apagado la lluvia.

En el mismo momento en que llegábamos debajo de los primeros árboles, Amelia súbitamente señaló hacia la derecha. Allí, alineados a cubierto del bosque, había una pequeña batería de artillería, con los tubos de los cañones asomando a través del camuflaje que proporcionaban los arbustos.

Los soldados nos habían visto al mismo tiempo —porque los relámpagos todavía se sucedían con una brillantez asombrosa— y un oficial cubierto con una capa que relucía en la lluvia, se acercó a nosotros.

Fui hacia él de inmediato. No podía ver su rostro en la oscuridad, porque tenía la gorra metida sobre los ojos para protegerse de la lluvia. Dos artilleros se quedaron a corta distancia detrás de él, prestándonos poca atención porque tenían la vista fija en la dirección de donde habíamos venido.

—¿Usted está al mando aquí? —le dije.

—Sí, señor. ¿Viene usted de Woking?

—¿Es ése el pueblo de la colina?

Asintió.

—Parece que está feo el asunto allí, señor. Muchas bajas civiles.

—¿Saben ustedes contra qué luchan? —dije.

—Oí algunos rumores.

—No se trata de un enemigo corriente —dije, levantando un poco la voz—. Deben destruir su foso de inmediato.

—Yo tengo mis órdenes, señor —dijo el oficial, y precisamente en ese momento hubo un brillante destello de luz, que se repitió tres veces, y pude ver su rostro por primera vez. Era un hombre de alrededor de veinticinco años, y las líneas netas y regulares de su rostro eran tan inesperadamente *humanas* que por un momento me quedé sin habla. En el mismo destello de luz él debió haber visto a Amelia y a mí, también, y notado nuestro aspecto descuidado. El oficial continuó diciendo:

—Los hombres han oído rumores de que son gente de Marte.

—No son gente —dijo Amelia, adelantándose—. Son monstruos malignos, destructivos.

—¿Los vio usted, señor? —me dijo el oficial.

—¡Más que eso! —exclamé por encima del retumbar del trueno—. ¡Vinimos con ellos desde Marte!

El oficial se volvió de inmediato e hizo señas a los dos artilleros, quienes vinieron al momento.

—Estos dos civiles —dijo—. Acompáñelos al camino de Chertsey y vuelva.

—¡Tiene que escucharme! —le grité al oficial—. Estos monstruos deben ser muertos en la primera oportunidad que se presente.

—Mis órdenes son perfectamente claras, señor —dijo el oficial, preparándose a irse—. El Cardigan es el mejor regimiento de artillería a caballo del Ejército Británico, un hecho que hasta usted, trastornado como está, debe admitir.

Avancé con ira, pero me detuvo uno de los soldados. Luché y grité:

—¡No estamos trastornados! ¡Tienen que cañonear su foso ahora mismo!

El oficial me miró con compasión durante un segundo o dos —suponiendo, evidentemente, que yo había visto destruir mi casa y mis bienes y que había perdido la razón por el momento—, luego se volvió y se fue chapoteando por el suelo cubierto de lodo hacia una hilera de tiendas de campaña.

El artillero que me retenía dijo:

—Vamos, señor. Este no es lugar para civiles.

Vi que el otro soldado tenía a Amelia asida del brazo, y le grité que la soltara. Así lo hizo, y entonces yo la tomé del brazo y dejé que los soldados nos llevaran más allá de las cuerdas donde estaban atados los caballos —donde los pobres animales tironeaban y relinchaban, su

pelo lustroso por la lluvia— y hacia el corazón del bosque. Caminamos durante varios minutos, durante los cuales nos enteramos de que el destacamento había cabalgado desde los cuarteles de Aldershot esa tarde, pero no obtuvimos ninguna información más, y luego llegamos a un camino.

Allí los soldados nos indicaron la dirección hacia Chertsey y luego se encaminaron de regreso al emplazamiento de su batería.

Le dije a Amelia:

—No tienen idea de lo que deben enfrentar.

Ella lo tomó en forma más filosófica que yo.

—Pero están atentos al peligro, Edward. No podemos decirles lo que tienen que hacer. Los marcianos serán contenidos en el campo.

—¡Hay otros ocho proyectiles más que van a aterrizar! —dije.

—Entonces tendrán que ocuparse de ellos uno por uno. —Tomó mi mano con afecto y comenzamos a caminar por el camino hacia Chertsey—. Tenemos que ser cuidadosos acerca de la forma en que contemos a la gente nuestras aventuras.

Tomé sus palabras como un pequeño reproche y dije, defendiéndome:

—El momento no fue oportuno. Él pensó que yo estaba loco.

—Entonces debemos actuar con más calma.

Dije:

—Ya se ha informado que los proyectiles provienen de Marte. ¿Cómo pueden haberlo sabido?

—No lo sé, pero estoy segura de una cosa que es muy importante para nosotros. Sabemos dónde estamos, Edward. Hemos aterrizado en Surrey.

—Ojalá hubiera dirigido el proyectil hacia el mar.

—Si vamos a Chertsey —dijo Amelia, en nada preocupada por mi pesimismo—, ¡entonces estamos a menos de veinte kilómetros de la casa de Sir William, en Richmond!

IV

Cuando entramos en Chertsey, era evidente que el pueblo había sido evacuado. La primera señal que tuvimos fue cuando pasamos la estación y vimos que habían cerrado las rejas de la entrada de pasajeros. Al otro lado, un letrero escrito con tiza anunciaba que el servicio de trenes había sido suspendido hasta nuevo aviso.

Más hacia el interior de la ciudad, al caminar por caminos sin iluminar, no vimos una sola lámpara encendida en ninguna de las casas, y tampoco a nadie en las calles. Caminamos hasta el río Támesis, pero todo lo que pudimos ver fueron varias lanchas y botes amarrados a la orilla, movidos por la corriente.

Los truenos habían cesado, aunque continuaba lloviendo, y ambos estábamos muertos de frío.

—Tenemos que encontrar algún lugar donde descansar —dije—. Ambos estamos agotados.

Amelia asintió sin fuerzas y se apretó un poco más contra mi brazo. Me alegraba, por ella, de que no hubiera nadie que nos viera: nuestro abrupto regreso a la civilización sirvió para hacerme recordar que Amelia, con su camisa desgarrada y empapada, era como si estuviera desnuda, y que yo no estaba mucho mejor vestido.

Amelia tomó una decisión repentina.

—Debemos forzar la entrada en alguna de las casas. No podemos dormir a la intemperie.

—Pero los marcianos...

—Dejemos que el ejército se ocupe de ellos. Querido, debemos descansar.

Había varias casas cuyos fondos daban hacia el río, pero cuando fuimos de una a otra comprendimos que la evacuación debió haber sido ordenada y sin pánico, porque todas ellas tenían bien cerradas y aseguradas sus puertas y ventanas.

Por fin llegamos a una casa, en un camino que estaba a poca distancia, apenas, del río, en la cual una ventana cedió cuando la empujé. Entré por ella de inmediato y luego desde adentro abrí la puerta para que pasara Amelia. Ella entró, tiritando, y le di calor con mi cuerpo.

—Quítate la camisa —le dije—. Te buscaré algunas ropas.

La dejé sentada en la cocina, porque el fuego había estado encendido durante el día y allí el ambiente todavía era cálido. Recorrí las habitaciones del piso superior, pero descubrí, con gran desilusión, que todos los armarios estaban vacíos, aun en las dependencias de la servidumbre. Encontré, sí, algunas mantas y toallas, y las llevé abajo. Allí me quité mi ropa interior y la coloqué, junto con la andrajosa

camisa de Amelia, en la barra que había delante del hornillo. Cuando había estado en el piso superior había encontrado que el agua del tanque todavía estaba caliente, y mientras nos encontrábamos acurrucados en nuestras mantas junto al hornillo, le dije a Amelia que podía tomar un baño.

Su reacción a esta noticia fue una expresión de placer tan inocente y libre de prejuicios que no quise añadir que tal vez sólo hubiera suficiente agua caliente para uno.

Mientras yo había estado buscando ropa, Amelia no había permanecido ociosa. Había descubierto algunos alimentos en la despensa, y aunque estaban fríos, nos parecieron deliciosos. Creo que nunca olvidaré la primera comida que hicimos después de nuestro regreso: carne salada, queso, tomates y una lechuga cultivada en la huerta. Hasta pudimos beber algo de vino, porque la casa contaba con una modesta bodega.

No nos atrevimos a encender ninguna de las lámparas, dado que las casas que nos rodeaban estaban a oscuras, y si alguno de los marcianos llegaba a pasar por allí nos vería de inmediato. Aun así, revisé la casa en busca de algún periódico o revista, esperando poder enterarme qué habían sabido acerca de los proyectiles antes que los marcianos salieran del foso. No obstante, habían retirado todo de la casa, salvo lo que habíamos encontrado.

Finalmente, Amelia dijo que tomaría su baño, y poco después oí el ruido del agua al caer en la bañera. En ese momento regresó.

Dijo:

—Estamos acostumbrados a compartir la mayor parte de las cosas, Edward, y creo que tú estás tan sucio como yo.

Así fue que, mientras nos encontrábamos tendidos juntos en el agua humeante, descansando verdaderamente por primera vez desde nuestra huida, vimos el resplandor verde del tercer proyectil, cuando cayó a tierra a varios kilómetros hacia el Sur.

V

Estábamos tan agotados, que a la mañana siguiente dormimos hasta una hora muy avanzada; considerando la situación, no era lo más conveniente, pero nuestro encuentro con la artillería la noche anterior nos había devuelto la seguridad, y nuestros cuerpos fatigados ansiaban descansar. En efecto, cuando desperté, mis primeros pensamientos no fueron, en absoluto, para los marcianos. La noche anterior, había puesto en hora mi reloj de acuerdo con el que había en la sala de estar, y tan pronto como desperté lo miré y vi que eran las once menos cuarto. Amelia todavía estaba dormida a mi lado, y cuando la toqué suavemente para despertarla me atacaron los primeros sentimientos de intranquilidad acerca de la forma imprudente en que nos estábamos comportando. Como resultado natural de nuestro confinamiento en Marte, habíamos comenzado a comportarnos como marido y mujer y por más que me resultaba muy placentero —y sabía que a Amelia también— la familiaridad misma de lo que nos rodeaba, la mansión agradable de ese tranquilo pueblo junto al río, me hacían recordar que ahora estábamos de regreso en nuestra sociedad. Pronto llegaríamos a algún lugar donde todavía no se hubiera hecho sentir el espantoso efecto de los marcianos, y entonces nos veríamos obligados a observar los hábitos sociales de nuestro país. Lo que había pasado entre nosotros antes de que nos durmiéramos se volvía incorrecto en nuestro ambiente actual.

Fuera de la casa, la campiña estaba silenciosa. Oí pájaros que cantaban y el ruido de los botes amarrados, golpeándose unos con otros en el río... pero nada de ruedas, nada de pisadas, nada de cascos repiqueteando sobre caminos afirmados.

—Amelia —le dije en voz baja—. Debemos ponernos en marcha si queremos llegar a Richmond.

Se despertó entonces, y durante unos momentos permanecimos abrazados con cariño.

Ella dijo:

—Edward... ¿qué ruido es ése?

Nos quedamos quietos, y luego yo también oí lo que le había llamado la atención. Era como si alguien arrastrara un gran peso... oímos el crujido de plantas y árboles, el ruido de la grava al ser hollada y, sobre todo, el rechinar de metal sobre metal. Por un instante me quedé helado de espanto, luego salí de esa parálisis y salté de la cama. Corrí a través de la habitación y abrí las cortinas sin pensar en el peligro. ¡Al inundarse el cuarto con la luz del sol vi directamente frente a nuestra ventana la pata articulada de metal de una máquina de guerra! Mientras la miraba horrorizado, salió una

bocanada de humo verde por las articulaciones y el mecanismo elevado impulsó el artefacto más allá de la casa.

Amelia también la había visto y se incorporó en la cama, apretando las sábanas contra su cuerpo.

Corrí hacia ella, aterrado por el tiempo que habíamos perdido.

—Debemos irnos de inmediato.

—¿Con *eso* allí afuera? —dijo Amelia—. ¿Dónde se ha ido? Salió apresuradamente de la cama y fuimos juntos, en silencio, por el piso alto de la casa, hasta una habitación del otro lado. Era la habitación de un niño, porque el piso estaba sembrado de juguetes. Espiando por las cortinas semicorridas, miramos en dirección al río.

Se veían tres máquinas de guerra. Sus plataformas no estaban elevadas hasta su máxima posición y tampoco podían verse sus cañones de calor. En cambio, en la parte posterior de cada plataforma habían instalado lo que parecía ser una inmensa red de metal, y colocaban en esas redes los cuerpos inertes de los seres humanos que habían sido electrocutados por los tentáculos de metal que colgaban de las máquinas. En la red de la máquina de guerra que estaba más cerca de nosotros había ya siete u ocho personas, que yacían en un montón informe donde habían sido depositadas.

Mientras observábamos la escena consternados, vimos que los tentáculos de metal de una de las máquinas más distante se introducía dentro de una casa... y se retiraba alrededor de treinta segundos después, apresando el cuerpo inconsciente de una niña.

Amelia se cubrió la cara con las manos y se apartó.

Permanecí frente a la ventana unos diez minutos más, petrificado por el temor de que nos vieran y también por el horror de lo que estaba presenciando. Pronto apareció una cuarta máquina, que también llevaba su carga de despojos humanos. Detrás de mí, Amelia, tendida en la cama del niño, sollozaba en silencio.

—¿Dónde está el ejército? —dije en voz baja, repitiendo las palabras una y otra vez. Era inconcebible que no se pusiera coto a tales atrocidades. ¿La batería que habíamos visto la noche anterior había dejado pasar a los monstruos sin combatirlos? ¿O ya se había librado un breve combate, del cual los monstruos habían salido indemnes?

Afortunadamente para Amelia y para mí, la expedición de aprovisionamiento de los marcianos parecía estar terminando, pues las máquinas de guerra se detuvieron, aparentemente, porque los conductores se consultaban entre ellos. Finalmente, apareció uno de los vehículos de superficie dotados de patas, y en contados instantes los cuerpos inconscientes fueron transferidos a él.

Presintiendo que iba a haber nuevos acontecimientos, le pedí a Amelia que fuera al piso de abajo y recogiera nuestras ropas. Así lo

hizo y regresó casi de inmediato. Tan pronto como me puse las mías, dejé a Amelia montando guardia en la ventana y fui de una habitación a otra para ver si había más máquinas de guerra en los alrededores. Se veía una sola, y estaba aproximadamente a un kilómetro y medio, hacia el Sudeste.

Oí que Amelia me llamaba y me apresuré a volver junto a ella. Sin decir palabra, me señaló con un gesto: las cuatro máquinas de guerra se alejaban de nosotros, moviéndose lentamente hacia el Oeste. Sus plataformas todavía estaban bajas, los cañones de calor seguían sin elevarse.

—Esta es nuestra oportunidad —dije—. Podemos tomar un bote y dirigirnos a Richmond.

—Pero, ¿no hay peligro?

—No más que en cualquier otro momento. Es un riesgo que debemos correr. Debemos mantenernos constantemente en guardia, y a la primera señal de los marcianos buscaremos refugio en la orilla.

Amelia parecía dudar, pero no formuló ninguna otra objeción.

Todavía conservábamos algún resto de buena educación, a pesar de la terrible anarquía que nos rodeaba, y no abandonamos la casa hasta que Amelia dejó una breve nota al propietario disculpándonos por nuestra irrupción y prometiéndole pagar oportunamente los alimentos que habíamos consumido.

VI

Las tormentas del día anterior habían pasado, y la mañana era soleada, cálida y tranquila. Sin pérdida de tiempo bajamos hasta la orilla del río y caminamos por uno de los muelles de madera, al cual estaban amarrados varios botes de remos. Elegí el que a mi criterio era sólido, sin ser muy pesado. Ayudé a Amelia a entrar en él, luego subí detrás de ella y solté las amarras de inmediato.

No había señal de ninguna de las máquinas de guerra,.pero aun así remé junto a la orilla Norte, porque en ella crecían sauces llorones, cuyas ramas se extendían sobre el río en muchos lugares.

No hacía más de dos minutos que remábamos cuando nos alarmó una explosión de fuego de artillería desde algún lugar cercano.

—¡Agáchate, Amelia! —grité, porque por sobre los techos de Chertsey había visto volver a las cuatro máquinas de guerra. Los relucientes titanes estaban levantados hasta su altura máxima y sus cañones de calor estaban elevados. Las granadas de artillería explotaban en el aire a su alrededor, pero no les causaban daños, según yo podía ver.

Amelia se había tendido a lo largo sobre las planchas del piso del bote, y se arrastró hasta donde yo estaba sentado. Se abrazó a mis piernas, apretándome como si ello bastara para alejar a los marcianos. Observamos cómo las máquinas de guerra modificaban abruptamente su rumbo y se encaminaban hacia el emplazamiento de artillería situado en la orilla Norte, frente a Chertsey. La velocidad de las máquinas era prodigiosa. Cuando llegaron a la orilla del río no vacilaron, sino que se lanzaron al agua, levantando una enorme masa de espuma. Todo el tiempo sus cañones dispararon hacia adelante, y pocos instantes después no oímos más disparos de parte de nuestros hombres.

En el mismo momento, Amelia señaló hacia el Este. Allí, cerca del lugar donde estaba situado Weybridge, la quinta máquina de guerra —la que había visto antes desde la casa— cargaba a toda velocidad hacia el río. Había atraído la atención de más piezas de artillería emplazadas junto a Shepperton, y al avanzar su reluciente plataforma se vio rodeada de bolas de fuego, producidas por las granadas al estallar. No obstante, ninguna de éstas hizo impacto, y vimos el cañón de calor del marciano que giraba a izquierda y derecha. El rayo cayó sobre Weybridge, y al momento secciones enteras del pueblo estallaron en llamas. No obstante, Weybridge en sí no era el blanco elegido por la máquina, porque prosiguió su camino hasta que llegó al río y se introdujo en él a una velocidad vertiginosa.

En ese momento hubo un efímero instante de éxito para el

ejército. Uno de los proyectiles de artillería dio en el blanco, y con una violencia asombrosa la plataforma estalló en fragmentos. Casi sin detenerse, como si tuviera vida propia, la máquina de guerra prosiguió su marcha trastabillando, resbalando y bamboleándose. Pocos segundos después chocó contra la torre de una iglesia cerca de Shepperton y cayó en el río. En el momento en que el cañón de calor entró en contacto con el agua, su horno estalló, lanzando al aire una enorme nube de espuma y vapor.

Todo esto se había desarrollado en menos de un minuto, ya que la velocidad misma a la cual los marcianos podían hacer la guerra era un factor decisivo de su supremacía.

Antes que tuviéramos tiempo de recuperar nuestros sentidos, las cuatro máquinas de guerra que habían silenciado a la batería de Chertsey se dirigieron en auxilio de su camarada caído. La primera noticia que tuvimos fue cuando oímos una profusión de silbidos y chapoteos y, al mirar aguas arriba, vimos a las cuatro máquinas avanzando velozmente por el agua hacia nosotros. No tuvimos tiempo de pensar en ocultarnos o escapar; en realidad, tan paralizados de terror estábamos, que los marcianos estuvieron sobre nosotros antes de que pudiéramos reaccionar. Por suerte para nosotros, los monstruos no podían dedicarnos ninguna atención, porque estaban empeñados en una guerra más importante. Casi antes de que estuvieran sobre nosotros, los cañones de calor barrían el espacio con sus rayos mortíferos, y una vez más los estampidos secos de la artillería cercana a Shepperton replicaron inútilmente.

Luego vi una escena que no desearía presenciar nunca más. La mala intención deliberada de los invasores marcianos jamás se llevó a cabo en forma más concluyente.

Una máquina avanzó hacia la artillería de Shepperton y, sin prestar atención a las granadas que estallaban alrededor silenció los cañones con un prolongado barrido de su rayo. Otra, colocada junto a ella, se dedicó a la destrucción sistemática de Shepperton mismo. Las otras dos máquinas de guerra, paradas en medio de la multitud de islas formadas en la confluencia del Wey con el Támesis, se ocuparon de llevar la muerte a Weybridge. Sin conmiseración, tanto hombres como bienes eran volados o destruidos, y a través de las praderas de Surrey, oíamos una detonación tras otra y el clamor de voces que se alzaban con el terror que precede a la muerte violenta.

Una vez que los marcianos concluyeron su obra funesta, la tierra quedó en silencio otra vez... pero no había quietud. Weybridge ardía, Shepperton ardía. El vapor proveniente del río se mezclaba con el humo de los pueblos, formando una gran columna que ascendía en el cielo sin nubes.

Los marcianos, otra vez sin nada que se les opusiera, recogieron

sus cañones y se reunieron en el recodo del río donde había caído la primera máquina de guerra. Al rotar sus plataformas a derecha e izquierda, la brillante luz del sol se reflejaba en las pulidas cúpulas.

VII

Durante todo esto, Amelia y yo habíamos estado tan sobrecogidos por los acontecimientos que se desarrollaban a nuestro alrededor que no nos dimos cuenta de que nuestro bote seguía a la deriva con la corriente. Amelia seguía acurrucada en el fondo del bote, pero yo había recogido los remos y me había quedado sentado en el asiento de madera.

Miré a Amelia, y con una voz cuya ronquera reflejaba el terror que sentía, dije:

—¡Si esto es una prueba de su poder, los marcianos conquistarán el mundo!

—No podemos quedarnos sentados y dejar que eso suceda.

—¿Qué propones?

—Debemos llegar a Richmond —dijo ella—. Sir William estará en mejores condiciones de saberlo.

—Entonces debemos seguir remando —dije.

En la terrible confusión en que me encontraba, había pasado por alto el hecho de que en ese mismo momento había cuatro máquinas de guerra que se interponían entre Richmond y nosotros, y tomé los remos y los introduje nuevamente en el agua. Di una sola remada, cuando oí detrás de mí un sonoro chapoteo y Amelia gritó.

—¡Vienen hacia aquí!

Solté los remos al momento, y se deslizaron dentro del agua.

—¡Quédate quieta! —Le grité a Amelia. Llevando a la práctica mis palabras, me arrojé hacia atrás, quedando tendido en un ángulo, incómodo y doloroso sobre el asiento de madera. Detrás de mí oí el tumultuoso chapoteo de las máquinas de guerra que corrían río arriba. ¡Ahora estábamos a la deriva casi en el centro de la corriente, y directamente en el camino que seguirían!

Las cuatro avanzaban una al lado de la otra y, tendido como estaba, pude verlas desde abajo. Habían recuperado los restos de la máquina de guerra destruida por la artillería y los llevaban entre ellas, por el mismo camino por el que habían venido. Por un instante pude ver el metal desgarrado y deformado por la explosión que había sido la plataforma, y vi también que había muchos coágulos y sangre en gran parte de él. No me causó satisfacción la muerte de uno de esos monstruos, porque, ¿qué significaba comparada con la malévola destrucción de dos pueblos y el asesinato de incontables seres humanos?

Si los monstruos hubieran querido matarnos entonces, no habríamos tenido posibilidad de sobrevivir; sin embargo, nos salvamos de ello porque tenían otras preocupaciones. Su victoria sobre los dos

desgraciados pueblos era rotunda, y sobrevivientes aislados como nosotros no tenían ninguna importancia. Se aproximaron a nosotros con una velocidad vertiginosa, casi ocultos por las nubes de espuma que producían sus patas al agitar el agua. Una de ellas penetró en el agua a menos de tres metros de nuestro pequeño bote, y al momento quedamos inundados. El bote rolaba y cabeceaba, embarcando tanta agua que pensé que con seguridad nos hundiríamos.

Luego, pocos segundos después, los trípodes habían desaparecido, dejándonos anegados y en precario equilibrio en el río agitado.

VIII

Nos llevó varios minutos lograr recuperar nuestros remos y descargar agua para hacer que el bote fuera maniobrable otra vez. Para entonces, las máquinas de guerra marcianas habían desparecido hacia el Sur, presumiblemente en camino hacia su foso en los campos cercanos a Woking.

Sumamente conmovido por el prolongado incidente, me dediqué a remar, y a los pocos minutos pasábamos por los restos volados de Weybridge.

Si había sobrevivientes, no vimos ninguno. Un transbordador había estado cruzando cuando atacaron los marcianos, y vimos su casco volcado y ennegrecido a flor de agua en el río. A lo largo, del recorrido del cable de remolque había veintenas, quizá cientos, de cuerpos chamuscados de aquellos que habían sufrido en forma directa la acción del rayo de calor. El pueblo mismo estaba envuelto en llamas, y pocos de sus edificios se habían salvado del ataque asesino, si es que se había salvado alguno. Era como la escena de una pesadilla, porque cuando un pueblo arde en silencio, sin ninguna presencia humana, no es nada menos que una pira fúnebre.

Había muchos cuerpos en el agua, quizá de gente que pensaron que en ella hallarían refugio. Allí, los marcianos, con su astucia enorme y malévola, habían dirigido sus rayos de calor hacia el río mismo, haciendo elevar la temperatura del agua al punto de ebullición. Cuando remamos por ella, el agua todavía burbujeaba y echaba vapor, y cuando Amelia introdujo la mano para comprobar si estaba muy caliente, la retiró instantáneamente. Muchos de los cuerpos que allí flotaban revelaban, por el rojo brillante de su piel, que esa gente literalmente había muerto hervida. Afortunadamente para nuestra sensibilidad, el vapor ocultaba la escena que nos rodeaba, de modo que cuando atravesamos esa carnicería no tuvimos que ver mucho de ella.

Fue con considerable alivio que dimos vuelta por el recodo del río, pero nuestras angustias no habían acabado, porque ahora podíamos ver los daños que había sufrido Shepperton. Instado por Amelia, remé con más rapidez y a los pocos minutos habíamos dejado atrás lo peor.

Después de haber pasado otro recodo, remé un poco más lentamente, porque me estaba cansando con rapidez. Ambos estábamos en un estado terrible por lo que habíamos visto, de modo que me aproximé a la orilla. Subimos por la barranca y nos sentamos, confusos y conmovidos. No relataré lo que pasó entre nosotros entonces, pero nuestra desesperación se debía mucho a que nos

sentíamos cómplices de esta devastación.

Para cuando recuperamos nuestra compostura habían transcurrido ya dos horas, y nuestra resolución de desempeñar un papel más activo en la lucha contra estos monstruos se había fortalecido. Fue así que con un renovado sentido de urgencia regresamos al bote. Sir William Reynolds, si es que no estaba ya ocupado con este problema, podría proponer alguna solución más sutil que la que se le había ocurrido hasta ahora al ejército.

En estos momentos, sólo la presencia ocasional de algún resto que flotaba nos recordaba lo que habíamos visto, pero nuestros recuerdos estaban muy frescos. A partir del momento en que se desencadenó el ataque de los marcianos no habíamos visto a nadie con vida, y aún ahora el único movimiento que se apreciaba era el del humo.

El descanso me había devuelto las fuerzas, y volví a remar con gran vigor, con golpes de remo prolongados y sin esfuerzo.

A pesar de todo lo que habíamos experimentado, el día era todo lo que yo había ansiado cuando había estado en Marte. La brisa era suave y el sol, cálido. Los árboles y pastos verdes de las orillas alegraban la vista, y vimos y oímos multitud de pájaros e insectos. Todo ello, y el ritmo agradable de los remos, sirvió para que pudiera poner en orden mis pensamientos. ¿Ahora que habían demostrado su superioridad, los marcianos se conformarían con consolidar su posición? Si así fuera, ¿cuánto tiempo le daría ello a nuestras fuerzas militares para ensayar nuevas tácticas? A decir verdad, ¿cuál era el poderío de nuestras fuerzas? Aparte de las tres baterías de artillería que habíamos visto y oído, no había trazas del ejército.

Además, sentía que necesitábamos ajustarnos a nuestras actuales circunstancias. En cierta forma, Amelia y yo habíamos vivido hasta ahora según las rutinas que habíamos establecido cuando estábamos dentro del proyectil, es decir, nuestras vidas se regían por el predominio de los marcianos. En cambio, ahora estábamos en nuestra propia tierra, una tierra que tenía nombres que podíamos reconocer, y que en la vida ordenada de una persona había días y semanas. Habíamos determinado el paraje de Inglaterra donde habíamos aterrizado y podíamos ver que nuestra patria gozaba de un verano excelente, aunque se estuvieran anunciando cambios de clima, pero no sabíamos qué día de la semana era, ni siquiera en qué mes estábamos.

Era en cosas así, evidentemente triviales, en lo que yo pensaba mientras dirigía nuestro bote por el recodo del río que está poco más arriba del puente de Walton-on-Thames. Fue aquí donde vimos el primer ser viviente ese día: un joven que llevaba puesta una chaqueta oscura. Estaba sentado entre los juncos, al borde del agua, abatido, con la mirada fija al otro lado del río.

Se lo señalé a Amelia y de inmediato modificamos nuestro rumbo

y nos dirigimos hacia él.

Al acercarnos, vimos que era un clérigo. Parecía muy joven, porque era menudo y su cabeza estaba coronada por una masa de cabello rubio enrulado. Luego vimos que tendido en el terreno, junto a él, estaba el cuerpo de otro hombre. Éste era más robusto y su cuerpo —que estaba desnudo de la cintura para arriba— estaba cubierto de la suciedad del río.

Todavía pensando en mis reflexiones algo triviales de hacía un momento, le grité al cura tan pronto como estuvimos al alcance de la voz.

—Señor, ¿qué día es hoy?

El cura nos miró fijamente y luego se puso de pie con cierta inseguridad. Pude ver que estaba muy conmovido por sus experiencias, puesto que no podía tener sus manos quietas y jugueteaba constantemente con la parte delantera, desgarrada, de su chaqueta. Su mirada tenía una expresión vacía y de inseguridad cuando me contestó.

—Es el Día del Juicio, hijos míos.

Amelia había estado observando al hombre que yacía junto al cura, y le preguntó:

—Padre, ¿está vivo ese hombre?

No recibió respuesta, porque el cura había girado la cabeza, confuso, mirando en otra dirección. Hizo ademán de irse, pero luego se volvió otra vez y nos miró.

—¿Necesita ayuda, padre?

—¿Quién puede ayudar, cuando se ha descargado sobre nosotros toda la ira de Dios?

—Edward... rema hacia la orilla.

Yo dije:

—¿Pero qué podemos hacer para ayudar?

No obstante, comencé a remar y poco después habíamos desembarcado. El cura se quedó observando cuando nos arrodillamos junto al hombre postrado. De inmediato vimos que no estaba muerto, ni siquiera inconsciente, sino que se movía, inquieto, como si delirara.

—Agua... ¿tienen agua? —dijo, con labios agrietados. Vi que su piel tenía un tono ligeramente rojizo, como si también él hubiera estado en el agua cuando los marcianos hicieron hervir el río.

—¿No le ha dado nada de agua? —le dije al cura.

—Me la pide constantemente, pero este es un río de sangre.

Miré a Amelia, y vi por su expresión que mi propia opinión del pobre cura perturbado quedaba confirmada.

—Amelia —le dije con suavidad—, mira si puedes encontrar algo con qué traer agua.

Volví mi atención al hombre que deliraba y desesperado le di

palmadas suaves en la cara. Esto pareció sacarlo de su delirio, porque se sentó de inmediato, sacudiendo la cabeza.

Amelia había encontrado una botella junto al río, la trajo y se la alcanzó al hombre, quien la llevó, agradecido, a sus labios y bebió largamente. Noté que ahora estaba en posesión de sus facultades y que miraba fijamente al joven cura.

Éste vio la forma en que ayudábamos al hombre y ello pareció desconcertarlo. Miró a través de las praderas en dirección a la torre destrozada, distante, de la iglesia de Shepperton.

Dijo:

—¿Qué significa esto? ¡Todo nuestro trabajo destruido! Es la venganza de Dios, puesto que se ha llevado a sus hijos. El humo ardiente seguirá elevándose para siempre...

Luego de esta misteriosa letanía, se alejó con paso decidido por entre los altos pastos y pronto lo perdimos de vista.

El hombre tosió varias veces y dijo:

—Nunca les agradeceré lo suficiente. Pensé que moriría sin remedio.

—¿El cura era compañero suyo? —dije.

Negó con un débil movimiento de cabeza.

—Nunca lo había visto en mi vida.

—¿Se siente bien para moverse? —dijo Amelia.

—Creo que sí. No estoy herido, pero escapé por poco.

—¿Estuvo usted en Weybridge? —dije.

—Estuve en el centro mismo de toda la acción. Esos marcianos no tienen compasión, no tienen escrúpulos...

—¿Cómo sabe que son de Marte? —dije, muy interesado, tal como cuando había oído los rumores de los soldados.

—Todos los saben. El disparo de sus proyectiles fue observado en muchos telescopios. A decir verdad, yo fui uno de los afortunados que pudieron observarlo, en el instrumento de Ottershaw.

—¿Es usted astrónomo?

—No lo soy, pero estoy muy relacionado con muchos científicos. Mi profesión es de índole más filosófica. Se detuvo entonces, se miró a sí mismo y de inmediato se sintió muy incómodo.

—Mi querida señora —le dijo a Amelia—, debo pedirle disculpas por mi desnudez.

—Nosotros no estamos mejor vestidos —replicó ella, lo cual era bastante cierto.

—¿Ustedes también vienen de donde la lucha fue más intensa?

—En cierta forma —dije—. Señor, espero que se una a nosotros. Tenemos un bote y nos dirigimos a Richmond. Creo que allí encontraremos refugio.

—Muchas gracias —dijo el hombre—, pero debo seguir mi

camino. Trato de llegar a Leatherhead, porque es allí donde dejé a mi esposa.

Pensé con rapidez, tratando de visualizar la geografía de la isla. Leatherhead estaba a muchos kilómetros al Sur de donde nos encontrábamos.

El hombre continuó:

—Vean ustedes, vivo en Woking, y antes de que los marcianos atacaron conseguí llevar a mi esposa a lugar seguro. Desde entonces, como me vi obligado a regresar a Woking, estoy tratando de reunirme con ella. Pero, con gran dolor, he comprobado que toda la extensión entre Leatherhead y este punto está en manos de esas bestias.

—Entonces, ya que su esposa está a salvo —dijo Amelia—, ¿no sería acertado que usted se uniera a nosotros hasta que el ejército se haga cargo de esta amenaza?

Era evidente que el hombre se había tentado, porque no estábamos a muchos kilómetros de distancia de Richmond. Vaciló unos segundos más y luego asintió con la cabeza.

—Si van remando necesitarán otro par de brazos —dijo—. Lo haré con mucho gusto, pero primero, ya que estoy tan sucio, quisiera lavarme.

Fue hasta el borde del agua, y recogiendo agua con las manos se lavó, quitándose gran parte de los restos de humo y suciedad que tanto lo desfiguraban. Luego, después de haberse alisado el cabello, le extendió una mano a Amelia y la ayudó a subir nuevamente al bote.

Capítulo 20
BOGAMOS RÍO ABAJO

I

Que nuestro nuevo amigo era persona de buenos modales quedó demostrado tan pronto como subimos al bote. No quiso aceptar que yo remara, mientras él no hubiera cumplido su turno en los remos, e insistió en que me sentara a popa con Amelia.

—Debemos estar preparados —dijo— en caso de que esos demonios regresen. Nos turnaremos para remar, y todos mantendremos los ojos bien abiertos.

Hacía algún tiempo que yo pensaba que la aparente inactividad de los marcianos debía ser temporaria, y era alentador saber que alguien compartía mis sospechas. Esto sólo podía ser una pausa en su campaña, y como tal debíamos aprovecharla al máximo.

De acuerdo con nuestro plan, mantuve una atenta vigilancia para ver si aparecían los trípodes (aunque al presente todo parecía tranquilo), pero Amelia tenía puesta su atención en otra cosa. En realidad, miraba fijamente a nuestro nuevo amigo con una atención indebida.

Por fin, ella dijo:

—Señor, ¿puedo preguntarle si alguna vez ha visitado Reynolds House, en Richmond?

El caballero la miró con evidente sorpresa, pero de inmediato dijo:

—Sí, por cierto, pero hace muchos años.

—¿Entonces conoce a Sir William Reynolds?

—Nunca fuimos muy amigos, porque temo que él no era dado a amistades íntimas, pero éramos miembros del mismo club en St. James y ocasionalmente intercambiábamos confidencias.

Amelia frunció el ceño en su esfuerzo por concentrarse.

—Creo que nos hemos conocido anteriormente.

Nuestro amigo dejó de remar y mantuvo los remos fuera del agua.

—¡Mi Dios! —exclamó—. ¿No es usted la ex secretaria de Sir William?

—Sí, lo soy. Y creo, señor, que usted es Mr. Wells.

—Así me llamo —dijo con seriedad—. Y si no estoy equivocado creo que usted es Miss Fitzgibbon.

Amelia lo confirmó al momento.

—¡Qué coincidencia extraordinaria!

Cortésmente, Mr. Wells me preguntó cómo me llamaba, y yo me presenté. Extendí mi mano para estrechar la suya y él se inclinó sobre los remos.

—Encantado de conocerlo, Turnbull —dijo.

En ese preciso instante los rayos del sol cayeron sobre su cara en

tal forma que sus ojos se mostraron de un azul sorpretende; en su rostro cansado y preocupado, brillaban como faros optimistas, y sentí afecto hacia él.

Amelia todavía seguía entusiasmada.

—Ahora vamos hacia Reynolds House —dijo—. Pensamos que Sir William es una de las pocas personas que pueden hacer frente a esta amenaza.

Mr. Wells frunció el ceño y volvió a remar.

Después de un momento dijo:

—¿Entiendo que ustedes no han visto a Sir William desde hace un tiempo?

Amelia me miró, y supe que ella no estaba segura de la forma en que debía responder.

Yo respondí por ella:

—No, desde mayo de 1893, señor.

—Esa es la última vez que fue visto, por mí o por cualquier otra persona. ¿Seguramente usted lo sabrá, si trabajaba para él?

Amelia dijo:

—Dejé de trabajar para él en ese mes de mayo. ¿Usted quiere decir que murió después de esa fecha?

Yo sabía que esto último era una suposición muy aventurada, pero Mr. Wells pronto la corrigió.

—Creo que Sir William no está muerto —dijo—. Fue hacia el futuro en esa infernal Máquina del Tiempo que había construido, y aunque volvió una vez, no se lo ha visto desde su segundo viaje.

—¿Está seguro de lo que dice? —dijo Amelia.

—Tuve el honor de escribir sus memorias —dijo Mr. Wells—, porque él mismo me las dictó.

II

Mientras remábamos, Mr. Wells nos dijo lo que se sabía del destino de Sir William. Al mismo tiempo, era interesante comprobar que algunas de nuestras suposiciones anteriores no habían sido incorrectas.

Parecía que después de que la Máquina del Tiempo nos había depositado en el macizo de malezas, había regresado indemne a Richmond. Mr. Wells no podía haber estado enterado de nuestro accidente, por supuesto, pero, su relato de los posteriores experimentos de Sir William no mencionaban el hecho de que la máquina pudiera haber faltado aun por un corto período de tiempo.

Según Mr. Wells, Sir William había sido más osado que nosotros y había llevado la Máquina del Tiempo a un futuro muy distante. Allí, Sir William había visto muchas cosas extrañas (Mr. Wells prometió darnos una copia de su relato, porque dijo que era una historia muy larga para contar en ese momento), y aunque había regresado para relatarlas, posteriormente había partido por segunda vez hacia el futuro. Pero nunca había regresado.

Imaginando que Sir William había sufrido un accidente similar al nuestro con la máquina, dije:

—¿La Máquina del Tiempo regresó vacía, señor?

—Nunca se volvió a ver ni a la máquina ni a Sir William.

—¿Entonces no hay manera de llegar hasta él?

—No sin una segunda Máquina del Tiempo —dijo Mr. Wells.

Para ese entonces estábamos pasando frente a Walton-on-Thames y se apreciaba una gran actividad dentro del pueblo. Vimos varias bombas contra incendio desplazándose ruidosamente por el camino costanero en dirección a Weybridge, en medio de nubes de polvo blanco que levantaban los cascos de sus caballos. Se estaba cumpliendo una evacuación ordenada, pero rápida, y muchos centenares de personas marchaban a pie o en vehículos por el camino hacia Londres. El río en sí estaba congestionado, y había varias embarcaciones que trasbordaban gente hacia el lado de Sunbury, por lo cual nos vimos obligados a dirigir nuestro bote con cuidado entre ellas. A lo largo de la orilla Norte vimos muchas señales de actividad militar, y veintenas de soldados marchando hacia el Oeste. En los prados al Este de Halliford vimos más piezas de artillería que estaban siendo alistadas.

Esta distracción puso fin a nuestra conversación sobre Sir William, y para cuando dejamos atrás Walton estábamos sentados en silencio. Mr. Wells parecía estar cansándose de remar, de modo que tomé su lugar.

Ocupado una vez más con la tarea física regular de remar, encontré que mis pensamientos volvían a la secuencia ordenada que habían tenido poco tiempo antes de que nos encontráramos con Mr. Wells y el cura.

Hasta este momento, no había tratado de comprender por qué estábamos tan decididos a llegar a la casa de Sir William. No obstante, al mencionar Mr. Wells la Máquina del Tiempo mis pensamientos se habían concentrado directamente en el motivo que nos impulsaba: de alguna forma instintiva se me había ocurrido que la propia máquina podría utilizarse contra los marcianos. Después de todo, el Instrumento con el cual habíamos llegado a Marte, y sus extraños desplazamientos por las dimensiones atenuadas del espacio y el tiempo, no tenían, por cierto, parangón con nada de lo que disponían los marcianos.

Sin embargo, si ya no podíamos contar con la Máquina del Tiempo, entonces teníamos que abandonar cualquier idea de ese tipo. Proseguíamos hacia Richmond, no obstante, porque la casa de Sir William, en la posición aislada que ocupaba, precisamente detrás de lacima de la colina, sería un refugio mucho mejor que la mayoría para protegernos de los marcianos.

Como tenía a Amelia frente a mí, noté que ella también parecía ensimismada en sus pensamientos, y me pregunté si habría llegado a la misma conclusión que yo.

Por fin, no deseando dejar de lado a Mr. Wells, dije:

—Señor, ¿conoce usted los preparativos que está haciendo el ejército?

—Sólo lo que hemos visto hoy. Fueron tomados totalmente desprevenidos. Desde los primeros momentos de la invasión, ninguna de las personas con la autoridad necesaria estaba preparada para tomar la situación con la seriedad debida.

—Usted habla como si los criticara.

—Así es —dijo Mr Wells—. Hacía varias semanas que se conocía que los marcianos habían lanzado una fuerza de invasión. Como le he dicho, el disparo de los proyectiles fue observado por muchos; hombres de ciencia. Se publicaron una infinidad de advertencias, tanto en medios científicos como en la prensa diaria, y sin embargo, cuando aterrizó el primer proyectil las autoridades se demoraron mucho para comenzar a actuar.

Amelia dijo:

—¿Quiere decir que no tomaron en serio las advertencias?

—Fueron descartadas como sensacionalistas, aun después de haberse producido varias muertes. El primer cilindro aterrizó a menos de un kilómetro y medio de mi casa. Descendió alrededor de medianoche del día 19. Yo mismo lo visité durante la mañana

siguiente, junto con una multitud de otras personas, y aunque era evidente que había algo adentro, la prensa no quiso dedicarle más que unos pocos centímetros en sus columnas. Eso lo puedo atestiguar, porque además de mis actividades literarias, contribuyo, de vez en cuando, con artículos científicos en la prensa, y los diarios se caracterizan por su cautela en todo lo que se refiere a temas científicos. Ayer mismo, trataban esta incursión con ligereza. En cuanto al ejército... no apareció hasta que habían pasado casi veinte horas desde la llegada del proyectil, y para ese entonces los monstruos ya habían salido y habían consolidado su posición.

—En defensa del ejército —dije, todavía pensando que yo había tenido la responsabilidad de alertar a las autoridades— hay que reconocer que esta invasión no tiene precedentes.

—Es posible que así sea —dijo Mr. Wells—. Pero el segundo proyectil aterrizó antes de que nuestras fuerzas hubieran hecho un solo disparo. ¿Cuántos proyectiles más tienen que llegar para que comprendan la gravedad de la amenaza?

—Pienso que ahora comprenden el peligro —dije, indicando con un gesto de cabeza otro emplazamiento de artillería que se veía en la orilla del río. Uno de los artilleros nos hacía señas, pero seguí remando sin responder. Era ya bien entrada la tarde y quedaban alrededor de cuatro horas más hasta que se pusiera el sol.

Amelia dijo:

—Usted dice que visitó el foso. ¿Vio al adversario?

—Sí que lo vi —dijo Mr. Wells, y yo noté que le temblaban las manos—. Esos monstruos son horribles.

De pronto comprendí que Amelia ibaa hablar de nuestras aventuras en Marte, de modo que, frunciendo el ceño, le indiqué que guardara silencio. Pensé que por el momento, por lo menos, no debíamos revelar el papel que habíamos desempeñado en la invasión.

En cambio, le dije a Mr. Wells:

—Evidentemente, usted esta muy trastornado, por sus experiencias.

—He visto la muerte cara a cara. Dos veces pude escapar con vida, y ello debido exclusivamente a una suerte extraordinaria. —Sacudió la cabeza—. Estos marcianos seguirán hasta conquistar el mundo. Son indestructibles.

—Son mortales, señor —dije—. Se los puede matar con tanta facilidad como a cualquier otra alimaña.

—Eso no ha sucedido hasta ahora, ¿En qué se basa para decir eso?

Pensé en los gritos del monstruo agonizante dentro de la plataforma, y en los horrendos gases que despidió por la boca. Entonces, al recordar la advertencia que le había hecho a Amelia

pocos segundos antes, dije:

—Mataron uno en Weybridge.

—Un impacto afortunado de la artillería. No podemos depender de la suerte para librar al mundo de esta amenaza.

III

Mr. Wells empuñó los remos otra vez cuando llegamos a Hampton Court, porque yo me había cansado. Estábamos a poca distancia de Richmond, pero en ese lugar el río gira hacia el Sur, para luego dirigirse otra vez, hacia el Norte, de modo que todavía teníamos un largo recorrido por delante. Durante un rato, discutimos si nos convenía dejar el bote y terminar el viaje a pie, pero vimos que los caminos estaban atestados de gente que huía hacia Londres. En cambio, teníamos todo el río despejado y a nuestra disposición. La tarde era tibia y tranquila y el cielo mostraba un azul radiante.

Aquí, frente al palacio de Hampton Court, vimos una escena curiosa. Estábamos ahora a bastante distancia de los efectos de la destrucción causada por los marcianos, porque los peligros inmediatos parecían haber disminuido, y sin embargo lo suficientemente cerca como para que la gente evacuara el lugar. En consecuencia, los sentimientos eran dispares. La gente del lugar, de Thames Ditton, Molesey y Surbiton, abandonaba sus casas y, guiada por las exhaustas fuerzas de policías y bomberos, partían hacia Londres.

En cambio, los terrenos del palacio eran un lugar de paseo favorito de los excursionistas londinenses, y en esta hermosa tarde de verano los senderos que bordeaban el río estaban llenos de gente que disfrutaba del sol. Era imposible que no notaran el ruido y el alboroto que había a su alrededor, pero parecían decididos a no dejar que tales actividades influyeran en sus paseos campestres.

La estación de Thames Ditton, que se encuentra en la orilla Sur, frente al palacio, estaba atestada, y la gente formaba filas que llegaban hasta la calle, esperando poder tomar algún tren. Cada tren que llegaba de Londres traía unos pocos excursionistas que querían aprovechar las últimas horas de la tarde. ¿Cuántos de esos jóvenes con chaquetas deportivas, o de esas niñas con parasoles de seda, alcanzarían a ver otra vez sus hogares? Quizá para ellos, indefensos en su inocencia, nosotros tres ofrecíamos un cuadro extraño en nuestro bote de remos: Amelia y yo, todavía con nuestra ropa interior tan sucia, y Mr. Wells, desnudo, con excepción de sus pantalones. Pienso que el día era lo suficientemente insólito como para que prestaran atención a nuestra apariencia.

IV

Fue mientras remábamos hacia Kingston-upon-Thames cuando oímos los primeros disparos de artillería, y de inmediato nos pusimos en guardia. Mr. Wells remaba con más energía y Amelia y yo volvimos en nuestros asientos, mirando hacia el Oeste, para ver cuándo aparecían los mortíferos trípodes.

Por el momento no había trazas de ellos, pero la artillería lejana tronaba incesantemente. Hubo un momento en que vi un heliógrafo que destellaba en las colinas que había más allá de Esher, y delante de nosotros vimos estallar un cohete de señales en la cúspide de su estela de humo, pero en nuestra vecindad inmediata los cañones permanecieron silenciosos.

En Kingston cambiamos una vez más nuestro puesto en los remos, y me preparé para el esfuerzo final que nos llevaría a Richmond. Todos estábamos intranquilos, ansiosos de que este largo viaje terminara. Cuando Mr. Wells se sentó en la proa, hizo notar el extraño ruido que hacían los evacuados al cruzar el puente de Kingston. No se veían excursionistas allí; pienso que por fin todos habían tomado conciencia del peligro.

Pocos minutos después de haber pasado Kingston, Amelia señaló hacia adelante.

—¡Richmond Park, Edward! Ya casi hemos llegado.

Miré por un momento sobre mi hombro y vi la hermosa pendiente que se extendía ante nosotros. Como cabía esperar, en la cresta de la colina, recortándose oscuras contra el cielo, vi sobresalir las bocas de las piezas de artillería.

Esperaban a los marcianos, y esta vez éstos encontrarían un digno oponente.

Sintiéndome más seguro, continué remando, tratando de no prestar atención al cansancio que sentía en los brazos y en la espalda.

Un kilómetro y medio al Norte de Kingston, el Támesis, en sus meandros, gira hacia el Noroeste, de modo que la elevación de Richmond Park quedó más lejos, a nuestra derecha. Por el momento, nos dirigíamos otra vez hacia los marcianos y, como para confirmarlo, oímos una nueva andanada de la artillería distante. Como un eco, pocos momentos después comenzaron a disparar los cañones emplazados en Bushy Park. Los tres giramos nuestras cabezas para ver, pero todavía no había señales de los marcianos. Era en extremo desalentador saber que estaban en las cercanías y que no los podíamos ver.

Pasamos Twickenham, donde no vimos señales de evacuación; quizá la ciudad ya había sido abandonada, o bien su gente se

mantenía oculta, esperando que los marcianos no pasaran por allí.

Luego, al avanzar directamente hacia el Este otra vez cuando el río giró hacia Richmond, Amelia gritó que había visto humo. Miramos hacia el Sudoeste y vimos una columna de humo negro que se elevaba en la dirección de Molesey. La artillería tronaba incesantemente. Los marcianos, que se movían con rapidez por la campiña de Surrey, eran blancos difíciles, y las ciudades a las que se acercaban estaban inermes delante de ellos.

Surgía humo de Kingston, Surbiton, y Esher. Luego, también de Twickenham... y por fin pudimos ver a uno de los merodeadores marcianos. Avanzaba rápidamente a zancadas por las calles de Twickenham, a poco más de un kilómetro de donde nos encontrábamos nosotros en ese momento. Podíamos ver su rayo de calor, girando indiscriminadamente a un lado y a otro, y los estallidos de las granadas de artillería que explotaban, ineficaces, nunca a menos de treinta metros de la máquina de rapiña.

Apareció un segundo marciano, este último avanzando hacia el Norte, hacia Hounslow. Luego un tercero, a lo lejos, al Sur de Kingston, que estaba en llamas.

—¡Edward, querido... apresúrate! ¡Ya casi están sobre nosotros!

—¡Estoy haciendo todo lo que puedo! —grité, preguntándome si no nos convendría dirigirnos hacia la orilla.

Mr. Wells vino hacia mí desde la proa y se sentó a mi lado. Tomó el remo de la derecha y pronto remábamos a un ritmo muy rápido.

Afortunadamente, los marcianos parecían no estar prestando atención al río por el momento. Las ciudades eran su objetivo principal, y las líneas de artillería. Al oír las explosiones repetidas cerca de nosotros, me di cuenta de que los sonidos más profundos de las baterías más distantes habían sido silenciados hacía mucho tiempo.

Entonces llegó hasta nosotros el ruido que quizás era el que más impresión nos causaba. El marciano que conducía el trípode que se desplazaba cerca de Kingston lanzó un grito... que nos llegó distorsionado por la brisa. El marciano de Twickenham lo repitió y pronto pudimos oír a otros desde varias direcciones. Aquí, en la Tierra, la nota tenía un timbre más profundo... pero ese bramido siniestro, como de sirena, de los marcianos cuando reclamaban su alimento era inconfundible.

V

Por fin apareció ante nosotros la pendiente arbolada de Richmond Hill, y al remar frenéticamente por la curva del río frente a los verdes prados vimos el edificio blanco de madera de la casilla de botes de Messum. Recordé el día que había visitado a Sir William y el paseo que había dado por el sendero junto al río, frente a la casilla de botes... y toda la gente que en aquél momento había estado paseando por el lugar. Aparentemente, ahora estábamos solos, salvo por las destructoras máquinas de guerra y la artillería que les respondía.

Señalé el embarcadero a Mr. Wells, y remamos con energía hacia él. Por fin, después de tanto tiempo, oímos el roce del casco de madera contra la dura piedra, y sin más ceremonia extendí la mano para ayudar a Amelia a saltar a tierra. Esperé hasta que Mr. Wells hubiera bajado, y luego los seguí. A nuestras espaldas, el bote se alejó a la deriva, moviéndose hacia arriba y hacia abajo en la corriente que lo arrastraba.

Tanto Mr. Wells como yo nos sentíamos agotados por nuestra larga odisea, pero estábamos listos para la parte final de nuestros esfuerzos: la ascensión por la cuesta de la colina hacia la casa de Sir William. En consecuencia, nos apresuramos a salir del embarcadero, pero Amelia se quedó atrás. Tan pronto como comprendimos que ella no nos seguía, nos volvimos y la esperamos.

Amelia no había hablado mucho durante la última hora, pero en ese momento dijo:

—Mr. Wells, usted nos dijo antes que había ido a ver el foso de los marcianos, en Woking. ¿Qué día lo vio?

—Fue el viernes por la mañana —dijo Mr. Wells.

Mirando a través del río hacia Twickenham vi que la cúpula dorada de la máquina de guerra más cercana estaba vuelta hacia nosotros. A su alrededor explotaban las granadas de artillería.

Con gran ansiedad, dije:

—¡Amelia... podemos hablar después! ¡Tenemos que ponernos a cubierto!

—¡Edward, esto es importante! —Luego se dirigió a Mr. Wells:

—¿Y eso fue el día diecinueve, dice usted?

—No, el diecinueve fue el jueves. El proyectil cayó cerca de la medianoche.

—Y hoy hemos visto gente de excursión... de modo que es domingo. Mr. Wells, ¿estamos en 1903, no es cierto?

Él pareció un poco confuso al oír esta pregunta, pero confirmó que así era.

Amelia se volvió hacia mí y me tomó una mano.

—¡Edward. Hoy es veintidós! ¡Es el día de 1903 al que habíamos llegado! ¡La Máquina del Tiempo debe estar en el laboratorio!

Al decirlo, se volvió bruscamente y se alejó de mí, corriendo entre los árboles.

¡De inmediato corrí tras ella, gritándole que regresara!

VI

Amelia, ágil y descansada, corrió sin dificultad colina arriba; yo estaba más cansado, y aunque recurrí al último resto de energía que me quedaba, lo único que pude hacer fue mantener la distancia que me separaba de ella. Debajo de nosotros, junto al río, oí el bramido del marciano, contestado al punto por otro. A cierta distancia, más atrás, nos seguía Mr. Wells. Delante de mí, desde algún lugar de la cresta de la colina, oí la voz de un hombre que gritaba una orden... y luego el estampido de las piezas de artillería emplazadas allí. A través de los árboles podía verse el humo que brotó de sus bocas. Siguieron más disparos, provenientes de otras posiciones a lo largo de la cresta. El ruido era ensordecedor, y los acres gases de la cordita me quemaban la garganta.

Delante de mí podía ver, entre los árboles, las torres de Reynolds House.

—¡Amelia! —grité otra vez en medio del estruendo—. ¡Querida, vuelve! ¡Es peligroso!

—¡La Máquina del Tiempo! ¡Tenemos que encontrar la Máquina del Tiempo!

Podía verla delante de mí, arremetiendo sin pensar en ella a través de la maraña de arbustos y malezas hacia la casa.

—¡No! —le grité, desesperado—. ¡*Amelia*!

A través de la multitud de acontecimientos que se habían producido, de lo que parecían años y millones de kilómetros... volvió a mí un vivido recuerdo de nuestro primer viaje a 1903.

Recordé los disparos de artillería, el humo, las sirenas extrañas, la mujer que corría por el césped, la cara en la ventana y luego el fuego devorador...

¡*Era el destino*!

Me lancé tras ella y la vi llegar al borde del descuidado parque.

Amelia comenzó a correr hacia las paredes de vidrio del laboratorio: una figura grácil, distante, casi fuera del alcance de toda ayuda, condenada ya por el destino que yo, después de todo, no había logrado alterar...

Cuando llegué al parque, demasiado falto de aire como para gritar otra vez, la vi llegar a los vidrios y detenerse, apretando la cara contra los cristales.

Continué tambaleante por el césped... y me encontré detrás de ella, lo suficientemente cerca para ver, por encima de su hombro, el oscuro interior del laboratorio.

Allí, junto a uno de los muchos bancos, había un tosco artefacto mecánico y, sentadas en él, las figuras de dos jóvenes.

Una era la de un muchacho, con un sombrero de paja calzado en un ángulo muy agudo sobre su cabeza... y la otra era la de una linda joven sujetándose a él.

El muchacho nos miraba fijamente, con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

Extendí la mano para sujetar a Amelia, precisamente en el momento en que el joven levantó la suya, como para apartar de su vista la horrorosa escena que presenciaba.

Detrás de nosotros se oyó el chillido de la sirena del marciano y por sobre los árboles apareció la cúpula dorada de la máquina de guerra. Me lancé contra Amelia y la derribé al suelo. En ese mismo instante, el rayo de calor apuntó hacia nosotros y una línea de fuego corrió por el jardín e hizo impacto en la casa.

Capítulo 21
¡SITIADOS!

I

Yo había pretendido arrojarme sobre Amelia, para protegerla con mi propio cuerpo, pero en mi apresuramiento sólo conseguí que cayéramos ambos a tierra. En consecuencia, la explosión que siguió nos alcanzó a los dos por igual. Hubo una terrible explosión que nos despidió materialmente a través del jardín, seguida de una serie de explosiones menores de diferente intensidad. Rodamos indefensos por los largos pastos, y cuando finalmente nos detuvimos, cayó a nuestro alrededor, con gran estrépito, una lluvia de maderos encendidos y pedazos de mampostería.

En el intervalo que siguió, oí el bramido del marciano al alejarse de nosotros, satisfecho su odio.

Luego, aunque oímos más explosiones a la distancia, parecía que un manto de quietud nos había cubierto. Hubo un momento en que oí a un animal aullar de dolor, pero sonó un disparo de revólver y hasta eso cesó.

Amelia yacía sobre el césped a unos tres metros de mí, y tan pronto como pude recuperarme me arrastré apresuradamente hacia ella. Sentí un repentino dolor en la espalda, y comprendí al momento que mi ropa interior estaba en llamas. Rodé sobre mí mismo, y aunque el dolor de la quemadura aumentó por un momento, conseguí apagar la tela que ardía. Corrí hacia Amelia y vi que también sus ropas estaban incendiadas. Extinguí las pequeñas llamas con las manos, y de pronto la oí quejarse.

—¿Eres tú, Edward...? —murmuró.

—¿Estás herida?

Dijo que no con un movimiento de cabeza y, cuando traté de darla vuelta se levantó, con grandes dolores, por su propia voluntad. Quedó de pie a mi lado, en apariencia muy mareada.

—¡Mi Dios! ¡Escapamos por poco!

Era Mr. Wells. Vino hacia nosotros desde los arbustos que había a un costado del parque, aparentemente ileso, pero, como nosotros, estupefacto por la ferocidad del ataque.

—¿Está herida, Miss Fitzgibbon? —preguntó, solícito.

—Creo que no. —Sacudió la cabeza con energía—. Creo que estoy un poco sorda.

—Es consecuencia de la explosión —dije, porque también me zumbaban los oídos. En ese preciso instante oímos gritos junto a la casa y todos nosotros nos volvimos en esa dirección.

Había aparecido un grupo de soldados, con expresiones aturdidas. Un oficial trataba de organizarlos y, después de unos breves momentos de confusión, avanzaron hacia la casa en llamas y trataron de

ahogarlas golpeándolas con sacos.

—Es mejor que los ayudemos —le dije a Mr. Wells, y de inmediato marchamos a través del jardín.

Cuando doblamos una de las esquinas de la casa pudimos apreciar una escena de gran destrucción. Aquí el ejército había emplazado una de sus piezas de artillería y era evidente que el marciano había hecho fuego contra ella. Su puntería había sido de una precisión mortífera, porque allí quedaba sólo metal retorcido y fundido esparcido alrededor de un gran cráter. No había ningún resto identificable del cañón, salvo una de sus grandes ruedas de rayos, que se encontraba ahora a unos cincuenta metros de distancia.

Un poco más lejos, varios caballos estaban atados a uno de los cobertizos del jardín, pero nos afligió mucho ver que algunos habían muerto; los cuidadores habían apaciguado el resto con eficiencia, cubriéndoles la cabeza para que no pudieran ver.

Nos dirigimos directamente al oficial que estaba al mando.

—¿Podemos ayudarles? —dijo Mr. Wells.

—¿Esta casa es suya, señor?

Amelia contestó:

—No, yo vivo aquí.

—Pero la casa está vacía.

—Hemos estado fuera del país. —Ella miró a los soldados que golpeaban sin éxito las llamas con los sacos—. Hay una manguera de jardín en ese cobertizo.

De inmediato, el oficial ordenó a dos de sus hombres que trajeran la manguera, y poco después la había sacado y conectado a una canilla de riego que había junto a la casa. Afortunadamente, había mucha presión y al momento salió un fuerte chorro de agua.

Nos quedamos bien atrás, viendo que los hombres habían sido, evidentemente, bien adiestrados y que la lucha contra el fuego se libraba con inteligencia y eficiencia. El chorro de agua fue dirigido contra las concentraciones más intensas del fuego, mientras que los demás hombres continuaban apagando las llamas con los sacos en otros sectores.

El oficial supervisaba el trabajo con un mínimo de órdenes, y cuando se apartó, una vez que el fuego estaba dominado, fui hacia él.

—¿Ha perdido algún hombre? —le pregunté.

—Afortunadamente, no, señor. Nos ordenaron retirarnos precisamente antes del ataque, de modo que pudimos ponernos a cubierto a tiempo. —Señaló varias trincheras cavadas en el parque; atravesaban el lugar donde (¡hacía tanto tiempo!) yo había bebido limonada helada con Amelia—. De estar atendiendo la pieza...

Asentí con la cabeza.

—¿Estaban alojados aquí?

—Sí, señor. No hemos dañado nada, como usted podrá ver. Tan pronto como hayamos recuperado nuestro equipo tendremos que retirarnos.

Comprendí que su mayor preocupación no era salvar la casa. Realmente, fue una suerte que necesitaran salvar sus elementos, porque de lo contrario habría sido muy difícil para nosotros apagar el incendio sin ayuda.

En menos de un cuarto de hora las llamas quedaron apagadas; el ala de la servidumbre había recibido los impactos, dos de las habitaciones de la planta baja estaban inhabitables, y los seis artilleros que se habían alojado allí perdieron todo su equipo. En el piso superior, los daños principales habían sido causados por el humo y la explosión.

Del resto de la casa, las habitaciones que se encontraban en el lado más alejado del cañón, cuando éste explotó, eran las que habían sufrido menos daño: la antigua sala de fumar de Sir William, por ejemplo, no tenía siquiera una ventana rota. En el resto de la casa los daños eran de diversa magnitud, en su mayor parte, roturas debidas a la explosión, y hasta el último vidrio de las paredes del laboratorio estaba destrozado. En los jardines había una cantidad de vidrios rotos y algunos arbustos se habían incendiado, pero los soldados pronto se ocuparon de ello.

Una vez apagado el incendio, los artilleros tomaron lo que habían podido recuperar de su equipo, lo cargaron en un carro de municiones y se prepararon a retirarse. Durante todo este tiempo, podíamos oír los ruidos de la batalla que continuaba a la distancia, y el oficial nos dijo que estaba ansioso por reunirse con su unidad en Richmond. Se disculpó por los daños causados al ser destruido su cañón, y nosotros le agradecimos su ayuda en la extinción del incendio... y el pelotón emprendió la marcha, colina abajo, hacia la ciudad.

II

Mr. Wells dijo que iba a ver dónde estaban los marcianos ahora, y cruzó por el parque hacia el borde de la cresta de la colina. Seguí a Amelia al interior de la casa, y cuando estuvimos dentro de ella la tomé en mis brazos, estrechándola fuertemente.

Durante unos minutos no pronunciamos palabra alguna, pero luego, por fin, ella se apartó un poco y nos miramos a los ojos con amor. Esa visión momentánea de nosotros mismos en el pasado había sido un choque saludable; Amelia, con su cara magullada y marcada por cicatrices, y su camisa desgarrada y quemada, no se parecía casi en nada a la joven vestida con elegancia y algo estirada que había visto por un momento en la Máquina del Tiempo. Y supe, por la forma en que ella me miraba, que mi aspecto había sufrido una transformación similar.

Amelia dijo:

—Cuando estábamos en la Máquina del Tiempo viste al marciano. Lo has sabido siempre.

—Sólo te vi a ti —dije—, Te vi morir.

—¿Es por eso que te apoderaste de la máquina?

—No sé. Estaba desesperado... Te quería ya entonces...

Ella me abrazó otra vez y sus labios se posaron un instante en mi cuello.

La oí decir, con palabras tan suaves que eran casi inaudibles:

—Ahora comprendo, Edward.

III

Mr. Wells trajo la sombría noticia de que había contado seis de los trípodes gigantescos en el valle que se extendía más abajo, y que la lucha continuaba.

—Están por todas partes —dijo— y hasta donde pude ver casi no hay resistencia de parte de nuestros hombres. Hay tres máquinas a menos de un kilómetro de esta casa, pero permanecen en el valle. Creo que estaremos a salvo si nos quedamos quietos aquí durante un tiempo.

—¿Qué están haciendo los marcianos? —dije.

—Siguen usando el cañón de calor. Parecía como si todo el valle del Támesis estuviera en llamas. Hay humo por todas partes, y es de una densidad sorprendente. Toda Twickenham ha desaparecido debajo de una montaña de humo. Humo negro, denso, como alquitrán, que no se eleva. Tiene la forma de una cúpula inmensa.

—El viento lo dispersará— dijo Amelia.

—Hay viento —dijo Mr. Wells— pero el humo permanece sobre el pueblo. No lo puedo entender.

Parecía un enigma de poca importancia, de modo que no le prestamos mucha atención; nos bastaba con saber que los marcianos seguían en pie de guerra y que estaban cerca.

Los tres desfallecíamos de hambre, y se hizo imprescindible preparar una comida. Era evidente que la casa de Sir William no había sido ocupada durante años, de modo que no abrigábamos ninguna esperanza de encontrar alimentos en la alacena. Descubrimos, sí, que los artilleros habían dejado algunas de sus raciones —unas latas de carne en conserva y un poco de pan duro—, pero era insuficiente para una comida.

Mr. Wells y yo convinimos en visitar las casas que estaban más cercanas, para ver si allí podíamos pedir prestados algunos alimentos. Amelia decidió quedarse; quería explorar la casa y ver qué parte podría estar habitable.

Mr. Wells y yo estuvimos ausentes durante una hora. En ese lapso, descubrimos que estábamos solos en Richmond Hill. Presumiblemente los otros habitantes habían sido evacuados cuando llegaron los soldados, y era evidente que su partida había sido apresurada. Pocas de las casas estaban cerradas con llave, y en la mayoría de ellas encontramos cantidades considerables de alimentos. Para cuando estuvimos listos para volver, habíamos reunido una bolsa de alimentos —que incluían una variedad de carnes, verduras y frutas —, que por cierto serían suficientes para mantenernos durante muchos días. Además, encontramos varias botellas de vino, y una pipa y

tabaco para Mr. Wells.

Antes de regresar a la casa, Mr. Wells sugirió que observáramos una vez más el valle; había una quietud sospechosa allí abajo; tan tranquilo estaba todo que nos sentíamos inquietos.

Dejamos la bolsa con los alimentos dentro de la última casa que habíamos visitado, y avanzamos con cautela hacia la cresta de la colina. Allí, ocultos entre los árboles, disponíamos de una vista despejada hacia el Norte y el Oeste. A nuestra izquierda, podíamos ver el valle del Támesis por lo menos hasta el castillo de Windsor, y delante de nosotros podíamos ver los pueblos de Chiswick y Brentford. Inmediatamente debajo de nosotros estaba la propia Richmond.

El sol se estaba poniendo: una bola de fuego de color naranja intenso tocaba el horizonte. Recortado contra él estaba una de las máquinas de guerra marcianas. No se movía y desde esta distancia de cinco kilómetros, más o menos, podíamos ver que la red de malla de metal que colgaba de la parte posterior de la plataforma estaba llena de cuerpos humanos.

El negro manto de humo todavía oscurecía a Twickenham; otro se cernía, denso, sobre Hounslow. Richmond parecía estar tranquila, aunque había varios edificios en llamas.

Dije:

—No se los puede detener. Dominarán el mundo entero.

Mr. Wells estaba silencioso, aunque su respiración era irregular y profunda. Al observar su rostro, vi que sus ojos, de color azul intenso, estaban húmedos. Luego dijo:

—Usted opina que son mortales, Turnbull, pero ahora debemos aceptar el hecho de que no podemos hacerles frente.

En ese momento, como si fuera un desafío a sus palabras, un solitario cañón emplazado en el camino costanero junto al puente de Richmond efectuó un disparo. Momentos más tarde, la granada estalló en el aire, a unos doscientos metros de la máquina de guerra distante.

La respuesta del marciano fue instantánea. Giró y avanzó en dirección a nosotros, haciendo que Mr. Wells y yo retrocediéramos al abrigo de los árboles. Vimos al marciano hacer sobresalir un ancho tubo por su plataforma, y pocos segundos después disparar algo por él. Un gran cilindro voló por el aire, dando vueltas en forma errática y reflejando el brillo naranja del sol. Describió un pronunciado arco y cayó en algún lugar en las calles de la ciudad de Richmond. Momentos más tarde comenzó la emisión continua de una nube negra, y en menos de sesenta segundos Richmond había desaparecido debajo de otra de las misteriosas cúpulas estáticas de humo negro.

El cañón emplazado junto al río, perdido en esa negrura, no volvió a hacer sentir su voz.

Esperamos y observamos hasta que se puso el sol, pero no oímos

más disparos de parte del ejército. Los marcianos, arrogantes por su victoria total, se dedicaban a la macabra tarea de buscar sobrevivientes humanos y colocar a esos infelices en sus hinchadas redes.

Muy preocupados, Mr. Wells y yo recogimos nuestra bolsa de alimentos y regresamos a Reynolds House.

Allí nos recibió una Amelia transformada.

—¡Edward! —exclamó tan pronto cruzamos la puerta destrozada de la casa— ¡Edward, mis ropas todavía están aquí!

Y bailando ante nuestra vista apareció una joven de la más extraordinaria belleza. Tenía puesto un vestido color amarillo pálido y botas abotonadas; su cabello estaba cepillado y bien peinado enmarcando su cara; la herida que tanto la había desfigurado había quedado oculta por una artística aplicación de maquillaje. Y, al tomarme alegremente de la mano y lanzar exclamaciones de alegría por la cantidad de alimentos que habíamos reunido, sentí una vez más la suave fragancia de un perfume aromatizado con hierbas.

Sin comprender por qué, me aparté de ella y me encontré sollozando.

IV

Evidentemente, la casa había quedado cerrada después de la partida definitiva de Sir William en la Máquina del Tiempo, porque aunque todo estaba intacto y en su lugar (salvo lo que había sido dañado o destruido por la explosión y el incendio), los muebles habían sido cubiertos con fundas y los artículos de valor, guardados bajo llave en armarios. Mr. Wells y yo visitamos el guardarropas de Sir William y allí encontramos ropas suficientes como para vestirnos decentemente.

Poco tiempo después, oliendo levemente a naftalina, recorrimos la casa mientras Amelia preparaba una comida. Descubrimos que los criados habían limitado su limpieza a los sectores de la servidumbre de la casa, porque el laboratorio estaba tan abarrotado de piezas de máquinas como antes, y todo allí estaba sucio de polvo y había vidrios rotos por todas partes. La máquina de movimiento alternativo que generaba electricidad estaba en su lugar, aunque no nos atrevimos a ponerla en marcha por temor de atraer la atención de los marcianos.

Comimos nuestra comida en una habitación de la planta baja, situada en el lado opuesto al valle, y nos quedamos sentados a la luz de velas y con las cortinas corridas. Todo estaba en silencio fuera de la casa, pero ninguno de nosotros podía sentirse tranquilo sabiendo que en cualquier momento podían aparecer los marcianos.

Después, una vez satisfecho nuestro apetito y con la mente agradablemente relajada por una botella de vino, hablamos otra vez de lo absoluto de la victoria de los marcianos.

—Evidentemente, su objetivo es capturar Londres —dijo Mr. Wells—. Si no lo hacen durante esta noche, no habrá nada que les impida hacerlo por la mañana.

—¡Pero si dominan Londres dominarán al mundo entero! —dije.

—Eso es lo que temo. Por supuesto, a esta altura de los acontecimientos ya se comprende la índole de la amenaza, y me atrevería a decir que mientras nosotros hablamos las guarniciones del Norte deben estar moviéndose hacia el Sur. Si tendrán más suerte que los infortunados que vimos hoy en acción, sólo es cuestión de conjetura. Pero el Ejército Británico aprende pronto de sus errores, y quizá veamos algunas victorias. Lo que no sabemos, por supuesto, es qué pretenden ganar estos monstruos.

—Desean esclavizarnos —dije—. No pueden sobrevivir a menos que beban sangre humana.

Mr. Wells clavó su mirada en mí.

—¿Por qué dice eso, Turnbull?

Me quedé sin habla. Todos habíamos visto cómo los marcianos reunían a la gente, pero sólo Amelia y yo, por nuestro conocimiento

exclusivo, podíamos saber qué les esperaba.

Amelia dijo:

—Creo que debemos decirle a Mr. Wells lo que sabemos, Edward.

—¿Conocen ustedes algo especial acerca de estos monstruos? —dijo Mr. Wells.

—Estuvimos... en el foso de Woking —dije.

—Yo también estuve allí, pero no vi beber sangre. Es una revelación asombrosa y, si puedo decirlo, bastante sensacional. ¿Ustedes hablan con conocimiento de causa?

—Con el conocimiento de la experiencia —dijo Amelia—. Hemos estado en Marte, Mr. Wells, aunque no puedo esperar que nos crea.

Con gran sorpresa para mí, nuestro nuevo amigo no pareció perturbado en absoluto por ese anuncio.

—Hace mucho que sospecho que en los otros planetas de nuestro Sistema Solar puede haber vida —dijo—. No me parece improbable que algún día visitemos esos mundos. Cuando superemos la atracción de la gravedad, viajaremos a la Luna con la misma facilidad con que ahora viajamos a Birmingham. —Se quedó observándonos fijamente —. Sin embargo, ¿ustedes dicen que ya han estado en Marte?

Asentí.

—Estábamos experimentando con la Máquina del Tiempo de Sir William, y manejamos los controles en forma incorrecta.

—Pero, según yo entendía, Sir William sólo pretendía viajar en el Tiempo.

En pocas palabras, Amelia le explicó cómo yo había aflojado la varilla de níquel que hasta ese momento había impedido el movimiento en la Dimensión Espacial. A partir de allí, el resto de nuestra historia continuó naturalmente, y en la hora que siguió relatamos la mayor parte de nuestra aventura. Por último, llegamos a la descripción de la forma en que habíamos regresado a la Tierra.

Mr. Wells permaneció en silencio durante un largo rato. Se había servido un poco de coñac que habíamos encontrado en la sala de fumar, y durante muchos minutos mantuvo la copa en el hueco de sus manos. Por último, dijo:

—Si lo que dicen no es un invento de ustedes, todo lo que puedo afirmar es que es un extraordinario relato.

—No estamos orgullosos de lo que hemos hecho —dije.

Mr. Wells desechó mis palabras con un gesto de su mano.

—No tienen que culparse demasiado. Otros habrían hecho lo mismo, y aunque ha habido grandes pérdidas de vidas y enormes daños a la propiedad, ustedes no podían haber previsto el poder de estos monstruos.

Nos hizo varias preguntas acerca de nuestra historia, que contestamos con la mayor exactitud que pudimos. Finalmente, dijo:

—Me parece que la experiencia de ustedes es el arma más útil de que disponemos contra estos monstruos. En cualquier guerra, uno planea mejor su táctica si prevé las intenciones del enemigo. La razón por la cual no hemos podido contener esta amenaza es que no teníamos idea de los motivos que los impulsaban. Nosotros tres somos ahora los depositarios de esta información. Si no podemos ayudar a las autoridades, debemos tomar alguna medida por nuestra cuenta.

—Yo también había estado pensando algo parecido —dije—. Nuestra primera intención fue ponernos en contacto con Sir William, porque se me había ocurrido que la Máquina del Tiempo en sí, sería una poderosa arma contra estos seres.

—¿En qué forma se la podría usar?

—Ningún ser, por poderoso o despiadado que sea, puede defenderse contra un enemigo invisible.

Mr. Wells asintió, pero dijo:

—Lamentablemente, no encontramos ni a Sir William ni a su máquina.

—Lo sé, señor —dije, malhumorado.

Se estaba haciendo tarde, y pronto interrumpimos nuestra conversación, porque todos estábamos exhaustos. El silencio fuera de la casa todavía era absoluto, pero sentíamos que no dormiríamos bien en ese estado de intranquilidad. Pensando en ello, salimos de la casa antes de prepararnos para ir a dormir, y atravesamos el parque hasta la cresta de la colina.

Miramos hacia el valle del Támesis y vimos la desolación causada allí abajo por el fuego. En todas direcciones, y hasta donde alcanzaba la vista, en la tierra cubierta por la noche destellaban los edificios en llamas. Sobre nosotros, el cielo estaba límpido y las estrellas brillaban con intensidad.

Amelia tomó mi mano y dijo:

—Es como Marte, Edward. Están convirtiendo nuestro mundo en el de ellos.

—No podemos dejar que sigan con esto —dije—. Debemos encontrar la forma de combatirlos.

Justo en ese momento, Mr. Wells señaló hacia el Oeste, y todos vimos un punto luminoso verde brillante. Se volvía más brillante mientras lo observábamos, y a los pocos segundos todos lo habíamos identificado como un cuarto proyectil. Su brillo se volvió enceguecedor, y por un terrible momento estuvimos seguros de que venía directamente hacia nosotros, pero entonces, por fin, perdió altura bruscamente. Cayó con un estallido enceguecedor de luz brillante a unos cinco kilómetros hacia el Sudoeste de nosotros, y segundos después oímos el estampido de su aterrizaje.

Lentamente, el brillo verde se fue esfumando hasta que una vez

más todo fue oscuridad.

Mr. Wells dijo:

—Hay otros seis proyectiles en camino.

—No tenemos salvación —dijo Amelia.

—Nunca debemos perder la esperanza.

Yo dije:

—Somos impotentes contra estos monstruos.

—Debemos construir una segunda Máquina del Tiempo —dijo Mr. Wells.

—Pero eso sería imposible —dijo Amelia—. Sólo Sir William sabe cómo construir esa máquina.

—Él me explicó el principio con todo detalle —dijo Mr. Wells.

—A usted, y a muchos otros, pero sólo en los términos más vagos. Yo misma, que trabajé algunas veces con él en el laboratorio, tengo sólo un conocimiento general de su mecanismo.

—¡Entonces podemos tener éxito! —dijo Mr. Wells—. Usted ha ayudado a construir la máquina, y yo he ayudado a diseñarla.

Ambos lo miramos con curiosidad, entonces. Las llamas que llegaban desde el valle daban un aspecto fantasmagórico a sus facciones.

—¿Usted ayudó a diseñar la Máquina del Tiempo? —dije, con incredulidad.

—En cierto modo sí, porque él me mostró con frecuencia sus planos y yo hice algunas sugerencias que Sir William incorporó en el diseño. Si todavía podemos disponer de los planos, no me llevaría mucho tiempo familiarizarme con ellos. Espero que todavía estén en su caja de seguridad en el laboratorio.

Amelia dijo:

—Allí es donde siempre los tenía.

—¡Entonces no podremos sacarlos! —exclamé—. ¡Sir William ya no está aquí!

—Abriremos la caja con explosivos, si fuera necesario —dijo Mr. Wells, aparentemente decidido a llevar a cabo su osada afirmación.

—No es necesario —dijo Amelia—. En mis habitaciones tengo duplicados de las llaves.

Repentinamente, Mr. Wells me extendió la mano y yo la tome, inseguro, dudando de cuál sería nuestro pacto. Me puso otra mano sobre un hombro y me lo oprimió con afecto.

—Turnbull —dijo muy serio—. Usted y yo, y Miss Fitzgibbon también, nos uniremos para derrotar a este enemigo. Nos convertiremos en el enemigo inesperado e invisible. Lucharemos contra esta amenaza a todo lo que es decente en este mundo, cayendo sobre ella y destruyéndola de una forma tal corno el enemigo jamás podría haberlo previsto. ¡Mañana nos pondremos a construir una

nueva Máquina del Tiempo, y con ella saldremos a detener esta amenaza irrefrenable!

Entonces, con el entusiasmo de haber elaborado un plan positivo, nos felicitamos mutuamente y reímos en alta voz y lanzamos gritos de desafío hacia el valle destruido. La noche era silenciosa, y el aire estaba contaminado por el humo y la muerte, pero la venganza es el impulso humano que da más satisfacciones, y cuando volvimos a la casa confiábamos, insólitamente, en una victoria inmediata.

Capítulo 22
LA MAQUINA DEL ESPACIO

I

Esa noche, Mr. Wells y yo tomamos una habitación de huéspedes cada uno, mientras que Amelia durmió en sus habitaciones privadas (hacía semanas que yo no dormía solo, y di vueltas, inquieto, durante horas), y a la mañana bajamos a tomar el desayuno todavía inflamados por el ardor de la venganza.

El desayuno en sí fue un gran lujo para Amelia y para mí, ya que pudimos preparar tocino con huevos en un calentador de la cocina (no consideramos prudente encender el hornillo).

Más tarde, fuimos directamente al laboratorio y abrimos la caja de seguridad de Sir William. Allí, arrollados en desorden, estaban los planos que había hecho de su Máquina del Tiempo.

Encontramos un lugar desocupado en uno de los bancos y los extendimos. De inmediato mi entusiasmo se enfrió, porque Sir William —a pesar de todo su genio inventor— no había sido un hombre muy metódico. Apenas había una hoja que tuviera sentido a primera vista, ya que había multitud de correcciones, borraduras y dibujos al margen, y en la mayoría de las hojas los dibujos originales habían sido corregidos trazando sobre ellos las modificaciones.

Mr. Wells conservaba su tono optimista de la noche anterior, pero sentí que había perdido algo de su confianza previa.

Amelia dijo:

—Evidentemente, antes de comenzar a trabajar tenemos que asegurarnos de que disponemos de todos los materiales necesarios.

Al observar a mi alrededor la suciedad y el caos que reinaba en el laboratorio, vi que, a pesar de que había muchos componentes eléctricos y varillas y barras de metal desparramados —como también trozos de la sustancia cristalina dispersos por todo el lugar— se necesitaría una prolija búsqueda para determinar si teníamos suficiente material para construir una máquina completa.

Mr. Wells había acercado algunos de los planos más a la luz del sol y los examinaba con detenimiento.

—Necesitaré varias horas —dijo—. Parte de éste me resulta familiar, pero no puedo decir con certeza...

No quise infundirle mis temores, de modo que, con la intención de mostrar que hacía algo útil —y asegurar a la vez que no me convertía en un obstáculo— me ofrecí a revisar fuera de la casa para ver si encontraba más componentes útiles. Amelia sencillamente asintió con un gesto de cabeza, porque ya estaba afanosamente ocupada en revisar el cajón de uno de los bancos, y Mr. Wells estaba absorto con sus planos, de modo que me fui del laboratorio y salí de la casa.

Primero, caminé hasta la colina.

Era un hermoso día de verano, y el sol brillaba con intensidad sobre la campiña devastada. La mayor parte de los incendios se habían apagado solos durante la noche, pero los densos mantos de los vapores negros que cubrían a Twickenham, Hounslow y Richmond todavía eran impenetrables. Sus formas de cúpula se habían achatado considerablemente, y largos jirones de ese humo negro se extendía por las calles que al principio se habían salvado de ser asfixiadas.

De los invasores marcianos en sí no había traza alguna. Sólo hacía el Sudoeste, en Bushy Park, pude ver elevarse nubes de humo verde, y supuse que había sido allí donde había aterrizado el cuarto proyectil.

Me alejé de esa escena y caminé más allá de la casa, hacia el otro lado, donde el terreno daba hacia Richmond Park. Aquí, podía verse sin obstáculos hasta Wimbledon, y, salvo por la ausencia total de gente, el parque estaba exactamente tal como había estado cuando visité por primera vez Reynolds House.

Cuando volví a la casa, descubrí repentinamente un problema apremiante, aunque de ninguna manera constituía una amenaza para nuestra seguridad. Junto a un galpón, donde habían estado maniatados los caballos de los artilleros, encontré los cadáveres de los cuatro animales que habían muerto cuando los marcianos atacaron. Durante la noche estival, la carne había comenzado a descomponerse, y en las heridas abiertas pululaban las moscas y un hedor malsano llenaba el aire.

Posiblemente yo no podría mover los cadáveres, y quemarlos resultaba imprudente, de modo que la única alternativa era sepultarlos. Afortunadamente, hacía poco que los soldados habían excavado las trincheras y había mucha tierra suelta en derredor.

Encontré una pala y una carretilla, y comencé la tarea larga y desagradable de cubrir los cuerpos en putrefacción. Dos horas después había terminado el trabajo y los caballos habían quedado bien enterrados. Esta obra dio también un beneficio inesperado, ya que mientras la realizaba encontré que, en su apresuramiento, los soldados habían abandonado parte de su equipo en las trincheras. Encontré un fusil y muchos cartuchos... pero, lo que resultaba más prometedor, descubrí dos cajas de madera, en cada una de las cuales había veinticinco granadas de mano.

Con sumo cuidado las llevé a la casa y las guardé bien protegidas en el galpón de leña. Luego regresé al laboratorio para ver cómo iban las cosas.

II

Esa noche cayó el quinto proyectil, en Barnes, aproximadamente cinco kilómetros al Noreste de la casa. En la noche siguiente, cayó el sexto proyectil en los campos de Wimbledon.

Todos los días, a intervalos frecuentes, caminábamos hasta la colina para ver si había señales de los marcianos. En la noche del día en que comenzamos a trabajar en la nueva máquina, vimos cinco de los relucientes trípodes marchando juntos en dirección a Londres. Sus cañones de calor estaban enfundados, y avanzaban con la seguridad de un vencedor que no tiene nada que temer. Estas cinco máquinas debían ser las ocupantes del proyectil que cayó en Bushy Park, y marchaban a unirse con las otras que, según suponíamos nosotros, estarían asolando Londres.

Se estaban produciendo grandes cambios en el valle del Támesis, y no eran cambios que nos gustaran. Los marcianos estaban eliminando las nubes de vapor negro: durante todo un día, dos máquinas de guerra trabajaron en la limpieza de esa suciedad, utilizando un tubo inmenso que lanzaba un poderoso chorro de vapor de agua. Éste pronto eliminó los gases, dejando un líquido negro y sucio que fluyó hacia el río. Pero el río mismo estaba cambiando.

Los marcianos habían traído con ellos semillas de la omnipresente maleza roja y las sembraban intencionalmente a lo largo de las orillas. Un día vimos a una docena, aproximadamente, de los vehículos de superficie moviéndose con rapidez por los senderos costaneros y lanzando nubes de minúsculas semillas. En poco tiempo, esas plantas foráneas comenzaron a crecer y a difundirse. En comparación con las condiciones espartanas en las cuales sobrevivía en Marte, esa maleza debe haber encontrado que el suelo rico y el ambiente húmedo de Inglaterra le servían de invernadero bien fertilizado. A la semana de haber regresado a Reynolds House, todo el sector del río que se extendía a nuestra vista estaba totalmente cubierto con la maleza rojiza, que pronto comenzó a propagarse a los prados que bordeaban el río. En las mañanas soleadas, los crujidos provocados por este crecimiento prodigioso eran tan fuertes que, a pesar de lo alta y retirada del río que estaba la casa, podíamos oír el ruido siniestro aun con las puertas y ventanas cerradas. Constituía un ruido de fondo que nos perturbaba. La maleza se estaba afirmando hasta en las pendientes secas y arboladas que había detrás de la casa y, a medida que avanzaba, las hojas de los árboles se volvían amarillas, aunque todavía estábamos en pleno verano.

¿Cuánto tiempo pasaría antes de que se pusiera a los cautivos humanos a segar la maleza?

III

Al día siguiente del descenso del décimo proyectil —éste, como los tres que lo habían precedido inmediatamente, había caído en algún lugar del centro de Londres— Mr. Wells me llamó al laboratorio y anunció que por fin había hecho un adelanto importante.

En el laboratorio se había restablecido el orden. Había sido limpiado y arreglado, y Amelia había colocado grandes cortinas de terciopelo cubriendo los vidrios de todas las ventanas, para que pudiéramos continuar trabajando después de la caída de la noche. Mr. Wells había estado en el laboratorio desde que se levantó y el aire estaba saturado con el agradable aroma del tabaco de su pipa.

—Eran los circuitos de los cristales lo que me tenía confundido —dijo, reclinándose cómodamente en una de las sillas que había traído del salón de fumar—. Como ven, hay algo en su constitución química que genera una, corriente continua de electricidad. El problema no ha sido lograr este efecto, sino aprovecharlo para producir el campo de atenuación. Permítanme mostrarles lo que quiero decir.

Amelia y él habían construido un pequeño aparato en el banco. Consistía en una pequeña rueda apoyada sobre una tira de metal. A ambos lados de la rueda habían fijado dos trozos pequeños de la sustancia cristalina. Mr. Wells había conectado varios trozos de alambre a los cristales, y los extremos desnudos de ellos descansaban en la superficie del banco.

—Ahora conectaré los cables que tengo aquí y verán lo que sucede—. Mr. Wells tomó más pedazos de alambre y los colocó haciendo contacto con los diversos extremos desnudos. Al cerrarse el último contacto, todos vimos con claridad que la pequeña rueda había comenzado a girar lentamente—. Como ven, con este circuito los cristales proporcionan fuerza motriz.

—¡Igual que las bicicletas! —dije.

Mr. Wells no sabía de qué estaba hablando yo, pero Amelia asintió con un enérgico movimiento de cabeza.

—Es cierto —dijo—. Pero en las bicicletas se usan más cristales porque el peso que se debe mover es mayor.

Mr. Wells desconectó el aparato, porque la rueda, al girar, se enganchaba con los alambres que estaban conectados a ella.

—Ahora, en cambio —dijo— si cierro el circuito de esta forma... —Se inclinó sobre su obra, observando primero los planos y luego el aparato—. Observen con cuidado, porque sospecho que veremos algo espectacular.

Ambos nos quedamos junto a él y observamos mientras conectaba

un alambre tras otro. Pronto sólo quedó uno sin conectar.

—¡Ahora!

Mr. Wells unió los dos últimos alambres y en ese mismo instante todo el aparato —rueda, cristales y alambres— se esfumó de nuestra vista.

—¡Funciona! —exclamé entusiasmado, y Mr. Wells me miró con una amplia sonrisa.

—Así es como entramos en la dimensión atenuada —dijo—. Como ustedes saben, tan pronto como se conectan los cristales todo el aparato entra en atenuación. Al conectar el artefacto de esa forma, hice uso de la energía que reside en esa dimensión y mi pequeño experimento se ha perdido para siempre.

—Pero, ¿dónde está?

—No puedo decirlo con seguridad, ya que sólo era un aparato experimental. Evidentemente, se está moviendo por el Espacio a una velocidad muy reducida, y continuará haciéndolo por siempre. No tiene importancia para nosotros, porque el secreto del viajar en la dimensión atenuada reside en la forma en que podamos controlarla. Esa será mi próxima tarea.

—¿Entonces cuánto tiempo pasará antes de que podamos construir una nueva máquina? —dije.

—Unos días más, creo.

—Debemos apresurarnos —dije—. Cada día que pasa los monstruos afianzan su dominio de nuestro mundo.

—Trabajo lo más rápido que puedo —dijo Mr. Wells sin resentimiento, y noté entonces las profundas ojeras que rodeaban sus ojos. A menudo se había quedado trabajando en el laboratorio largo tiempo después de que Amelia y yo nos retirábamos a dormir. —Necesitaremos un bastidor donde transportar el mecanismo y que sea suficientemente grande como para llevar pasajeros. Creo que Miss Fitzgibbon ya tiene alguna idea, y si ustedes dos se concentraran en ese trabajo nuestra tarea terminaría pronto.

—¿Pero será posible construir una nueva máquina?

—No veo razón para que no lo sea —dijo Mr. Wells—. Nosotros no tenemos ahora deseos de viajar al futuro; nuestra máquina no tiene por qué ser tan complicada como la de Sir William.

IV

Pasaron otros ocho días con una lentitud angustiosa, pero por fin vimos que la Máquina del Espacio tomaba forma.

El plan de Amelia había sido utilizar la estructura de una cama como base para la máquina, ya que ella proporcionaría la solidez necesaria y espacio para los pasajeros. En consecuencia, revisamos el ala de la servidumbre, que había sido dañada, y encontramos una cama de hierro de alrededor de un metro y medio de ancho. Aunque estaba sucia como consecuencia del incendio, nos tomó menos de una hora limpiarla. La llevamos al laboratorio y, bajo la dirección de Mr. Wells, comenzamos a conectarle diversas piezas que había fabricado. Gran parte de ese material estaba constituido por la sustancia cristalina, en tales cantidades que pronto se hizo evidente que necesitaríamos toda la que pudiéramos conseguir. Cuando Mr. Wells vio la rapidez con que se gastaban nuestras reservas de la sustancia misteriosa manifestó sus dudas, pero no obstante proseguimos con nuestro trabajo.

Sabiendo que nosotros mismos pretendíamos viajar en esta máquina, dejamos sitio suficiente para sentarnos en algún lugar, y pensando en eso aseguré almohadones en uno de los extremos de la cama.

Mientras nuestro trabajo secreto en el laboratorio proseguía, los marcianos, por su parte, no permanecían inactivos.

Nuestras esperanzas de que refuerzos militares podrían hacer frente a la invasión no habían tenido fundamento, ya que cada vez que veíamos una de las máquinas de guerra o un vehículo de superficie en el valle que se extendía debajo de nosotros, observábamos que se desplazaba arrogante y sin oposición. Los marcianos aparentemente estaban consolidando las posiciones que ocupaban, porque vimos gran cantidad de equipo que era trasladado a Londres desde los diversos fosos de aterrizaje de Surrey, y en repetidas ocasiones vimos grupos de cautivos conducidos como rebaños o transportados en uno de los vehículos de superficie con patas. La esclavitud había comenzado, y todo lo que habíamos temido estaba sucediendo.

Mientras tanto, la maleza escarlata continuaba proliferando: el valle del Támesis era una vasta extensión de rojo brillante, y casi no había quedado ningún árbol con vida sobre el lado de Richmond Hill. Brotes de esa maleza ya habían comenzado a invadir el césped que rodeaba la casa, y yo me había fijado como tarea cotidiana el cortarlos. En el lugar donde el césped se encontraba con la maleza se había formado un pantano cenagoso y resbaladizo.

V

—Hice todo lo que pude —dijo Mr. Wells, mientras observábamos el extraño artefacto que una vez había sido una cama—. Necesitamos más cristales; ya utilicé todos los que pude encontrar.

En ninguna parte de los planos de Sir William había habido siquiera un solo indicio acerca de la composición de los cristales. Por lo tanto, ya que no podía fabricar más, Mr. Wells había tenido que utilizar los que Sir William había dejado. Habíamos vaciado el laboratorio y desmantelado las cuatro bicicletas adaptadas que todavía se encontraban en el galpón, pero aun así Mr. Wells anunció que necesitábamos por lo menos una cantidad dos veces mayor de la sustancia cristalina, que la que teníamos disponible. Explicó que la velocidad de la máquina dependía de la energía que producían los cristales.

—Hemos llegado al momento más crítico —prosiguió Mr. Wells —. Tal como está ahora, la máquina es sólo un conjunto de circuitos y de piezas de metal. Como ustedes saben, una vez que se la activa debe permanecer atenuada continuamente, de modo que he tenido que incorporar una pieza equivalente al volante temporal de Sir William. Una vez que la máquina esté en funcionamiento, esa rueda debe girar continuamente para que no perdamos la máquina.

En ese momento señalaba nuestra instalación improvisada, que era la rueda de la pieza de artillería que había volado con la explosión. La habíamos colocado transversalmente en el frente de la cama.

Mr. Wells sacó de su bolsillo una pequeña libreta de apuntes forrada en cuero y miró una lista de instrucciones manuscritas que había compilado. Se la pasó a Amelia, y a medida que ella las leía, una por una, él inspeccionaba las diversas partes vitales del motor de la Máquina del Espacio. Finalmente, se manifestó satisfecho.

—Ahora debemos confiar en nuestra obra —dijo con suavidad, volviendo a guardar la libreta en su bolsillo. Sin ceremonia, colocó un grueso trozo de alambre junto al bastidor de hierro de la cama y lo aseguró en su lugar con un tornillo. Antes de haber terminado, Amelia y yo vimos que la rueda del cañón giraba lentamente.

Retrocedimos, sin atrevernos a pensar que nuestro trabajo había tenido éxito.

—Turnbull, por favor apoye una mano en el bastidor.

—¿Recibiré un choque eléctrico? —dije, preguntándome por qué razón no lo hacía él.

—Creo que no. No hay nada que temer.

Extendí la mano con cuidado; entonces, al cruzar mi mirada con

la de Amelia y ver que ella se sonreía, actué con decisión y así el bastidor de metal. Al hacer contacto mis dedos, todo el artefacto se sacudió en forma visible y audible, tal como lo había hecho la Máquina del Tiempo de Sir William; la maciza cama de hierro se volvió tan ágil y flexible como un árbol joven.

Amelia extendió una mano, y luego hizo lo mismo Mr. Wells. Nos reímos en alta voz.

—¡Lo hizo, Mr. Wells! —dije—. ¡Hemos construido una Máquina del Espacio!

—Sí, pero todavía no la hemos probado. Tenemos que ver si la podemos manejar sin peligro.

—¡Entonces hagámoslo ahora mismo!

VI

Mr. Wells ascendió a la Máquina del Espacio y, sentándose cómodamente en los almohadones, se afirmó frente a los controles. Accionando una combinación de palancas, consiguió desplazar la máquina primero hacia adelante y hacia atrás, y luego a un, lado y a otro. Finalmente, hizo desplazar la pesada máquina por todo el laboratorio.

Ni yo ni Amelia vimos estas pruebas. Sólo tenemos la palabra de Mr. Wells de que ensayó la máquina de esa manera... ya que tan pronto como empuñó las palancas él y la máquina se volvieron invisibles— instantáneamente y reaparecieron sólo cuando la máquina se desconectó.

—¿No pueden oírme cuando les hablo? —dijo, después de su viaje de prueba por el laboratorio.

—No podemos oírlo ni verlo —dijo Amelia—. ¿Nos llamó?

—Una o dos veces —dijo Mr. Wells con una sonrisa—. Turnbull, ¿cómo se siente del pie?

—¿Mi pie, señor?

—Lamento que durante mi viaje pasé a través de él. Usted no lo apartó cuando se lo pedí.

Flexioné los dedos dentro de las botas que había tomado prestadas del guardarropas de Sir William, pero parecía que todo estaba bien.

—Venga, Turnbull, tenemos que seguir con las pruebas. Miss Fitzgibbon, ¿quiere subir al piso alto, por favor? Trataremos de seguirla en la máquina. Quizá si usted nos espera en el dormitorio que uso yo...

Amelia asintió y salió del laboratorio. Un momento después la oímos correr escaleras arriba.

—Suba a la máquina, Mr. Turnbull. ¡Ahora veremos lo que este artefacto puede hacer!

Casi antes de haberme acomodado sobre los almohadones junto a Mr. Wells, él movió una de las palancas y nos pusimos en marcha hacia adelante. A nuestro alrededor, nos envolvió instantáneamente el silencio, y desapareció el estruendo distante de los matorrales de maleza roja.

—Veamos si podemos volar —dijo Mr. Wells—. Su voz sonaba opaca y profunda en el ambiente atenuado. Tiró de una segunda palanca y una vez más nos elevamos rápidamente hacia el cielo raso. Levanté las manos para protegerme del golpe... ¡pero cuando llegamos a la madera y a los cristales quebrados del techo del laboratorio pasamos directamente a través de ellos! Por un momento tuve la

extraña sensación de que sólo mi cabeza había pasado al exterior, pero la masa de la Máquina del Espacio me había hecho pasar a través del techo y nos encontrábamos detenidos en el aire, encima de ese edificio, tan parecido a un invernadero. Mr. Wells hizo girar una de las palancas colocadas horizontalmente, y nos desplazamos a una velocidad prodigiosa a través de la pared de ladrillos del piso superior de la casa principal. Nos encontramos suspendidos en el aire, sobre un descanso de la escalera. Riéndose para sus adentros, Mr. Wells dirigió la máquina hacia el cuarto de huéspedes que ocupaba y nos lanzó de frente a través de la puerta cerrada.

Amelia estaba esperando en el interior de esa habitación, de pie junto a la ventana.

—¡Aquí estamos! —exclamé tan pronto como la vi—. ¡Y vuela también!

Amelia no dio señales de haberme oído.

—No nos puede oír —me hizo recordar Mr. Wells—. Ahora debo ver si podemos posarnos en el piso.

Permanecíamos suspendidos a unos cincuenta centímetros por encima de la alfombra, mientras Mr. Wells hacía algunos ajustes finos en los controles. En el ínterin, Amelia se había apartado de la ventana y miraba con curiosidad a su alrededor, esperando, evidentemente, que nos materializáramos. Me entretuve primero enviándole un beso por el aire, luego haciéndole una mueca, pero ella no reaccionó.

Repentinamente, Mr. Wells soltó las palancas y caímos al piso, golpeando contra él. Amelia se sobresaltó.

—¡Allí están! —dijo—. Me preguntaba cómo iban a aparecer.

—Permítanos llevarla al piso bajo —dijo Mr. Wells galantemente —. Suba a la máquina, querida, y hagamos una recorrida por la casa.

Fue así que, durante la media hora siguiente, practicamos con la Máquina del Espacio y Mr. Wells se acostumbró a realizar las maniobras exactamente tal como lo deseaba. Pronto la pudo hacer girar, remontarse, detenerse, como si hubiera manejado los controles toda la vida. Al principio, Amelia y yo nos aferrábamos nerviosamente a la cama, porque parecía girar a una velocidad imprudente, pero poco a poco vimos que, a pesar de su aspecto, la Máquina del Espacio era un aparato tan científico como el original.

Salimos de la casa al momento y recorrimos el jardín. Aquí Mr. Wells trató de aumentar nuestra velocidad en marcha hacia adelante, pero, para desilusión nuestra, comprobamos que a pesar de sus otras cualidades, la Máquina del Espacio no podía desplazarse a mayor velocidad que la que desarrolla aproximadamente un hombre a la carrera.

—Es por la falta de cristales —dijo Mr. Wells, mientras nos remontábamos a través de las ramas superiores de un nogal—. Si

tuviéramos más cristales nuestra velocidad no tendría límite.

—No se preocupe —dijo Amelia—. No nos interesa una gran velocidad. Nuestra principal ventaja es la invisibilidad.

Yo observaba la masa roja de malezas que cubría el valle, más allá de la casa. Era una constante advertencia de lo apremiante de nuestra tarea.

—Mr. Wells —dije en voz baja—. Ya tenemos nuestra Máquina del Espacio. Es hora de que la usemos.

Capítulo 23
UNA NÉMESIS INVISIBLE

I

Después de que habíamos hecho aterrizar la Máquina del Espacio y de que yo cargara en ella las granadas de mano, Mr. Wells se mostró preocupado por el poco tiempo que nos quedaba.

—El sol se pondrá dentro de dos horas —dijo—. No me gustaría manejar la máquina en la oscuridad.

—Pero, señor, no nos puede pasar nada malo mientras estemos en estado de atenuación.

—Lo sé, pero en algún momento tendremos que regresar a la casa y dejar la dimensión atenuada. Cuando lo hagamos, deberemos tener la absoluta seguridad de que no haya marcianos en las cercanías. ¡Qué terrible sería si volviéramos a la casa de noche y descubriéramos que los marcianos nos estaban esperando!

—Hace más de dos semanas que estamos aquí —dije— y creo que los marcianos ni siquiera han mirado en esta dirección.

Mr. Wells tuvo que convenir en esto, pero dijo:

—No tenemos que olvidarnos de la importancia de nuestra tarea, Turnbull. Como hemos estado encerrados tanto tiempo en Richmond, no tenemos conocimiento de la magnitud del éxito de los marcianos. Evidentemente, han sometido toda la extensión de tierra que podemos ver desde aquí; con toda probabilidad, son ahora los amos de todo el país. Por lo que sabemos, su dominio podría haberse extendido a todo el mundo. Si estamos, como sospecho, al mando de la única arma que no pueden resistir, no podemos darnos el lujo de perder esa ventaja corriendo riesgos innecesarios. Tenemos una tremenda responsabilidad sobre nuestros hombros.

—Mr. Wells tiene razón, Edward —dijo Amelia—. Nuestra venganza contra los marcianos es tardía, pero es todo lo que tenemos.

—Muy bien —dije—, pero, por lo menos, tratemos de hacer una salida hoy. No sabemos, todavía, si nuestro plan va a funcionar.

De modo que, finalmente, subimos a la Máquina del Espacio y permanecimos sentados, con un, sentimiento de excitación reprimida, mientras Mr. Wells nos llevó, alejándonos de la casa, sobre la repugnante maraña roja de malezas y hacia el corazón del valle del Támesis.

Tan pronto como estuvimos en viaje, pude apreciar en parte la sabiduría de las palabras de mis compañeros. No íbamos a tener nada que nos guiara en nuestra búsqueda de los objetivos marcianos, porque no teníamos idea del lugar donde podrían encontrarse ahora esas bestias perversas. Podríamos buscar todo el día, y en la escala ilimitada en que se había cumplido la intrusión de los marcianos quizá nunca los hallaríamos.

Volamos durante alrededor de media hora, dando vueltas sobre el río, mirando aquí y allá para ver si veíamos señal de los invasores, pero sin éxito.

Finalmente, Amelia propuso un plan lógico y sencillo. Sabíamos, dijo, dónde habían caído los proyectiles y, además, sabíamos que los marcianos habían usados los fosos como cuartel general. Evidentemente, si buscábamos a los monstruos, los lugares más sensatos donde había que buscar primero eran los fosos.

Mr. Wells convino en ello, y nos dirigimos directamente al foso más cercano. Era el de Bushy Park, donde había caído el cuarto proyectil. Súbitamente, al comprender que por fin estábamos en la buena senda, sentí que mi corazón latía aceleradamente por el entusiasmo.

El valle preservaba una escena horrorosa: la maleza roja crecía, exuberante, ascendiendo por encima de casi todos los rasgos elevados del terreno, incluidas las casas. Desde esta altura, el paisaje se asemejaba a un enorme campo ondulante de pastos rojos doblados por el peso de la lluvia. En algunos lugares, la maleza había llegado a modificar el cauce del río, y dondequiera que el terreno era bajo se habían formado lagunas de aguas estancadas.

El foso estaba en la esquina Noreste de Bushy Park, y era difícil de distinguir debido al hecho de que, al igual que todo lo demás, estaba cubierto abundantemente por la maleza. Finalmente, notamos la boca cavernosa del proyectil mismo, y Mr, Wells hizo descender la Máquina del Espacio hasta dejarla inmóvil a pocos metros de la entrada. Todo era oscuridad en el interior, y no había ninguna señal ni de marcianos ni de sus máquinas.

Estábamos por alejarnos, cuando Amelia repentinamente señaló hacia el corazón del proyectil.

—¡Edward, mira... una persona!

Su gesto me había sobresaltado, pero miré en la dirección que ella señalaba. Por cierto, tendida pocos metros más adentro en la bodega había una figura humana. Por un momento pensé que debía ser una de las víctimas desdichadas arrebatadas por los marcianos... pero luego vi que su cuerpo era de un hombre muy alto, y que estaba vestido con un uniforme negro. Tenía la piel cubierta de manchas rojas y su cara, que estaba vuelta hacia nosotros, era fea y deforme.

Nos quedamos mirando en silencio a este marciano humano muerto. Ver a uno de nuestros antiguos amigos en este lugar era quizás aún más terrible de lo que hubiera sido ver a uno de los monstruos.

Le explicamos a Mr. Wells que ese hombre era probablemente uno de los humanos forzados a dirigir el proyectil, y él observó al marciano muerto con gran interés.

—El esfuerzo que le impuso nuestra gravedad debe haber sido demasiado para su corazón —dijo Mr. Wells.

—Eso no ha trastornado los planes de los monstruos —dijo Amelia.

—Esas bestias no tienen corazón —dijo Mr. Wells, pero supongo que hablaba en forma figurada.

Recordamos que había caído otro cilindro cerca de Wimbledon, de modo que nos alejamos con la Máquina del Espacio de la figura patética del marciano muerto y emprendimos de inmediato rumbo al Este. Entre Bushy Park y Wimbledon hay una distancia de ocho kilómetros aproximadamente, y desplazándonos a nuestra velocidad máxima el vuelo tomó casi una hora. Durante este lapso, vimos con consternación que hasta partes de Richmond Park mostraban señales de la maleza roja.

Mr. Wells había mirado varias veces hacia atrás para ver cuánto tiempo quedaba hasta que se pusiera el sol, y evidentemente todavía no se sentía muy feliz por tener que realizar esta expedición tan poco tiempo antes de la caída de la noche. Decidí que si el foso marciano de Wimbledon también estaba vacío, sería yo quien propondría que retornáramos de inmediato a Reynolds House. No obstante, la satisfacción de emprender por fin una acción positiva me había inflamado de coraje y lamentaba no lograr una presa, por lo menos, antes de regresar.

Por fin tuvimos nuestra oportunidad. Amelia lanzó un grito repentinamente y señaló hacia el Sur. Allí, por el camino de Malden, se veía una máquina de guerra que avanzaba lentamente en nuestra dirección.

En ese momento nos encontrábamos viajando a una altura aproximadamente igual a la de la plataforma, y en forma instintiva todos tuvimos la sensación de que la bestia que se encontraba en su interior debía habernos visto, tan decidido era su avance hacia nosotros.

Mr. Wells dijo algunas palabras para tranquilizarnos y elevó la Máquina del Espacio a mayor altura y cambió el rumbo, tomando uno que nos llevaría a dar círculos alrededor de la máquina de tres patas. Extendí mis manos temblorosas y tomé una de las granadas.

Amelia dijo:

—¿Has manejado alguna vez estas cosas, Edward?

—No —dije—. Pero sé lo que hay que hacer.

—Por favor, ten cuidado.

Estábamos a menos de un kilómetro del titán, y seguíamos rumbo a él en dirección oblicua.

—¿Dónde quiere que coloque la máquina? —dijo Mr. Wells, concentrándose con toda intensidad en los controles.

—Un poco por encima de la plataforma —dije—. Aproxímese por el costado, porque no quiero pasar directamente por delante.

—El monstruo no nos puede ver —dijo Amelia.

—No —dije, recordando ese rostro feroz—. Pero nosotros podríamos verlo.

Estaba temblando cuando nos aproximamos. Pensar en la asquerosa figura acurrucada en el interior de ese artefacto de metal bastaba para reavivar todos los temores y odios que yo había experimentado en Marte, pero me forcé por no perder la calma.

—¿Puede mantener la máquina a una velocidad constante sobre la plataforma? —le pregunté a Mr. Wells.

—Haré lo que pueda, Turnbull.

La prudencia de sus palabras en ningún momento dejó traslucir la facilidad con que llevó nuestra cama volante hasta un punto situado exactamente encima de la plataforma. Me asomé por un lado de nuestra Máquina del Espacio, mientras Amelia me sostenía por la mano que yo tenía desocupada, y observé el techo de la plataforma.

Había allí numerosas aberturas —algunas de las cuales eran lo suficientemente grandes como para permitirme ver el cuerpo reluciente del monstruo— y la granada introducida a través de cualquiera de ellas probablemente lograría el efecto buscado. Finalmente, elegí una abertura de gran tamaño situada exactamente debajo del lugar por donde emergería el cañón, pensando en que en alguna parte cerca de allí estaría el horno increíble que producía el calor. Si averiaba ese horno, cualquier daño que la granada no alcanzara a causar lo completaría la liberación explosiva de energía que le sucedería.

—Ya tengo el blanco a la vista —le grité a Mr. Wells—. Le avisaré tan pronto como haya soltado la granada, y en ese momento tendremos que alejarnos a la mayor distancia posible.

Mr. Wells me indicó que había comprendido, de modo que me incorporé durante un momento y retiré el seguro del percutor. Mientras Amelia me sostenía una vez más, me asomé y sostuve la granada sobre la plataforma.

—¿Listo, Mr. Wells...? —exclamé—. ¡*Ahora*!

Exactamente en el mismo instante en que solté la granada, Mr. Wells dirigió rápidamente la Máquina del Espacio en una amplia curva ascendente, alejándola de la máquina de guerra. Miré hacia atrás, ansioso por ver el efecto de mi ataque.

Pocos segundos después, hubo una explosión debajo del trípode marciano, y un poco detrás de él.

No podía creer lo que veía. ¡La granada había *atravesado* la masa metálica de la plataforma y explotado sin causar daño!

Dije:

—No me imaginé que sucedería esto...

—Querido —dijo Amelia—. Creo que la granada todavía estaba atenuada.

Debajo de nosotros, el marciano continuó su camino, ignorante del peligro mortal al que acababa de sobrevivir.

II

El desencanto me dominaba cuando regresamos a salvo a la casa. Para ese entonces, el sol ya se había puesto y una noche, larga y brillante, se extendía sobre el valle transformado. Mientras mis dos compañeros se dirigieron a sus habitaciones para vestirse para la cena, yo caminé de aquí para allá por el laboratorio, resuelto a que no nos arrebataran la venganza de las manos.

Comí con los demás, pero me mantuve en silencio durante toda la comida. Al ver mi malhumor, Amelia y Mr. Wells conversaron un poco acerca del éxito logrado con la construcción de la Máquina del Espacio, pero evitaron con cuidado comentar el fracasado ataque.

Luego, Amelia dijo que iba a la cocina a hornear un poco de pan, de modo que Mr. Wells y yo pasamos al salón de fumar. Con las cortinas bien corridas, y sentados a la luz de una sola vela, hablamos de temas generales, hasta que Mr. Wells consideró prudente analizar otras tácticas.

—Hay dos dificultades —dijo—. Evidentemente, no podemos estar atenuados cuando colocamos el explosivo, porque entonces la granada no tiene efecto alguno, y sin embargo, debemos estar atenuados cuando se produzca la explosión, porque en caso contrario sufriríamos los efectos de la detonación.

—Pero si desconectamos la Máquina del Espacio el marciano nos verá —dije.

—Por eso digo que va a ser difícil. Ambos sabemos con qué rapidez reaccionan esas bestias ante cualquier amenaza.

—Podríamos hacer descender la Máquina del Espacio sobre el techo del trípode mismo.

Mr. Wells sacudió la cabeza con lentitud.

—Admiro su inventiva, Turnbull, pero eso no sería práctico. Me resultó muy difícil mantenerme a la misma velocidad que la máquina. Probar de aterrizar sobre un objeto en movimiento sería sumamente peligroso.

Ambos reconocimos que era urgente encontrar una solución. Durante una hora o. más debatimos nuestras ideas, pero no llegamos a nada satisfactorio. Finalmente, pasamos al salón de estar, donde nos esperaba Amelia, y le planteamos el problema.

Ella lo pensó durante un rato, y luego dijo:

—No veo ninguna dificultad. Tenemos muchas granadas y por lo tanto podemos darnos el lujo de errar algunas. Todo lo que tenemos que hacer es mantenernos en el aire sobre el blanco, aunque a una altura algo mayor que la de hoy. Mr. Wells desconecta entonces el campo de atenuación y, mientras caemos, Edward puede lanzar una

granada al marciano. En el momento en que la bomba explote, estaremos nuevamente en la dimensión atenuada, y no importará lo cerca que se produzca la explosión.

Miré a Mr. Wells, luego a Amelia, mientras consideraba las consecuencias de un plan tan arriesgado.

—Parece muy peligroso —dije, por fin.

—Podemos sujetarnos con correas a la Máquina del Espacio —dijo Amelia—. No tenemos por qué caer.

—Pero, aun así...

—¿Se te ocurre algún otro plan? —dijo ella.

III

Hicimos nuestros preparativos a la mañana siguiente, y estuvimos listos para partir a una hora temprana.

Debo confesar que tenía tremendas dudas con respecto a toda la empresa, y pienso que Mr. Wells compartía algunas de mis aprensiones. Sólo Amelia parecía tener confianza en el plan, a tal punto que se ofreció a cumplir ella misma la tarea de apuntar las granadas de mano. Naturalmente, no quise saber nada de eso, pero continuó siendo la única de los tres que mostraba optimismo y confianza esa mañana. En realidad, se había levantado con las primeras luces del alba y había preparado sandwiches para todos nosotros, a fin de que no nos sintiéramos obligados a volver a la casa para almorzar. Además, había instalado algunas correas —fabricadas con cinturones de cuero— sobre los almohadones de la cama, con las cuales nos íbamos a sujetar.

Precisamente en el momento en que estábamos por partir, Amelia salió repentinamente del laboratorio, y Mr. Wells y yo nos quedamos mirándola. Volvió a los pocos momentos, esta vez con una valija de gran tamaño.

Observé la valija con interés, sin reconocerla en el primer momento.

Amelia la depositó en el piso y abrió la tapa. ¡Dentro de ella, envueltas con cuidado en papel de seda, estaban los tres pares de antiparras que yo había traído conmigo el día que vine a ver a Sir William!

Me alcanzó un par, con una leve sonrisa. Mr. Wells tomó el suyo al momento.

—Una excelente idea, Miss Fitzgibbon —dijo—. Nuestros ojos necesitarán protección si vamos a caer por el aire.

Amelia se puso el suyo antes de que partiéramos, y yo le ayudé con el cierre, asegurándome de que no se le enganchara en el cabello. Ella se ajustó las antiparras sobre la frente.

—Ahora estamos mejor equipados —dijo—, y se dirigió a la Máquina del Espacio.

La seguí, con mis antiparras en la mano, tratando de no demorarme en los recuerdos que volvían a mi mente.

IV

Nos esperaba un día de caza extremadamente provechoso. A los pocos minutos de volar sobre el Támesis, Amelia lanzó un grito y señaló hacia el Oeste. Allí, moviéndose lentamente por las calles de Twickenham, se veía una máquina de guerra marciana. Debajo de ella colgaban sus brazos de metal y revisaba casa por casa, evidentemente en busca de sobrevivientes humanos. Por lo vacía que estaba la red que colgaba debajo de la plataforma, dedujimos que no había tenido mucho éxito. Nos parecía imposible que hubiera todavía algún sobreviviente en estos pueblos devastados, aunque nuestra propia supervivencia era señal de que todavía debía haber algunas personas aferrándose a la vida en sótanos y bodegas de las casas.

Dimos varias vueltas con cautela alrededor de la máquina maldita, experimentando una vez más la intranquilidad que habíamos sentido el día anterior.

—Lleve la Máquina del Espacio más arriba, por favor —dijo Amelia a Mr. Wells—. Debemos efectuar nuestra aproximación con sumo cuidado.

Tomé una granada de mano y la sostuve, preparado. La máquina de guerra se había detenido momentáneamente, a investigaba una casa con uno de sus largos brazos articulados, que había introducido por la ventana del piso alto.

Mr. Wells detuvo la Máquina del Espacio a unos quince metros, aproximadamente, por encima de la plataforma.

Amelia se cubrió los ojos con las antiparras y nos aconsejó que hiciéramos lo mismo. Mr. Wells y yo nos colocamos las antiparras y verificamos la posición del marciano. Estaba totalmente inmóvil, salvo por el movimiento de sus brazos de metal.

—Estoy listo, señor —dije, y retiré el seguro del percutor.

—Muy bien —dijo Mr. Wells—. Desconecto la atenuación... ¡*ahora*!

En el momento en que lo dijo, todos experimentamos una desagradable sensación de sacudida, nuestros estómagos se dieron vuelta y el aire pasó velozmente junto a nosotros. Por acción de la gravedad, caímos hacia la máquina marciana. En ese mismo instante, lancé la granada con desesperación hacia abajo, hacia el marciano.

—Ya disparé —grité.

Hubo una segunda sacudida y nuestra caída se detuvo. Mr. Wells manipuló sus palancas y nos alejamos hacia un lado, en el silencio absoluto de esa extraña dimensión.

Mirando hacia atrás, hacia el marciano, esperamos la explosión... que llegó segundos más tarde. Mi puntería había sido perfecta, y una

bola de humo y fuego apareció silenciosamente en el techo de la máquina de guerra.

El monstruo que estaba dentro de la plataforma, tomado por sorpresa, reaccionó con una rapidez asombrosa. La torre saltó separándose de la casa, y al mismo tiempo vimos el tubo del cañón de calor que se ponía en posición de disparo. La cúpula de la plataforma giró en derredor mientras el monstruo buscaba a su atacante. Al dispersarse el humo de la granada, vimos que la explosión había abierto un agujero de bordes desgarrados y que el motor interno debía haberse averiado. Los movimientos de la máquina de guerra no eran tan suaves o tan rápidos como los que habíamos visto antes, y un denso humo verde brotaba del interior de ella.

El rayo de calor entró en acción con un destello y giró, sin dirección fija, hacia uno y otro lado. La máquina de guerra dio tres pasos hacia adelante, vaciló, y luego trastabilló hacia atrás. El rayo de calor cayó sobre algunas de las casas vecinas, haciendo estallar en llamas los techos.

Luego, toda la horrible plataforma explotó en una bola de fuego verde brillante. Nuestra bomba había dañado el horno que había en el interior.

Para nosotros, sentados en el silencio y la seguridad de la atenuación, la destrucción del marciano fue un acontecimiento silencioso, misterioso.

Vimos volar en todas direcciones los fragmentos de esa máquina de destrucción, vimos una de las enormes patas salir dando tumbos, vimos la masa de la plataforma destrozada caer en mil pedazos sobre los techos de Twickenham.

Fue curioso... la escena no me causó alborozo, y lo mismo sucedió con mis dos compañeros. Amelia observó en silencio el metal retorcido que en una oportunidad había sido una máquina de guerra, y Mr. Wells dijo, sencillamente:

—Veo otra.

Hacia el Sur, avanzando en dirección a Molesey, se veía una segunda máquina de guerra.

V

Hacia el mediodía, habíamos dado cuenta de un total de cuatro marcianos: tres de ellos habían tripulado sus trípodes y el cuarto había estado en la cabina de control de uno de los vehículos de superficie. Cada uno de los ataques se llevó a cabo sin riesgo para nosotros, y en cada uno de ellos el monstruo elegido había sido tomado por sorpresa. No obstante, nuestras actividades no habían pasado inadvertidas, porque el vehículo de superficie se estaba dirigiendo velozmente hacia el trípode destruido de Twickenham cuando lo avistamos. Por ello dedujimos que los marcianos debían tener algún tipo de sistema de señales para comunicarse entre ellos —Mr. Wells expuso la hipótesis de que era una comunicación telepática, aunque Amelia y yo, que habíamos visto la ciencia avanzada de Marte, sospechábamos que se trataba de un dispositivo técnico— ya que nuestras acciones de represalia parecían haber provocado gran revuelo entre los marcianos. Durante nuestro vuelo en todas direcciones por el valle, vimos a varios trípodes que se aproximaban provenientes de la dirección de Londres, y tuvimos la seguridad de que no nos faltarían blancos ese día.

No obstante, después de matar al cuarto marciano, Amelia propuso que descansáramos y comiéramos los emparedados que habíamos traído. Cuando lo dijo, todavía estábamos en el aire sobre la máquina que acabábamos de atacar.

La muerte de este monstruo fue una cosa extraña. Habíamos encontrado la máquina de guerra detenida, sola, junto al borde de Richmond Park, dando frente hacia el Sudoeste. Sus tres patas estaban recogidas, lo mismo que sus brazos metálicos, y al principio pensamos que la máquina estaba vacía. Al acercarnos para destruirla, sin embargo, habíamos pasado frente a las ventanillas multifacéticas y por un momento pudimos ver esos ojos como discos mirando con maldad hacia Kingston.

Llevamos a cabo nuestro ataque sin prisa, y dada mi experiencia cada vez mayor, pude colocar la granada con gran precisión en el interior de la plataforma. Cuando la bomba estalló, lo hizo dentro de la cabina ocupada por el monstruo, arrancando varias planchas de metal y, presumiblemente, matando instantáneamente al ocupante, pero el horno propiamente dicho no se había dañado. La torre seguía en pie, inclinada ligeramente hacia un costado, y arrojando un humo verde desde su interior, pero prácticamente intacta.

Mr. Wells llevó la Máquina del Espacio hasta una distancia prudencial de la máquina de guerra, y la hizo descender casi hasta tocar tierra. Por consenso convinimos en permanecer en estado de atenuación, ya que el humo verde que salía nos ponía nerviosos, por el

temor de que el horno todavía pudiera estallar espontáneamente.

Así, empequeñecidos por el titán averiado, comimos rápidamente lo que debe haber sido uno de los almuerzos campestres más extraños que haya habido en los campos ondulados del parque.

Estábamos por ponernos en marcha nuevamente, cuando Mr. Wells nos hizo notar que había aparecido otra máquina de guerra. Ésta se dirigía con rapidez en dirección a nosotros, evidentemente para investigar qué le habíamos hecho a su colega.

No corríamos ningún peligro, pero estuvimos de acuerdo en hacer remontar vuelo a la Máquina del Espacio, para estar listos para realizar una rápida incursión.

Nuestra confianza aumentaba; con cuatro victorias en nuestro haber, ya estábamos aplicando una rutina mortífera. Ahora, al elevarnos en el parque y ver la máquina de guerra que se aproximaba, no dejamos de ver su cañón de calor elevado y sus brazos articulados listos para atacar. Era evidente que su conductor monstruoso sabía que alguien o algo había atacado con éxito, y estaba decidido a defenderse.

Permanecimos a una distancia segura y observamos al recién llegado cuando se acercó a la torre para inspeccionar de cerca los daños.

Dije:

—¿La bombardeamos ahora, Mr. Wells?

Mr. Wells continuó en silencio, con el ceño fruncido.

—Ese monstruo está muy alerta —dijo—. No podemos correr el riesgo de recibir un impacto casual del cañón de calor.

—Entonces busquemos otro blanco —dije.

No obstante, nos quedamos vigilando durante varios minutos, confiando en que el marciano aflojaría su guardia el tiempo suficiente como para poder atacarlo. Sin embargo, mientras el monstruo que estaba en el interior efectuaba un examen cuidadoso de los daños, el cañón de calor giraba amenazador por encima del techo y los brazos tentaculares se movían nerviosamente.

Por fin, de mala gana, nos volvimos y nos encaminamos nuevamente hacia el Oeste, atentos, todavía, a lo que pudiera hacer el segundo marciano. Fue así que vimos, cuando estábamos a menos de un kilómetro de distancia, que, después de todo, nuestra granada había debilitado las paredes del horno. Vimos una inmensa explosión verde que se ensanchaba... y la segunda máquina de guerra trastabilló hacia atrás y se estrelló contra el suelo del parque.

De esa manera, por un golpe de buena suerte, matamos nuestro quinto monstruo marciano.

VI

Muy estimulados por este éxito accidental, continuamos nuestra búsqueda, aunque ahora con una osadía atemperada por la cautela. Como lo señaló Mr. Wells, no eran las máquinas marcianas lo que teníamos que destruir, sino los monstruos mismos. Las máquinas de guerra eran ágiles y estaban bien armadas, y aunque su destrucción, por cierto significaba la muerte de su conductor, los vehículos de superficie eran blancos más fáciles, ya que el conductor no estaba protegido por la parte superior.

Fue así que decidimos concentrar nuestro ataque en los vehículos pequeños.

El éxito alcanzado esa tarde fue casi indescriptible. Una sola vez no pudimos matar a un marciano en nuestro primer ataque, porque yo, en mi apresuramiento, me olvidé de quitar el seguro de la granada. No obstante, en nuestra segunda pasada destruimos al monstruo en una forma efectiva y espectacular.

Cuando regresamos a Reynolds House esa noche, habíamos dado cuenta de un total de once bestias marcianas. ¡Ello, si nuestro cálculo de que cada proyectil transportaba cinco monstruos era correcto, representaba más de la quinta parte de todo su ejército!

Esa noche, nos fuimos a dormir con gran optimismo.

Al día siguiente cargamos más granadas en nuestra Máquina del Espacio y partimos otra vez.

Para consternación nuestra, descubrimos que los marcianos habían aprendido una lección luego de nuestras operaciones del día anterior. Ahora ningún vehículo de superficie se movía a menos que lo acompañara una máquina de guerra, ¡pero tan seguros estábamos de lo inexpugnable de nuestra posición que llegamos a la conclusión de que eso nos brindaba dos blancos en lugar de uno!

En consecuencia, preparamos nuestro ataque con gran precisión, nos lanzamos desde lo alto ¡y tuvimos la satisfacción de ver volar la máquina de guerra en mil pedazos! A partir de allí, fue tarea sencilla perseguir y destruir el vehículo de superficie.

Más avanzado el día, eliminamos otros dos de la misma forma, pero eso fue todo lo que logramos ese día. (Dejamos pasar un vehículo de superficie sin atacarlo, porque transportaba una docena o más de cautivos humanos.) Cuatro no era una cifra tan satisfactoria como once, pero aun así consideramos que nos había ido bien, de modo que una vez más nos fuimos a dormir con un sentimiento de júbilo.

El día siguiente no tuvimos ningún éxito, porque no vimos marcianos por ninguna parte. En nuestra búsqueda, llegamos hasta la campiña, ennegrecida por el fuego, de Woking, pero allí sólo

encontramos el foso y su proyectil desiertos, sin marcianos ni sus máquinas.

Ante la vista del pueblo en ruinas en la colina, Amelia y yo notamos que Mr. Wells se ponía pensativo, y recordamos la forma brusca en que había sido separado de su esposa.

—Señor, ¿le gustaría que lo lleváramos a Leatherhead? Negó enérgicamente con la cabeza.

—Ojalá pudiera darme ese gusto, pero tenemos trabajo que hacer con los marcianos. Mi esposa estará bien; es evidente que de aquí los invasores avanzaron hacia el Norte. Ya habrá tiempo para que nos reunamos.

Admiré la decisión que había en su voz, pero más tarde, esa noche, Amelia me dijo que había visto una lágrima correr por las mejillas de Mr. Wells. Quizá, dijo ella, Mr. Wells sospechaba que su esposa ya había muerto y que él todavía no estaba preparado para afrontar ese hecho.

Por esa razón, como también por no haber logrado ninguna victoria, no estábamos muy alegres esa noche y en consecuencia nos fuimos a dormir temprano.

Al día siguiente tuvimos más suerte: dos marcianos sucumbieron ante nuestras granadas. No obstante, hubo un hecho extraño: las dos máquinas de guerra estaban detenidas, como la que habíamos encontrado cerca de Kingston, solas e inmóviles, con sus tres patas recogidas y juntas. No hubo ningún intento de defensa; una estaba con su cañón de calor apuntando rígidamente hacia el cielo, la otra ni siquiera había levantado el suyo. Por supuesto, al atacar las máquinas de guerra descendimos con gran cuidado, pero todos estuvimos de acuerdo en que nuestras victorias habían sido sospechosamente fáciles.

Después llegó otro día en el que tampoco se vieron marcianos en absoluto, y esa noche Mr. Wells tomó una decisión.

—Debemos —dijo— concentrar por fin nuestra atención en Londres. Hasta ahora hemos sido francotiradores hostigando los flancos rezagados de un ejército poderoso. Ahora debemos hacer frente al poderío concentrado de ese ejército, y combatir hasta la muerte.

Palabras valientes, en verdad, pero que no reflejaban las sospechas que, según descubrí luego, habían surgido en nosotros en los tres últimos días.

Capítulo 24
CIENCIA Y CONCIENCIA

I

Al día siguiente de la seria decisión que tomara Mr. Wells, almacenamos el resto de nuestras granadas de mano a bordo de la Máquina del Espacio y partimos a velocidad moderada hacia Londres. Nos mantuvimos atentos para ver si había señales de las máquinas de guerra, pero no vimos ninguna.

Volamos primero sobre la ciudad de Richmond y vimos el residuo oscuro del humo negro que había asfixiado sus calles. Sólo junto al río, donde la maleza roja crecía en altos montones enredados, se veía uno libre de la presencia del polvo negro como hollín que cubría todo. Al Norte de Richmond estaba Kew Gardens, donde, aunque la Pagoda todavía se elevaba intacta, la mayor parte de las inapreciables colecciones de plantas tropicales había sucumbido a la maleza ruin.

Nos dirigimos entonces en dirección más recta hacia Londres, volando sobre Mortlake. No lejos de la destilería, en el centro de un distrito de mansiones modernas, había descendido uno de los proyectiles, que había causado incontables daños por la fuerza de la explosión del aterrizaje. Vi que Mr. Wells observaba la escena pensativamente, de modo que le sugerí que voláramos más bajo. En consecuencia, hizo descender la Máquina del Espacio en forma suave y durante unos minutos permanecimos en el aire, en el mismo lugar, sobre la terrible desolación que reinaba.

En el centro del foso estaba, por supuesto, el casco vacío del proyectil. Lo que resultaba mucho más interesante era la evidencia de que, por lo menos durante algún tiempo, el lugar había sido el centro de actividad de los marcianos. No había máquinas de guerra a la vista, pero junto a la boca abierta del proyectil había dos de los vehículos de superficie y, detrás de ellos, con sus tentáculos separados en forma desmañada, estaba una de las arañas mecánicas. Sus múltiples tentáculos metálicos estaban recogidos y el lustre brillante normal de las superficies pulidas había comenzado a oscurecerse por el aire rico en oxígeno.

Yo opinaba que debíamos hacer descender la Máquina del Espacio y explorar a pie, tan silenciosa era la escena que se presentaba a nuestros ojos, pero ni Amelia ni Mr. Wells lo consideraron seguro. En cambio, dejamos que la máquina se desplazara lentamente a la deriva por el foso y permanecimos en silencio. Nos atemorizó e impresionó lo que vimos: el foso en sí había sido reconstruido; la tierra que el impacto había hecho volar había sido utilizada para construir bastiones elevados y el piso había sido nivelado para facilitar el desplazamiento de las máquinas. Un extremo del foso había sido modificado a fin, de proveer una rampa inclinada para los vehículos

de superficie.

Súbitamente, Amelia contuvo la respiración y se cubrió la boca con la mano.

—¡Oh! Edward... —dijo, y dio vuelta la cara.

Vi lo que ella había notado. Empequeñecida por la masa del proyectil que se elevaba sobre él y a su sombra, se encontraba una de las cabinas de matanza. Tendidos por todas partes, algunos semienterrados, había cuerpos de seres humanos. Mr. Wells había visto ese espectáculo espantoso al mismo tiempo y, sin más, hizo elevarse velozmente la Máquina del Espacio para alejarnos de ese lugar infernal... pero no antes de que pudiéramos apreciar que a la sombra del proyectil había, quizás, un centenar de cadáveres o más.

Continuamos volando, con rumbo hacia el Este, y casi inmediatamente nos encontramos sobre las calles grises y sórdidas de Wandsworth. Mr. Wells redujo la velocidad y dejó que la máquina se mantuviera inmóvil en el aire, en el mismo lugar.

Movió la cabeza.

—No tenía idea de la magnitud de sus crímenes —dijo.

—Habíamos dejado de pensar en ello —dije—. Cada monstruo requiere diariamente la sangre de un ser humano. Cuanto más tiempo dejemos que los marcianos vivan, tanto más continuará esta matanza.

Amelia, tomada fuertemente de mi mano, no dijo nada.

—No podemos perder tiempo —dijo Mr. Wells—. Hay que continuar bombardeando hasta que hayan muerto todos.

—¿Pero dónde están los marcianos? —dije—. Suponía que Londres estaría infestado de ellos.

Miramos en todas direcciones, pero, aparte de las columnas de humo aisladas, provenientes de edificios que aún ardían, no había una sola señal de los invasores.

—Debemos encontrarlos —dijo Mr. Wells—. Por más tiempo que nos lleve.

—¿Todavía están en Londres? —dijo Amelia—. ¿Cómo sabemos que no han terminado ya su tarea allíy no están ahora destruyendo otras ciudades?

Ni Mr. Wells ni yo pudimos darle una respuesta.

—Todo lo que podemos hacer —dije—, es encontrarlos y matarlos. Si han salido de Londres, tendremos que salir en su persecución. No veo otra alternativa.

Mr. Wells había estado observando fijamente y con desaliento las calles de Wandsworth; ese suburbio de Londres, uno de los más feos, inexplicablemente se había librado del ataque de los marcianos, aunque, como todos los demás, había sido abandonado. Movió con gesto decidido las palancas de control y dirigió el rumbo hacia el corazón de Londres.

II

De todos los puentes del Támesis que vimos, Westminster era uno de los que estaban menos cubiertos por la maleza roja, de modo que Mr. Wells hizo descender allí la máquina y nos posamos en el centro de la calzada. Ningún marciano podía aproximarse a nosotros si no lo hacía por el puente, y eso nos daría tiempo suficiente para poner en marcha la Máquina del Espacio y huir.

Durante la hora anterior habíamos volado sobre los suburbios de la ciudad. Casi no había palabras para describir la magnitud de la desolación. Lo que los marcianos no habían atacado con sus rayos de calor lo habían sofocado con su humo negro, y donde no habían empleado ninguno de esos recursos, la maleza roja había avanzado con profusión desde el río, como una maraña asfixiante.

No habíamos visto a nadie, en absoluto; el único movimiento que pudimos apreciar fue el de un perro famélico que avanzaba a los saltos, con una pata quebrada, por las calles de Lambeth.

Sobre el río flotaban muchos restos de materiales, y vimos gran cantidad de botes pequeños volcados. En la dársena de Londres habíamos visto una veintena de cadáveres, llevados allí por algún capricho de la marea, flotando, pálidos, movidos por la corriente, junto a la entrada de los diques de Surrey.

Luego habíamos guiado nuestro rumbo orientándonos por los puntos destacados que conocíamos y llegado al puente de Westminster. Habíamos visto la Torre de Londres, con sus macizos muros incólumes, pero sus verdes prados se habían convertido en una selva de maleza marciana. También Tower Bridge, cuya calzada había quedado abierta, mostraba sus líneas elegantes cubiertas por una telaraña de largas tiras de maleza. Después habíamos visto la alta cúspide de San Pablo, y observado que se elevaba, sin daños, por encima de los edificios más bajos del sector comercial; cambiamos de opinión cuando la pasamos y vimos un agujero desgarrado que le habían hecho en su lado Oeste.

Por fin, habíamos llegado al puente de Westminster, muy deprimidos por lo que habíamos visto. Mr. Wells interrumpió la atenuación y al momento respiramos el aire de Londres y oímos sus ruidos.

Olimos...

Olimos el residuo del humo; el dejo amargo, metálico, de la maleza; el olor dulce de la putrefacción; el aire fresco y salado del río; el olor intenso de la calzada de macadán, recalentada por el sol de verano.

Oímos...

Un gran silencio cubría a Londres. Se oía el río al fluir por debajo del puente, y algún chasquido ocasional de la maleza que todavía crecía prolíficamente junto al parapeto. Pero no había repiqueteo de cascos de caballos, ni rechinar de ruedas, ni gritos o llamados de personas, ni sonido de pisadas.

Directamente delante de nosotros se alzaba el Palacio de Westminster, coronado por la torre del Big Ben, que no había sufrido daños. El reloj se había detenido diecisiete minutos después de las dos.

Nos quitamos las antiparras de los ojos y salimos de la Máquina del Espacio. Me dirigí, con Amelia, a un lado del puente, donde permanecimos mirando a lo largo del río. Mr. Wells se apartó solo, observando, con expresión reflexiva, las enormes pilas de maleza que habían cubierto por completo el terraplén de Victoria. Había permanecido pensativo y en silencio mientras recorríamos la ciudad muerta, y ahora que estaba de pie allí, solo, con la mirada fija en el río que fluía lentamente, lo vi con expresión meditabunda.

Amelia también observó a nuestro amigo, pero luego deslizó una mano en la mía y por un momento apoyó una mejilla contra mi hombro.

—Edward, ¡esto es terrible! No tenía idea de que las cosas estuvieran tan mal.

Observé la escena con tristeza, tratando de hallar algo que diera pie a cierto optimismo, pero el vacío y la soledad eran totales. Nunca había visto el cielo de Londres tan libre de hollín, pero esto era escasa recompensa a cambio de la destrucción total de la ciudad más grande del mundo.

—Pronto todo será así —dijo Amelia—. Nos equivocamos al pensar que podíamos hacer frente a los marcianos, aun cuando hayamos matado a algunos. Lo que me resulta más difícil de aceptar es que todo esto es culpa nuestra, Edward. Nosotros hemos traído esta amenaza a nuestro mundo.

—No —le dije al instante—. Nosotros no tenemos la culpa.

Sentí que se ponía rígida.

—No podemos absolvernos de culpa en esto.

Yo le dije:

—Los marcianos habrían invadido la Tierra, interviniéramos nosotros o no. Vimos sus preparativos. Si ello sirve de consuelo, pensemos que sólo han llegado a la Tierra diez proyectiles. Tu revolución impidió que los monstruos pudieran cumplir sus planes por completo. Lo que hemos visto es bastante malo, pero piensa que podría haber sido mucho peor.

—Supongo que sí.

Se quedó en silencio durante unos momentos, y luego continuó diciendo:

—Edward, debemos volver a Marte. Mientras exista una posibilidad de que los monstruos gobiernen el mundo, la gente de la Tierra no podrá bajar su guardia jamás. Tenemos la Máquina del Espacio que puede llevarnos, porque si se pudo construir una con tanta rapidez en las circunstancias apremiantes en que tuvimos que trabajar, podrá construirse una mucho más poderosa, una que puede transportar un millar de hombres armados. Le prometí a la gente de Marte que volvería, y debemos hacerlo.

Escuché sus palabras con detenimiento, y comprendí que la pasión que la había impulsado en Marte había sido reemplazada por la sabiduría y la comprensión.

—Volveremos a Marte algún día —le dije—. No hay otra alternativa.

Mientras hablábamos, ambos habíamos olvidado la presencia de Mr. Wells, pero ahora él se volvió y se dirigió lentamente hacia nosotros. Observé que en los pocos minutos que había permanecido solo, su apostura había sufrido un cambio fundamental. Sus hombros ya no se inclinaban con el peso de la derrota y sus ojos relucían una vez más.

—¡Qué expresión desdichada tienen ustedes! —exclamó—. No hay motivo para ello. Nuestra tarea terminó. ¡Los marcianos no se han ido... todavía están en Londres y hemos ganado la batalla!

III

Amelia y yo miramos a Mr. Wells sin comprender, después de su inesperada manifestación. Se dirigió hacia la Máquina del Espacio y, colocando un pie en el bastidor de hierro, se volvió hacia nosotros, tomándose las solapas de su chaqueta con las manos. Se despejó la garganta.

—Esta ha sido una guerra entre dos mundos —dijo Mr. Wells, hablando pausadamente y con voz clara y sonora—. Nos hemos equivocado al tratarla como si fuera una guerra de inteligencias. Hemos visto la monstruosa apariencia de los invasores pero, convencidos por sus atributos de astucia, valor e inteligencia, los hemos considerado hombres. Por ello, los hemos combatido como si fueran hombres y no nos ha ido bien. Nuestro ejército fue arrollado y nuestras casas fueron incendiadas y aplastadas. No obstante, el dominio de los marcianos sobre la Tierra es reducido. Me atrevo a decir que cuando se haga la reconquista, descubriremos que se han apoderado de unos pocos cientos de kilómetros cuadrados de territorio. Aun así, por pequeño que haya sido el campo de batalla, ésta ha sido una guerra entre dos mundos, y cuando los marcianos llegaron a la Tierra con tanta violencia no comprendieron la magnitud de la empresa que emprendían.

—Señor —le dije—, si usted está hablando de aliados, no hemos visto ninguno. No ha venido ningún ejército a ayudarnos, a menos que ellos también hayan sido vencidos de inmediato.

Mr. Wells hizo un gesto de impaciencia.

—No hablo de ejércitos, Turnbull, aunque ellos llegarán a su tiempo como llegarán los barcos de cereales y los trenes de carga. No, ¡nuestros verdaderos aliados están a nuestro alrededor, invisibles, como éramos invisibles nosotros en nuestra máquina!

Alcé la vista, esperando ver aparecer en el cielo una segunda Máquina del Espacio.

—¡Mire las malezas, Turnbull! —Mr. Wells señaló los tallos que crecían a pocos metros de donde nos encontrábamos—. ¿Ve lo marchitas que están las hojas? ¿Ve cómo se están partiendo los tallos a medida que crecen? Mientras la humanidad ha dedicado su atención a la terrible inteligencia de los monstruos, estas plantas han estado librando su propia batalla. Nuestro suelo no les suministra los minerales que necesitan y nuestras abejas no realizan la polinización de sus flores. Estas malezas se mueren, Turnbull. De la misma manera, los monstruos marcianos morirán si es que ya no han muerto. El intento de los marcianos toca a su fin, porque la inteligencia no puede contra la naturaleza. Así como los humanos de Marte alteraron la

naturaleza para crear los monstruos y así originaron una Némesis, también los monstruos pretendieron alterar la vida de la Tierra y se destruyeron a sí mismos.

—Entonces, ¿dónde están los monstruos ahora? —dijo Amelia.

—Pronto los encontraremos —dijo Mr. Wells—, pero eso será a su debido tiempo. Nuestro problema no es ya tener que hacer frente a esta amenaza, sino cómo disfrutar de los despojos de la victoria. Tenemos a nuestro alrededor, por todas partes, los productos de la inteligencia marciana, que serán estudiados con avidez por nuestros científicos. Sospecho que los días pacíficos de antaño ya nunca más volverán por completo, porque es probable que estas máquinas de guerra y vehículos de superficie produzcan cambios fundamentales en el modo de vida de todos los habitantes del mundo. Vivimos en los primeros años de un nuevo siglo, un siglo que será testigo de muchos cambios. En el corazón de esos cambios se librará una nueva batalla: una batalla entre la Ciencia y la Conciencia. ¡Esa es la batalla que perdieron los marcianos, y la que debemos librar ahora!

IV

Mr. Wells se quedó en silencio, respirando profundamente, y Amelia y yo permanecimos delante de él.

Finalmente, abandonó la posición que había adoptado y bajó las manos. Se despejó la garganta otra vez.

—Creo que no es momento de discursos —dijo, aparentemente desconcertado por la forma en que su elocuencia nos había enmudecido—. Para llegar al final de esto, primero debemos encontrar a los marcianos. Más adelante, me pondré en contacto con mi editor para ver si tiene interés en la edición de mis reflexiones sobre este tema.

Miré la ciudad silenciosa que se extendía a nuestro alrededor.

—¿No creerá usted, señor, que después de esto la vida en Londres volverá a la normalidad?

—A la normalidad no, Turnbull. ¡Esta guerra no es el fin sino el comienzo! La gente que huyó volverá; nuestras instituciones volverán a restablecerse. Hasta la estructura de la ciudad está intacta, en su mayor parte, y se la podrá reconstruir en poco tiempo. La tarea de reconstrucción no terminará con la reparación de las estructuras, porque la intromisión marciana ha servido para acrecentar nuestra inteligencia. Como les he dicho, eso lleva aparejados sus propios peligros, pero nos ocuparemos de ellos cuando surja la necesidad.

Amelia había estado mirando fijamente hacia los techos durante el transcurso de nuestra conversación y ahora señalaba hacia el Noroeste.

—¡Miren, Edward, Mr. Wells! ¡Creo que allá hay algunos pájaros!

Miramos en la dirección que ella nos indicaba y vimos una bandada de grandes pájaros que resaltaban, negros, contra el cielo brillante, girando y lanzándose velozmente hacia abajo. Parecían estar muy lejos.

—Vayamos a investigar —dijo Mr. Wells, calzándose las antiparras una vez más.

Volvimos a la Máquina del Espacio y en el momento en que íbamos a subir a ella oímos un sonido fuera de lugar en ese ambiente. Nos resultó tan familiar que todos reaccionamos al mismo tiempo: era el bramido de un marciano llamando, y su sonido de sirena llegaba como un eco, devuelto por los muros de los edificios que daban frente al río. Pero no era un grito de guerra, ni tampoco el llamado de caza. En cambio, tenía un acento de dolor y miedo, era un lamento extraño en una ciudad devastada.

El llamado tenía dos notas, una a continuación de la otra, repetidas sin cesar: “ulla, ulla, ulla, ulla...”.

V

Vimos la primera máquina de guerra en Regent's Park, sola. De inmediato extendí la mano para tomar una granada, pero Mr. Wells me contuvo.

—No es necesario, Turnbull —dijo.

Dirigió la Máquina del Espacio cerca de la plataforma, y vimos los cuervos apiñados a su alrededor. Los pájaros habían encontrado la forma de entrar en la plataforma y ahora picoteaban y arrancaban en jirones la carne del marciano que estaba allí.

Sus ojos nos miraban, inexpresivos, por una de las ventanillas de la proa. Su mirada era tan maligna como siempre, pero, así como antes había sido fría y maliciosa, ahora tenía la expresión fija de la muerte.

Había una segunda máquina de guerra al pie de Primrose Hill, y allí los pájaros habían terminado su tarea. Sobre el césped, a treinta metros debajo de la plataforma, había salpicaduras de sangre seca y jirones de carne.

Así fue que llegamos al gran foso que los marcianos habían construido en lo alto de Primrose Hill. Este foso, el más grande de todos, se había convertido en el centro de sus operaciones contra Londres. Las fortificaciones de tierra cubrían toda la cresta de la colina y se prolongaban hacia abajo, en el lado más alejado. En el centro de ellas estaba el proyectil que había aterrizado primero, pero por todas partes había evidencias de que el foso había sido ensanchado y fortificado posteriormente.

Aquí se encontraba el arsenal de los marcianos. Aquí habían traído sus máquinas de guerra y las arañas mecánicas. Y aquí, diseminados por todas partes, estaban los cuerpos de los marcianos muertos. Algunos estaban tendidos en la boca del proyectil, con los tentáculos extendidos; otros simplemente yacían sobre el terreno. Otros, en un último y valiente esfuerzo por luchar contra un enemigo invisible, estaban dentro de las muchas máquinas de guerra que había por todas partes.

Mr. Wells hizo descender la Máquina del Espacio a corta distancia del foso, y desconectó la atenuación. Aterrizó en un lugar contra el viento, de modo que nos evitamos sufrir los peores efectos del horrible hedor que emanaba de esos seres. Al estar desconectada la atenuación, pudimos oír otra vez el grito de los marcianos agonizantes. Llegaba desde una de las máquinas de guerra que se encontraba junto al foso. El grito sonaba vacilante ahora, y muy débil. Vimos que los cuervos se mantenían a la espera, y en el mismo momento en que salimos de la Máquina del Espacio ese último grito de dolor cesó.

—Señor Wells —dije—. Es tal como usted decía. ¡Parece que los marcianos se han visto afectados por alguna enfermedad, por haber bebido la sangre roja de los ingleses!

Me di cuenta de que Mr. Wells no nos prestaba atención, ni a mí ni a Amelia, y de que tenía la mirada fija sobre la ciudad y observaba su inmensa quietud con los ojos bañados en lágrimas. Permanecimos junto a él, abrumados por la vista de la ciudad abandonada, y todavía nerviosos ante la presencia de las torres intrusas que nos rodeaban.

Mr. Wells se enjugó las lágrimas con su pañuelo y luego se alejó de nosotros, dirigiéndose hacia el marciano que habíamos oído gritar.

Amelia y yo permanecimos junto a nuestra Máquina del Espacio y lo observamos cuando rodeó con cuidado el borde del foso y se detuvo debajo de la máquina de guerra, mirando hacia arriba, a la plataforma reluciente que se elevaba sobre él. Vi que buscaba algo en un bolsillo y que sacó la libreta de tapas de cuero que había usado en el laboratorio. Escribió algo en ella y luego volvió a colocarla en su bolsillo.

Permaneció junto a la máquina de guerra durante algunos minutos, hasta que, por último, emprendió el regreso. Parecía haberse recobrado de su momento de emoción, y se dirigía hacia nosotros con paso vivaz.

—Hay algo que nunca les he dicho —expresó, dirigiéndose a nosotros—. Creo que me salvaron la vida el día que me encontraron junto al río, con el cura. Nunca se los he agradecido debidamente.

Yo le dije:

—Usted construyó la Máquina del Espacio, Mr. Wells. Nada de lo que hemos logrado habría sido posible sin ella.

Hizo un gesto con la mano, como indicando que ello no había tenido importancia.

—Miss Fitzgibbon —dijo—. Con su permiso, me voy a marchar.

—¿Se va, Mr. Wells?

—Tengo mucho que hacer. Nos veremos otra vez, pierda cuidado. La visitaré en Richmond tan pronto pueda.

—Pero señor —le dije—. ¿Adonde va?

—Creo que tengo que buscar la manera de llegar a Leatherhead, Mr. Turnbull. Viajaba para reunirme con mi esposa, cuando ustedes me encontraron, y ahora debo terminar ese viaje. Que ella esté muerta o viva es algo que sólo a mí debe preocupar.

—Pero podríamos llevarlo a Leatherhead en la Máquina del Espacio —dijo Amelia.

—No es necesario. Puedo ir solo.

Me extendió la mano, y se la estreché con cierta inseguridad. Mr. Wells lo hizo con firmeza, pero yo no comprendía por qué debía abandonarnos en forma tan inesperada. Cuando soltó mi mano se

volvió a Amelia y ella lo abrazó afectuosamente.

Me saludó con la cabeza, se volvió y se fue, descendiendo por la ladera de la colina.

Desde algún lugar detrás de nosotros llegó un sonido de improviso: era un chillido agudo, no muy diferente del de las sirenas de los marcianos. Me sobresalté y miré a mí alrededor... pero no se apreciaba movimiento alguno de las máquinas marcianas. Amelia, de pie a mi lado, también había reaccionado al oírlo, pero tenía su atención concentrada en lo que hacía Mr. Wells.

Éste se había alejado sólo unos pasos y, sin prestar atención al chillido, revisaba su libreta de notas. Lo vi tomar dos o tres páginas y arrancarlas. Las estrujó en la mano y las arrojó entre los escombros. Se dio vuelta para mirarnos y notó que ambos lo observábamos.

Después de un momento ascendió la pendiente hasta donde nos encontrábamos.

—Sólo una cosa más, Turnbull —dijo—. He tomado con mucha seriedad el relato de sus aventuras en Marte, por improbable que parecía a veces su historia.

—Pero, Mr. Wells...

Levantó la mano para indicarme que me callara.

—No estaría bien que descartara su relato como pura invención, pero a usted le resultaría sumamente difícil probar lo que me ha dicho.

¡Me quedé atónito al escuchar tales palabras de labios de mi amigo! ¡Implicaban nada menos que Amelia y yo no decíamos la verdad! Avancé, colérico... pero sentí una suave presión sobre el brazo.

Miré a Amelia, y vi que estaba sonriendo.

—Edward, no es necesario —dijo.

Vi que Mr. Wells también sonreía, y que había un cierto fulgor en sus ojos.

—Todos nosotros tenemos muchos cuentos que contar, Mr. Turnbull —dijo—. Buenos días.

Sin más, se volvió y se encaminó decididamente cuesta abajo por la colina, a la vez que volvía a colocar la libreta de notas en el bolsillo de su chaqueta.

—Mr. Wells se comporta en una forma muy extraña —dije—. Vino con nosotros a este cataclismo y nos abandona de improviso, precisamente cuando más lo necesitamos. Ahora duda de...

Me interrumpió la repetición del chillido agudo que habíamos oído un minuto o dos antes. Se lo oía mucho más cerca ahora, y tanto Amelia como yo comprendimos simultáneamente de qué se trataba.

Nos volvimos y miramos desde la colina hacia el Noreste, por donde pasa la línea ferroviaria que va a Euston. Un momento después

vimos el tren que avanzaba lentamente por los rieles oxidados, lanzando al aire grandes nubes blancas de vapor. El maquinista hizo sonar el silbato por tercera vez, y el agudo chillido repercutió por toda la ciudad que se extendía más abajo. Como si fuera una respuesta, llegó un segundo sonido. Comenzó a tañer la campana de una iglesia cerca de St. John's Wood. Sobresaltados, los cuervos abandonaron su macabro picoteo y levantaron vuelo ruidosamente.

Amelia y yo dimos saltos en la cima de Primrose Hill, agitando pañuelos para saludar a los pasajeros. Cuando los trenes, lentamente, desaparecieron de nuestra vista, tomé a Amelia en mis brazos. La besé apasionadamente y, con un sentimiento de alegría y esperanza renovadas, nos sentamos en nuestra máquina a esperar que llegaran las primeras personas.

FIN

Título original: *The Space Machine*
Traducción: Claudia A. Hortas
© 1976 by Christopher Priest
© 1977 Emecé Distribuidora
Alsina 2062 — Buenos Aires
Scan: urijenny
Edición digital: Lex Luthor